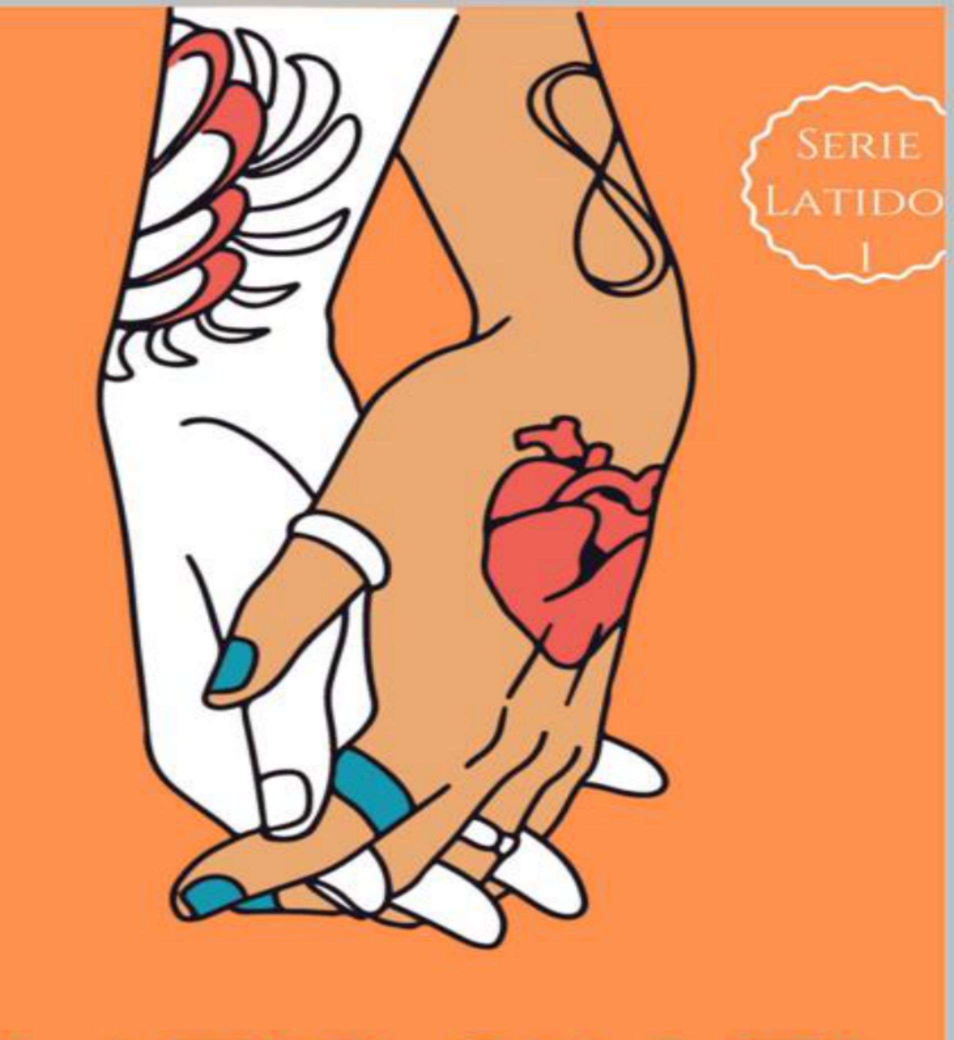


LATIR SIN TI

María J. Moreno

LATIR SIN TI

(Latidos 1)

MARÍA J. MORENO

LATIR SIN TI

(Latidos 1)

Primera edición junio de 2023.

"Puedes cerrar los ojos a las cosas que no quieres ver.
Pero no puedes cerrar tú corazón a las cosas que no quieres sentir."

Johnny Depp

PRÓLOGO

Siempre he creído en la conexión de almas, en encuentros que van más allá de lo físico, de lo terrenal, porque a la larga y sin uno pensarlo o quererlo, puede ser tan efímero que la tristeza perdure en nosotros más allá de toda explicación.

Las pérdidas físicas o espirituales son igual de dolorosas, no hay palabras suficientes para explicar ese sentir, porque cada uno lo vive a su manera, algunos vuelven a brillar, otros permanecen en la oscuridad… eso no lo puedo responder por nadie, pero sé, por experiencia personal, que hay seres llenos de luz que pueden volver a unir nuestras piezas y lograr que volvamos a brillar.

Cuando leo las bellas letras de María José me identifico con sus personajes en muchos aspectos, en especial con los de su libro Contigo, pero sin ti, desde esa historia, su pluma ha crecido, ha subido a un nivel que quizás es más fácil de sentir y apreciar por aquellos que han necesitado LUZ en su vida, por ende mi agradecimiento para con ella será total, porque hay encuentros que no se necesitan explicar.

En su nuevo libro, Sin ti nada… esa LUZ vuelve a tocarme, porque Alex y Sully, los protagonistas de esta historia, pueden verse reflejados en personas que amamos, incluso más allá del amor de pareja. Con esta historia hay esperanza y fuerza, con esta historia se puede creer y volver a sonreír y así como me dijo una excelente amiga: *“Tienes que sacar la grandeza que llevas dentro y que cubra, como una mancha, todo lo demás”*, porque a larga, la vida nos deja enseñanzas muy duras, donde solo la fuerza interior nos ayuda a enfrentarlas.

María José, gracias por esta historia… vuela y sigue llegando lejos.

Mercedes Laguzzi

1

Sully

Sonaba *"Suspicius Mind"*, una de mis canciones favoritas, en la voz de Elvis Presley, cuando comencé a suturar la herida quirúrgica. Suspiré aliviada y sonreí, debajo de la mascarilla. Que la música continuara sonando en el quirófano, tras casi cinco horas después de comenzar la operación, era signo de que todo se había desarrollado sin ningún tipo de contratiempos y en el tiempo estimado. De no haber sido así, habría hecho apagar el equipo de música de inmediato. Realizar un trasplante de corazón requiere concentración y un trabajo minucioso y meticuloso. Una vez más había conseguido salvar una vida. Me sentí orgullosa de haberlo hecho, al fin y al cabo ese era mi cometido.

Dejé el instrumental, que había utilizado, sobre la bandeja. Alcé la vista para mirar al frente. Me despojé del frontal de luz, que tenía sobre mi cabeza y también de las gafas con lupas. Aplaudí al equipo que me había acompañado durante todas esas horas y les di la enhorabuena por el trabajo bien hecho. Ellos me devolvieron el aplauso. Me sujeté la bata con las manos y les hice una pequeña reverencia a modo de saludo y por supuesto también de agradecimiento.

Me acerqué hasta mi residente de confianza, Randal, un estudiante de último de año, para encomendarle la tarea de trasladar, personalmente, al paciente hasta la Unidad de Cuidados Intensivos. Y que tras hacerlo, saliera a informar a la familia que, aunque la intervención se había desarrollado con éxito, durante las próximas cuarenta y ocho horas deberíamos ser cautelosos. Todos sabemos, que estas horas son cruciales en la evolución de cualquier paciente, tras una intervención quirúrgica por leve que sea. Tratándose de una cirugía mayor, como había sido esta, la cautela, no solo debería acompañarnos en los próximos dos días, tendría que hacerlo durante algún tiempo más. Las complicaciones pueden surgir en cualquier momento y por cualquier causa.

Entre los cirujanos existen varias reglas no escritas. Reglas que aprendes durante el primer año como residente de medicina. Una de

ellas es que si la operación ha salido bien y sin ningún tipo de complicación, es un médico adjunto quien informa a los familiares sobre el estado del paciente. En caso de que algo haya salido mal o que incluso, el paciente, haya fallecido, es el propio cirujano quien se hace cargo de la ardua tarea de dar las malas noticias. Este tipo de noticias, por lo general, suelen comenzar de este modo: «Hicimos cuanto pudimos, pero lamentablemente…» o bien, «Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos…»

Pero da igual, el inicio que decidas elegir, todas terminan del mismo modo, «lo siento mucho». Y así con tan solo dos frases, es como cambias la vida de la persona o personas que tienes frente a ti. Alguien que, unas horas antes, confiaron en tus manos la vida de un ser querido. Un padre, un marido, una esposa, una madre, un hermano, una hermana, un hijo, una hija…

Los cirujanos no siempre salvamos vidas, también las perdemos. Confieso que más veces de las que querríamos y desearíamos. Lamentablemente la muerte, al igual que la vida, forma parte de nuestra profesión, pero por el momento no podemos hacer milagros.

Ojalá así fuera.

Me deshice de la mascarilla, la bata, los guantes y los patucos desechables y los arrojé al interior del contenedor que había junto a la puerta del quirófano. Me quité el gorro quirúrgico, uno de los varios que tengo y considero que me dan buena suerte, concretamente uno de color negro con margaritas amarillas, mis flores favoritas y lo guardé en el bolsillo del pijama, después de sacar el teléfono móvil para comprobar la hora.

Resoplé al darme cuenta de que tenía el tiempo justo para darme una ducha, y llegar al bar de Holly, el lugar donde iba a reunirme con Rachel y con Mía, mis mejores amigas. Yo misma había convocado CONCLAVE en el grupo de LAS SUPERTRES. El grupo de WHATSAPP que compartimos.

Convocar CONCLAVE significa que el tema a tratar es de suma importancia y que además requiere ser tratado en persona. Debo reconocer, que en más de una ocasión, utilizamos esta palabra, para

vernos sin más. A veces pasamos demasiado tiempo sin reunirnos, por culpa de nuestros respectivos trabajos.

Pero precisamente ese día no era así. El motivo de mi convocatoria era anunciarles que en unos días iban a nombrarme Jefa del Servicio de Trasplantes del Virginia Mason Hospital. Hospital en el cual trabajo.

A primera hora de la mañana, y unas horas antes de entrar en el quirófano, el Jefe Wilson, el Jefe de Cirugía, me había hecho llamar a su despacho para informarme de ello.

Cuando el mensaje del Jefe me llegó al busca, corrí, por el pasillo que llevaba hasta la zona de despachos, para ganar tiempo y llegar a mi destino en la mayor brevedad posible. Lo de correr de un sitio a otro es algo habitual en mí. Por lo general, voy a todos sitios con cierta prisa, unas veces porque llego tarde, otras simplemente por costumbre.

El despacho del Jefe está situado justo, al final del pasillo, así cuando al fin llegué a él, me apoyé sobre la pared para recomponerme y coger un poco de aire. Llamé a la puerta con los nudillos. Me alisé el pijama con ambas manos, y esperé a que el Jefe me diera permiso para entrar.

—Pasa Sully. —Escuché desde el otro lado de la puerta.

«Por lo que se ve solo me espera a mí», pensé mientras cogía una pequeña bocanada de aire antes de entrar para relajarme un poco.

Al entrar en el despacho noté como Wilson clavaba su mirada en mí. Me invitó a sentarme con un simple movimiento de cabeza. Obedecí. Me senté y crucé las piernas. Acomodé la espalda sobre el respaldo y entrelacé las manos en mi regazo.

—Sé que tienes una operación en poco tiempo, por lo que seré breve —dijo Wilson inclinándose sobre la mesa. Apoyó los brazos en ella y entrelazó los dedos.

Erguí la espalda sobre el respaldo para mostrarle que estaba preparada para escuchar lo que iba a decirme. Me mordí los labios de manera nerviosa.

El Jefe y yo nos conocemos desde hace al menos diez años, si la memoria no me falla. En este hospital hice mis cinco años de

residencia, y también mis dos años de especialidad en cirugía cardiotorácica. Desde hace tres años soy la cirujana titular de dicho departamento.

—Te he hecho llamar, porque tengo que comunicarte algo.

—Usted dirá señor —respondí con la voz entrecortada por los nervios.

Por cierto odio que la voz me traicione de ese modo.

En el VIRGINIA MASON HOSPITAL de Seattle, todos sabemos que si el jefe Wilson te hace llamar para ir a su despacho es tan solo por dos motivos: Uno de ellos es elogiar tu trabajo y el otro ponerte de patitas en la calle. No existen más opciones. Recé mentalmente para que no fuera esta última. Llené los pulmones de aire, lo expulsé lentamente a modo de suspirito y fijé la mirada en los ojos del Jefe Wilson. Él carraspeó.

—Sabes que he estado observando y valorando tú trabajo desde que llegaste al hospital, como residente. Y también sabes que en los tres últimos años lo he seguido casi con lupa…—hizo una breve pausa, y se pinzó el puente de la nariz—. Es por ello y tras hablar con todos y cada uno de los jefes de los diferentes departamentos de cirugía —hizo una nueva pausa y dejó caer la espalda sobre el respaldo de su sillón.

Mis nervios se crisparon un poquito más y una especie de pellizco atravesó mi estómago. Me encogí al sentirlo.

«Por favor, por favor, por favor…, que no me despida», mentalmente y mientras le escuchaba hablar. Me parecía que lo hacía a cámara lenta y con la voz tan distorsionada que apenas podía entender lo que me decía.

—…hemos decidido nombrarte Jefa del Servicio de Trasplantes del hospital —conseguí entender.

Di un pequeño respingo en mi asiento, uno apenas imperceptible a sus ojos, o al menos así esperaba que fuera. Me humedecí los labios y me mordí de manera brusca y fuerte el inferior, mientras seguía escuchando hablar al Jefe, con los ojos muy abiertos.

—Como sabes el Jefe de dicho departamento, el Dr. Spencer, no tardará en jubilarse. Tras proponerte él mismo para este puesto, y

después de varias reuniones, todos hemos llegado a la misma conclusión. Sin duda alguna no hay nadie mejor que tú para sustituirlo y continuar con su trabajo —concluyó el Jefe.

Se inclinó una vez más sobre la mesa y apoyó los brazos en espera de mi reacción y respuesta.

Abrí mucho los ojos en señal de sorpresa y tragué saliva antes de hablar. Bueno, debería decir que todo eso lo hice antes de formular la única pregunta que en aquellos momentos fui capaz de articular.

—¡¿Yo?! —Pregunté y exclamé al mismo tiempo.

Me llevé una mano hasta el pecho y alcé la voz más de lo debido, creo que incluso me salió una especie de gallo. Al menos así fue bajo mí parecer y tras observar el respingo que el Jefe dio sobre su asiento. Se me escapó una risita que intenté ahogar tapándome la boca con las manos. Me di cuenta que los dedos me temblaban por los nervios.

—Enhorabuena Doctora Sullivan —dijo Wilson.

Alcé la cabeza llena de orgullo al escucharle llamarme de aquel modo. Pocos son los que se dirigen a mí con tanto protocolo, a excepción de los residentes que tengo bajo mi formación.

El Jefe se levantó de su asiento y me tendió una mano.

—En unos días volveremos a hablar para revisar tu nuevo contrato. Siempre y cuando estés dispuesta y también de acuerdo en ocupar dicho puesto. No has dicho nada al respecto.

Tragué saliva varias veces seguidas antes de hablar.

—Eeehhh… yo…

Dudé, por unos segundos, que decir. Y os puedo asegurar que no supe muy bien porque lo hacía. Convertirse en el Jefe del Servicio de Trasplantes del Virginia Mason Hospital, era y es un sueño para cualquiera de los que ejercemos la medicina en este hospital. Yo estaba a tan solo una firma de conseguirlo.

—¿Hay algún problema Sully? —Me preguntó un tanto sorprendido por mi reacción, cosa que por cierto entendí perfectamente. Me acababan de nombrar Jefa del Servicio de Trasplantes, y yo solo había sido capaz de estrechar su mano como si fuera una autómata y tan solo decirle tres palabras, y no sé cuál de ellas había sonado más patética.

—No. No. Es solo que estoy algo sorprendida. No me lo esperaba, nada más señor —respondí de carrerilla y cuando mi cabeza y mi boca por fin se pusieron de acuerdo —.Para mí es un honor, señor. Aunque como podrá imaginar también, me supone una gran responsabilidad ocupar ese puesto. Muchas gracias por pensar y confiar en mí, señor.

—Me alegro de que así sea Sully. Sabes lo mucho que te aprecio. He seguido tu trayectoria desde que comenzaste aquí tu residencia y para mí supone una gran satisfacción que una de mis mejores alumnas y también una de las mejores personas que conozco, ocupe un puesto de tanta responsabilidad. Un puesto que por supuesto y sin ninguna duda te mereces —dijo pagado de sí mismo.

Y cuanta más seguridad transmitía él con sus palabras, más inseguridad y muchas más dudas me invadían a mí.

El Jefe se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y me atrajo hasta él para abrazarme de un modo casi paternal. Respondí a su abrazo.

—Gracias —susurré con la barbilla apoyada sobre uno de sus hombros.

El aprecio entre ambos siempre ha sido mutuo. Yo también siento algo especial por ese hombre, que en tantas ocasiones me ha demostrado que no solo es mi mentor. El Jefe Wilson en muchas ocasiones, se ha comportado conmigo como un verdadero padre. No solo es querido por mí. En el hospital todos le tenemos un gran afecto y cariño, y por supuesto un gran respeto como Jefe.

Pero él siempre ha sabido distinguir y separar la vida personal de la profesional. Son pocos, los que pueden decir que el Jefe no ha estado a su lado en algún momento duro de sus vidas. Su mano amiga siempre está presente en las circunstancias difíciles por las que todos hemos pasado alguna vez. De su mano dura en el trabajo, todos somos conocedores a diario.

—No tienes por qué dármelas. Te lo has ganado a pulso. Y ahora vete. Si no me equivoco, te esperan en quirófano —dijo serio y firme.

El Jefe había vuelto a ocupar su puesto y aquellas palabras sin duda eran una orden.

Tras deshacerme de su abrazo le di una vez más las gracias. Después giré sobre mis talones y salí del despacho. Cuando cerré la

puerta miré hacia ambos lados para comprobar que no había nadie cerca. Cerré los puños y los alcé en señal de victoria al tiempo que daba un salto y un gritito. Luego enfilé el camino hacia los quirófanos con una enorme sonrisa dibujada en mi cara. Iba a enfrentarme a mi primer trasplante de corazón como Jefa del Servicio de Trasplantes aunque todavía no lo fuese de manera oficial.

Y después de contaros todo esto, creo que va siendo hora de que me presente, si no os parece mal.

Me llamo Emma Sullivan, aunque todos me llaman Sully, el diminutivo de mi apellido. Tengo treinta y seis años y hasta hoy he sido la cirujana principal en el Departamento de Cirugía Cardiotorácica en el VIRGINIA MASON HOSPITAL de Seattle, aunque hace casi cuatro años me especialicé en trasplantes. Y como ya os he contado, si todo va bien, dentro de poco dirigiré el Servicio de Trasplantes de dicho hospital. Convirtiéndome así en la primera mujer en hacerlo en dicho hospital. Y también seré la primera mujer afroamericana que lo haga en la ciudad de Seattle y la más joven en todo el Estado de Washington. Podría decirse que en uno días pasaré a formar parte de la historia de la medicina de los Estados Unidos.

Ya en los vestuarios, me desnudé, abrí el grifo de la ducha y me metí bajo el chorro de agua caliente. Me hubiese gustado disfrutar de una ducha larga y relajante, tras tantas horas de tensión en el quirófano. Necesitaba destensar todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, pero desafortunadamente no podía entretenerme demasiado si quería llegar puntual la cita que yo misma había convocado. Es de muy mala educación llegar tarde. Por cierto, yo soy de las que llega antes de tiempo, siempre que puedo y mi trabajo me lo permite. Prefiero esperar a que me esperen. Por lo general suelo ser puntual, aunque no siempre lo consigo. Soy muy estricta y meticulosa con mi modo de vida.

Salí de la ducha antes de lo que me hubiera gustado. Me sequé con una mullida y suave toalla a toda prisa y me vestí con más prisa aún. Antes de hacerlo me hidraté, el cuerpo, con aceite de coco. A ese

pequeño placer soy incapaz de renunciar por muy mal que vaya de tiempo. Pasé las manos, aún untadas de aceite, por mi pelo.

Un pantalón vaquero pitillo, una camiseta básica de color blanco y una cazadora de cuero negra, fue el atuendo que elegí ese día para ir a trabajar. Me calcé mis zapatillas Adidas y salí por la puerta de los vestuarios a la carrera. Me solté la coleta con la que había tenido recogido el pelo, y sacudí la cabeza hacia adelante para alborotarlo con los dedos y darle más volumen a mis indomables rizos. Crucé el corredor, como si no hubiera un mañana, esquivando y saludando a los compañeros con los que me cruzaba, hasta llegar a la salida del hospital. Paré en el puesto de café y bocadillos de la entrada del hospital, y saludé a Jo, la chica que suele estar en él. Le pedí un café solo con canela y un sándwich vegetal, todo para llevar. Le pagué a toda prisa, y corrí una vez más para llegar hasta mi plaza de parking, mientras engullía el sándwich. Eran cerca de las seis de la tarde y aquello era lo primero que mi estómago acogía desde que había desayunado a las siete de la mañana.

Conseguí llegar hasta el coche y me sentí aliviada al sentarme dentro de él.

2

Sully

Entré el bar de Holly, el lugar donde debía encontrarme con Rachel y Mía, para celebrar el CONCLAVE.

Debo aclarar que, por norma casi general, dicho encuentro suele celebrarse en casa de la convocante. Lo que implica preparar un picoteo para cenar, tener un par de botellas de vino, y algunas cervezas puestas a enfriar y además tener preparada, al menos, una tonelada de helado de pistacho y chocolate. Pero ese viernes estaba cansada y tampoco había tenido tiempo de preparar, a conciencia, la reunión. Por lo que decidí que lo mejor era convocarla en el bar de Holly. Un bar que considero como mi casa. Pero eso os lo cuento más adelante.

Me dirigí hasta al final de la barra. Me apoyé sobre ella y me incliné para darle un par de besos a Holly. Ella dio un tirón de mí para atraerme hasta sus brazos y envolverme entre ellos.

—Enhorabuena cariño. Me alegro tanto de tu ascenso —dijo con la emoción marcada en su tono de voz.

Holly y yo mantenemos una relación muy especial, desde que yo era tan solo una niña. Holly ha sido y sigue siendo una especie de madre para mí, por lo que ya le había puesto al día sobre mi inminente nombramiento. Pero mi historia con Holly os la cuento más adelante.

—Os he reservado la mesa de siempre —anotó Holly mientras cortaba unas rodajas de limón.

Le di las gracias y dirigí la mirada hacia el rincón donde estaba situada la mesa. Comprobé que ni Rachel, ni Mia habían llegado.

—¿Cerveza? —me preguntó Holly.

Asentí y enfilé mis pasos hacia la mesa con ella en la mano. Me senté a esperar lanzando un suspirito de desahogo y bebí un trago largo. Rachel llegó a la hora en punto y Mía lo hizo cinco minutos después.

—Más vale que tengas una buena razón para habernos convocado justo en mi hora de gimnasio —protestó Rachel.

Se dejó caer sobre una silla. Apoyó la espalda en el respaldo y se

cruzó de brazos.

—Rachel…—le recriminó Mía sus protestas, mientras se sentaba en otra silla, de manera lenta y elegante. Cruzó sus largas y estilizadas piernas. Apoyó un codo sobre la mesa y el rostro sobre una mano para fijar su mirada en mí.

Rachel y Mía son dos polos opuestos. Rachel es una bomba de relojería, siempre a punto de estallar. Mia es la calma personificada. Y en medio de ellas estoy yo. El equilibrio.

—La tengo —respondí de manera firme.

—Te has acostado con alguien —gritó Rachel, con más entusiasmo del que me a mí me hubiese gustado. Mia reaccionó llevándose una mano a la frente y mordiéndose el labio inferior.

—¡¿Eh?! Noooo… —contesté alzando la voz y frunciendo el ceño.

—Pues deberías —bufó Rachel casi como una orden.

—Por Dios Santo, Rachel, déjala que hable —protestó Mía con cierta desesperación. Cambió el cruce de piernas.

–Aunque también creo que deberías plantearte rehacer tu vida, han pasado casi cuatro años desde lo ocurrido con Josh y no has vuelto… —añadió Mía para terminar.

Resoplé como protesta y me cuestioné en qué momento mi vida sexual se había convertido en el centro de la conversación.

—El Jefe Wilson me ha llamado a su despacho —conseguí decir cortando de ese modo la diatriba que Rachel y Mía habían comenzado sobre mi vida sexual.

—¡¡¡Oooohhhh!!! —Exclamó Mía. Se llevó una mano hasta la boca en señal de sorpresa y también de preocupación.

—Desembucha —me ordenó Rachel, después de dar un trago del botellín de cerveza que sostenía entre sus manos.

Tanto Rachel como Mía, saben lo que ya os he contado hace tan solo un momento. Solo existen dos motivos para que el Jefe Wilson te haga llamar a su despacho.

Hice una pausa para alargar su incertidumbre. Ambas me azuzaron para que hablara. Le di un trago a la cerveza y me relamí los labios. Me encanta tenerlas pendiente de mí.

—Van a nombrarme Jefa del Servicio Trasplantes —dije alzando la

voz para hacerme oír y centrar toda su atención sobre mí. Y por supuesto para que dejaran de pensar en mi vida sexual. Porque a pesar de haber conseguido captar su atención sabía que sus mentes calenturientas sobre todo la de Rachel, seguían divagando sobre ello.

 –¡NO! —exclamaron las dos a la vez.

-¡¡SI!! —contesté.

Alcé el botellín de cerveza para iniciar un brindis improvisado. Mía se levantó de su silla y me abrazó tan fuerte que por un instante me hizo pensar en la posibilidad de morir asfixiada entre sus brazos.

–Me alegro mucho por ti. Te lo mereces, tanto.–Su voz denotó emoción–.Ya es hora de que empiecen a pasarte cosas buenas. Estoy muy, muy…, pero que muy orgullosa de ti —sentenció junto a mi oído y apretando un poco más, si cabe, su abrazo.

–Gracias —logré decir tras coger aire, y después de deshacerme de su abrazo para no morir asfixiada.

–Es una de las mejores noticias que podrías darnos. Eso hay que celebrarlo —gritó Rachel.

Se levantó de su asiento y alzó una mano para llamar la atención de Holly.

–Tres cervezas y tres chupitos de bourbon —le pidió.

Aquello comenzaba a desmadrarse.

–¡¡Vaya!! —exclamó Holly sorprendida.

Ella sabe que tomar chupitos no es algo habitual entre nosotras y mucho menos en mí. No me gusta pasarme con el alcohol. Mi límite son tres cervezas y tomar chupitos es algo totalmente excepcional. Pero la ocasión lo merecía.

Holly no pudo reprimir las ganas de abrazarme una vez más.

–Qué orgullosa estoy de ti. Siempre supe que llegarías lejos. Tu constancia y tu trabajo al fin han tenido su recompensa.

Apretó fuerte su abrazo. Acurruqué mi cabeza en su pecho y ella la acarició.

—Gracias por tanto, Holly —le dije agradecida de verdad.

–Holly, marchando tres cervezas. Y tres chupitos o cuatro si quieres unirte a nosotras —exigió Rachel.

Rachel puede ser muy impaciente en ciertas ocasiones. Y esa era

precisamente una de ellas. Holly se cuadró frente a ella, esbozó una enorme sonrisa y le hizo el saludo militar antes de girarse para ir hasta la barra a buscar las bebidas. Ese gesto hizo que tanto Rachel, como Mia y yo riéramos a carcajadas.

Dos cervezas y un chupito después Mía anunció que tenía tres pases VIP, para asistir a uno de los palcos del T-MOBILE PARK, el estadio de LOS MARINERS, y ver el partido que el equipo iba a disputar contra LOS ANGELS, el domingo. Ambos equipos, a falta de un par de jornadas, se jugaban la liga y las entradas estaban agotadas desde hacía semanas.

Mía es abogada y trabaja en un reputado despacho de abogados de Seattle que gestiona el departamento legal de LOS MARINERS, por eso en ciertas ocasiones Mia dispone de entradas para ver algún partido.

—Hablamos para organizarnos —sugerí.

—Yo no puedo ir —se quejó Rachel, haciendo pucheros con la boca —. Tengo doble turno el fin de semana.

Rachel forma parte del cuerpo de bomberos de Seattle. Entró a formar parte de él, con tan solo veinte años de edad y siguiendo los pasos de su padre, el Capitán Smith. Rachel hizo su sueño realidad y se convirtió en una de las primeras mujeres en entrar a formar parte de dicho cuerpo en la ciudad. Además comparte trabajo, con Taylor, su marido.

Taylor y Rachel comenzaron a salir, cuando aún estábamos en el instituto. Y juntos hicieron realidad el sueño ambos compartían. Ser bomberos. Pero de todos ellos os hablaré más adelante.

—Proponérselo a Taylor. Él sale de turno el domingo por la mañana. Estará encantado de ir, aunque lo haga sin haber dormido —sugirió Rachel

Me ofrecí yo misma a llamarlo.

Taylor además de ser el marido de mi mejor amiga, es mi mejor amigo. Entre nosotros existe un vínculo especial.

—Perfecto. Pues entonces nos vemos el domingo. Hablamos —dijo Mía.

Nos despedimos con un par de besos en la puerta del bar de Holly. Antes y en su interior, ya lo habíamos hecho de ella. Rachel y Mía lo

hicieron con un hasta pronto y yo con un hasta mañana.

Los sábados en los que no trabajo, solemos pasar el día juntas. Nos gusta desayunar en el Fremont Coffee, un café a tan solo un par de manzanas de distancia de mi casa y después pasar el resto del día en el Rainbow House. El hogar infantil donde ambas colaboramos, como voluntarias. Un lugar muy especial tanto para ella como para mí.

Allí fue donde nuestras vidas se cruzaron para después continuar por el mismo camino.

3

Sully

Salí del bar y me dirigí hasta el coche. Lo puse en marcha. Apagué la música que saltó nada más encender el contacto. Conduje en silencio hasta la puerta del edificio donde tengo mi pequeño apartamento mientras asimilaba todo lo que me había ocurrido ese día. Mi trabajo y mi esfuerzo, al fin, se veían recompensados al nombrarme Jefa del Servicio de Trasplantes. No había sido fácil llegar hasta allí.

No he tenido, precisamente, una vida fácil. Ser mujer, afroamericana y además huérfana hace que todo sea mucho más complicado. Pero a pesar de todos los obstáculos que he ido encontrando a lo largo de mis treinta y seis años de vida, he conseguido sortearlos todos, o más bien casi todos, para llegar a donde estoy y poder sentirme orgullosa de mí misma.

Tras dar varias vueltas a la manzana, conseguí aparcar no muy lejos de casa. Cuando llegué al portal busqué las llaves en el fondo de mi bolso, no sin antes revolver todo el interior. Y subí la cuarta planta por las escaleras aprovechando para hacer algo de deporte. Algo que no siempre puedo hacer debido a los complicados horarios de trabajo.

Entre mis hobbies está salir a correr, deporte que practico desde que era una niña y gracias al cual conseguí una beca completa para estudiar medicina en la Universidad Estatal de Washington.

Abrí la puerta de casa y entré anunciando mi llegada, como si alguien fuese a escucharme. Una costumbre bastante estúpida, pero que me hace sentir menos sola cuando cierro la puerta tras de mí.

—Cualquier día entro en tu casa para esperarte y responderte cuando saludes a la nada —ha amenazado Rachel, alguna vez, conocedora de mi costumbre. Confieso que solo de pensarlo siento que me muero del susto.

Suspiré aliviada, al comprobar que aquella noche, tampoco había llevado a cabo su idea. Conociéndola, sé que antes o después cumplirá su amenaza. Se me aceleró el corazón.

Mi apartamento no es demasiado grande, diría que es más bien pequeño. Pero para mí sola no necesito mucho más. Me gusta porque

está ubicado en un buen barrio, concretamente en el de *Fremont*, uno de los barrios más bonitos y acogedores de Seattle, y también el más bohemio de todos. En él se concentran un gran número de artistas, pintores, escritores, malabaristas, y entre todos ellos… yo… cirujana cardiotorácica y futura Jefa del Servicio de Trasplantes de un hospital estatal.

Es un apartamento céntrico, con mucha luz y no está demasiado lejos de mi lugar de trabajo, apenas quince minutos en coche. Esto último fue lo que más me animó en la decisión final para mudarme a él.

Me despojé de la cazadora y la colgué en el perchero que tengo en el recibidor, junto a un espejo que está apoyado sobre la pared, y dejé las llaves en un pequeño cuenco, hecho a mano, que tengo sobre una mesita de madera y cristal. Ambas cosas las compré en una de mis visitas al *Fremont Market*, el mercadillo dominical que se celebra en el barrio y al que voy siempre que puedo. Sobre la mesa, además de aquel pequeño cuenco, reposa un jarrón en el que suelo colocar flores frescas, concretamente, margaritas amarillas. Mis favoritas.

Saqué el teléfono móvil del bolso y lo dejé sobre la mesa de centro del salón. Mesa en la que apilo algunas revistas de medicina. Muchas de ellas leídas, otras por leer. Mi preferida de todas ellas, **MEDICAL LIFE**. Una publicación mensual, que suele contar con artículos y trabajos muy interesantes, y que en algunas ocasiones cuenta con la colaboración de A. O´Connor. Sus reportajes se caracterizan por ser diferentes y humanos. Muy humanos. Además, de leer sus artículos, sigo su blog y su Instagram. En ellos suele contar su día a día, de los viajes que lleva a cabo tanto por trabajo, como por placer. Sobre su figura se cierne cierto misterio, nadie, o casi nadie, sabe quién es en realidad. Se cuida mucho de no mostrar datos, ni fotografías suyas. Ese detalle, lo hace mucho más interesante. Se especula, si es un hombre o una mujer quien está detrás de esa inicial.

En el salón, además de la mesa de centro, tengo un sofá de color blanco, de tres plazas, adornado con algunos cojines de colores que Holly me regaló hace algún tiempo. Una televisión de plasma colgada en la pared, no es que tenga demasiado tiempo para ver la televisión.

Pero fueron Mía y Rachel quienes me convencieron para comprar una alegando que: «una casa sin televisión es una casa desangelada». Palabras textuales. Así que les hice caso, la compré y me ahorré la discusión con ellas. A veces pueden ser muy pesadas e insistentes.

Una estantería, de pared a pared, llena de libros de todo tipo y que al igual que las revistas médicas, muchos de ellos, también esperan su turno de lectura. Algunos marcos con fotos, alguna que otra figurilla de las muchas que compro a los artistas locales del barrio y un tocadiscos portátil, de color verde, en los que suelo escuchar los discos de vinilo que tengo de Elvis Presley. Discos que he ido comprando en diferentes ferias de discos, y también en algunas de las pocas tiendas físicas que todavía quedan.

Pero lo mejor de ese salón y también del apartamento, son los ventanales que adornan las paredes y por los cuales entra mucha luz y además me permiten disfrutar de unas vistas maravillosas de Seattle. La *Space Needle* es lo primero que veo al levantarme, y lo últimoantes de acostarme.

Al único dormitorio y por tanto el mío se accede desde el propio salón. Ambas estancias están separadas por un arco que simula una puerta inexistente y en el que he colocado una cortina, hecha a mano con infinitas cuentas de colores, de ese modo he conseguido, darle al dormitorio algo de privacidad e intimidad. Es un dormitorio sencillo, amplio y diáfano, con una cama de matrimonio y excesivamente grande para mí. Un armario lleno de ropa que apenas utilizo, porque estoy más tiempo vestida con los pijamas del hospital que con mi propia ropa. Una cómoda sobre la que aún conservo un par de fotos. En las cuales Josh y yo sonreímos. Fotos que fueron tomadas durante alguna de nuestras escapadas de fin de semana, cuando todavía éramos residentes y teníamos tiempo para hacer viajes, aunque fueran cortos. Y por último un par de mesillas, a ambos lados de la cama, en las que lucen sendas lamparitas de lava de color anaranjado, que mantienen iluminada la estancia a cualquier hora del día. Dentro del dormitorio, un pequeño y bien aprovechado cuarto de baño. Cuenta con una ducha, un lavabo y un inodoro, lo justo para mantener una higiene diaria sin problemas. También un armario con toallas limpias

y mullidas. El resto del mobiliario lo componen un espejo colgado junto al lavabo y una estantería donde acumulo cremas y productos de maquillaje que apenas utilizo.

Después de responder a algunos mensajes y hablar con Randal busqué en el armario algo cómodo que ponerme para estar en casa. Elegí un pantalón de algodón de color gris y una de las pocas sudaderas que aún conservo de Josh, mi prometido. Con el cual compartí casa y vida hasta hace casi cuatro años. Muchas de sus cosas las guardé, o más debería decir que las escondí entre las mías, durante la mudanza y antes de que Rachel, Mía y Holly se deshicieran de ellas. No quería que todo lo que tenía de él terminara por desaparecer. No quedarme con algo suyo habría sido como desterrarlo para siempre de mi cabeza y también de mi vida. Aunque de esto último estoy completamente segura de que jamás ocurrirá.

No puede y no debe ocurrir.

Antes de ponerme la sudadera la llevé hasta mi nariz, en una especie de acto reflejo. Cerré los ojos y aspiré su olor, en un intento de impregnarme del aroma que desprendía Josh. Pero después de casi cuatro años, aquella sudadera ya no olía a él. Su olor, como otras tantas cosas se había desvanecido.

Esa noche le eché de menos tal vez más que nunca, en mucho tiempo.

Me hubiese gustado abrir una botella de vino, y celebrar junto a él, todo lo bueno que me había ocurrido. Un nuevo trasplante realizado con éxito y mi próximo nombramiento como Jefa del Servicio.

Sé que se habría alegrado por mí y también que se habría sentido orgulloso. Muy orgulloso. Tras besarme la punta de la nariz habría pronunciado aquella frase que tanta gracia me hacía.

«ERES MI ÍDOLA».

Yo me habría reído de manera tímida y nerviosa después de darle un manotazo como protesta y Josh habría respondido a mi desafío agarrándome mi mano para atraerme hasta él y besarme.

Me limpié a manotazos las lágrimas que habían comenzado a rodar por mis mejillas sin mi permiso y me dirigí hasta la cocina para buscar

algo que cenar, en la nevera. Descubrí que aun tenía un trozo de la lasaña, de calabaza y espinacas, que Holly me había llevado al hospital hacía un par de días.

Es bastante habitual que se presente allí, con una cesta llena de distintos guisos caseros que ella misma elabora y que por lo general comparte conmigo y yo de paso lo hago con mis compañeros, todo hay que decirlo. Adoro a esa mujer. Y ellos también.

La calenté en el microondas y me serví una copa de vino. Lo dispuse todo sobre una bandeja que llevé hasta el salón y la dejé sobre la mesita de centro. Elegí al azar un disco de Elvis y lo coloqué en el tocadiscos. *"Can´t Help Falling In Love"* comenzó a sonar al mismo tiempo que me llevaba el primer bocado de lasaña hasta la boca. Y con esa melodía en mi cabeza, perdí el apetito al recordar que Josh y yo solíamos bailar esa canción.

Me acurruqué en el sofá echa un ovillo y me cubrí con la manta que solía tener a mano, colocada en el respaldo. Por un momento, pensé que incluso Elvis se había propuesto hacerme recordar a Josh más de lo que me gustaría y también más de lo que quisiera. Al menos esa noche.

Alex

Revisé por última vez el artículo que acababa de escribir antes de enviárselo a Wallace por correo electrónico. La voz de Elvis Presley, cantando *"Suspicius Mind"*, me acompañaba desde la PLAYLIST que tengo instalada en el ordenador portátil.

Escuchar a Elvis me relaja. Es como si tuviera una especie de poder sobrenatural en mí, y siempre me trae buenos recuerdos de épocas mejores de mi vida. Desde hace casi cuatro años intento que también forme parte de la banda sonora de mi nueva vida.

Era viernes por la tarde y aunque tenía de plazo hasta el miércoles, de la siguiente semana, para entregárselo a Wallace, el editor de **MEDICAL LIFE**, revista para la cual trabajo en ocasiones puntuales, pensé que lo mejor era quitarme trabajo de en medio, aunque el fin de semana estuviera a punto de comenzar.

Para **MEDICAL LIFE** solo trabajo si el tema me interesa y me apasiona, tanto, como para trabajar duro en él y también lo hago porque Wallace, su editor, es mi mejor amigo.

Hace tiempo, concretamente casi cuatro años, que decidí hacer en la vida aquello que de verdad me haga feliz. Afortunadamente puedo permitirme el lujo de rechazar algunos trabajos y solo aceptar aquellos que de verdad logran captar mi atención y despertar mi entusiasmo.

Mi último trabajo, ese en el cual trabajaba aquella tarde, me había llevado hasta Irak. Había viajado junto a un equipo de médicos, de diferentes hospitales de Seattle, cuya misión era enseñar distintas técnicas quirúrgicas con pocos recursos a médicos iraquíes. Mi trabajo había consistido en seguir día a día su trabajo allí. Como una especie de diario.

Terminé de revisarlo, le di a enviar y cerré el ordenador. Busqué el teléfono móvil, bajo los papeles que abarrotaban mi mesa de trabajo, para enviarle a Wallace una nota de voz, a través de la aplicación de mensajería y avisarle de que ya lo tenía en su bandeja de correo. Y de paso recordarle que debía llamarme y ponernos de acuerdo para revisar y elegir juntos las fotografías que acompañarían a dicho artículo. Esa era la última parte del trabajo y en cuanto la terminara

tenía pensado tomarme un tiempo de descanso.

Desde hacía tiempo tenía en mente llevar a cabo la *Ruta66* sobre el lomo de mi *Harley Super Glide* del 71. Llevaba organizando aquel viaje desde hacía algunos meses y tras mi experiencia en Irak estaba seguro de que había llegado el momento de llevarla a cabo.

Dejé el ordenador en modo descanso, nunca lo apago, es una manía como otra cualquiera. Me guardé el teléfono móvil en uno de los bolsillos traseros de mi pantalón vaquero. Wallace no es de los que envían mensajes de textos, ni tampoco notas de voz, él es de los que directamente llama, y de los que insiste si no respondes a la primera llamada.

Bajé descalzo los diez escalones que separan la buhardilla que tengo habilitada como despacho para llegar hasta la planta baja de mi casa. Necesitaba tumbarme un rato en el sofá. La espalda me estaba matando, después de pasar casi todo el día sentado frente al ordenador, trabajando en aquel artículo. Pero Chucho, mi perro, tenía otros planes. Nada más echarme sobre el sofá saltó sobre mí y con un par de lametones en la cara me convenció para salir a dar un paseo. No me hice de rogar demasiado, en realidad también me apetecía salir a tomar el aire. Así que me levanté del sofá y le coloqué la correa que él mismo había dejado en el suelo antes de saltar sobre mí.

Me puse una sudadera sobre la camiseta de manga corta que ya tenía puesta, decidí no cambiarme el pantalón, uno de algodón en color negro. Me calcé las zapatillas de deporte y una gorra de beisbol con el escudo de LOS MARINERS.

Cuando terminé de vestirme Chucho ya me esperaba junto a la puerta. Cogí las llaves del cuenco que tengo sobre la mesita de madera y cristal, justo al lado de la puerta y abrí para salir directamente al muelle. Sí, habéis leído bien, al muelle. Vivo en una pequeña casa flotante en el barrio de *Lake Union* de Seattle. Un barrio en el que es bastante habitual vivir en ese tipo de viviendas o bien en barcos, es una forma de vida como otra cualquiera.

Hace algo menos de cuatro años que he cambiado mi adosado familiar, a las afueras de la ciudad, por esta pequeña y acogedora casa de dos plantas. En la primera de ellas un salón con cocina americana y

un espacioso y luminoso dormitorio con cuarto de baño incluido. Pero lo mejor, de la vivienda, está en la parte de arriba, una buhardilla acristalada que he acondicionado como zona de trabajo y de lectura y una pequeña terraza donde disfruto de los días soleados cuando el lluvioso clima de Seattle nos da una tregua.

A Chucho, mi perro, lo encontré, hace unos meses. Deambulaba por el muelle, sin collar y sin rumbo fijo, así que supuse que había sido abandonado o tal vez que no era más que un perro callejero. No presentaba muy buen aspecto. Estaba sucio, sediento, hambriento y con tanto miedo reflejado en sus ojos que no pude evitar cogerlo en brazos y llevármelo a casa. Una vez allí le di un poco de agua y algo de comida, gestos que, por cierto, él me agradeció con un par de lametazos en la cara y que hicieron que ya no quisiera separarme de él nunca más. Desde entonces y tras hacer las pertinentes averiguaciones y gestiones para poder quedarme con él nos hicimos compañeros de viaje y también de vida.

El teléfono móvil vibró en mi trasero, me llevé la mano hasta el bolsillo para sacarlo y comprobar de quien era la llamada. Sonreí al ver que era Wallace. Él siempre tan predecible.

Wallace además de ser todo lo que os he contado sobre él, es algo así como un hermano. Nos conocemos desde niños y a pesar de no compartir la misma sangre, ninguno de los dos alberga ningún tipo de duda de que daría la suya por el otro si llegara a darse el caso. Pero más vale que no se dé por lo que pueda pasar, a veces ponemos demasiadas expectativas en las personas y si no las cumplen aparecen las decepciones. No en vano, ambos, ya nos hemos demostrado esa fidelidad mutua en varias ocasiones. Eso sí, ninguno de los dos ha tenido que dar la sangre por el otro.

La última vez que nos demostramos esa amistad fraternal fue tras la pérdida de Susan, mi prometida y su hermana. Aquella experiencia y debido a las circunstancias en las que se dio podría habernos separado, sin embargo, nos unió más aún. Después de lo ocurrido, él continuó a mi lado y yo al suyo. Él se lame sus heridas conmigo y yo lo hago de igual manera con él. Los dos sufrimos una pérdida irreparable. Pero, poco a poco, ambos la vamos superando. Aunque a

mí me persigue la culpa por lo ocurrido. Y esa persecución, os puedo asegurar que, en ocasiones se hace agotadora.

Respondí a la llamada al segundo tono. Aunque, sinceramente, estuve tentado de no hacerlo para que, así tuviera que volver llamar y cabrearlo un poco, al pensar que no estaba lo suficientemente atento al teléfono sabiendo que él iba a llamarme. Wallace es de lo que en ocasiones piensa que el mundo gira alrededor suyo. Preferí no arriesgarme, no sabía cómo estaría su sentido del humor un viernes por la tarde y con el cierre del siguiente número de **MEDICAL LIFE** tan cercano. Cuando el cierre del número mensual se acerca Wallace se vuelve bastante irascible y porque no decirlo también bastante insoportable, por lo que es mejor no tentar a la suerte.

Si Wallace estaba de mal humor en ese momento, sin duda alguna pagaría su enfado conmigo aunque no fuera culpable de nada. Ya sabéis el dicho: *“donde hay confianza da asco”*, y en nuestro caso ese refrán puede aplicarse al pie de la letra.

—¿Qué pasa Wallace? —pregunté con cierta indiferencia.

Me acerqué hasta uno de los puestos de café callejeros que hay junto al muelle. Pedí un descafeinado con canela.

—Acabo de recibir tú artículo y quiero proponerte algo.

—No acepto proposiciones deshonestas.

Solté una carcajada antes de que Wallace me llamara “Gilipollas” tan alto y claro, desde el otro lado del teléfono que puedo asegurar que toda la gente que había a mi alrededor escuchó su insulto.

—Si no tienes mejores planes, cosa que dudo, te invito esta noche a cenar. Es viernes, tengo ganas de verte, y quiero que me cuentes que tal tu experiencia en Irak. Te espero sobre las ocho en el . Yo invito.

Directo al grano. Wallace no se anda con rodeos. Y a mí, en realidad, me gusta que sea así.

Se me hizo la boca agua al pensar en el marisco fresco de ese restaurante. Uno de los mejores de todo Seattle y también de los más caros. Me senté en un banco para degustar mi descafeinado con canela. Chucho se tumbó a mis pies, y le acaricié la cabeza antes de responder.

—¿Aceptas o no la invitación?

Insistió ante el breve silencio que yo había hecho sin querer. Mi cabeza se había trasladado ya hasta el restaurante e incluso había comenzado a degustar mentalmente alguno de los exquisitos platos que suelen servir en él.

—Sí, claro. A las ocho estaré allí —acepté sin ningún tipo de dudas, tras regresar a la conversación.

—Nos vemos entonces allí en un par de horas y hablamos sobre el artículo, las fotografías, y nos ponemos al día. Si te parece bien.

Me despedí de Wallace con un cordial hasta luego y terminé de beberme mí descafeinado. Comprobé la hora en mi teléfono móvil y regresé a casa para darme una ducha y acicalarme un poco para la cena, la ocasión lo merecía. A pesar de las protestas de Chucho, el paseo le había resultado demasiado corto, regresamos a casa. Le quité la correa y entré en la habitación para desnudarme y ducharme. Me recreé bajo el chorro de agua templada alrededor de diez minutos, quizás alguno más. Salí de la ducha y me envolví una toalla alrededor de la cintura. Me coloqué frente al espejo que hay colgado sobre el lavabo y observé la cicatriz de mi pecho. Esa que me recuerda a diario lo ocurrido hace casi cuatro años.

Desvié la mirada hacia mi barba. Hacía al menos tres días que no me afeitaba y dudé sobre si debía hacerlo o no. Tras pasarme varias veces una mano por el mentón decidí que estaba perfecta. Rescaté el bote de fijador, de una balda y derramé un poco sobre la palma de una mano, y la froté con la otra para después pasar ambas sobre mi pelo y peinarme con los dedos.

Salí del cuarto de baño, aún envuelto en la toalla. Comprobé los recipientes de agua y comida de Chucho. Los rellené y regresé de nuevo hasta el dormitorio para vestirme.

Abrí el armario y busqué en su interior algo decente que ponerme. Recordé que todavía debía conservar algún traje de chaqueta y también alguna camisa de cuando trabajaba, como redactor jefe, en el **THE SEATTLE TIMES** y era requisito imprescindible acudir diariamente a la oficina vestido de manera formal. Aquellos días pasaron a la historia hace algún tiempo.

Entre vaqueros, camisetas y sudaderas encontré un pantalón de

corte chino de color beige, una camisa azul de tejido Oxford y una americana azul marino. «Perfecto» pensé, mientras buscaba unas zapatillas Adidas, del mismo color que la americana, en el zapatero. Por supuesto la idea de ponerme corbata estaba más que descartada, aunque estaba casi seguro de que Wallace, a pesar de ser viernes y que la cena era conmigo, acudiría perfecta e impolutamente vestido para la ocasión.

Me vestí y comprobé mi aspecto en el espejo de pie que tengo colocado junto a la puerta de entrada de casa. Comprobé que llevaba encima el teléfono móvil, palpándome los bolsillos del pantalón y después los de la americana, lo noté en una de ellos. Me despedí de Chucho con una caricia sobre su cabeza. Cogí las llaves y cerré la puerta para salir de nuevo directamente al muelle.

Antes de dirigirme hasta el restaurante pasé a comprobar que mi *Harley* seguía aparcada donde la había dejado hacía un par de días y que además estaba en buen estado. *Lake Union* se caracteriza por su tranquilidad y además los residentes de la zona disponemos de aparcamientos privados, pero esa moto se merece que la mime y también que cuide de ella.

5
Alex

Disfruté del paseo hasta la puerta del restaurante que por cierto no queda lejos de casa. La noche invitaba a caminar, por lo que decidí dar un rodeo hasta llegar a él. Había salido con bastante antelación precisamente para disfrutar del ambiente de fin de semana que podía respirarse en la ciudad.

No sé si a vosotros os ocurre igual. Pero yo creo que las ciudades, desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde, lucen diferentes y también huelen de distinta manera al resto de los días. Todo se vuelve más tranquilo, no hay prisas por llegar al trabajo y tampoco por regresar a casa.

Me asomé al interior del restaurante, sin llegar a entrar en él, para comprobar si Wallace ya me esperaba dentro. Tras pegar mi cara a una de las enormes cristaleras que dan a la calle y hacer un pequeño barrido por todo el interior del local comprobé que aún no había llegado. Miré la hora en mi teléfono móvil, faltaban cinco minutos para que fueran las ocho de la tarde. Siempre he sido de los que me gusta llegar con algo de antelación a las citas. Prefiero esperar a que me esperen. Wallace sin embargo llegaría puntual, ni un minuto antes ni tampoco uno después de la hora establecida.

Son muchas las veces en las que pienso que Wallace se equivocó de lugar al nacer. Creo firmemente, que debería haberlo hecho en algún lugar de Inglaterra. Que Wallace sea tan correcto a la hora de vestir y comportarse, tan meticuloso con los horarios, y los plazos me ha servido en numerosas ocasiones para bromear con él y advertirle que en algún momento de su vida debió ser poseído por un Lord inglés. Broma que, debo admitir, nunca es de su agrado.

A las ocho en punto escuché mi nombre. Me giré y ahí estaba él, tan puntual como el mismísimo *Big Ben.* Nos fundimos en un fuerte y sentido abrazo. Uno de esos que incluyen dos o tres palmadas sobre la espalda. Las de Wallace, fueron tan efusivas que, me hicieron toser un par de veces.

—Me alegro de verte Alex —dijo acompañando a la última

palmada sobre mi espalda.

—Yo también, me alegro de hacerlo, Wallace —respondí separándome de él.

Admito que lo hice antes de que continuara dándome golpes sobre la espalda y terminara atragantado. Vosotros sabéis tan bien como yo, que si uno de los dos no toma la iniciativa de parar las palmaditas, el abrazo puede alargarse más de lo debido. Y ese momento tan emocionante puede convertirse en uno bastante incómodo y molesto, sobre todo por parte de quien recibe dichas palmadas.

Wallace empujó la puerta del restaurante para entrar. Le seguí. Un camarero se acercó hasta nosotros para confirmar la reserva y nos acompañó hasta la mesa que nos habían asignado. Una colocada junto a una de las cristaleras que dan al muelle, que a esas horas de la noche ya estaba iluminado y sin duda mostraba unas espectaculares vistas de la bahía.

Nos acomodamos en nuestras respectivas sillas, el camarero nos dejó las cartas, y tomó nota de las bebidas que íbamos a tomar. Una copa de vino blanco para Wallace y agua con gas para mí. No bebo alcohol. El camarero se retiró para que pudiéramos echar un vistazo a las cartas y elegir nuestra cena.

Por cierto, estoy pensando que puede que os parezca un poco aburrido por no beber alcohol y tampoco café. Os aviso que tampoco como carne. No me gusta abusar de los fritos y tampoco de las grasas saturadas. Llevo una dieta bastante estricta siempre que puedo, pero todo tiene un motivo que descubriréis a su debido tiempo. Por el momento no voy a adelantaros acontecimientos.

El camarero regresó con las bebidas y tomó nota de lo que habíamos elegido para cenar. Una ensalada, de canónigos, tomatitos cherry y cangrejo, para compartir. Langosta a la plancha para Wallace y un besugo al horno para mí. Los postres los decidiríamos después.

—¿Qué tal te ha ido por Irak? No he leído el artículo completo, lo haré el lunes. Me llegó cuando estaba a punto de salir de la oficina.

Wallace hizo girar el vino dentro de la copa, se la acercó hasta la nariz, cerró los ojos para olerlo y con una calma, casi exasperante, se la llevó hasta los labios para dar un pequeño sorbo.

–Mmmm… excelente —susurró mientras yo disfrutaba de un sorbo de mi agua con gas, antes de comenzar con el relato sobre la experiencia vivida en Irak.

—Acojonante. Ha sido una experiencia increíble de esas que tardaré en olvidar.

Me serví un poco más de agua en la copa y bebí de nuevo, antes de seguir hablando.

—Bueno debería decir que será una de esas experiencias que no olvidaré jamás —aclaré.

Tiré de los puños de la camisa a través de las mangas de la americana. Estaba incómodo con aquel atuendo.

—Puedes quitártela, estamos entre amigos. Yo también lo haré, la jornada laboral ha terminado.

Wallace se aflojó el nudo de la corbata para sacarla por su cabeza. La dobló perfectamente, hasta dejarla de un tamaño propicio para guardarla en el bolsillo de su chaqueta, que también se quitó y colgó del respaldo de su silla con sumo cuidado.

Lo imité. Me quité la americana y la colgué, aunque no lo hice con tanto cuidado como él. Soy poco cuidadoso con ciertas cosas. Me desabroché los puños de la camisa y me arremangué las mangas hasta la altura de los codos. Ahora ya sí empezaba a sentirme más cómodo. Continué con la narración de mi aventura en Irak, tras reclinarme sobre el respaldo de la silla.

—Esa gente no se merece un reportaje de tan solo unas páginas. Todos y cada uno de ellos se merecen un número completo de la revista para que se haga algo de justicia al trabajo que han realizado allí durante dos semanas —dije a modo de protesta.

La experiencia había sido maravillosa y dura a la vez. Y estaba convencido de que con tan solo unas páginas no se podría mostrar todo el trabajo que aquellos médicos habían realizado día y noche. Sin apenas material y en unas condiciones tan malas como difíciles.

Me serví un poco de ensalada en el plato.

—He intentado plasmar en el artículo todo lo que he vivido junto a ellos. Las fotografías que he realizado son espectaculares y sin duda ayudarán a que el artículo sea mucho más vistoso —sentencié.

Por lo general cuando me contratan para realizar un reportaje, no solo lo hacen por mis estudios y experiencia como periodista, lo hacen también como fotógrafo. La fotografía comenzó siendo una mera afición, que finalmente se convirtió en una pasión que me ayuda a completar mi profesión de periodista. Me gusta trabajar solo. No suelo encajar muy bien con la gente. En todas las fotografías que realizo procuro plasmar todo aquello que ven mis ojos, y que sin duda alguna complementan, a la perfección, las palabras que escribo. Ambas cosas suelo hacerlas con mucha pasión por lo que he desarrollado un estilo propio. Un estilo que ha encandilado a muchas revistas y medios de comunicación. Es por ello que no me falta nunca trabajo e incluso, como he dicho antes, me permito rechazar algunos de ellos, y también pasar algún tiempo sin trabajar.

—Cuando las veas, tú mismo podrás comprobar lo que te estoy contando. He pensado que tal vez mañana, por lo mañana, podrías pasar por mi casa para verlas y elegir las que más te gusten. Después te las guardaré en un lápiz USB y así podrás llevártelas a la redacción para trabajar en ellas. Te invito a desayunar. Si te parece bien —le propuse a Wallace.

—Acepto tu invitación. Solo pondré una condición.

—Tú dirás.

—Quiero café de verdad. No soporto esa agua teñida que tomas y a la que tú llamas café. Algo que por cierto me parece insultante que hagas. Por Dios, llamar café a eso que no es más que agua sucia —protestó Wallace.

Solté una carcajada ronca y larga, y después le prometí que tendría café de verdad para él. Escribí una nota mental *«pasar por alguna tienda de esas que están abiertas las veinticuatro horas del día y comprar café para el señorito».*

— ¿Algún deseo más, mi *amo*? —bromeé.

—Ninguno más. Los donuts los llevo yo.

—No tomo azúcar —aclaré, aún sabiendo que él conocía ese detalle.

—Los llevaré para mí. Tú puedes hacerte alguna de tus maravillosas y saludables tostadas.

Volví a reírme.

Wallace cambió el tema de conversación de manera casi radical.

— ¿Tienes algún reportaje a la vista?

Dejó sobre el plato, los cubiertos perfectamente colocados, tras llevarse un bocado de ensalada hasta la boca. Masticó despacio. Cogió la servilleta de su regazo, y se limpió con ella las comisuras de los labios antes de dar un sorbo al vino.

—He rechazado un par de ellos que no me interesan demasiado. La experiencia en Irak ha sido apasionante pero también dura. Muy dura —aclaré—. Por lo que he retomado la idea de hacer la *Ruta66*. La tengo perfectamente organizada desde hace tiempo. Por lo que, casi seguro, la haré en cuanto le des el visto bueno al último reportaje.

Wallace se humedeció los labios y después carraspeó.

Él sabía que el motivo de mi marcha por unos días no tenía nada que ver con lo vivido en Irak. Aquella marcha tenía que ver con Susan.

—Sé lo que vas a decirme. Que una vez más estoy huyendo y te diré que no voy a desmentir lo que piensas. Me voy porque sigo sin soportar estar cerca de esta ciudad cuando se acerca el aniversario de su muerte.

En unas semanas se cumplirían cuatro años de la muerte de Susan, mi prometida y hermana de Wallace. Y como ya he dicho no soporto, la idea de estar en Seattle cuando llega esa maldita fecha.

El primer aniversario coincidió con un reportaje que tuve que realizar como fotógrafo para una revista de moda en Los Ángeles. Un trabajo que no me interesaba y que como podréis imaginar no me entusiasmaba. Pero fue la excusa perfecta para desaparecer esos días y mantener mi cabeza ocupada en otra cosa que no fuera aquel maldito accidente en el que Susan perdió la vida. Por supuesto no conseguí que mi mente desterrara aquella fecha de su interior, pero al menos pude pasar el día ocupado en otras cosas que no fueran maldecir mi suerte por perderla, y la sensación de culpabilidad estuvo algo menos latente. El resto de aniversarios los he pasado deambulando por el mundo y lejos de Seattle. Porque en realidad ese es el propósito final.

—Yo también la echo de menos —confesó Wallace tras hacer un breve silencio ante mi pequeña diatriba, con la que pretendía justificar

mi comportamiento en una fecha tan importante.

—La sigo echando de menos cada segundo de mi vida y también sigo pensando que yo debería ser quien estuviera enterrado en el cementerio de Tacoma —confesé.

—Sigues culpándote por lo ocurrido, y no, tú no fuiste culpable de nada. Fue un accidente. Un maldito accidente, Alex.

Wallace levantó la voz para recalcar esto último. Di un pequeño respingo sobre mi asiento y pestañeé debido al susto. Wallace no es de lo que suele alterarse y mucho menos en un lugar público.

—Un maldito accidente que le costó la vida a ella en lugar de a mí. Yo era quien conducía aquel coche. Joder.

Apoyé los codos sobre la mesa. Enterré la cabeza entre las manos y dejé que las lágrimas me abarrotaran los ojos. No las dejé salir a pesar de la pugna que mantenían por hacerlo. Ya habría tiempo de llorar a solas cuando estuviese a solas en casa.

Tras tomar el postre, unos buñuelos rellenos de chocolate y nata para Wallace y una macedonia de fruta fresca para mí, salimos del restaurante. Acompañé a Wallace hasta el lugar donde había dejado aparcado su flamante y recién estrenado *Audi A6*. Maldito pijo. Al llegar a él nos despedimos hasta el día siguiente. Tal y como habíamos hablado durante la cena, Wallace vendría a desayunar a casa y revisaríamos las fotografías que había tomado en Irak, para así completar el reportaje.

Regresé a casa, esta vez sin dar rodeos. Mis ánimos habían quedado algo decaídos tras hablar de Susan. Siempre me pasaba igual, era incapaz de superar lo sucedido hacía casi cuatro años. Chucho me recibió saltando sobre mí y con varios lametazos de bienvenida, nada más abrir la puerta. Lo cogí entre mis brazos y le acaricié la cabeza antes de dejarlo en el suelo de nuevo. Su compañía me reconfortaba. Cambié la ropa de calle por un pantalón de pijama de cuadros grises y blancos, una camiseta de manga larga color blanco, y subí descalzo hasta la buhardilla. Abrí el ordenador para escuchar algo de música y disfrutar de las vistas que desde las cristaleras podía divisar de la ciudad de Seattle.

“Can´t Help Falling in Love” comenzó a sonar, cuando el fondo de pantalla del portátil me mostró aquella fotografía con la sonrisa de Susan.

Sully

El sábado me desperté gracias al sonido de mi teléfono móvil, o más bien debería decir que lo hice por su culpa. La noche anterior decidí desconectar la alarma para así despertarme cuando el cuerpo quisiera hacerlo. No tenía demasiada prisa por levantarme. No había quedado con Holly hasta las diez, y sabía que me despertaría con el tiempo suficiente para darme una ducha, tomar un café rápido y vestirme para mi encuentro con ella el *Fremont Coffee*. Sin embargo ese aparato infernal sonó.

Abrí los ojos de manera, brusca, sobresaltada, desubicada, enfadada y dolorida.

Me sobresalté, ya que, al escucharlo lo primero en que pensé fue que me avisaban desde el hospital para informarme sobre algún contratiempo, sufrido por alguno de mis pacientes. Aunque en quien primero pensé, fue en el que había sido trasplantado de corazón hacía tan solo unas horas.

Lo hice desubicada porque me costó reconocer el lugar donde estaba. Fue gracias a la manta que tenía sobre mí por lo que me di cuenta, casi al instante, de que estaba en casa. Di un suspirito de alivio. Aunque también me confirmó que a pesar de estar en casa no estaba en la cama. Mi cama. Esto último fue uno de los motivos de mi enfado al percatarme de que en lugar de dormir en la cama lo había hecho sobre el sofá.

El otro motivo de enfado llegó cuando descubrí que aún era de noche. Lo supe porque mi piso es lo bastante luminoso como para que ya entrara luz natural, si fuese de día. Sin embargo la luz que entraba, a través del ventanal, era la de las farolas de la calle.

Gruñí. Más valía que la llamada fuera lo suficientemente urgente como para molestarme siendo aún de noche, y en el primer sábado que tenía libre después de mucho tiempo. Ni siquiera recordaba el último fin de semana que había disfrutado de un descanso.

Rebufé en señal de protesta y también de dolor cuando intenté incorporarme. La postura en la que me había quedado dormida no era precisamente la más adecuada, por lo que mi cuello y mi espalda se

resintieron. Estiré un brazo para alcanzar el teléfono que seguía sonando insistentemente sobre la mesita de centro.

—Doctora Sullivan —respondí con la voz algo pastosa por el sueño y sin ni siquiera comprobar quien me llamaba.

—¿Vas a salir a correr?

Escuché al otro lado del teléfono. De primeras no reconocí la voz.

—¿Quién coño eres? —pregunté inquieta y con cierto tono de cabreo.

—¿De verdad, qué no sabes quién soy?

Negué con la cabeza, como si quien estuviera al otro lado del teléfono pudiese verme. Parecía que a mi interlocutora, porque era una mujer la que me hablaba al otro lado, le apetecía jugar a las adivinanzas a esas horas.

Reaccioné, lanzando un resoplido, cuando la reconocí y me incorporé de inmediato sobre el sofá.

—¡¿Rachel!? —exclamé.

—La misma —respondió ella con cierto ritintín.

—Por el amor de Dios, son las seis menos cuarto de la mañana —protesté—. ¿De verdad crees que es normal llamar a estas horas para preguntarme qué si voy a salir a correr? No me fastidies Rachel —dije con un resoplido.

Me levanté del sofá haciendo gestos de dolor mientras estiraba las piernas. Me dolían tanto o más que el cuello y la espalda. La culpa era mía por haber pasado toda la noche acurrucada en un sofá en el que podría haber dormido completamente estirada. Pero al parecer había preferido quedarme en un rinconcito. Mala idea.

—Lo sé, no son horas de llamar —se disculpó—. Pero también sé que cuando sales a correr sueles hacerlo sobre esta hora, por eso te he llamado. Pensé que hoy también irías. No sabía que estabas dormida.

Lancé un suspiro como respuesta.

–Necesito hablar contigo —continuó diciendo.

Estableció un breve silencio. Después soltó una especie de resoplido. No supe distinguir aquel sonido. Mi mente estaba todavía despertando, y además estaba ocupada en averiguar que partes del cuerpo me dolían y cuáles no.

—¿Está todo bien? —le pregunté preocupada.

Me extrañó que Rachel llamara a esas horas de la mañana para hablar conmigo. Y más aún después de haber estado juntas hacía tan solo unas horas.

—¿No tienes que entrar en tu turno a las siete? —inquirí inquieta.

Silencio.

—¿Ha pasado algo? —insistí.

—¿Vas a salir a correr o no? —respondió con otra pregunta.

Odio que haga eso.

—No has contestado a mis preguntas —protesté.

—¿Puedo ir a tu casa? Puedo llevar café del *Starbucks* y también esos bollitos de arándanos y nueces que tanto te gustan.

—Sigues sin responder a mis preguntas. ¿Está todo bien? ¿Qué ha pasado con tu turno de hoy?

—¿Puedo ir o no?

—Claro que puedes venir, y no hace falta que traigas nada. Me pongo ropa de deporte y salimos a correr. Después si quieres podemos tomarnos un café juntas —sugerí—. Los pastelitos, si te parece, los dejamos para a otro día, porque he quedado más tarde para desayunar con Holly. Te espero en el portal.

—Te espero yo a ti. Porque ya estoy en la puerta —aclaró antes de cortar la llamada.

Su respuesta me sorprendió y me inquietó más aún. Por lo que me apresuré en vestirme con unas mallas, una camiseta y calzarme las zapatillas de correr. Me coloqué la riñonera alrededor de la cintura, para guardar en ella el teléfono móvil y las llaves de casa. Me recogí el pelo en una especie de coleta, lo mejor que pude, mientras bajaba las escaleras saltando los escalones de dos en dos y dándome toda la prisa que mi cuerpo, dolorido por la mala postura en la que había pasado toda la noche, me permitía.

—No voy a repetirte las preguntas que te he hecho, a través del teléfono. Por lo que antes de que decida llamar a la Santa Inquisición, para que te torturen, empieza a contarme que es lo que está pasando. ¿Por qué en lugar de estar camino de tu trabajo estés en la puerta de mi casa? —Así fue como le di los buenos días a Rachel nada más

encontrarme con Rachel.

Ella me esperaba apoyada en su coche, con los brazos cruzados a la altura del pecho, con un tobillo sobre otro y vestida con ropa y zapatillas de deporte. Lista para correr.

Mi amiga ronda el metro ochenta y su complexión es fuerte. Entrena casi a diario para mantener la forma física que le requiere su trabajo. Como ya os conté, pertenece al cuerpo de bomberos de Seattle. En la actualidad, es la Teniente del camión 81 del Parque 21. Y trabaja bajo las órdenes de su padre, el Capitán Smith, quien dirige dicho parque desde hace algunos años. Su tez es morena, debido a los genes hispanos, de su madre. Tiene los ojos color caramelo y llenos de vida. Su pelo es del mismo color que sus ojos, lo lleva largo y algo ondulado y suele llevarlo recogido en una coleta de caballo, incluso cuando no está trabajando. En su defensa alega que es cuestión de comodidad.

Rachel es una de las personas más importantes de mi vida. Ella es esa hermana que nunca tuve. La vida también me negó la posibilidad de tener una hasta que ella apareció en mi vida. Lo hizo el primer día de colegio, para ambas, cuando ninguna de las dos habíamos cumplido los cinco años de edad. Desde entonces nos hicimos inseparables. Y a día de hoy, y treinta y un años después, lo seguimos siendo.

—Buenos días a ti también —rebufó separando su cuerpo del coche.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que hablar conmigo? —cuestioné nada más comenzar a trotar.

—Tenemos que hablar de sexo —respondió de manera contundente y concisa.

Puse los ojos en blanco. Rachel es de las que siempre va directa al grano. En pocas ocasiones se sube por las ramas, o da rodeos para hablar sobre algo.

—¡¿Qué?! —pregunté entre sorprendida y enfadada.

No me podía creer que me hubiese despertado a esas horas de la mañana para hablar precisamente de sexo—. Ya os dejé claro anoche, a ti y a Mía, que mi vida sexual no es de vuestra incumbencia —

protesté.

Hice un amago de darme la vuelta para regresar a casa. Rachel me lo impidió, sujetándome por una muñeca.

—No es sobre tu vida sexual…, es sobre la mía.

Giré la cabeza para fijar mi mirada en la suya. Fruncí el ceño y me paré en seco. Si en ese momento en lugar de ser una persona hubiese sido un coche estaríamos hablando de un frenazo en seco, con derrape incluido. Si hablar sobre mi vida sexual a esas horas, me parecía una mala idea, hablar sobre la de Rachel me parecía aún peor.

—No quiero saber nada de tu vida sexual. No es mi problema.

Alcé las manos y las agité en señal de negación. Hice un nuevo intento de darme la vuelta para regresar a mi casa. Si lo hacía aún podría dormir un par de horas más. No había quedado con Holly hasta las diez de la mañana, por lo que dispondría de tiempo suficiente para descansar en mi cama, y recuperarme del mal cuerpo con el que me había despertado tras mi improvisada noche en el sofá.

—Escúchame joder —protestó, Rachel, alzando la voz.

Apretó el agarre sobre mi muñeca. Rachel, nunca ha sido de las que levantan demasiado la voz para hacerse oír y mucho menos a mí. Por lo que intuí que el tema a tratar era serio y tal vez grave.

—¿Has echado una canita al aire? —pregunté con algo de sorna y cierta ironía.

Rachel resopló como respuesta. Estaba más que segura de que por ahí no iban los tiros. A Rachel no se la habría pasado por la cabeza serle infiel a Taylor. Lo quiere y adora a partes iguales. Al igual que él a ella.

—¡NO! —gritó girándose hacia mí con cara de sorpresa.

Rachel retomó la carrera y yo lo hice con ella.

—¿Entonces…?

—Taylor quiere ser padre.

GLUPS

—Pensé que ese tema estaba más que tratado entre vosotros.

Rachel y Taylor solían dar siempre la misma respuesta cuando alguien les preguntaba *«¿para cuándo los niños?»* Ambos estaban de acuerdo, o al menos lo habían estado hasta ese momento, en que sus

carreras profesionales estaban por encima de todo eso. Ellos no se casaron para tener hijos, lo habían hecho para compartir sus vidas. Pero después de quince años de matrimonio parecía que uno de los dos había cambiado de opinión al respecto.

—¿Y eso?

Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Rachel se encogió de hombros antes de responder que creía que Taylor había caído en la crisis de los cuarenta. Edad que había cumplido hacía tan solo unos meses.

—Debe estar con la *“pitopausia”*. Yo que sé. El caso es que anoche me dijo que un hogar sin hijos es como un campo sin grillos.

Solté una carcajada al escuchar aquello. Por lo del campo sin grillos. El resto del tema me parecía bastante serio.

—¿Y tú que le dijiste?

—Que no estoy preparada para ser madre. Para mí el trabajo es lo primero. Además no quiero ser la responsable de traer una nueva vida al mundo, sabiendo que su padre y yo nos jugamos la nuestra a diario. Me parece una irresponsabilidad.

Rachel piensa y defiende que en ciertas profesiones no es posible plantearse la maternidad y tampoco la paternidad debido a los peligros a los que se enfrentan a diario.

—Bueno tienes como ejemplo a tu padre y a otros compañeros —alegué en defensa de Taylor—. Ellos son padres y siguen vivos. Tal vez a tu padre le haría ilusión tener un nieto o nieta, y disfrutar de él o ella todo lo que no pudo contigo.

—¿Vas a ponerte de parte de Taylor? —inquirió con cierto cabreo.

—No me estoy poniendo de parte de nadie —me defendí—. Solo quiero hacerte ver que no todo es blanco o negro. De una muerte inesperada y repentina ninguno estamos libres. Un día sales a la calle para ir a trabajar o para dar un paseo y no regresas porque una maldita maceta te ha caído en la cabeza, o te ha dado un infarto mientras cruzabas un semáforo.

Rachel resopló.

—Siempre tuvimos claro que lo de los hijos era algo secundario y no estrictamente necesario en nuestra relación —continuó

defendiendo su postura. En eso no podía quitarle la razón.

—Bueno vuestros turnos de trabajo son bastante cómodos. Trabajáis veinticuatro horas y descansáis cuarenta y ocho —le recordé.

Sabía que me estaba metiendo en un terreno pantanoso y Rachel podía replicarme con cualquier salida de tono. Conociendo su carácter me exponía a que me mandara a freír espárragos o tal vez a recogerlos y freírlos después.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que yo no tengo claro si quiero ser madre.

—Tampoco creo que sea una decisión que debas tomar de hoy para mañana.

—Bueno Taylor insinuó que no le gustaría tardar mucho. Ya sabes por lo de la edad y eso… —Puso los ojos en blanco al referirse a esta última parte—. Insinuó que soy mayor…

Me reí a carcajadas. A pesar de que a Taylor no le faltaba razón al pensar aquello. Las mujeres por desgracia en ese aspecto tenemos fecha de caducidad. Si Rachel finalmente decidía ser madre no debía demorarse mucho en hacerlo. Tenía treinta y seis años.

No soy experta en ginecología, pero si sé que a partir de cierta edad es complicado quedarse embarazada y más aún siendo primeriza.

—Por Dios que falta de todo —dije añadiendo un poco de dramatismo a mis palabras. Quise quitar, de ese modo, un poco de hierro al tema que estábamos tratando.

—Eso mismo pensé yo —añadió ella—. Así que anoche lo dejé con un calentó de aúpa. Cuando llegué a casa, tras el CONCLAVE, tenía ganas de jarana.

Soltó una risita de esas que parecen de bruja.

—Rachel…

—Dime…

—No dejes que esto os separe a Taylor y a ti. Habladlo todas las veces que sea necesario, pero procurad que no os distancie —le dije casi en una súplica.

—Lo hablaremos. Te lo prometo.

Me acarició un brazo para tranquilizarme.

Rachel y Taylor son una de esas parejas que casi todos, por no decir todos, admiramos. Se respetan, se quieren y se complementan. La simple idea de pensar que una desavenencia los pudiera separar me erizó la piel.

Antes de despedirnos junto a su coche, Rachel me hizo una última advertencia.

—Ni una palabra de esto a Holly.

—Ni una sola palabra. Prometido.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Cruce mi dedo índice sobre el pulgar y me lo llevé a los labios para besarlos. Ese es un gesto bastante significativo para ambas desde que éramos unas niñas. Rachel soltó una carcajada al verme hacerlo y yo reí con ella.

—No quiero que mi padre se preocupe, por algo que seguro tiene solución.

Estuve de acuerdo en aquello. Me alegré al escuchar que estaba dispuesta a buscar una solución al “problema” o contratiempo que había surgido entre Taylor y ella.

7
Sully

Entré en casa, abrí las cortinas para que los primeros rayos de sol de la mañana iluminaran mi pequeño apartamento, y me dirigí hasta la cocina. Troceé una manzana y unas espinacas, para hacerme un zumo y empezar de ese modo bien la mañana. Me lo serví en un vaso y me lo bebí de un par de tragos, tapándome la nariz. Nunca me ha gustado el sabor de esos zumos o batidos, o como queráis llamarlos. Solo sé que son buenos para desintoxicar el organismo. Por lo que una vez al día, a ser posible por la mañana y en ayunas, me martirizo y castigo tomándome uno. El de aquel día no era tan desagradable como lo son otros. El de repollo y brócoli es sin duda el que menos me gusta, aún así de vez en cuando lo tomo. (Podéis arrugar la nariz. Yo acabo de hacerlo).

Puse la cafetera en marcha para tomarme un café recién hecho en cuanto saliera de la ducha. Sería el primero del día y tras él llegarían algunos más.

Soy casi una adicta a esta bebida, bueno en realidad la mayoría de los habitantes de Seattle lo somos. Por eso no es extraño encontrar numerosos cafés en todos los barrios, además de puestos ambulantes vendiendo esta bebida. No en vano *Starbucks* nació en esta ciudad. Por cierto, el primer local de esta cadena sigue abierto en la calle *Pike*. (Este detalle os lo cuento por si decidís visitar Seattle).

Miré la hora, en el reloj de sobremesa que tengo sobre la encimera de la cocina, para comprobar que tal iba de tiempo. Eran las siete en punto, por lo que tenía tres horas por delante, hasta que llegara la hora de mi encuentro con Holly. Teniendo en cuenta que iría caminando, hasta el *Fremont Coffee* y que no tardaría más de diez minutos en llegar. Sonreí al darme cuenta de que podía permitirme el lujo de disfrutar de una ducha larga y relajada. La cual estaba deseando desde el día anterior por la tarde. Estuve tentada de echarme un rato sobre la cama y dormir al menos una hora, pero me di cuenta de que no era una buena idea. Así que finalmente me decidí por disfrutar de una larga y placentera ducha. De haber tenido bañera

me habría sumergido en ella, sin dudarlo.

«Placeres de la vida venid a mí.» Pensé nada más abrir la mampara. Tras ella me esperaba un chorro de agua tan caliente que hizo que, un principio, me resultara incluso hasta doloroso estar bajo ella. Segundos después ese dolor pasó a convertirse en el mayor de los placeres. Soy de las que se ducha con el agua tan caliente que suelo terminar con la piel algo enrojecida por ello. Sí, ya sé que es malísimo. Podéis regañarme.

Tras quince o veinte minutos, bajo el chorro de agua, abrí la mampara para salir. Me envolví en una toalla blanca y mullida y enrosqué el pelo en una de color azul. Fui hasta la habitación. Me sequé, y me hidraté la piel con aceite de coco, antes de ponerme la ropa interior, un conjunto cómodo de algodón, combinado en gris y negro.

Me vestí con una malla ajustada de vinilo en color negro, una camiseta holgada y sin mangas de color gris, del grupo Nirvana. Antes de salir de casa me pondría una de mis cazadoras de cuero y me calzaría unas botas de caña baja, adornadas con un par de hebillas y con cierto aire motero.

Me serví el café tal y como tenía previsto, y lo degusté mientras hojeaba algunas de las revistas que apilaba sobre la mesita de centro del salón. El resto del café me lo serví en un vaso termo, para ir bebiéndomelo por la calle. Lo de llevar un termo en las manos es, también, habitual entre los que habitamos en esta lluviosa ciudad. Es una especie de prolongación de nuestro cuerpo, o tal vez podría ser considerado como un miembro más.

Comprobé la hora de nuevo. Había terminado justo a tiempo para salir de casa y llegar puntual a mi cita con Holly.

Recordé que la noche anterior no había retirado el disco del tocadiscos, me acerqué hasta la estantería donde estaba colocado y levanté la aguja. Hice lo mismo con el disco, lo limpié, meticulosamente, con una gamuza y lo guardé dentro de su carátula. Lo coloqué sobre la estantería en su lugar correspondiente. Los tengo ordenados por orden alfabético, al igual que los libros. Es mucho más fácil encontrarlos siguiendo este método o manía. Llamadlo como

queráis.

Cogí del perchero la cazadora de cuero, me la puse y comprobé el resultado final en el espejo del recibidor. Me atusé el pelo. Rescaté las llaves del cuenco, cerré y las guardé en la riñonera de cuero negro y hecha a mano que había elegido para llevar mis cosas.

Bajé las escaleras saltando los escalones de dos en dos hasta llegar a la calle. Inspiré para llenar mis pulmones de aire y comencé a caminar dispuesta a disfrutar de mi primer sábado libre después de no sabría decir cuánto tiempo.

Sully

De camino al Fremont Coffee llamé a Randal, mi residente, al cual había dejado al cargo de la vigilancia del paciente que habíamos operado el día anterior para que me informara sobre su estado. No se había puesto en contacto conmigo, tal y como le pedí hiciese en caso de que hubiese algún contratiempo o se produjera algún cambio destacable en él. Que no lo hubiera hecho, hasta el momento, indicaba que todo estaba bien y que se desarrollaba según lo previsto. Aún así preferí interesarme por mi paciente. Me cuesta desconectar por completo del trabajo, por lo que haciendo aquella llamada, me quedaría más tranquila y podría disfrutar de mi fin de semana libre.

Corté la conversación nada más llegar a la puerta del *Fremont Coffee,* y tras confirmar con Randal que todo seguía tal y como teníamos y estaba previsto.

Desde la calle, y a través de la enorme cristalera, pude distinguir la melena larga, rubia y ondulada de Holly, que ya me esperaba dentro, y sentada en nuestra mesa habitual, al fondo del local. Es mi rincón favorito, y ella lo sabe, como tantas otras cosas sobre mí.

Empujé la puerta, para entrar. El tintineo de las campanillas, que colgaban del techo, acompañó mi entrada. Holly se giró al escuchar el sonido y levantó una de sus manos para hacerse ver, imité su gesto y caminé hasta llegar a la mesa. Holly se levantó para darme un abrazo. Iba vestida con un pantalón vaquero pitillo, una camisa con cuadros grises y rojos, tipo leñador, sin abrochar y las mangas arremangadas hasta los codos. Bajo la camisa, llevaba puesta una camiseta básica de color rojo. Unas botas de cowboy de media caña, completaban su atuendo. Holly está más cerca de los sesenta años, que de los cincuenta. Pero debo confesar que nunca he sabido de cierto su edad exacta. Ese es, sin duda, uno de sus secretos mejor guardados. A pesar de ser una mujer madura, sigue manteniendo una figura envidiable y un espíritu tan joven que ya lo quisiera yo para mí, en algunas ocasiones.

Correspondí su abrazo y añadí un beso, gestos habituales entre nosotras. Arrastré una de las sillas para sentarme. Me deshice de la

cazadora y la colgué sobre el respaldo. Apoyé los codos en la mesa y enterré la cara entre las manos. Miré a Holly, con ojitos de cordero degollado e hice un puchero con los labios. Estaba cansada.

—¿Has descansado bien? —preguntó con preocupación y torciendo un poco el gesto.

Mi cara tras la mala noche, el madrugón por culpa de Rachel, y mi afán por no maquillarme, eran motivos suficientes de preocupación para Holly. En un principio asentí a su pregunta, pero finalmente decidí aclarar que no había sido así.

—No demasiado bien—admití—. Me quedé dormida en el sofá hecha un ovillo y la verdad es que me duele todo el cuerpo, ni siquiera la ducha me ha aliviado.

Hice una mueca de dolor y me llevé una mano hasta la nuca. Las, malditas cervicales me estaban matando.

—Además Rachel me ha despertado un poco antes de las seis —aclaré. Solté una especie de quejido.

—¿Y qué quería Rachel a esas horas?

El tono de voz de Holly denotó sorpresa y también algo de intriga. Alzó las cejas.

—Salir a correr —respondí rauda y veloz, y antes de que mi subconsciente me traicionara y hablara más de lo que debía y también más de lo que le había prometido a Rachel que haría. No prometido, no. Se lo había jurado con cruce de dedos y beso, sobre ellos, incluido.

—Tenía entendido que hoy tenía turno en el parque de bomberos. Holly arqueó una ceja.

—Hemos salido antes de que comenzara su tuno.

Me encogí de hombros, quería quitarle importancia a ese hecho.

—Ya… —asculló Holly.

—Necesito un café —resoplé, intentando de ese modo desviar el centro de la conversación. Alcé una mano y le hice una señal a la camarera para que se acercara hasta nuestra mesa.

—¿Está bien? —insistió Holly.

—Sí, claro ¿Por qué no iba a estarlo?

Me miró con cierta reprobación. Es lista y conoce a Rachel casi tan bien como a mí. Por lo que intuía que aquella salida a correr

implicaba algo más que hacer deporte.

La camarera acudió a mi llamada. A punto estuve de darle las gracias por venir tan rápido. Tomó nota de nuestro pedido. Café solo con dos sobres de azúcar y dos tostadas francesas con queso fresco para Holly. Torcí la boca al pensar en la cantidad de azúcar que iba a meterse en el cuerpo. Café solo con canela y un sándwich mixto para mí.

—Tienes los ojos hinchados —observó Holly.

—Ya te he dicho que no he dormido muy bien. Además lo he hecho en el sofá. Es cómodo para un rato…, pero no para pasar la noche entera en él.

Puse los ojos en blanco y me mordí los labios como protesta hacia mí misma. No quería contarle que los tenía así porque, hasta que me quedé dormida, había llorado como una auténtica Magdalena. El recuerdo de Josh se había hecho demasiado latente en el día de ayer y no había podido y tampoco querido, reprimir las lágrimas. Me había pasado todo el día tragándome el nudo que se había formado en mi garganta y cuando llegué casa, finalmente, pude deshacerlo en forma de lágrimas.

—No me mientas, además los tienes irritados. Cuéntame que te pasa Sully. Soy Holly, cariñ, y nunca te has guardado nada para mí.

Extendió sus manos hasta las mías, las puso sobre ellas y las acarició de manera suave. Ese truco por lo general nunca fallaba, cuando era una niña. Un truco que por cierto tuvo que utilizar en numerosas ocasiones.

Holly tenía razón.

9
Sully

Nunca le he escondido nada. Le he contado todo desde que era una niña y no tenía porque empezar, precisamente en ese momento, a ocultarle cosas. Además reconocer que seguía echando de menos a Josh, en algunas ocasiones y después de tanto tiempo, no era ningún delito.

—Sigo echando de menos a Josh, y anoche lo hice más que nunca, en estos casi cuatro años sin él —confesé con los ojos anegados en lágrimas.

Retiré de un manotazo una que se había escapado, sin yo darle permiso, y comenzaba a rodar por mi mejilla izquierda. Holly se inclinó sobre la mesa para acercarse un poco más a mí, manteniendo su agarre en una de mis manos, la apretó fuerte. Muy fuerte.

—Cariño… —susurró.

Solté un hipido.

—Es normal que te acuerdes de él. Estuvisteis muchos años juntos. No es malo reconocer que lo echas de menos. No te avergüences por ello.

Me dijo de manera cariñosa y con ese tono de voz tan suave, que la caracteriza, y que a mí me infunde una enorme paz.

—Sé que él se habría sentido muy orgulloso de ti por lo que estás a punto de conseguir. Ser Jefa del Servicio de Trasplantes del Virginia Mason Hospital es algo muy importante.

Por supuesto que era un orgullo ocupar aquel puesto. Pero también implicaba una gran responsabilidad. El Virginia Mason Hospital se había convertido en un referente estatal en cuanto a trasplantes se refiere. El Doctor Spencer había luchado, muy duro, hasta llegar tener el mejor servicio y ahora todo ese trabajo lo dejaba en mis manos y me asustaba enormemente no estar a la altura. Con Josh a mí lado, todo me habría resultado más fácil, de eso no tenía ninguna duda. Pero hacía mucho tiempo, que me enfrentaba sola a un sinfín de situaciones complicadas y salía victoriosa de ellas. Esta sería una más.

La vida, por suerte o por desgracia, me ha hecho fuerte.

La camarera llegó con nuestros desayunos. Bebí un sorbo de café. Me relamí los labios antes de hablar.

—Seré la primera mujer en afrontar ese puesto. Y todo te lo debo a ti.

Pellizqué una esquina del sándwich y me llevé el pedacito a la boca.

—A mi no me debes nada cariño. Todo lo que has logrado lo has hecho tú sola. Yo solo he estado a tu lado en todas, y cada una de las decisiones que has tomado a lo largo de tu vida. Te he aconsejado y he cuidado de ti, tal y como te prometí que haría. Pero los méritos son solo tuyos —puntualizó Holly de manera firme—. Estoy muy orgullosa de ti —añadió para finalizar.

Bebió un sorbo de café, y después le dio un bocado a una de las tostadas.

Holly me acogió en su casa cuando yo ya había cumplido los dieciséis años. Hasta esa edad había vivido en el Rainbow House. Lugar en el que mi madre biológica, o tal vez mi padre, me abandonó, cuando tan solo contaba con cinco días de vida. Nunca he sabido quien de los dos lo hizo, tal vez lo hicieran juntos. Pero debo confesar, que nunca me ha interesado saberlo. Me dejaron en la puerta de aquel hogar infantil y dentro de una caja de cartón. Envuelta en una manta y con una nota junto a mí. En la cual habían escrito mi fecha de nacimiento y el nombre que habían elegido para mí, Emma. Holly, por aquel entonces, trabajaba como camarera en el bar que hoy es de su propiedad, y solía acudir al centro como voluntaria, siempre que su trabajo se lo permitía. Suele contar, le gusta hacerlo, que se enamoró de mí nada más verme. Mi piel tostada, mi pelo rizado, mis ojos negros como una noche sin luna, una nariz tan pequeña que parecía un pegote sobre mi perfecta carita, unos labios abultados y mullidos y unos mofletes de los que invitan a pellizcar cada segundo, fueron los argumentos y motivos que Holly encontró para estar conmigo, casi todo el tiempo que ella pasaba en el Rainbow House. Mi adopción, por su parte sin embargo, se presentó bastante complicada. Holly estaba soltera y su vida no era demasiado estable por aquel entonces, a pesar de tener un trabajo y una casa. Tras varios intentos, todos ellos

fallidos, decidió rendirse muy a su pesar. Pero la vida quería que ambas estuviéramos juntas.

Aunque son muchas las parejas que optan para convertirse en padres adoptivos o de acogida, cada día, en la ciudad de Seattle. Por aquel entonces ninguna de ellas se interesó en mí.

Al cumplir los dieciséis años me vi obligada a abandonar la que había sido mi casa hasta entonces. El lugar que yo había considerado mi hogar, el Rainbow House. A esa edad el Estado decide darte una patada, en el culo. Sí, habéis leído bien. A su parecer, ya tienes edad legal para trabajar, y según parece, también eres lo suficientemente mayor y madura como para cuidar de ti misma. Cuando eso ocurrió Holly ya era la propietaria del bar. El antiguo dueño se había jubilado y había llegado a un acuerdo con ella para vendérselo. Me ofreció trabajo para los fines de semana y también un techo bajo el que poder dormir. Su generosidad la llevó a ofrecerme el mismo techo bajo el que ella dormía cada noche. Holly me abrió las puertas de su casa y la convirtió también en la mía. Lo hizo el día de mi dieciséis cumpleaños, y tras soplar las velas de la tarta. Ella fue la última en darme mi regalo. Un regalo que sin duda fue el mejor.

Me entregó un sobre. Dentro de él, encontré unas llaves y una escueta nota escrita de su puño y letra.

***"Mi casa es tú casa, a partir de ahora. Siempre y cuando tú quieras, que así sea. Siempre has sido mi niña y siempre lo serás.
Te quiero Holly."***

Salté sobre ella nada más leerla y le repetí varias veces, al oído, que si quería irme a vivir con ella. ¿Cómo no iba a querer hacerlo si Holly era lo mejor que me había pasado en la vida? Cuando terminó la fiesta de cumpleaños, recogí las cosas de la que hasta ese preciso instante había sido mi habitación en aquel hogar donde había pasado los primeros años de mi vida. Después pasé la primera noche en la que se convertiría en mi casa durante mucho tiempo.

A día de hoy, y a pesar de tener mi propio apartamento, entrar en casa de Holly es sentirme segura, tranquila, en paz. Es sentirme en mi casa. Holly es eso. Mi casa. Mi hogar. Mi estabilidad. Mi familia.

Holly, por supuesto, puso sus condiciones, para nuestra convivencia, las cuales yo acepté sin ningún tipo de dudas.

—Nada de drogas ni de alcohol.

Fue la primera de ellas. No tuve ningún problema en acatarla. Sabía los estragos que ambas cosas pueden hacer en el cuerpo humano y además era miembro del equipo de atletismo del instituto. Formar parte de él era mi salvoconducto para conseguir una beca completa e ir a la universidad, además de mis calificaciones claro está. Era muy buena estudiante, por lo que estaba segura de que la conseguiría.

—Las propinas que consigas en el bar, me las entregarás a mí. Abriré una cuenta bancaria a tu nombre y lo ahorraremos para tus gastos en la universidad.

Torcí el gesto al escuchar aquello. De todos es sabido que las propinas pueden, a veces, sobrepasar el sueldo de un camarero, al menos en Estados Unidos.

—Me darán una beca y no necesitaré dinero —protesté.

—El sueldo será íntegro para ti, así tendrás para tus gastos y no tendrás que pedirme dinero —sentenció.

Como ya os he dicho estaba prácticamente segura de que no tendría ningún problema en conseguir una beca completa para estudiar en la universidad que eligiera. Mi idea era quedarme en Seattle. Siempre me gustó la Universidad Estatal de Washington, por lo que no debería preocuparme por gastos extras durante mi etapa universitaria. Pero al margen de que me gustara aquella universidad, mis motivos principales para quedarme en Seattle, eran Holly, Rachel, Mía, Taylor y el Capitán Smith. Eran mi familia y no quería separarme de ellos, por nada del mundo.

—Nunca se sabe. Puedes sufrir una lesión y no poder seguir compitiendo. Además es condición inamovible. Lo tomas o lo dejas.

Colocó los brazos en jarra sobre su cintura y me desafió con la mirada.

—Lo tomo —resoplé.

—Buena chica —dijo. Me acarició la cabeza y me besó el pelo.

Rodeé su cintura con mis brazos y pegué mi cara a su cuerpo.

Y así fue como Holly y yo formamos nuestra pequeña y peculiar

familia.

10
Sully

Una hora después Holly y yo terminamos de desayunar y decidimos irnos. Holly se dirigió hasta el lavabo y aproveché para pagar la cuenta, tras hacerlo decidí esperarla fuera. Abrí la puerta para salir, pero una fuerza brutal me arrastró, de nuevo, hacia dentro cuando apenas había puesto un pie en la calle.

—Eeeeehhhh… —rotesté entre enfadada y confundida.

Me llevé una mano al pecho. Algo me había golpeado en él y me hacía respirar con cierta dificultad.

—Perdona iba distraído —dijo una voz ronca para pedirme disculpas, mientras me sujetaba por los hombros para que no me cayera de culo al suelo.

—Antes de entrar dejen salir —protesté de nuevo con la respiración entrecortada, y con el dolor aún lacerante en mi pecho.

Fijé la mirada en el objeto que me había golpeado. Era el casco de una moto.

—No te he visto. Ya te he dicho que iba distraído y también me he disculpado. Pero volveré hacerlo si eso te hace sentir mejor —dijo de nuevo la voz ronca.

El tipo que me había arrastrado hasta el interior del local, seguía sujetándome por los hombros, hice un gesto brusco para soltarme de su agarre. Dejé de mirar hacia el casco y alcé la vista un poco más hasta toparme con su rostro. Mi intención no era otra que soltarle alguna fresca. No estaba dispuesta a aceptar sus disculpas, sin embargo hice todo lo contrario.

—No es necesario que vuelvas a hacerlo —dije en apenas un susurro y con un tono más amable del que tenía previsto.

Bajé la vista de manera casi avergonzada. Volví a fijarla en el casco de la moto, de repente me resultó de lo más interesante observarlo. La imagen que tenía frente a mí era la de un tipo con aspecto de duro, pero su cara se tornaba simpática y amable. Me dio la impresión de que era verdad lo que había dicho y que sus disculpas eran sinceras. No me había visto porque iba distraído, mirando el móvil, con el cual

había hecho malabares, para que no se le cayera al suelo al chocar conmigo. *«Mierda de aparatos infernales, cuánto daño han hecho».* Así que las ganas de bronca, que tan solo unos minutos antes él había despertado en mí, se evaporaron como por arte de magia.

– ¿Estás bien? —me preguntó, con cierta preocupación en su tono de voz. Posó una mano sobre mi hombro. El olor a jabón que desprendió al hacerlo invadió mis fosas nasales. Me gustó. Asentí, aspirando aquel olor. Sin saber que tiempo después me haría adicta a él y se convertiría en mi favorito.

– Solo me he asustado. No pasa nada.

– Me alegro y perdona de nuevo.

Clavó sus ojos en los míos y me dio un apretón sobre el hombro donde hacia unos segundos había posado su mano. Y en ese momento, justo en ese momento, tuve la sensación de que entre nosotros se establecía una especie de conexión. Nos despedimos, con un *«perdona de nuevo»* por su parte y un *«no te preocupes»* por la mía.

Él se dirigió hacia el interior del local y yo salí a la calle. Holly lo hizo detrás de mí. Ni siquiera me había percatado de que lo había hecho hasta que no se dirigió a mí para preguntarme quien era el chico con el que hablaba dentro del local.

– Ni idea. Me ha llevado por delante y se estaba disculpando.

Me arremangué las mangas de la cazadora. De repente, me había entrado mucho calor. Hice una pequeña mueca de dolor con la boca. El dolor en el pecho aún persistía, aunque era mucho menos intenso que al principio.

– ¿Te ha hecho daño? —me preguntó preocupada. Y m palpó mis los hombros como si fuese a encontrar algún hueso roto.

– No, solo ha sido un golpe que no esperaba y me he asustado un poco. Nada más.

Sonreí mientras enlazaba uno de mis brazos con el suyo. Giré la cabeza para mirar hacia dentro del local, y poder ubicar al chico con el que había tenido el encontronazo. No pude evitarlo o tal vez no quise hacerlo. Sentí que un calor invadía mis mejillas al darme cuenta de que él hacía lo mismo. Me guiñó un ojo y levantó una mano, de manera tímida, en señal de saludo. Levanté mi barbilla para

devolvérselo y después me llevé las manos hasta la cara para controlar el calor que de repente las había invadido. Por favor a mis treinta y seis años me estaba acalorando porque un hombre, al que posiblemente nunca más volvería a ver, me había guiñado un ojo y me había saludado amablemente.

Nota mental: "*dejar de escuchar a Mía sobre sus teorías del amor romántico*".

11

Alex

Había entrado en el *Fremont Coffee* como un huracán y distraído. Con el casco de la moto en una mano y el teléfono móvil en la otra, comprobando la hora. Muy a mi pesar llegaba tarde. La culpa era de Wallace, que me había llamado sobre las nueve de la mañana para decirme que había cambio de planes. El desayuno en mi casa se suspendía y me esperaba en el *Fremont Coffee*, a eso de las once. Tomaríamos un *brunch* y elegiríamos las fotografías de las que habíamos hablado la noche anterior y así dar por terminado el reportaje. Al parecer le había surgido un imprevisto de última hora en la redacción de **MEDICAL LIFE**. Y aunque era sábado, había tenido que acudir a las oficinas para resolverlo personalmente. El *Fremont Coffee* está muy cerca del edificio donde se encuentra la redacción de la revista, pero lejos de mi casa. Así que llegaba tarde. Acepté el cambio de última hora, a regañadientes y protestando. Nunca me han gustado los imprevistos en el trabajo. Me ponen nervioso. Hay una parte de mí que necesita tener controlado ese aspecto. Pero si quería dejar zanjado ese reportaje, para poder tomarme un tiempo de descanso, tenía que aceptar el encuentro con Wallace al otro lado de la ciudad.

Empujé la puerta del local con un pie, con la cabeza agachada y los ojos clavados en la pantalla del teléfono móvil. Noté que chocaba con algo y levanté la mirada para ver con que había sido antes de pedir disculpas. No sería la primera vez que, debido a mis despistes y prisas, le pidiera perdón a un taburete, a una columna, una papelera o a una farola. Esta vez no había sido así. Contra lo que había chocado no era nada de lo que os he dicho. Me había llevado, literalmente, por delante a una mujer de tez morena, con los ojos grandes y negros que se me antojaron amables y preciosos, aunque en ese momento desprendían fuego. Tenía el pelo muy rizado y lo llevaba recogido en una coleta alta. Su nariz era chata y aplastada y sus labios gruesos y sensuales.

—Eeeeehhhhh… —protestó tambaleándose hacia atrás y llevándose una mano al pecho.

Joder le había estampado el casco en él, con toda la fuerza bruta

que mi cuerpo había ejercido sobre ella. Debo aclarar, que no soy muy corpulento, pero si soy bastante alto; estoy más cerca del metro noventa que del uno ochenta. La sujeté por los hombros para evitar que cayera al suelo. El impacto había sido tan grande que temí que lo hiciera si yo no lo impedía. Le pregunté que si se encontraba bien, parecía que le costaba respirar y aquello me preocupó.

—Antes de entrar dejen salir —rebufó con el ceño fruncido.

A punto estuve de reírme, no sé el motivo por el cual me entraron ganas de hacerlo. Me mordí la cara interna de los carrillos, para sujetarme las risas, al darme cuenta de que su enfado era real. Se deshizo de mi agarre de manera brusca y con un gesto bastante poco femenino. Insistí en disculparme de nuevo, y le pregunté una vez más qué si estaba bien. Continuaba respirando de manera entrecortada y aún tenía una mano sobre el pecho.

—No hace falta que vuelvas a disculparte. Solo ha sido el susto —dijo.

Su tono de voz sonó mucho más amable que las anteriores veces. Posé una mano sobre su hombro y la apreté sobre él mientras ella fijaba sus ojos en los míos. Y en ese momento, justo en ese momento, sentí como si una especie de conexión se estableciera entre nosotros. Valiente gilipollez, pensar que por una mirada o un gesto puedes conectar con alguien. La solté, después de disculparme una vez más y caminé hacia la mesa donde Wallace me esperaba, desde hacía algo más de media hora. Había intentando llegar lo antes posible, pero ni aun poniéndole alas a mi *Harley* habría llegado a la hora prevista. Atravesar el *Evergreen Point*, aún siendo sábado, puede ser toda una aventura. En ese puente siempre encuentras algún atasco, algún accidente o cualquier contratiempo que hace retrasar tu trayecto.

Me descolgué la mochila de los hombros, dejé el casco en el suelo y me quité la cazadora. La colgué sobre el respaldo de la silla donde iba a sentarme. Podría decir que más bien la lancé sobre él, pero no quiero dar una mala imagen de mí.

12
Alex

—Siento el retraso —me disculpé ante Wallace.

—¿Quién era? —preguntó de manera tajante.

—¿Quién era quién? —respondí con otra pregunta porque no sabía a quién se refería Wallace en aquel preciso instante.

Justo cuando me estaba formulando la pregunta yo estaba distraído mirando a través de la cristalera a la mujer con la había chocado hacía unos minutos. La vi girarse y mirar hacia el interior, como si me estuviera buscando, y cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse le guiñé un ojo y levanté una mano para saludarla. Me devolvió el saludo alzando la barbilla y llevándose las manos hasta las mejillas para enmarcarlas. Fui consciente de que en mi cara se había dibujado una sonrisa.

—La mujer con la que hablabas a la entrada del bar.

Wallace hizo que volviera a la realidad.

—Ni idea. Me la he llevado por delante cuando iba a entrar y ella intentaba salir. Me estaba disculpando con ella. Nada más.

Volví a mirar hacia el exterior pero ella ya no estaba.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó Wallace.

Hizo una señal a una de las camareras para que se acercara hasta nuestra mesa. Cogí la carta que había sobre la mesa para ver las opciones de *brunch* que ofrecía aquel café. Hacía tiempo que no iba por allí y no las recordaba muy bien. En ocasiones tengo memoria de pez. La camarera acudió al gesto de Wallace y se situó frente a la mesa, con un dispositivo digital entre sus manos, dispuesta a tomar nota de manera rápida y eficaz.

—Por ahora un café solo con dos de azúcar en vaso grande para mí…

Wallace me dio un codazo para que atendiera.

—¿Eeeehhhh? —pregunté como si en esos momentos estuviera saliendo de otro mundo, uno de ultratumba por ejemplo.

—¿Qué vas a tomar? —insistió Wallace.

—Aún no lo sé. No me ha dado tiempo a ver toda la carta.

Protesté sin levantar la mirada de aquel cartón duro. Aunque mis ojos estaban clavados en él mi cabeza estaba en otro lugar. ¿Dónde? Ni idea. Bueno sí que lo sé. Mi cabeza estaba pensando en aquella mujer de tez morena y olor a coco.

—Descafeinado con canela en vaso grande —lo escuché elegir por mí.

Fruncí el ceño en señal de enfado conmigo mismo. ¿Qué coño me estaba pasando? No conseguía sacar de mi cabeza la imagen de aquellos ojos negros que se habían clavado en los míos, minutos antes. Miré de nuevo a través de la cristalera, lo hice de soslayo, para ver si aún la tenía a mi vista, pero ella ya no estaba. Solté una especie de resoplido. Noté como Wallace clavaba la mirada sobre mí.

—Para comer voy a tomar una tostada de pan de centeno con queso fresco y jamón dulce, un yogur con muesli y un smoothie de manzana y espinacas.

—La camarera se ha ido. Tendrás que repetirlo cuando vuelva —me advirtió Wallace. Soltó una carcajada ronca y me dio una colleja —. Tío estás como ausente ¿qué coño te pasa?

Agité la cabeza.

—He traído el ordenador para ver las fotos —respondí, ignorando su pregunta, más que nada porque no sabía que responderle.

Ni yo mismo sabía que era lo que me estaba ocurriendo. Me giré hacia el respaldo para coger la mochila. La abrí, saqué el ordenador y lo dejé sobre la mesa. Volví a meter la mano dentro de la mochila.

–Y también he traído un lápiz USB para copiar las fotos que elijas y que así puedas llevártelas.

Saqué el lápiz y se lo mostré como si fuera un mago sacando un conejo de una chistera. Solo me faltó gritar «¡¡TACHÁN!!» para que esa ridícula escena pareciera un auténtico espectáculo de magia. Abrí la tapa del portátil, ante la atenta mirada de Wallace, aunque también parecía algo estupefacta y sin duda lo era por mi comportamiento. Yo también lo estaría mirando de ese modo, si fuera él quien se estuviera comportando de esa manera ante mí. Además le habría soltado un par de collejas para que volviera de donde fuera que estaba. Pero Wallace para ese tipo de gestos es bastante más comedido que yo.

—¡¡JO-DER!! —exclamó al ver como fondo de pantalla una fotografía de Susan, con sus preciosos ojos azules, un poco arrugados por las risas, y una sonrisa enorme dibujada en su rostro.

Manipulé rápidamente el ratón táctil con los dedos para abrir la carpeta donde tenía guardadas las fotografías que había realizado en Irak.

—Lo siento —susurré—. Debería cambiar el fondo de pantalla, pero hay cosas que todavía me cuesta hacer.

Wallace pasó un brazo sobre mis hombros y me dio un apretón en uno de ellos.

—Tranquilo… —masculló.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón y me lo mostró. Tenía la misma fotografía como salvapantallas.

—Fue injusto. Debería ser yo el que estuviera muerto —susurré.

Apoyé los codos sobre la mesa y enterré la cara entre las manos.

—Fue un accidente Alex. Un maldito accidente. Y lo justo habría sido que ninguno de los dos muriera en él, pero…

La camarera nos interrumpió. Se lo agradecí mentalmente. No quería seguir castigándome con las culpas en aquel momento. Giré un poco el portátil hacia Wallace, para que pudiera ver bien las fotografías. Él las miraba y yo las comentaba. Todas y cada una de ellas tenían una historia detrás. Una historia que solo yo conocía. Wallace guardó en el lápiz USB las que más le interesaron para el reportaje.

——¿Qué ha ocurrido en la revista para que tengas que ir un sábado por la mañana? —quise saber.

Tenía curiosidad por saber que había sucedido. No es habitual que Wallace interrumpa su descanso para trabajar. De lunes a viernes se entrega por completo a la revista. Yo he sido testigo de sus noches sin dormir, por culpa de algún que otro artículo, o bien hacerlo unas pocas horas en el sofá de su despacho, el cual cuenta con un baño con ducha y un pequeño armario ropero con algunos trajes de chaqueta, camisas y corbatas, para así no perder tiempo en ir a casa y volver al día siguiente. Esto es algo que suele hacer cuando el cierre del número

está próximo. Wallace es meticuloso y estricto con su trabajo y ha entregado su vida a él, pero también lo es con su tiempo de descanso.

—Problemas con un artículo que se ha caído a última hora. Por lo que tengo que utilizar tu reportaje para el número de este mes y buscar otro igual de interesante o más para el siguiente.

Se rascó la cabeza en un gesto nervioso y algo disgustado por los cambios de última hora. A Wallace, al igual que a mí, los imprevistos de última hora no le gustan.

—Imagino que buscar ese reportaje para el próximo mes es lo que te ha traído de cabeza toda la mañana.

Wallace asintió como respuesta. Bebió un sorbo de su café y después me contó que creía tener algo interesante.

—Es algo que todavía tengo que confirmar. Parece ser que en un hospital de la ciudad en los próximos días ocurrirá un hecho bastante importante.

Pareció aliviado después de hablar.

—¡Vaya! —exclamé al ver que sus ojos desprendían un brillo especial.

Algo me decía que lo que fuera que había averiguado podría ser mucho mejor y más interesante que el artículo que se le había caído a última hora.

—Y por lo que intuyo no vas a contarme nada más —afirmé.

Bebí un sorbo de mi descafeinado. Hice un gesto de asco, se había quedado frío. Odio que eso ocurra.

—Por ahora no tengo mucho más que contarte. Pero en cuanto consiga toda la información y además me den el visto bueno para hacer lo que quiero, serás el primero en saberlo todo —sentenció Wallace.

Cogió la americana del respaldo y arrastró la silla para levantarse.

—Tengo que irme —se disculpó dándome una palmada sobre la espalda.

—Mantenme informado —le pedí. Le exigí y también le supliqué. Como si realmente me importara. No tenía ningún interés en involucrarme en ningún nuevo trabajo hasta pasado algún tiempo.

—Lo haré. Te llamo esta tarde y quedamos para mañana.

Alcé las cejas con sorpresa. No recordaba tener planes con él para el domingo. Es más, quería pasarlo terminando de organizar mi viaje por la *Ruta66.* Aún me quedaban por hilar algunos pequeños flecos. Nunca me ha gustado dejar nada en manos de la improvisación en cuanto a viajes se refiere. Si todo iba tal y como tenía previsto, en unos días emprendería esa aventura con la que llevaba meses soñando.

—Tengo entradas para el partido de LOS MARINERS de mañana —dijo Wallace al ver mi cara.

—¡¡¡HOSTIAS!!! —exclamé.

Hacía bastante tiempo que no asistía a un partido de ellos y el plan me gustaba. Los planes que tenía previstos para el domingo por la mañana acababan de pasar, *ipso facto,* al sábado por la tarde.

—Palco VIP —aclaró Wallace.

—Nos vemos mañana —contesté sin titubeos.

—Nos vemos Alex. Por cierto, al *brunch* invitas tú.

Soltó una risotada y alzó una mano para despedirse mientras salía por la puerta del *Fremont Coffee*.

—Cabronazo —farfullé, entre dientes, mientras buscaba mi cartera.

Recogí mis cosas en la mochila. Me enfundé la cazadora de cuero y me colgué el casco de un brazo. Me acerqué hasta la caja para pagar la cuenta y salí a la calle. Miré a un lado y a otro, buscando algo. No buscando algo no. Miré a un lado y a otro de la calle buscándola a ella. Buscando a la chica con la que había chocado. Su olor a coco aún persistía impregnado en mi camiseta y también en mi mente. Hay que ser muy crédulo para pensar que una hora después de aquel encontronazo fuera a estar cerca, cuando lo más probable era que ni siquiera fuera a verla de nuevo. Me equivoqué al pensar esto último.

13

Sully

Holly preparó para comer espaguetis con albóndigas y salsa de tomate. Siempre ha tenido buena mano para la cocina. No en vano su bar es famoso por las comidas caseras, que ella misma prepara. A los críos que viven en el Rainbow House, le gustan esos espaguetis más que ninguna otra comida, por lo que es habitual que los sábados Holly los deleite con este plato.

Yo, por el contrario, siempre he sido bastante nula para las artes culinarias. Logro subsistir gracias a los recipientes que Holly me hace llegar de algún modo, o bien por el menú del día que sirven en la cafetería del hospital. Por supuesto he de aclarar que una comida no es comparable a la otra. Y son muchos los días en los que tan solo almuerzo un sándwich o una ensalada, debido a la falta de tiempo. Suelo carecer de él para hacer la comida del mediodía en condiciones.

El recibimiento en el hogar de acogida, nada más vernos cruzar la puerta del jardín, fue como suele ser habitual. Gritos de algarabía, abrazos y besos por parte de los críos, que se atropellan por llegar hasta nosotros gritando nuestros nombres. A mí, personalmente, ese momento me llena de vida y sé que a Holly también. Nosotras somos lo más parecido que esos niños y niñas tienen a una familia. Lo sé porque, como ya os conté, yo estuve en el lugar de todos ellos y los sábados los vivía de igual manera cuando veía a Holly aparecer por la puerta del jardín.

Saludamos a Helen y Kate las cuidadoras que se hacen cargo del Rainbow House a diario y que trabajan para el estado. Helen es la veterana del hogar, de hecho ya trabajaba en él cuando yo vivía en él. Kate, por el contrario, apenas lleva allí unos meses y lo vive todo con una gran intensidad.

—Se vuelven locos cuando os ven. Los sábados cuando se levantan lo hacen de mejor humor que cualquier otro día. Y todo es debido a vuestra visita —nos dijo Helen.

—Gracias por hacerlos tan felices con tan poco —sentenció Kate de manera emocionada. Se acercó hasta nosotras para abrazarnos.

—Gracias por nada… —respondí. Hice una pequeña pausa para

humedecerme los labios antes de continuar hablando—. Este lugar fue mi casa durante mucho tiempo y una parte de mí. Y aunque han pasado muchos años, lo sigue sintiendo de ese modo.

Mi tono de voz sonó emocionado y sincero. Ese lugar siempre hace que me sienta un poco más vulnerable.

Helen sugirió comer en el jardín de la parte trasera de la casa. Aplaudí su proposición, convirtiéndome de ese modo en la niña que un día fui y que se emocionaba por cualquier sugerencia que nos sacara a mí y a mis compañeros de hogar de la rutina diaria. Hacia un espectacular día de primavera y había que aprovechar los rayos de sol. Tras la gran acogida a la propuesta, dividimos a los niños en dos grupos de trabajo. Holly eligió a varios de ellos como pinches de cocina, la siguieron al interior de la casa con algarabía. A todos les gustaba ayudarla. El resto se quedó conmigo para sacar mesas y sillas del interior, y colocarlas en el jardín. Escuché protestas. Pero reconozco que ese trabajo no es tan divertido como ser pinche.

—Espero que haya un plato de comida para mí.

La voz ronca y firme del Capitán Smith, el padre de Rachel, hizo que los niños y yo nos giráramos hacia la valla del jardín. Eché a correr hacia él nada más verlo. El Capitán la caja de herramientas, que portaba en una mano, en el suelo y abrió sus brazos para recibirme. Ese es un gesto muy habitual en él. El cariño que sentimos el uno por el otro es mutuo y muy grande. Para mí siempre ha representado esa figura paterna que tantas veces he echado en falta.

—Enhorabuena preciosa —susurró en mi oído cuando nos fundimos en un largo y sentido abrazo.

—Veo que las noticias corren más rápido que la pólvora.

Di por hecho que Holly o Rachel ya se habían ido de la lengua. El capitán y Holly son pareja desde hace un tiempo, y entre ellos no hay ni un solo secreto.

La noticia de su noviazgo,no nos cogió por sorpresa a ninguno de nosotros. Entre ellos siempre hubo cierta tensión emocional, según todos nosotros. Rachel además añadió que también existía cierta tensión sexual entre ellos. Daba igual las tensiones que existieran entre ambos. Porque todas se resolvieron desde que decidieron vivir el

amor que se profesaban cuando ya habían alcanzado la madurez de sus vidas.

—Aún no es oficial —aclaré haciendo un mohín con la boca.

—Pero pronto lo será. Para mí, de hecho, ya lo es. Así que reitero mi enhorabuena.

El Capitán me besó el pelo, de manera tierna, y yo volví a sentirme aquella niña que buscaba cariño en sus brazos, cuando me sentía inferior al resto mis compañeros de colegio por no tener un padre.

Dios, quiero tanto a ese hombre, que podría decir que incluso lo adoro. Podría pisar el suelo por donde él pisa si fuera necesario.

—En cuanto podamos y se haga oficial el nombramiento lo celebraremos —le advertí.

—¡Capitán! —exclamó Holly al verlo, cuando salía del interior de la casa con una bandeja de espaguetis recién hechos entre sus manos. Iba seguida por un grupo de niños que caminaban tras ella, y en fila india portando en las manos bandejas con albóndigas y recipientes con salsa de tomates. Todo ello recién hecho y humeante.

—Holly.

El Capitán se acercó hasta ella y depositó un beso sobre una de sus mejillas. Después inclinó, levemente, su cabeza hacia adelante a modo de reverencia, cogió una de sus manos y se la besó también. Las mejillas de Holly se encendieron de manera casi imperceptible a los ojos de cualquier otra persona, sin embargo yo la conozco tan bien que me di cuenta de ello. Me gustó y me sorprendió que ese simple gesto hiciese sonrojar a Holly, tal y como lo habría hecho una quinceañera.

El Capitán a sus sesenta años es un hombre atractivo. Muy atractivo. Hasta Rachel, su propia hija, lo reconoce.

No fueron pocas las veces en las que Rachel y yo siendo unas niñas, hablamos y fantaseamos, medio en broma, medio en serio, que sería fantástico que Holly y su padre se enamoraran, se casaran y así poder formar una familia entre los cuatro.

El Capitán Smith perdió a su mujer a los pocos días de nacer Rachel. A pesar de que por aquel entonces era un hombre joven y

atractivo, nunca volvió a casarse. La excusa oficial, por su parte, para no rehacer su vida, siempre fue que no tenía tiempo para volver a enamorarse. Rachel y su trabajo, en el parque de bomberos, ocupaban todo su tiempo. Pero Rachel y yo sabíamos que había algo más detrás de aquella excusa. Al Capitán Smith, en realidad, le daba miedo enamorarse de nuevo. Bueno tal vez, lo que de verdad le daba miedo, era hacerlo y perder de una manera u otra a la persona de la que se enamorara.

La pérdida de su mujer fue tan inesperada como traumática. Rachel y yo siempre defendimos la teoría de que a pesar de que los años pasaban, él no conseguía superar la pérdida de quien había sido el amor de su vida. Yo, lo entendí tras la pérdida de Josh.

A día de hoy, y casi cuatro años después, entiendo perfectamente el dolor, la pena, la angustia y también los miedos que el Capitán Smith había sentido hasta que decidió dar el paso con Holly.

Holly, por el contrario, no había vivido ninguna experiencia traumática con respecto al amor. Nunca le conocí una pareja estable. Tuvo alguna que otra aventura. Nada destacable. Su argumento o excusa para no casarse o tener pareja, a pesar de que nunca le faltaron pretendientes, era que no le apetecía complicarse la vida con un hombre. Según ella tenía todo lo que necesitaba para ser feliz: una casa, un negocio que le gustaba, y me tenía a mí. Esa era su teoría hasta que el Capitán se decidió a dar el paso de declararle su amor. Entonces Rachel y yo tuvimos claro que, en realidad, a quien Holly había estado esperando era a él. Al Capitán.

Todo llega a su debido tiempo.

Todo tiene sus tiempos.

Todo.

Incluso el amor.

14
Sully

—Antes de sentarse a la mesa hay que lavarse las manos —le advertí a los niños.

Algunos de ellos habían estado jugando con la tierra del jardín y no habían pasado por el baño a lavarse. Es deformación profesional lo del lavado de manos. Lo siento. Confieso que a veces puedo ser bastante obsesiva y cargante con ese detalle.

Me senté junto al Capitán Smith y frente a Holly.

—¿A qué se debe su visita por aquí? —le pregunté con cierta curiosidad e intriga.

No era habitual verlo por allí los sábados.

El Capitán solía pasar por el hogar si era requerido para algo. Es un "manitas", y le gustaba ocuparse del mantenimiento de aquella casa que, con los años, cada vez necesitaba más cuidados. La caja de herramientas que llevaba en sus manos cuando llegó, me advirtió que aquella casa tendría un nuevo desperfecto.

El Capitán solía aprovechar la mañana de los sábados para pasar el día con algunos de sus antiguos compañeros. Muchos de ellos, al llegar a la edad del Capitán, habían pasado a funciones de oficina o bien habían decidido jubilarse. El Capitán por el momento parecía no tener intención de hacer ninguna de las dos cosas. Por lo general compartía con ellos, comida y alguna que otra partida de cartas, mientras charlaban, tomaban café y se fumaban un puro, a escondidas.

—Tengo que echarle un vistazo a la instalación eléctrica. Empieza a dar problemas —dijo.

—Vaya.

—Por cierto…¿Sabes algo de Rachel? Hace días que no la veo. Concretamente desde el último turno.

—Dobla turno este fin de semana —le hice saber.

El Capitán resopló a modo de protesta.

—Debería tomarse su trabajo con más calma y también debería ir

planteándose formar una familia en condiciones. Un matrimonio sin hijos…

—Es como un campo sin grillos —añadí y emulando las palabras que según Rachel le había dicho Taylor al hablar sobre ser padres.

Me pregunté si Taylor habría hablado sobre el tema con el Capitán Smith. Me resultó extraño y desconcertante que sacara el tema al día siguiente de la conversación entre Rachel y Taylor.

El Capitán soltó una ronca carcajada al escucharme decir aquello. Me encogí de hombros y le pasé la fuente con espaguetis para que se sirviera. De ese modo di por finalizada la conversación, con respecto a Rachel, y sobre su posible futura maternidad. Era lo mejor que podía hacer si no quería meterme en terreno pantanoso y posiblemente enemigo.

Después de comer ayudé a Helen y Kate a acostar a los más pequeños, para que durmieran un poco tras la comida. Los más mayores se recluyeron en sus habitaciones para estudiar y hacer las tareas escolares de cara al lunes. Holly preparó café para así alargar la sobremesa, y el Capitán Smith se ocupó de retirar los platos y cubiertos de las mesas para meterlo todo en el lavavajillas.

El café y la charla se alargaron hasta que los niños y no tan niños, invadieron de nuevo el jardín con ganas de disfrutar de los rayos de sol que aún nos estaba regalando Seattle en aquel día de primavera. Durante la sobremesa hablamos de todo y de nada. Yo me mantuve más callada de lo que es habitual en mí. Me preocupaba la responsabilidad que, en unos días, recaería sobre mí cuando me pusiera al frente de mi nuevo puesto de trabajo. La confianza que tanto el Jefe Wilson, como el Doctor Spencer, habían depositado en mí me enorgullecía pero a la vez me aterraba. No estaba segura de estar preparada para asumir aquel puesto.

Holly se percató de mi silencio y expresé mis dudas en alto.

—Estás más que preparada, cielo —expuso sin dudar el Capitán. Pasó un brazo sobre mis hombros y me acurrucó sobre su pecho.

—No me gustaría decepcionar al Jefe —respondí de manera titubeante.

—¿Por qué ibas hacerlo? —me cuestionó Holly.

Me encogí de hombros como respuesta. Ni siquiera sé porque dudaba de mis posibilidades, en ese momento.

Siempre he sido y he estado muy segura de mi misma ,y pocas han sido las veces que he dudado de mis capacidades como médica y cirujana. Estoy considerada como una de las mejores en el Virginia Mason Hospital. Y además soy respetada por casi toda la comunidad médica de Seattle. En más de una ocasión mis operaciones se han convertido en referente para muchos compañeros de otros hospitales, y eso hace que muchos me admiren. Por supuesto también tengo mis enemigos y detractores. Todos los tenemos y quien diga lo contrario miente.

Cuando los rayos de sol se hicieron casi imperceptibles, el Capitán y Holly fueron los primeros en despedirse. Holly debía abrir el bar para servir las cenas. El Capitán se despidió de mí con un abrazo tan sentido y reconfortante, como el que me había dado al llegar. Añadió un beso paternal sobre mi frente. Cerré los ojos.

—Avísame para esa celebración. No me la perdería por nada del mundo.

—Lo haré.

Apreté mi abrazo alrededor de su cuerpo. Nos separamos. El Capitán alzó una mano como gesto de despedida hacia Kate y Helen. Y pasó el brazo por encima de los hombros de Holly. Ella apoyó la cabeza sobre uno de los suyos. El Capitán beso su cabeza. Los miré emocionada y llena de ternura. Hacían una pareja tan… bonita.

—Nos vemos pronto —dijo el Capitán.

Abrió la puerta del jardín para salir a la calle y alzó una mano para despedirse.

—Aquí siempre es bienvenido Capitán —dijeron Helen y Kate al unísono.

—Ains, hacen tan buena pareja —suspiró Kate mientras aplaudía como una niña.

Me marché del Rainbow House al poco tiempo de que lo hicieran Holly y el Capitán. Estaba deseando llegar a casa, darme una ducha, cenar temprano, algo ligero, y meterme en la cama antes que de que el sueño me hiciera pasar otra noche infernal en el sofá.

Busqué en la nevera algo para picar. Improvisé una macedonia de frutas variadas, con algo de queso y un yogur. Mientras cenaba hojee un par de revistas, de esas que tenía sobre la mesa y sin leer, y eché un vistazo a mi Instagram.

No soy muy dada a publicar nada sobre mi vida, pero seguía y sigo, a través de esa red social a personas interesantes, entre ellas a A. O ´Connor. Sentí una punzada en el estómago al comprobar que había hecho una nueva publicación anunciando que había regresado de su viaje por Irak, y que tenía una nueva entrada en su blog sobre el viaje. Además anunciaba que pronto emprendería un viaje personal, que compartiría día a día con todos sus seguidores. Me apunté comprar el siguiente número de **MEDICAL LIFE** para leer su artículo, y disfrutar de sus fotografías.

Envié un mensaje de buenas noches al grupo de LAS SUPERTRES y le desee buen servicio a Rachel.

Te echaremos de menos, mañana.

Escribió Mía.

Mariconadas las justas.

Respondió Rachel.

15

Las SuperTres

(Sully)

Hasta que Mía llegó a nuestras vidas, cuando ya estábamos en el instituto, Rachel y yo éramos LAS SUPERDOS. Así fue como nos bautizó el Capitán. Según él cuando estábamos juntas éramos capaces de todo, porque nosotras teníamos el *"súper poder de la amistad."*

Rachel y yo unimos nuestras fuerzas a la temprana edad de cinco años. Fue en el primer día de colegio, cuando ambas nos convertimos en el centro de atención de nuestros compañeros. La causa de aquella atención era sencilla, Rachel tenía rasgos hispanos, por herencia de su madre mexicana, y a la cual perdió poco después de nacer, y era hija de un bombero que no había vuelto a casarse y que criaba a su retoño junto a sus compañeros de trabajo en el Parque 21 de Seattle.

Yo era afroamericana. Me habían abandonado en la puerta del Rainbow House, uno de los orfanatos de la ciudad de Seattle y a mi edad ninguna familia me había adoptado.

Así que ambas nos convertimos en el foco de las mofas y burlas de muchos de nuestros compañeros. Aquello nos unió. Joder, que si lo hizo. Ambas nos convertimos en la sombra de la otra. Íbamos a todas partes juntas, y nos defendíamos mutuamente de los continuos ataques que ambas sufríamos. Que el Capitán nos apodara con aquel sobrenombre de LAS SUPERDOS nos unió más aún, y nos dio más fuerza si cabe.

Nunca fuimos niñas problemáticas. Nosotras no buscábamos problemas. Más bien, eran los problemas quienes nos buscaban a nosotras. Y no siempre encontrábamos la solución. Por lo que comenzó a ser habitual que alguien del cuerpo de bomberos se hiciera cargo de llevarnos al colegio y recogernos de él. No era extraño ver el coche que conducía el Capitán, durante sus servicios, en la puerta del colegio para llevarnos a la Estación o bien a casa; en mi caso al Rainbow House. Aquel hecho hizo que muchos de aquellos compañeros que se dedicaban a criticarnos por nuestras diferentes ascendencias, o por el simple hecho de no tener madre, en mi caso tampoco padre, pasaran a querer formar parte de nuestro lado.

De todos es sabido los sentimientos y admiración que despiertan los bomberos.

El caso es que Rachel y yo, a pesar de que ya no teníamos tantos enemigos en el colegio, hicimos fuerte la una en la otra. Éramos como una especie de tándem que no se separaba por nada del mundo.

En el primer año de instituto llegó Mía. Una chica pelirroja, de enormes ojos verdes, piel blanca y con un carácter algo retraído. Se había mudado a Seattle, desde Washington, con su madre tras un divorcio algo complicado con su padre. Mía venía de un hogar roto y había sido testigo directo de los malos tratos sufridos por su madre de mano de su padre. Tiempo después supimos que ella, en más de una ocasión, también había recibido alguna paliza.

Mía era callada, solitaria, estudiosa y su mente parecía estar a años luz del planeta Tierra. Vivía en un mundo paralelo al del resto, y esa actitud no la ayudó demasiado con los desalmados que una vez nos tuvieron a Rachel y a mí como objetivo. Todos sabemos que ese tipo de personas siempre buscan carne fresca, son auténticos depredadores.

Antes de que se convirtiera en foco de insultos, de bromas pesadas y de mal gusto, Rachel y yo hicimos fuerte junto a ella. Y así fue como LAS SUPERDOS pasaron a ser LAS SUPERTRES.

A día de hoy, y más de veinte años después, nuestra amistad sigue intacta. Y nos hemos demostrado, en diferentes ocasiones, que daríamos hasta la propia vida las unas por las otras. Holly dice que somos la definición perfecta de amistad y eso me enorgullece. No todo el mundo puede presumir de una amistad de tantos años y tan fuerte como la nuestra.

Por supuesto tenemos y hemos tenido nuestras diferencias, pero siempre hemos sabido solventar cualquier problema que haya acechado a la estabilidad de nuestra amistad, casi fraternal. Mía, Rachel y yo no somos amigas. Nosotras somos HERMANAS y quien se atreva a rebatirlo deberá enfrentarse a nosotras. Hasta ahora nadie se ha atrevido a hacerlo. Advertidos quedáis.

16
Alex

Chucho me recibió al entrar en casa con algún que otro gruñido, en señal de protesta por haberlo tenido encerrado gran parte de la mañana. Tras acariciar varias veces su cabeza y hacerle cosquillas en la barriga volvió a ser el perro amable que salta sobre mí y me lame la cara.

Dejé la mochila sobre el sofá. Enganché a su collar a la correa, él mismo me lo había traído en su boca, y salimos a dar un paseo sin prisas. El *brunch* había sido lo suficiente copioso como para no tener hambre en lo que restaba de día. El paseo fue largo y gratificante y los dos llegamos cansados después de haber caminado alrededor de un par de horas. Nada más quitarle la correa Chucho se fue directo hasta su cama para echarse a dormir. Lo escuché roncar cuando todavía no me había desprendido de la cazadora. Me descalcé, me cambié de ropa y me estiré sobre el sofá recostando la cabeza sobre uno de los reposabrazos. Me quedé profundamente dormido. Cuando me desperté ya casi había anochecido. Lo hice sobresaltado y empapado en sudor. Hacía meses que no sufría aquellas malditas pesadillas, pero aquella tarde habían vuelto a visitarme. Los enormes ojos azules y sin vida de Susan clavados sobre mí, mientras yo la llamaba alternando su nombre con la palabra SOCORRO, habían estado presentes en mi subconsciente toda la tarde.

Me incorporé en el sofá de manera brusca, tan brusca, que incluso tuve una leve sensación de mareo. Comprobé la hora en el teléfono móvil. Las seis y media. Encendí la lámpara de pie que tengo junto al sofá, y me levanté cuando me sentí recuperado de ese pequeño mareo. Fui hasta la cocina para beber un vaso de agua. Le eché un vistazo a Chucho y sonreí al escuchar que seguía roncando. Me resulta gracioso y curioso que un perro pueda roncar como si fuera una persona.

Subí hasta la buhardilla y busqué la libreta donde durante meses había ido anotando todas y cada una de las etapas de la *Ruta66*. Los kilómetros que recorrería a diario. Los hostales donde dormir. Lugares emblemáticos que visitar. Y curiosidades que había recopilado, de las

experiencias vividas por las numerosas personas que ya la habían realizado.

Bajé a prepararme un descafeinado y a recuperar el ordenador portátil de la mochila. Tenía pensado contar en mi blog todo mi viaje. Además tenía que actualizarlo con mi vivencia en Irak.

Tengo un fiel y numeroso grupo de seguidores a los cuales les debía una actualización de manera inmediata.

Hice una foto de la bahía y la colgué en mi Instagram, para anunciar que había regresado de mi viaje a Irak.

17

Sully

La mañana del domingo decidí preparar café en una cafetera italiana. Me gusta el olor que desprende y el sabor es infinitamente mejor.

Abrí las cortinas para que los rayos de sol iluminaran mi pequeño apartamento. Coloqué en el tocadiscos un disco de Elvis, elegido al azar, y me desnudé, para darme una ducha, al ritmo de *"She Wears My Ring"*. Se me instaló un nudo enorme en la garganta. Lo hizo sin pedirme permiso y nada más escuchar los primeros acordes de aquella canción. Era la canción que Josh habría elegido como marcha nupcial, en caso de que algún día hubiésemos decidido casarnos. Ambos compartíamos la pasión por Elvis, entre otras muchas. Aclaro que a Josh le gustara Elvis fue cosa mía.

Lo de la boda fue algo que nunca nos planteamos. Pero si es cierto que fueron muchas las ocasiones en las que bromeamos diciendo que nos casaríamos en Las Vegas, con un imitador de Elvis como oficiante, y que además lo haríamos en secreto. Nunca llevamos a cabo esa aventura. Pero esa canción siempre, me transportaba a las noches en las que yo me acurrucaba junto a él en el sofá y planeábamos nuestra boda mientras la escuchábamos. Yo me imaginaba vestida de Marilyn Monroe y Josh me acariciaba el pelo mientras lo hacía. Le encantaba enredar sus dedos en mis indomables rizos y a mí me gustaba sentir esa sensación. Esas noches solían terminar en nuestra cama haciéndonos el amor despacio, sin prisas. Queriéndonos y amándonos como solo dos personas que están enamoradas pueden hacerlo.

Y nosotros lo estábamos.

Nosotros, a nuestro parecer, nos queríamos más que nadie en el mundo y también estábamos más enamorados que el resto de los mortales. Supongo que esto es algo que piensan todas las parejas.

Me di una ducha larga, bajo un chorro de agua caliente y reconfortante. Me recreé al esparcirme la loción corporal con olor a coco. Apliqué aceite negro de Jordania, sobre mi pelo rizado, para

hidratarlo y desenredarlo. El cabello afro suele ser seco y tiende a anudarse, es por eso que necesita ser tratado y cuidado con mucho mimo y esmero. Yo suelo hacerlo al menos una vez a la semana. Y una vez al mes acudo a una peluquería, con expertos en ese tipo de cabello, para mimarlo y cuidarlo. Al contrario que mucha gente de mi raza, a mi me encanta mi pelo. Me da muchas opciones. Y también hay días en los cuales lo odio, pero esos días apenas existen. Lo desenredé despacio y tomándome tiempo. Lo dejé secar, un poco al aire, mientras me vestía con un pantalón vaquero tipo *boyfriend* y una camiseta blanca de tirantes.

Me preparé una tostada de pan de centeno. Un batido de zanahorias y melocotón, y me serví el primer café del día. Después llamé a Mía. Conseguí hablar con ella al tercer intento.

Mía es de esas personas que duermen como una marmota, y de las que no se despiertan aunque el mundo se esté derrumbando a su alrededor.

Tras hablar con ella y dejar cerrados los planes de aquel domingo, llamé a Taylor para ponerle al corriente de la agenda y quedar con él.

Una vez atados todos los cabos, rebusqué en el armario una sudadera y una gorra de LOS MARINERS. Me probé la gorra y la ajusté a la medida de mi cabeza y después hice lo mismo con la sudadera. Me disgusté al comprobar que la sudadera ya no olía a él. Ya no olía a Josh. Olía ha guardado y a recuerdos. Pero su olor se había desvanecido, al igual que lo hacían muchos de los momentos vividos junto a él. El transcurso de los años seguía haciendo desaparecer algunas muchas cosas.

Me miré en el espejo antes de salir por la puerta de casa. La sudadera me quedaba enorme, pero me gustaba el resultado final del *look* que había elegido para asistir al partido de LOS MARINERS contra LOS ANGELS. Los medios de comunicación hablaban del partido de la temporada.

La carcajada de Taylor al verme aparecer por la puerta, vestida de aquella guisa, debió escucharse en todo el estado de Washington. La sudadera de Josh, como ya os advertí me quedaba bastante grande. Me llegaba hasta casi las rodillas, por lo que si hubiera decidido

utilizarla como vestido no habría pasado nada en absoluto. Me la coloqué sobre la camiseta de tirantes y el pantalón vaquero que ya llevaba puesto. Como calzado elegí unas botas de lona Converse en color amarillo. Yo desafiando a la suerte, llevando algo de aquel color. Finalmente, decidí recogerme el pelo con un par de trenzas de boxeadora. Ese fue el único modo de que la gorra me encajara perfectamente. Me frené nada más salir por la puerta y al escuchar las carcajadas de Taylor. Me crucé de brazos en señal de enfado, y fruncí el ceño y los labios para enfatizar un poco más mi estado. Aquellos gestos hicieron que Taylor se riera más fuerte aún.

—No te enfades tonta. Estás preciosa.

Se separo de su camioneta, en la cual me esperaba apoyado, y abrió los brazos para abrazarme. Me resistí un poco más antes de hacer lo que me estaba pidiendo sin decir una sola palabra. Después salté sobre él y enrosqué mis piernas alrededor de su cintura. Dios. Me encanta hacer eso.

Taylor es alto, corpulento y fornido. Entrena a diario para seguir manteniéndose en forma debido a su trabajo. Por lo que su cuerpo está musculado minuciosamente a base de pesas. Además es un tipo guapo. Muy guapo, todo hay que decirlo. Alto, moreno, ojos azules, pelo castaño oscuro, veteado por algunas canas. Labios gruesos y mullidos. Y cierto aire canalla, que le añade un alto índice de atracción sobre las mujeres, incluida yo misma. No creo que sea malo reconocer que el marido de tu mejor amiga está cañón.

Taylor siempre fue el guapo del instituto, pero no solo fue su belleza lo que llevaba de cabeza a todas las chicas por aquella época. También lo fueron su amabilidad, su carácter cariñoso y nada engreído. Aun sabiendo que era un tipo atractivo, y que podía tener a cualquier chica a su lado haciendo chasquear sus dedos, siempre se mantuvo y se sigue manteniendo fiel a Rachel, la única chica con la que ha estado. En su vida por aquellos años solo había dos prioridades: hacer feliz a Rachel y terminar con buenas notas el instituto para después prepararse las pruebas de acceso al cuerpo de bomberos de Seattle. Esto último fue el nexo de unión definitivo entre

Rachel y él. Ambos soñaban con lo mismo y juntos consiguieron hacerlo realidad.

A día de hoy Taylor es el Teniente de la Brigada de Rescate número 5 del Parque 21. Esa parte del cuerpo de bomberos es la que suele acudir a los accidentes de tráfico, incendios complicados, edificios que están a punto de derrumbarse y un largo etcétera. Las Brigadas de Rescates suelen contar con hombres y mujeres muy cualificados.

Taylor me acogió entre sus brazos cuando salté sobre él. Hundí mi cara en el hueco que se formó entre su cuello y su hombro, y me reí a carcajadas cuando comenzó a girar conmigo en brazos, gritándome la enhorabuena por el puesto que iban a darme en el hospital.

—Te lo mereces y me alegro mucho por ti —dijo cuando al fin decidió dejarme en el suelo. Me sujetó por los hombros y me encaró para fijar sus enormes ojos azules sobre los míos negros—. Él estaría muy orgulloso de ti —susurró emocionado y refiriéndose a Josh.

Asentí varias veces seguidas con la cabeza y tragué saliva, para intentar deshacer de manera inmediata el nudo que se había formado en mi garganta. Conseguí hacerlo no sin cierta dificultad. Me desprendí de la gorra, la agité en señal de victoria y subí a su camioneta dando un pequeño salto. Fue mi manera de darle a entender que no estaba preparada para más sentimentalismos por el momento. Desde el viernes todo lo que estaba viviendo y recordando era muy intenso. Demasiado.

—¿Preparada para disfrutar del acontecimiento del año? —me preguntó y dándose por enterado que no me apetecía hablar de Josh en ese momento.

Me encogí de hombros, como respuesta.

No soy una gran seguidora del beisbol. Sigo a LOS MARINERS, porque no hacerlo es casi un pecado capital en Seattle. Confieso que me intereso por ellos, lo justo y necesario, para poder mantener una conversación sobre ellos si se da el caso. No conocer sus victorias o sus derrotas un lunes por la mañana en el hospital, no está muy bien visto.

18
Sully

Mía nos esperaba en el punto exacto en el que habíamos quedado para encontrarnos, no muy lejos del estadio de LOS MARINERS, el T-MOBILE PARK. Me bajé de la camioneta para quedarme junto a ella mientras Taylor buscaba un lugar donde aparcar. Aún quedaban tres horas para que diera comienzo el partido, pero ya había un gran número de personas aglomeradas junto al estadio. El día invitaba a estar en la calle y no solo nosotros habíamos tenido la genial idea de ir a comer, unos perritos calientes, por allí antes de entrar al estadio.

—Por Dios Sully, ¿tú te has mirado al espejo antes de salir de casa? —protestó Mía al verme.

Arrugó la nariz. Un gesto muy suyo cuando algo no le gusta o no le convence demasiado. Me miró varias veces de arriba abajo con el ceño fruncido, en señal de desaprobación por mi vestimenta, y sin ningún tipo de disimulo. Entre nosotras esa palabra y ese gesto no existe. Asco de confianza. Mía es de las que siempre va impecablemente vestida, y sabe que ponerse para cada ocasión. Incluido asistir a un partido de beisbol.

Asentí. Claro que lo había hecho. Claro que me había mirado al espejo y el resultado final me había gustado.

Por lo general los días de diario suelo vestir de manera un poco más formal. Nada sofisticado y tampoco extraordinario. No soy excesivamente presumida y prefiero la comodidad ante todo.

Mía había elegido un pantalón negro de vestir, de cintura alta y tobillero. Lucía una camisa blanca, impoluta e impecable, adornada con una gran lazada en un lateral y se había calzado unos zapatos de charol negro de tacones infinitos. Su media melena pelirroja lucía suelta. Normalmente suele llevarla recogida en un moño italiano. Según sus propias palabras *«ese peinado le hace parecer menos aniñada y más seria.»*

—He visto cuando venía de camino un puesto de comida mexicana que pinta muy bien —nos advirtió Taylor nada más llegar a nuestro lado. Alzó la voz para hacerse oír entre el ruido que había en la calle

—. Por cierto he dejado la camioneta aparcada bastante lejos, espero recordar donde está cuando todo esto acabe —se quejó haciendo un mohín con la boca.

La algarabía de la gente se mezclaba con el sonido de los altavoces de las numerosas *food trucks* instaladas en los alrededores del estadio, y que anunciaban todo tipo de bocadillos, comidas y bebidas. Además de la música que ya sonaba en el interior del estadio y que estaba a tal volumen que podía escucharse desde fuera.

—¿Os apetece mexicano? —insistió Taylor.

Mía aceptó enseguida y yo tampoco puse ninguna objeción. Taylor se acercó a Mía para saludarla y darle un par de besos en las mejillas.

—Gracias por invitarme al partido de hoy.

Mía alzó una mano e hizo un ademán, para quitarle importancia a aquel hecho. Entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—¿Tacos mexicanos para comer, entonces? —insistió Taylor.

Comenzó a caminar hacia el puesto que había descubierto, abriéndose paso entre la multitud. Taylor es como una especie de armario. Por lo que no le resultó difícil hacerlo. Mía y yo seguimos sus pasos. Varios empujones y pisotones después conseguimos llegar hasta el puesto de comida mexicana del que Taylor nos había hablado. Nos colocamos en la cola para pedir. Había mucha gente, pero es cierto que también iba bastante rápida.

—Decidme qué vais a tomar, yo pediré. Pero no os separéis mucho de mí. Estad atentas para coger vuestros pedidos en cuanto yo os los pase —nos advirtió Taylor antes de hacerse un hueco entre la marabunta de gente que se aglomeraba alrededor de la *food truck*..

—Yo quiero una fajita de pollo con pimientos verdes y una Coronita —grité.

Me coloqué detrás de él y tiré de la mano de Mía para que no se despistara. Caminaba algo más lento que nosotros, debido a que los tacones se le hundían en la hierba del parque, por lo que iba soltando alguna que otra maldición por la boca.

—No ha sido muy buena idea ponerme estos zapatos —refunfuñó cuando al fin conseguí colocarla junto a mí tras dar el último tirón de ella.

—¿Tú que vas a tomar Mía? —preguntó Taylor alzando la voz para que pudiera oírle.

—Un taco de verduras y una botella de agua.

La miré raro y alcé las cejas en señal de sorpresa al escucharla pedir una botella de agua.

—Tengo acidez de estómago desde hace unos días.

Se encogió de hombros.

—Oído cocina —grito Taylor.

Le di un par de golpecitos en el hombro para que se girara hacia mí.

—¿Quieres algo más? —me preguntó.

—No. Solo quería darte dinero para que pagues.

—Yo invito. No te preocupes.

—Pero quería hacerlo por lo de mi puesto nuevo en el hospital —insistí.

—Eso no se celebra en un puesto de comida callejero. Eso tienes que celebrarlo por todo lo alto. Organizaremos algo para hacerlo. Hoy pago yo —sentenció.

Me encogí de hombros de manera resignada. No iba a discutir con él por unos cuantos dólares. Además Taylor tenía razón, mi nuevo puesto de trabajo requería otro tipo de celebración. Hablaría con Holly para organizar algo en su bar y reunir a los amigos y compañeros.

—Ahí tienes tú fajita y tu Coronita.

Taylor se giró para entregarme mi pedido.

Me retiré de la cola y me hice a un lado para que Mía pudiera hacer lo mismo con el suyo. Me llevé la fajita hasta la boca y le di un bocado. Me lamí los labios para retirar los restos de salsa y así poder beber un trago a mi cerveza. Me llevé el botellín hasta la boca. Cerré los ojos para disfrutar de aquel primer sorbo y me giré.

—Auuuuu… —me quejé al sentir como la boca del botellín de cerveza chocaba contra mis labios.

19

Alex

Seguía las indicaciones, por no decir las órdenes, que Wallace me daba a través del teléfono para llegar hasta donde él estaba. Había tanta gente alrededor del estadio de LOS MARINERS, que era complicado caminar sin tropezar, o chocar con alguien.

—Ya te veo —exclamé cuando lo vi alzar una mano junto a un puesto de comida mexicana.

Corté la llamada y me dirigí a toda prisa hacia donde él estaba, sin tener demasiado cuidado con la gente que me cruzaba. Iba algo malhumorado. Había tenido que dejar la moto aparcada bastante lejos del estadio y llevaba caminando cerca de veinte minutos. Bueno lo de caminar es un decir, por momentos simplemente, me había dejado arrastrar por la marea humana que se arremolinaba en los alrededores del T- MOBILE PARK.

Cuando apenas me faltaban unos metros para llegar hasta donde estaba Wallace, sentí como algo o alguien topaba contra mi pecho. Di un respingo hacia atrás al escuchar un quejido. Bien no era algo, era alguien contra lo que había chocado. Aunque debería aclarar que ese alguien había chocado conmigo y no al contrario.

—Auuuuu… —se quejó.

—Joder. Deberías mirar por dónde vas —protesté sin mirar y dándole un pequeño empujón.

—Perdona —susurró quien fuera que escondía su rostro bajo una gorra de LOS MARINERS.

—Perdonada —dije tras deducir que era una mujer por su tono de voz—. Hay mucho lío.

—Gracias —dijo de nuevo la voz.

Levantó la cabeza para mirarme y desprendió un olor que me resultó familiar. Olía a coco. Pero no era ese olor a coco que puede desprender cualquier persona que utilice una fragancia con ese aroma. Aquel olor a coco era especial. Mi nariz lo reconoció, le era tan familiar como a mí. Aunque en ese momento no supe identificar donde y cuando había aspirado aquella esencia tan especial. Lo identifiqué cuando terminó de levantar la cabeza. Aquellos ojos

negros. Aquella nariz aplastada sobre su cara. Aquellos labios gruesos y mullidos y aquel olor…, pertenecían a la misma chica con la que había chocado el día anterior en el *Fremont Coffee*. Sonreí al comprobarlo. Ella abrió los ojos y la boca en señal de asombro al darse cuenta de que era yo.

—¡¿De verdad que eres tú otra vez?! —exclamó tras soltar un resoplido en señal de protesta.

—Parece que el destino ha querido que volvamos a encontrarnos —respondí con una sonrisa tonta en los labios.

Me atreví a guiñarle un ojo. Atrevimiento que bien podría haber terminado con una bofetada sobre mi mejilla, pero tampoco me habría importado recibirla.

—Ya —farfulló entre dientes y con el gesto torcido.

—Vamos no te enfades. El *karma* se ha puesto de tu parte. Me lo debías. Ayer fui yo quien te llevó por delante y hoy has sido tú quien me ha llevado a mí. Estamos en paz.

Quise parecer divertido. Sin embargo a ella parecía no hacerle ninguna gracia ni una sola de mis palabras.

—El *karma*, dice. Me río yo del *karma*.

Soltó con cierto sarcasmo. Un ¡¡JA!!

—Yo no me lo tomaría a broma. El *karma* existe —dije totalmente en serio.

—Sí, lo sé. Es de la misma pandilla del ratoncito Pérez y Papa Noel. De vez en cuando salen los tres juntos de borrachera.

Puso los ojos en blanco cuando terminó decir aquello. Me reí ante su ocurrencia. Y ella alzó una ceja y sonrió divertida. a ella también le había hecho gracia su propio comentario. Me gustó aquel gesto. Parecía que comenzaba a mostrarse menos tensa que hacía unos minutos. Se giró al escuchar que alguien gritaba su nombre.

«SULLY» memoricé.

Un tipo alto, quizás que yo y bien parecido, movía una de sus manos para hacerse ver al tiempo que gritaba su nombre.

Sully se giró. Gritó un *«ya voy»*. Y después centró de nuevo su atención sobre mí.

—Tengo que irme. Y perdona por el empujón.

—No pasa nada, tranquila. Ahora ya estamos en paz.

Giró sobre sus talones para darme la espalda y comenzó a caminar en dirección al tipo que la había llamado.

—Sully —la llamé en un arrebato.

Se giró de manera inmediata hacia mí y con cara de sorpresa. Yo, la había llamado por su nombre.

—Tu novio te ha llamado a voces. Por lo que además de mí, medio Seattle acaba de saber tu nombre —le aclaré mientras me encogía de hombros.

—No es mi novio. Es mi amigo —se apresuró a sacarme de mi error mientras se ajustaba la gorra.

Sonreí interiormente al saber que, al menos, con aquel tipo no tendría que competir. Porque sí, yo creo en el *karma.* Yo sí creo en las casualidades. Yo sí creo que cuando dos personas están destinadas a estar juntas, de una manera u otra terminan encontrándose. Y algo me decía que aquella mujer iba a formar parte de mi vida, de una manera u otra. El cómo, cuándo y por qué, no los sabía. Solo sabía que nuestras vidas terminarían unidas. Si no a cuento de qué venían estos encontronazos con ella en tan solo veinticuatro horas.

—Bueno pues tu amigo. Eso da igual. Solo quería advertirte de que volveremos a vernos.

Me di cuenta que ponía los ojos en blanco mientras farfullaba un *«Madre mía».* Debió pensar en aquellos momentos que yo era una especie de loco por pensar en aquello y creer en el *karma.* Me mordí los carrillos para no reírme. Todo aquello me estaba haciendo mucha gracia.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió de manera inquieta y retorciendo sus dedos.

—Porque según el *karma*, no hay dos sin tres. Nosotros ya nos hemos encontrado dos veces y en tan solo veinticuatro horas. Eso quiere decir que nos queda un tercer encuentro. Solo espero que sea menos accidentado que los dos anteriores —afirmé de manera tan segura que hasta yo mismo me creí las palabras que acaba de pronunciar.

Sully alzó las cejas y chasqueó la lengua. Volvió a darme la espalda

y se encaminó hacia donde estaba su amigo acompañado por una chica pelirroja.

—Cuanto imbécil.

Fueron las amables palabras que salieron de su boca, cuando aún no se había alejado de mi lo suficiente como para que yo pudiera escucharla. Moví mi cabeza varias veces en señal de negación y sonreí levemente.

Me guardé las manos en los bolsillos del pantalón, y me dirigí hacia la *food truck* donde Wallace me esperaba con una protesta preparada.

—Joder Alex ¿dónde coño estabas? Hace más de quince minutos que me dijiste que me habías visto.

Aquella protesta no fue ninguna sorpresa, ya os advertí de que lo haría. Así que no le di más importancia de la debida. El verbo protestar va unido a Wallace.

—Yo también me alegro de verte —contesté de manera irónica.

Le palmeé un hombro.

—¿Qué quieres para comer? —me preguntó—. Por cierto, hoy deberías dejar de lado esas manías tuyas de no ingerir ciertos alimentos.

Resoplé nada más escucharlo.

Me agota. Wallace me resulta muy cansino en ciertas ocasiones, y esa era una de ellas. Su sarcasmo, su prepotencia y ese aire de superioridad que a veces gasta, os juro que son superiores a mis fuerzas. Santa paciencia la mía.

—Un taco vegetal y una botella de agua con gas, estará bien.

—¿Agua con gas? ¿De verdad vas a tomar agua con gas? —preguntó con cierto aire burlón.

Me encogí de hombros antes de responder.

—Vale tu ganas. Tomaré algo más fuerte. Una cerveza sin alcohol.

Me reí por la nariz al ver su cara. Estuve a punto de decirle que sí, que tal y como estaba pensando me había propuesto tomarle el pelo. Y que por mucho que intentara convencerme no iba a saltarme mi estricta dieta por un partido de LOS MARINERS. Entonces fue Wallace quien resopló. Yo también podía sacarlo de sus casillas si quería, y me lo proponía.

Nos sentamos sobre el césped para comer. No sin antes hacerle una broma a Wallace. Me quité la cazadora de cuero y la coloqué sobre el suelo, y después le hice una reverencia invitándole a sentarse sobre ella.

—Tú eres imbécil algunas veces —farfulló cabreado.

No pude, ni quise evitar, hacer ese gesto cuando me percaté de que llevaba puesto un pantalón de color beige. El cual se ensuciaría nada más sentarse sobre la hierba húmeda. Aunque también pensé que sería gracioso observar cómo se lucía, en el palco VIP, con las culeras del pantalón manchadas de verde. Wallace, como es habitual en él, iba impecablemente vestido. Además de dicho pantalón, llevaba puesta una camisa de color blanco inmaculado, que seguramente había recogido hacía tan solo un par de días, tal vez horas, de la lavandería. Sí, Wallace es de los que envía toda su ropa a la lavandería. Y había rematado su *look* “informal” con una americana azul marino con raya diplomática en color beige, que llevaba abotonada tan solo el botón superior. Como calzado unos mocasines tipo castellanos.

Yo por el contrario, había elegido el primer pantalón vaquero de color negro, y con un par de rotos en las rodillas, que reposaba sobre el butacón que tengo en mi dormitorio. No os puedo decir si ese butacón es cómodo o no, pero como perchero no tiene precio. Una camiseta de color negro, con mangas cortas, y de esas que compras casi a granel en diferentes colores y sin probártelas. Ese tipo de prendas que compras porque además de ser cómodas son baratas. Unas botas tipo militar eran mi calzado. Para finalizar mi modelo del domingo, una de las varias cazadoras de cuero que poseo. Por supuesto había elegido la que primero colgaba del perchero de la entrada. Ni siquiera recordaba si me había peinado aquel día. Si lo había hecho, seguro que había sido pasando las manos sobre el cabello húmedo después de salir de la ducha.

—¿Cómo que has conseguido entradas para el partido de hoy?

Formulé la pregunta con la boca llena y sin tapármela. Algunas migajas, casi imperceptibles para mí pero muy grandes para Wallace, salieron de mi boca mientras hablaba.

—No sé cuando perdiste todos los modales que tenías —protestó

Wallace.

Hizo el ademan de sacudirse de la chaqueta dichas miguitas. Estaba seguro de que ni siquiera habían llegado hasta él, pero Wallace es tan escrupuloso que sin duda aquel gesto lo había realizado como precaución. Por si alguna de esas miguitas habían osado posarse sobre su impecable americana. Me tragué lo que tenía en la boca y bebí un sorbo de mi cerveza sin alcohol. Hice un gesto de desagrado al beber. No recordaba el sabor amargo de la cerveza y no me gustó.

—Un miembro de la junta es amigo mío, desde hace algunos meses, y me ha dado un par de pases. Estaremos en el palco VIP con él y con toda la junta. Además de algún invitado más.

—Ahhh —mascullé como respuesta.

Quise de ese modo hacerle entender, que no me interesaba como había llegado a conocer a aquel miembro de la junta de LOS MARINERS y al que ya llamaba amigo.

—Contacté con él para hacer un reportaje sobre el equipo médico del equipo y publicarlo en **MEDICAL LIFE**. Hicimos buena amistad y ha querido tener ese detalle conmigo —continuó narrando Wallace.

Al parecer no había cogido mi indirecta o tal vez la había ignorado. Wallace es de esos tipos a los que les gusta presumir, en algunas ocasiones, de tener ciertas amistades o conocidos. Aquella ocasión fue una de ellas. Amistad divino tesoro.

20
Alex

Una hora después de comer, y una hora antes de que empezara el partido, nos dirigimos hacia la puerta que estaba indicada en los pases que Wallace tenía en su poder. Seguimos las indicaciones de uno de los porteros y tras dar varias vueltas, en busca del maldito palco VIP, llegamos a nuestro destino.

Siempre he odiado la palabra VIP, tan clasista, tan estúpida y tan vacía, de significado. *VERY IMPORTANT PEOPLE,* como si esas palabras te dieran un estatus diferente al resto de los mortales por haberlas unido en tres siglas. Pero ese domingo no iba a hacerle ascos a dichas palabras y tampoco a la invitación. Ver aquel partido entre LOS MARINERS y LOS ANGELS se había convertido en el acontecimiento del año. Ambos se jugaban el primer puesto de la liga, a falta de tan solo dos jornadas para que esta finalizara.

En el palco nos recibieron con una copa de champán, la cual yo rechacé y pedí por favor que me sirvieran un agua con gas.

—*Perrier. San Pellegrino*… —me preguntó amablemente el camarero.

«Menudo despliegue» pensé.

—*Perrier* —dije sin dudar—. Y si fuera posible con mucho hielo y con una rodaja de lima —añadí.

Yo también puedo ser muy pijo si quiero. Wallace alzó las cejas. Le respondí con el mismo gesto. Cuando quiero además de pijo, puedo ser bastante toca huevos.

—Sin ningún problema caballero.

Escuché decir al camarero, antes de retirarse a donde fuera para conseguir mí agua. Estaba casi seguro de que además me la servirían en una copa de balón. Yo suelo tomarla en vaso bajo de whisky. Pero no estaba dispuesto volver a molestar a aquel chico tan simpático.

Bajamos un par de escalones para saludar al amigo de Wallace, el Manager del equipo, Max Servais. Nada más vernos se levantó de su asiento para saludarnos. Le tendió la mano a Wallace y después a mí, tras la pertinente presentación. Un apretón de mano fuerte y firme, de

esos que en los que si tuvieras un poco de confianza con la persona que te lo ha dado, te haría sacudir la mano frente a él, y con cara de dolor. Pero aquel no era el caso, por lo que aguanté estoicamente el dolor. Alcé las comisuras de los labios de manera simpática. El tal Max nos presentó al Manager General, Jerry Dipoto. Un tipo que ni siquiera se levantó de su asiento para saludarnos. Simplemente alzó una mano a modo de saludo. *¡Viva la educación!* La conversación telefónica que mantenía, parecía mucho más importante que la educación en aquel momento.

—Es un día de locos. Disculpadlo —lo excusó Max, el “nuevo” amigo de Wallace.

Por último nos presentó al propietario del equipo, John Staton. El cual también hizo alarde de su mala educación. Ni siquiera se dignó en volver la cabeza para comprobar quiénes éramos aquellos dos tipos que habíamos irrumpido en su palco VIP. Me pareció que estaba bastante habituado a que gente desconocida se colara en dicho palco los días de partido. El amigo de Wallace se encogió de hombros, quiso decir algo. Supongo que su intención también era disculpar el comportamiento de aquel tipo. Un tipo con tanto dinero que podía permitirse el lujo de comprar un equipo de beisbol y además ser maleducado y estúpido. Y aún a pesar de su estupidez y mala educación tenía al menos a un centenar de personas a su alrededor, esperando una orden o un gesto suyo para obedecer.

—No hace falta que lo digas. Es un día complicado —me adelanté a él. Ahorrándole de ese modo tener que pasar por un nuevo mal trago de excusas y explicaciones.

Wallace me miró de manera reprobatoria. Ignoré su gesto y me dejé caer sobre el asiento, que unos minutos antes, Max había indicado que me correspondía. Me recliné sobre el respaldo y apoyé el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha.

—Su agua señor —escuché decir.

Me giré hacia la voz y ahí estaba aquel camarero con una sonrisa en la boca. Portando mi agua con gas con mucho hielo, y una rodaja de lima servida en un vaso bajo de whisky.

«Bien por ti chaval», pensé. Aquel tipo me había leído la mente.

Le di las gracias de manera amable al coger el vaso de la bandeja que tenía frente a mí. Wallace se sentó a mi lado y dio un sorbo a su copa de champán. Él si estaba en su salsa. A él si le gustaba ese tipo de ambiente y sentirse una persona VIP.

—Hubiera preferido entradas en las gradas, y meterme puñados de palomitas en la boca —afirmé para crispar un poco más si cabía a Wallace.

Me encanta ponerlo nervioso. Lo mejor de todo es…, que es muy fácil hacerlo.

—Relájate, te noto un poco tenso —me recriminó.

Hice tintinear los hielos de mi vaso y alcé las cejas con cierta sorpresa. Aquella frase se la debería haber dicho yo a él y no al contrario. Yo no estaba tenso, pocas cosas consiguen hacerlo. Hace mucho tiempo que conseguí ponerme en modo *"zen"* ante ciertas situaciones. Yo, lo que estaba era incómodo. Me sentía totalmente fuera de lugar.

Quince minutos antes de empezar el partido la puerta del palco se abrió, giré la cabeza hacia arriba para ver quien entraba. Me puse en alerta al vislumbrar a la chica pelirroja, acompañada por el tipo que había voceado el nombre de Sully. Esbocé una sonrisa. La cual se borró de manera inmediata al comprobar que la puerta se cerraba y ella no los acompañaba. A partir de ese momento mi mente comenzó a hacer cábalas. Pensando en donde estaría ella. Max, el amigo Wallace se levantó de su asiento para saludarlos y hacer nuevas presentaciones.

—Mía —exclamó con entusiasmo, al ver a la chica pelirroja.

Se acercó hasta ella y besó una de sus mejillas, de un modo que me pareció ¿intimo? Los besos no es donde se dan es como se dan. Ella se lo devolvió y acarició su pecho. Lo que os decía, aquellos dos compartían cierta intimidad.

—A John y a Jerry, ya los conoces. —El tal Max se dirigió de manera específica a Mía. Señaló a los dos individuos que permanecían sentados en sus respectivos—. Ellos son Wallace y Alex. Unos amigos —aclaró, cuando se refirió a nosotros.

Wallace y yo nos levantamos de manera simultánea. Como si

ambos tuviéramos un resorte en el trasero que nos impulsara a hacerlo. Estrechamos la mano de Mía.

—Ella es Mía Peterson. Nuestro mejor fichaje. Ella dirige y encabeza nuestro departamento legal.

Tuve la impresión de que Mía se ruborizaba al escuchar aquello y que el tal Max hablaba con cierto orgullo sobre ella.

—Buen fichaje —respondió Wallace.

Fijó sus ojos en la chica pelirroja y besó el dorso de su mano en un acto muy caballeroso. Contuve la risa al comprobar que Wallace había comenzado a desplegar sus dotes de conquistador, cual pavo real. Me pareció que Mía se sentía un tanto incómoda.

Wallace puede ser bastante intimidante. Es alto fornido y tiene buena planta. Y debo añadir que es un conquistador nato. Tiene treinta y ocho años, y desde hace ocho no mantiene ninguna relación de pareja estable.

Max también debió darse cuenta de aquel detalle. Pasó un brazo sobre sus hombros y la acercó hasta él. Dejó un beso sobre su pelo. Ella cerró los ojos ante aquel gesto y sonrió de manera tímida. Max estaba marcando territorio, ante Wallace. Y yo estaba presenciando un concurso de meadas como espectador de primera fila. Aquello se ponía divertido e interesante. Me pregunté si a partir de entonces Wallace seguiría llamando al tal Max, *amigo*. No pude evitar dibujar una sonrisa en mi cara, ante el contratiempo que mi amigo acababa de encontrar en el camino hacia su nueva conquista.

—Encantado de conocerte, Mía.

Le tendí mi mano de manera amable. Ella se deshizo del abrazo de Max para responder a mi saludo.

—Él es, Taylor, un amigo.

Mía señaló a su amigo.

Taylor extendió una mano para estrechársela a Wallace primero y después a mí.

—Es bombero —aclaró Mía como si fuera un dato relevante.

—Encantado de conocerte —dijo Wallace.

—Lo mismo digo —sentenció el tal Taylor.

—Un placer —dije yo mientras mi cabeza seguía formulándose

preguntas sobre, ¿dónde estaría, Sully?

—¿Desean algo para beber? —les preguntó el camarero.

—Una botella de agua para mí, por favor —contestó Mía.

—Agua con gas, con mucho hielo y una rodaja de lima, a ser posible en un vaso de whisky bajo.

Os juro que no fui yo quien pidió aquello. Incluso Wallace, que estaba conversando con su nuevo “*amigo-enemigo”,* se giro hacia mí con cara de *«no me lo puedo creer»* cuando escuchó pedir aquello. Moví mis manos de manera insistente y a modo de negación, para hacerle saber de ese modo que yo no tenía nada que ver con aquel pedido. Había sido Taylor quien lo había hecho y en ese preciso instante supe que aquel tío me caía bien y que lo haría el resto de mi vida, aunque no volviera a verlo jamás. En realidad me cayó bien desde que lo vi entrar, por la puerta del palco, vestido casi de la misma manera que yo. Pantalón vaquero desgastado, camiseta informal, cazadora de cuero y botas tipo motero. Además era amigo de Sully. Amigo. Nada más.

La puerta del palco se abrió en repetidas ocasiones, antes de que diera comienzo el partido, y en todas y cada una de ellas volteé la cabeza para mirar hacia atrás y comprobar quien entraba o salía. Seguía inquieto por no saber que había sido de Sully. Incluso llegué a plantearme la idea de preguntarle a Taylor por ella. El simple hecho de compartir el mismo gusto por las bebidas y modo de vestir lo había convertido en mi amigo, aunque él no lo supiera. Descarté aquella estúpida idea cuando fui consciente de que me acribillaría a preguntas sobre mi interés por ella, y también tras pensar que tal vez, simplemente se habían encontrado en el parque y tan solo se habían saludado. Yo que sé. Mi cabeza en esos momentos iba por libre. Suele hacerlo muy a menudo.

Pero… Nada más comenzar el partido la puerta volvió a abrirse. No giré la cabeza. No estaba dispuesto a sufrir otra decepción y ver que quien entraba por ella, no era más que otro camarero con alguna bandeja llena de canapés y para preguntar si necesitábamos algo.

Un fuerte portazo hizo que irremediablemente todos giráramos la cabeza hacia la puerta. Ahí estaba ella. Sully. Con sus zapatillas

Converse de color amarillo. Su sudadera de LOS MARINERS, posiblemente veinte tallas más grande. Su gorra de beisbol encajada hasta los ojos y sus labios moviéndose mientras formulaba una disculpa.

—Lo siento, he ido al baño y me he perdido.

Hablaba con la voz entrecortada, por el mal rato que indudablemente estaba pasando al sentirse el centro de atención. El resto volvió la cabeza hacia el campo de juego tras escucharla. Pero yo, por el contrario, fijé la mirada en ella. Observé cómo bajaba todos y cada uno de los escalones, hasta llegar al asiento que había vacío junto a su amiga Mía. A partir de ese momento, para mí el partido pasó a un segundo plano. Me daba igual que ganaran LOS MARINERS, que perdieran o que se viniera el estadio abajo. A mí lo único que me importaba es que ella estaba allí. A solo unos metros de distancia de mí. Sully, la chica que olía a coco, estaba allí. A mi lado. Compartiendo el mismo espacio.

Nada más escuchar el sonido que indicaba el descanso del partido, me levanté y me acerqué hasta ella.

—Te dije que no había dos sin tres. Lo que nunca pensé es que nuestro tercer encuentro estaba tan cerca.

Puso los ojos en blanco y se mordió el labio inferior.

—Ah sí, lo del *karma* ese.

Torció el gesto con cierta gracia al responder. Pude vislumbrar un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Llámalo como quieras, pero existe —le advertí.

—Lo que tú digas —farfulló.

Hizo un amago para girarse hacia sus amigos y darme la espalda. La agarré de un codo para que no lo hiciera.

—Por cierto soy Alex.

Me acerqué un poco más a ella y le di un beso en una mejilla.

—Sully —susurró.

—Ya lo sabía.

—Veo que no hace falta que hagamos presentaciones.

La voz de Mía nos advirtió a ambos de que no estábamos solo.

—Ya nos conocíamos. Nos estábamos saludando —aclaré con tono

jocoso.

—¿Ah sí? —cuestionó Wallace.

—Bueno hemos tenido un par de encuentros fortuitos y algo accidentados. Pero ya estamos en paz.

Miré a Sully y le guiñé un ojo.

—Por favor… —masculló con exasperación.

—No entiendo nada —advirtió Wallace.

—Yo tampoco —dijeron al unísono Mía y Taylor.

—Si queréis después del partido os lo contamos.

Pasé un brazo sobre los hombros de Sully y la acerqué hasta mí, mientras proponía tomar algo después del partido. Ella se zafó de mi agarre de manera brusca y resoplando. Tal vez no fue una buena idea tomarme aquella confianza con ella. Algo en mi interior me advirtió de que mi intento de cita, aunque incluyera a sus amigos y a Wallace, tan solo iba a quedar en eso, en un simple y triste intento.

Sully

Taylor y yo rechazamos la propuesta del tal Alex y decidimos regresar a casa. Taylor estaba cansado por no haber dormido tras salir de su turno de trabajo, y yo quería descansar para afrontar el lunes con fuerza y energía. Durante el fin de semana había hecho de todo menos descansar. Cosas que pasan cuando tienes un fin de semana libre después de mucho tiempo. Pero oye, que nos quiten lo "bailao". Había disfrutado de mis amigas, de Holly y el Capitán. Durante gran parte del trayecto ambos permanecimos en silencio. Un silencio que Taylor rompió para referirse a Alex.

—Parecía simpático —soltó de repente.

Me giré para mirarle. Alcé una ceja, haciéndome la sorprendida. Digo haciéndome, porque sabía perfectamente a quien se refería con aquel comentario.

—Alex —aclaró sin que yo hiciera ninguna pregunta.

—Pffff… —Resoplé.

Taylor ignoró mi resoplido y ontinuó con su discurso.

—El hecho de que tome agua con gas, con hielo y lima, y que además lo haga en vaso bajo de whisky, le ha dado muchos puntos a su favor con respecto a mí.

Taylor apartó los ojos de la carretera para mirarme, tan solo unos segundos, y ver mi reacción. Resoplé de nuevo y giré la cabeza hacia la ventanilla. No me apetecía hablar de aquel tipo. No sabía qué era lo que me pasaba con él. Me hacía sentir incómoda, pero a la vez me daba una inexplicable sensación de bienestar y aquello me descolocaba. Era una sensación extraña. Me limité a mirar el paisaje pasar a través del cristal, y a escuchar el ruido del motor de la camioneta de Taylor. A Taylor le gusta conducir sin música. Dice que así puede escuchar las necesidades del motor del vehículo. Una manía como otra cualquiera, aunque a mí esta, me parece bastante estúpida y algo rebuscada. Nunca le he preguntado como hace para escuchar el ruido del motor, del camión de bomberos, entre las sirenas. Pero lo imagino arrugando los ojos y poniéndose una mano detrás de la oreja para escuchar mejor. Lo sé, estoy fatal.

Taylor decidió insistir en seguir hablando de él. De Alex.

Estaba empeñado en hablarme sobre el supuesto interés que yo había despertado en él. Recé para que no hiciera mención de la que el tal Alex había despertado en mí.

—Creo que le gustas —dijo como si nada.

Solté una risita nerviosa por la nariz. Me mordí el labio inferior y puse lo ojos en blanco. Sentí como un calor me invadía por completo. Me sujeté las ganas de abanicarme para así aguantar mi compostura de indiferencia ante Taylor.

—No hacía más que mirarte durante el partido y después su insistencia para tomar algo juntos —hice caso omiso a aquello—, le han delatado.

Apreté la mordida sobre el labio inferior.

—¿A qué se refería con que el *karma* estaba jugando con vosotros?

Taylor soltó una mano del volante y me dio un golpecito sobre la rodilla para que le hiciera caso y le mirase. Obedecí en una especie de acto reflejo. Aparté la mirada de la ventanilla y me giré para responder a su pregunta.

—Una gilipollez, como otra de las muchas que ha dicho a lo largo de la tarde —respondí ofuscada y albergando la esperanza de que entendiera que no me interesaba y tampoco me apetecía seguir hablando de él. Me pasé las manos por las trenzas y me ajusté la gorra.

Era cierto que el tal Alex había estado toda la tarde mirándome. Lo había estado haciendo de reojo, como si así nadie pudiese darse cuenta de que lo hacía y mucho menos yo. Se equivocó al pensar de ese modo. Porque yo estuve sintiendo sus ojos clavados, como dagas, sobre mí. Lo más curioso e inesperado, por mi parte, es que yo había estado haciendo lo mismo con respecto a él. Mía y Taylor no habían dejado de hacerse señas entre ellos y darse codazos. Unas señas que me hicieron sentir bastante incómoda toda la tarde. Pero lo que más me había molestado habían sido las risitas y cuchicheos entre ellos.

22
Sully

El remate final a la tarde del domingo había sido que el tal Alex tenía su moto aparcada junto a la camioneta de Taylor. Por lo que, después del partido, tuvimos que aguantar su conversación, y su insistencia en tomar algo juntos durante veinte minutos más. Veinte minutos que se me hicieron extrañamente largos y cortos a la vez.

—Otro día quedamos tío —se excusó Taylor ante su insistencia.

Mientras Taylor se disculpaba yo rogaba, en silencio, que ese día no llegara y, curiosamente, también pedía que si lo hiciera. Todo muy contradictorio. Lo sé. Pero, es que todo parecía mostrarse ante mí de ese modo y con respecto a él. El tal Alex o era todo un cúmulo de contrariedades. Tenía aspecto de duro, pero era amable. Parecía seguro de sí mismo, pero ciertos comportamientos denotaban todo lo contrario. Irradiaba felicidad e infelicidad al mismo tiempo. Todo eso y más era Alex. Eso hacía que lo odiara y me atrajera al mismo tiempo.

Me atraía porque despertaba en mí sentimientos que llevaban dormidos hacía mucho tiempo: el hormigueo en el estómago y los latidos del corazón acelerados cuando él me hablaba, me rozaba o simplemente me miraba. Y lo odiaba por el mismo motivo. Todo muy maduro. Sí.

—Trabajo en el Parque de Bomberos 21. Si algún día te apetece y te interesa conocer cómo funciona un parque por dentro pásate —lo invitó Taylor—. Suelo pasar más tiempo en el trabajo que en casa.

«Mentira cochina», pensé al escuchar su última frase.

Taylor agachó la cabeza y se rascó la nuca. Él también sabía que estaba mintiendo al decir aquello. Los bomberos de Seattle trabajan en turnos de veinticuatro horas y descansan cuarenta ocho.

—Si no estoy por allí, mis compañeros te informaran de mis turnos —concluyó.

Siempre me ha asombrado la capacidad que tienen los hombres para entablar amistad con desconocidos. Taylor le hablaba a Alex

como si se conocieran de toda la vida. Lo mejor de todo es que ambos parecían sentirse cómodos, ante aquella nueva relación de amistad. (Podéis entrecomillar la palabra amistad, si os apetece).

Continué pendiente de la conversación. Caminaba entre ambos, en silencio, con las manos hundidas en los bolsillos de mi pantalón vaquero y dando pataditas al aire. De vez en cuando soltaba algún que otro resoplido para llamar su atención (Si esto también es muy maduro, pero estaba desentrenada en cuestiones de flirteo). Cosa que por cierto no conseguí. Ellos estaban demasiado ocupados en su conversación. Pero también sentía como los ojos de Alex se clavaban sobre mí. Me miraba de soslayo, y yo lo miraba a él del mismo modo. Lo hacía cuando dejaba de sentir sus ojos sobre mí. Me molestaba aquel juego y a la vez me gustaba.

«¿Qué coño me estaba pasando?»

Deseaba con todas mis fuerzas llegar hasta donde Taylor había dejado aparcada la camioneta, irme y olvidarme del maldito Alex. Pero curiosamente cuando comencé a vislumbrarla ralenticé el paso para ir más lento, y así tardar más en llegar. Me sorprendí a mi misma por lo que acababa de hacer. En el interior de mi cabeza escuché la voz de Rachel recriminándome mi actitud.

«La madre que te parió» habría dicho sin lugar a dudas

—No suena mal. Me lo apunto —exclamó Alex tras escuchar la invitación de Taylor para pasar por el parque de bomberos—. En unos días me voy de viaje, voy a hacer la Ruta66. Pero en cuanto regrese prometo que iré a verte.

Respiré aliviada al escuchar que se iba de viaje unos días.

«Al menos estaré una temporada sin chocarme con él», pensé.

El sentimiento contrario me invadió cuando ya casi habíamos llegado hasta la camioneta.

«Qué lástima que no vayamos a chocarnos en los próximos días.»

Taylor soltó un silbido. El cual me hizo salir de la diatriba mental, que mantenía conmigo misma desde hacía unos minutos.

—¿Es tuya? —preguntó señalando con una mano hacia algún lugar.

Seguí el movimiento de su mano hasta que mis ojos se toparon con una *Harley Davidson*. A punto estuve de gritar de emoción al verla.

Me contuve. No estaba dispuesta a darle el gusto de que viera mi entusiasmo. Me encantan las motos, pero solo me gusta verlas. No soy muy dada a subir en vehículos de dos ruedas.

—Sí, es mía —afirmó Alex—. La compré de segunda mano hace algo más de tres años.

Alex acarició el asiento de cuero negro. Lo hizo de manera lenta, con cuidado, con mimo. Un gesto que se me antojó sexi, erótico, íntimo y tierno a la vez. Noté como las mejillas comenzaban a arderme al pensar en aquella mano acariciando… el asiento de la moto.

«Por favor esto es ridículo» me recriminé.

—Tienes que dejarme que la pruebe —casi suplicó Taylor.

Se me escapó una risita por la nariz al escucharlo. Me recordó a un niño pidiéndole a un amigo que le dejara jugar con sus juguetes.

—Hecho. En cuanto regrese voy a verte y nos damos una vuelta —dijo Alex.

—Me gusta el plan. Disfruta del viaje y cuídate. Nos vemos.

Taylor alzó una mano y la chocó con la de Alex.

Puse los ojos en blanco al ser testigo directo de su exaltación de una amistad recién estrenada. Parecían colegas de toda la vida y tan solo se conocían desde hacía un par de horas o tres, a lo sumo cuatro. Pero a mí eso me daba igual. A mí en realidad, lo que comenzaba a molestarme era el hecho de que yo ya no estaba siendo el centro de atención del maldito Alex. Ahora el centro era, MI AMIGO, Taylor y el interés despertado por la moto. SU MOTO. Volví a regañarme mentalmente.

—Ha sido un placer conoceros —aseguró Alex mirándome de manera explícita.

Yo me sonrojé y él se acercó hasta mí.

Yo me ajusté la gorra y él sujetó mis hombros.

Yo tiré de mi sudadera hacia abajo y él me dio un par de besos en las mejillas.

Yo inspiré su olor y él me besó de manera lenta y sin apenas rozarme, la piel con sus labios.

Quise MÁS.

Me estremecí, cuando se permitió la licencia de bajar sus manos a lo largo de mis brazos con cierta parsimonia y demasiada delicadeza. Ahí estaba un poco más de ese MÁS que yo había suplicado mentalmente.

—Volveremos a vernos —susurró junto a mi oído.

No era una pregunta. Era una afirmación. Habló con tanta seguridad, que no tuve ni un solo atisbo de duda sobre sus palabras. Cerré los ojos ante el sonido de su voz ronca y que de pronto se me antojó sensual. Muy sensual. Demasiado. No dije nada. Me limité a separarme de él de una manera lenta. Tan lenta, que me sentí flotar.

El portazo de Taylor, tras entrar en la camioneta, me hizo volver a la realidad. Me giré y caminé los pasos que me separaban del vehículo. Me subí a él. Escuché rugir el motor de la *Harley*. Giré la cabeza hacia la ventanilla y observé como Alex se colocaba el casco y se abrochaba la cazadora.

Alex hizo un gesto con su mano para despedirse.

Taylor tocó el claxon como despedida.

Y yo me quedé impasible ante la imagen que tenía frente a mis ojos.

Alex era una especie de dios, subido en una Harley.

23
Sully

—Deberías empezar a pensar en rehacer tu vida, Sully —me sugirió Taylor nada más detener la furgoneta en la puerta de casa.

En su voz había cierta reserva por lo que acababa de decir. No dije nada. Giré una vez más la cabeza hacia la ventanilla para observar el paisaje pasar.

—Han pasado casi cuatro años desde del accidente de Josh. Eres joven, bonita y te mereces ser feliz —insistió.

Sentí como se me formaba un nudo en la garganta. Tragué saliva de manera brusca para deshacerlo. Dejé rodar un par de lágrimas por las mejillas. Y arrugué la sudadera que llevaba puesta, entre mis puños. No dije nada al respecto.

—Te lo estoy diciendo en serio, y desde el cariño, Sully. La vida son etapas y hay que saber cerrarlas.

—No sé si estoy preparada para hacerlo.

—No lo sabrás hasta que no te lo propongas.

Apreté los labios.

—Date la oportunidad de volver a ser feliz.

—Y si no puedo hacerlo.

—Al menos lo habrás intentando.

Taylor cogió mi mano, la apretó con fuerza y se la llevó hasta los labios para besarla.

—No dejes que los recuerdos y el miedo te frenen para ver las nuevas oportunidades que la vida te ofrece cada día.

—Es que… —sollocé.

—Ojo no te estoy diciendo que olvides a Josh. Sé que eso nunca lo harás. Nunca lo haremos. Recuerda que también era mi mejor amigo. Vive Sully. A él le encantaría que lo hicieras —me aseguró.

Me incliné hacia él para despedirme con un beso en la mejilla.

—Descansa preciosa. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. Gracias Taylor.

—Gracias por nada. A mandar.

Se llevó un par de dedos a la frente y me saludó como si fuera un militar.

La pérdida de Josh

(Sully)

Perdí a Josh en uno de los mejores momentos de mi vida. Debería decir que perdimos a Josh, porque la pérdida fue generalizada para todos.

Lo perdí en un momento en el que creí que la vida ya no iba a quitarme nada más y que iba a empezar a devolverme todo lo que ya me había arrebatado o más bien nunca me había dado.

Perdí a Josh un veinte de abril, domingo. Al ser arrollado, junto a su bicicleta, por un vehícul, cuyo conductor había perdido el control. Perdí a Josh en una mañana primaveral. Esa mañana, ese día, me perdí también un poco a mí misma.

Aquella mañana teníamos pensado disfrutar del primer domingo libre que ambos teníamos después de mucho tiempo. Pero fue una moneda la que decidió que fuera yo quien acudiera al aviso de una llamada, desde el servicio de urgencias del hospital antes de salir de casa.

—Cara vas tú, cruz voy yo —dijo Josh .

Sacó una moneda del bolsillo del pantalón. La lanzó al aire. La rescató con una mano antes de que cayera al suelo, y la volteó sobre el dorso de la otra mano.

—Cara —refunfuñó con el ceño fruncido, al darse cuenta de que la moneda había decidido que fuese yo quien acudiera al aviso.

—Ve tú si quieres —le invité al ver su cara de decepción.

Josh adoraba el servicio de urgencias. Aseguraba que la adrenalina que sentía en ese servicio no la sentía en ningún otro.

—No. Ha salido cara y serás tú quien vaya. Es lo justo. Yo saldré a montar en bici, tal y como teníamos previsto. Después regresaré a casa. Prepararé algo de comer. Cuando terminemos nos meteremos en la cama. Y te haré el amor hasta que el despertador nos avise, al día siguiente, de que es la hora de levantarse para ir a trabajar. ¿Es un buen plan, no crees? —insinuó subiendo y bajando las cejas.

Sonreí. Salté sobre él, enrosqué las piernas alrededor de su cintura,

y besé la pícara sonrisa que se había dibujado en sus labios mientras hablaba.

—Cualquier plan que te incluya a ti, es el mejor plan del mundo —farfullé con mis labios pegados a los suyos.

Adoraba, amaba e idolatraba a Josh. Era una de las mejores cosas que me habían pasado en la vida.

—Anda ve a cambiarte y date prisa, no vaya a ser que cuando llegues ya hayan asignado el caso a otro.

Me dio una palmada en el trasero invitándome, de ese modo, a soltarme de su agarre. Me bajé de su cintura dando un salto. Fui hasta el dormitorio para cambiar mi ropa de deporte por un vaquero y una camiseta básica.

—Te espero y te acompaño hasta el hospital —gritó desde el otro lado del *loft,* que compartíamos desde hacía un par de años, y que tan solo quedaba a diez minutos de distancia, caminando, hasta el hospital.

Nos despedimos en la puerta de urgencias, con un beso, un te quiero rápido, por parte de ambos y con un *«disfruta»,* saliendo de su boca cuando yo ya entraba, a toda prisa, por la puerta, en busca de la urgencia para la cual nos habían avisado, y que una moneda había decidido que fuese yo quien la atendiera. Y todo eso lo hice sin saber que: Aquel sería nuestro último beso.

Nuestro último te quiero,

Y que aquel *«disfruta»* sería la última palabra que escucharía saliendo de su boca.

De haber sabido que sería así, habría disfrutado mucho más de aquel momento.

Habría alargado mucho más aquel beso.

Habría reiterado aquel te quiero.

Le habría devuelto aquel guiño, que me hizo con su ojo derecho, con mi ojo izquierdo.

Y me habría tatuado aquella palabra para no olvidarla jamás.

Habría entrelazado mis dedos con los suyos, para sentir el roce de sus manos en las mías mucho tiempo más.

Habría disfrutado de aquel corto momento.

Sin duda, de haber podido hacerlo, lo habría alargado hasta hacerlo infinito.

—Varón, treinta y tres años, atropellado cuando iba en su bicicleta. El conductor del otro vehículo perdió el control. Ha sido trasladado a otro hospital.

Fueron las palabras que escuché cuando corría hacia la puerta de urgencias.

El aviso de un accidente había saltado en mi busca. Una especie de escalofrío me recorrió el cuerpo desde la cabeza hasta los pies cuando leí el aviso. Aquel escalofrío me acompañó hasta casi llegar a la camilla. Un escalofrío que sabía que no auguraba nada bueno. Y fui consciente de ese mal augurio cuando escuché a alguien gritar.

—Es Josh. Joder. Es Josh —gritaba alguien.

Aquellas palabras hicieron que mi mundo y mi vida comenzaran a resquebrajarse. Pocas horas después mi mundo y mi vida se romperían del todo.

Lancé un grito desgarrador al ver a Josh postrado sobre una camilla. Con un collarín alrededor de su cuello. Una mascarilla sobre rostro que le suministraba oxígeno, y le ayudaba a respirar. Unas vías en los brazos lo mantenían hidratado y le administraban calmantes para paliar su dolor. Y un técnico de emergencias lo mantenía con vida gracias al masaje cardiaco que practicaba sobre su pecho, y sentado a horcajadas sobre él. Pero Josh tenía los ojos cerrados, y no respondía a ninguna de las indicaciones que los chicos de la ambulancia le hacían.

Intenté abrirme paso entre algunos de mis compañeros, para llegar hasta la camilla, mientras ellos hacían todo lo imposible para que no fuera así.

Un par de manos, firmes, y cálidas me sujetaron a mitad del pasillo.

—No. No. No… grité.

Pataleé entre los brazos del Jefe Wilson. Sus manos eran las que me impedían continuar en mi avance hacia Josh. El Jefe había abandonado su despacho, para personarse en urgencias, tras conocer que el herido que había llegado era uno de sus médicos. La camilla

pasó frente a mí sin que yo pudiese hacer nada por acercarme a él.

Yo, que salvaba vidas a diario. Yo, que estudié medicina para curar a personas. Yo, que era una de las mejores médicos del hospital…, no podía hacer nada por él.

NADA.

Odié al Jefe Wilson en aquel momento. Lo odié con todas mis fuerzas por no dejarme acompañar al hombre al que amaba en aquellas circunstancias.

—Sully, deja trabajar a tus compañeros. Ellos harán todo lo que esté en sus manos para salvar su vida.

—Quiero estar con él. Quiero estar a su lado. Quiero ser yo quien se la salve —grité una vez más, pegando puños y patadas contra su cuerpo para que me soltara.

—Sabes que eso no puede ser. No puedes estar ahí. Hoy te toca a ti estar al otro lado. Hoy te toca a ti ponerte en la piel de los familiares que esperan noticias —gritó el Jefe más alto que yo, para hacerse oír sobre mis propios gritos.

Ahí estaba otra de las normas no escritas, y que aprendes cuando te conviertes en cirujano. No atender a familiares, ni tampoco a personas a las cuales te una un vínculo especial. Y mí vínculo con Josh era más que especial… Josh era mi vida entera.

Me armé de esa paciencia que nunca he tenido y que tantas veces he deseado. Me senté en uno de los sillones de la sala de espera, habilitada para familiares, junto a las puertas del quirófano. Unos sillones que siempre se me antojaron cómodos y que sin embargo en aquellos momentos descubrí y comprobé que no lo eran tanto. Apoyé los codos sobre las rodillas y enterré la cara entre las manos con la mirada fija en el suelo. Una mirada que solo levantaba de vez en cuando, en espera de ver la imagen de algún adjunto, salir por ellas y dirigirse hacia mí. Si lo hacía uno de ellos, si era uno de los adjuntos quien salía a darme noticias, sin duda serían buenas o al menos no serían las peores. Pero no fue así.

Una de las veces que alcé la cara para fijar la mirada en las puertas del quirófano, donde Josh se debatía entre la vida y la muerte, vi salir por ellas al Jefe Wilson. Salió despojándose de su gorro quirúrgico,

con rabia e impotencia, y lo lanzó al suelo en un gesto de derrota. Entonces lo supe. Supe que la muerte había ganado y que otra de esas reglas no escritas entre los cirujanos se estaba haciendo realidad frente a mí. Que el Jefe Wilson saliera a hablar conmigo tras la operación de Josh solo podía indicar una cosa…

Me coloqué frente a él. Y sin darle tiempo, ni opción, a que fuera él quien pronunciara esas malditas palabras…, fui yo quien las susurró con la voz entrecortada por el llanto:

—Hicimos cuanto pudimos…

—Lo siento Sully. Lo siento muchísimo —acertó el Jefe roto de dolor.

Caí de al suelo y antes de que el Jefe pudiese sujetarme para que no fuera así.

—¿Por qué? ¿Por qué él? —pregunté a gritos y llena de rabia, de dolor, de pena… de tantos sentimientos.

Quería respuestas a esas preguntas, pero el Jefe no podía dármelas. Él no las tenía. Y al no obtenerlas busqué culpables. Culpé a quien más cerca tenía, al Jefe Wilson y también a mí.

Dos culpables sin culpa.

Lo culpé a él por no haber sido capaz de salvarle la vida. Y me culpé a mí, por no haber insistido en que fuera Josh quien acudiera al aviso que habíamos recibido.

Y esa culpa…, esa maldita culpa…, me persigue desde ese día y me perseguirá el resto de mi vida.

—No lo sé, cielo. No lo sé. Las heridas eran muy graves. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, aún así no hemos podido hacer nada por él. El golpe que ha sufrido en la cabeza, a pesar de llevar el casco puesto, ha causado daños irreversibles e irreparables. Lo hemos mantenido con vida, porque tal vez…

El Jefe Wilson se quedó callado antes de continuar, tragó saliva y se agachó frente a mí. Me sujetó los hombros y me hizo alzar el rostro para que lo mirara. Fijé mi mirada en él, con los ojos llenos de lágrimas y con la barbilla temblorosa, por ese llanto que no era capaz de controlar. Tampoco quería hacerlo. Sabía lo que iba a decirme. Sabía lo que iba a pedirme. Sabía, al escuchar sus palabras, que Josh

estaba en muerte cerebral, pero que sus órganos aún seguían vivos. No dejé que continuara hablando y le di la respuesta a esa pregunta que no había llegado a formular.

—Hace algún tiempo ambos hicimos testamento vital —mascullé entre sollozos.

—Entonces… —susurró el Jefe Wilson apretándome los hombros.

—Entonces adelante, Jefe. Era su voluntad… —logré decir entre hipidos.

Josh me pidió que llegado el caso no lo mantuviera con vida si para ello necesitaba estar conectado a un sinfín de máquinas. Josh quería que sus órganos salvaran vidas.

Recuerdo el día en el que hablamos sobre el tema, y me hizo prometerle que cumpliría su voluntad. Me enfadé mucho con él.

Hasta ese día nunca me había planteado que llegaría un momento, el cual veía muy lejano, demasiado quizás, en el que él ya no estaría conmigo. Un día en el que Josh ya no estaría a mí lado. Y sin embargo ese día que, en ese momento vislumbré tan lejano, estaba mucho más cerca de lo que ambos creíamos. Estaba tan cerca que en ese preciso instante lo estaba palpando con los dedos. Unos dedos que ya no volverían a palpar su cuerpo. Un cuerpo que tampoco volvería a recorrer a base de caricias, y tampoco de besos. Ese día, ese maldito día, había llegado, y me estaba haciendo vivir el peor momento al que me había enfrentado en toda mi vida.

—Solo voy a pedirle que me deje estar unos minutos a solas con él. Déjeme verlo. Déjeme despedirme de él. Déjeme decirle lo mucho que le quiero y lo mucho que le querré siempre. Déjeme estar a su lado hasta el último segundo de su vida —le supliqué, aceptando la mano que el Jefe me había tendido para ayudarme a levantarme.

El Jefe Wilson accedió a mis deseos, y a todas y cada una de mis peticiones. Me rodeó con sus brazos. Me apretó contra su cuerpo, como si así pudiera protegerme de todo el dolor que sentía en esos momentos, y me acompañó hasta la sala donde Josh estaba. Pidió al personal, que se encontraba en la habitación, que nos dejaran un momento a solas. Me invitó a sentarme en una butaca que había junto la cama donde Josh permanecía postrado, con los ojos cerrados. La

boca entreabierta, por el tubo del respirador, e inmóvil. Tan tranquilo. Tan en paz. Tan ajeno a todo lo que estaba sucediendo.

Obedecí. Me senté tal y como el Jefe me pidió. Antes de hacerlo me incliné sobre Josh para besarle la frente y susurrarle al oído lo mucho que le quería y cuanto iba a echarle de menos. Acaricié su pelo y su rostro por última vez. Y me permití regañarle por irse y dejarme sola. Le regañé, por irse de mi lado y sin haber cumplido siquiera la mitad de los planes que nos quedaban por hacer. Agarré una de sus manos y me senté junto a él. Y con un simple movimiento de cabeza le indiqué al Jefe Wilson que desconectara todas las máquinas que aún lo mantenían con vida. Los pitidos fueron desapareciendo. La máquina que hacía que su corazón siguiera latiendo fue sustituida por las manos de un médico que se subió a horcajadas sobre él y comenzó a administrarle un masaje cardiaco, para que su corazón siguiera latiendo y fuera apto para trasplante. Habían encontrado un paciente compatible con él. El respirador artificial fue sustituido por una bomba de respiración manual que hacía que sus pulmones siguieran recibiendo oxígeno y también el resto de órganos. *«Uno, dos aprieta. Uno, dos aprieta…»* Repetí, de manera inconsciente en mi cabeza, para marcar el ritmo. El cerebro de Josh estaba muerto, pero sus órganos debían de seguir manteniéndose con vida para extraerlos y así poder ser donados.

Y después de ese momento llegaron las prisas. LLegaron las carreras y me lo arrebataron de mi lado.

Josh volvía a entrar en un quirófano, pero esta vez no lo hacía para intentar salvar su vida, esta vez lo hacía porque gracias a él se salvarían otras muchas. Josh acababa de convertirse en una especie de héroe anónimo que donaría todos y cada uno de sus órganos, para que otros pudieran disfrutar de la vida que él acababa de perder. Sus ojos seguirían viendo mundo. Sus pulmones seguirían respirando. Su corazón seguiría latiendo. Sus riñones seguirían funcionando. Su hígado y su páncreas también lo harían. Pero él ya no estaba.

Josh se había ido y no volvería.

Sully

Salí del despacho del Jefe Wilson, conteniendo las ganas de dar un portazo, tan grande, que hiciera temblar los cimientos del hospital. Había acudido a una reunión a la cual me había convocado él mismo, a través de un mensaje de texto, el día anterior por la tarde. En ese mensaje me pedía, por favor, que me personara en su despacho antes de comenzar mi ronda de visitas a los pacientes. Por lo que a las siete y media de la mañana estaba llamando a la puerta del despacho, con una mano y sujetando mi termo con café en la otra. Mis rondas comienzan a las ocho.

—Pasa Sully.

Escuché decir nada más llamar a su puerta. No me sorprendió. Parecía que ese hombre tenía instalados en sus ojos una especie de rayos X, que le permitían ver a través de la puerta de su despacho. Obedecí su orden y entré inmediatamente. Me coloqué, de pie, frente a él y esperé a que me invitara a sentarme. Lo hizo señalando una silla con una mano. Me acomodé en ella.

—Quería comentar contigo algunos asuntos, antes de que el Doctor Spencer te acapare por completo un día más.

El Jefe reclinó su espalda sobre el respaldo, del sillón de cuero negro. Unió sus manos, tan solo con las yemas de los dedos.

—Sé que tiene mucho que explicarte y poco tiempo para hacerlo.

Hizo un pequeño carraspeo con su garganta.

Crucé las piernas y me retrepé en la silla. Yo también tenía algo que decir, pero esperaría el momento oportuno para hacerlo.

—Usted dirá Jefe.

Bebí un trago de café y lancé un pequeño suspiro. El Jefe se humedeció los labios antes de continuar hablando.

—El hijo de un buen amigo trabaja, como editor, para una revista médica.—Se llevó una mano hasta la frente. –Si no recuerdo mal se llama **MEDICAL LIFE**. Son muchas las revistas que escriben sobre medicina y no me acuerdo de todos los nombres.

Se frotó una vez más la frente.

Crucé las piernas. Apoyé un codo sobre una rodilla y mi barbilla en

una mano. Me dispuse a escuchar con cierto interés. Que el Jefe nombrara **MEDICAL LIFE**, de repente, había captado toda mi atención.

—Pero eso es lo de menos, el caso es que esta revista quiere hacer un reportaje sobre ti.

Levanté las cejas y abrí mucho los ojos, en señal de sorpresa. Me señalé a mí misma con un dedo y sin decir una sola palabra. El Jefe entendió mi lenguaje de signos improvisado.

—Por lo de tu nombramiento…Ya sabes… —aclaró.

—No creo que sea un tema de interés, para el mundo de la medicina, que yo vaya a ser nombrada Jefa de Trasplantes —cuestioné tras beber un trago de café.

El Jefe se acarició el mentón varias veces y cogió una bocanada de aire antes de responder. Cambié el cruce de piernas.

—Lo es… —hizo una breve pausa—. Si tenemos en cuenta que serás la primera mujer que lo hará en el Virginia Mason Hospital. La primera mujer afroamericana que lo haga en la ciudad de Seattle y además la mujer más joven en dirigir dicho servicio en todo el Estado de Washington.

El Jefe enumeró esas tres premisas, alzando un dedo cada vez, hasta que tres quedaron levantados. Me mordí varias veces el labio inferior, antes de comenzar mi réplica.

—Todo lo que acaba de decirme sigue sin ser un argumento válido para que realicen un reportaje sobre mí. Estamos en el siglo XXI y me parece bastante lamentable que esas tres cuestiones, que acaba de enumerar, sean motivos suficientes para salir en una revista —dije bastante ofuscada, y siendo consciente de que mi tono de voz iba subiendo conforme hablaba.

Sí. Ya sé que yo misma pensé en esas tres premisas cuando recibí la noticia de mi nombramiento. Pero me cabreaba enormemente que, a estas alturas de la historia, fuese noticia que una mujer, negra y con menos de cuarenta años, pudiera convertirse en el centro de atención, como para realizar un reportaje sobre ella y por esos tres clichés. Una cosa es que una misma lo piense y otra es que el resto del mundo también lo haga.

Me pregunté que si de haber sido un hombre, se habría despertado

el mismo interés.

–Tienes toda la razón Sully, pero tú y yo sabemos que lamentablemente es así.

El Jefe apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos.

–Pues entonces está todo dicho. No hay reportaje —sentencié.

Me levanté de mi asiento, con cierta prisa. Tenía pacientes que me esperaban antes de reunirme con el Doctor Spencer.

–Siento decirte que SI, hay reportaje. —El Jefe nfatizó el SI, mientras se levantaba también de su sillón—. De hecho he dado el visto bueno, y me reuniré con el editor de **MEDICAL LIFE** y posiblemente con el periodista, que llevará a cabo dicho reportaje en cuanto pueda. Te mantendré informada —concluyó de manera firme. Y sin darme opción a réplica.

Resoplé con cierto aire de resignación ante aquella contundente respuesta.

–¿Y cuando se llevará a cabo la entrevista? —pregunté con menos ímpetu del que el Jefe, seguramente, esperaba por mi parte.

–Esos detalles los concretaré tanto con el editor como con el periodista, en cuanto nos reunamos. Te informaré a su debido de tiempo.

El Jefe volvió a sentarse y se puso a rebuscar entre los papeles que almacenaba sobre la mesa de su despacho. Y así, de ese modo, el Jefe dio por terminada nuestra reunión.

–Jefe… —llamé su atención.

Alzó la mirada por encima de las gafas, de cerca, que se había colocado tras terminar de hablar conmigo.

–Me han anulado todas las operaciones importantes que tenía programadas. Me gustaría saber a que es debido.

Juguetee con la tapa del termo de café un tanto nerviosa.

–Es algo temporal. Será así hasta que el Doctor Spencer termine de explicarte, todo lo que tienes que saber sobre tu nuevo puesto. Después volverás a un ritmo “casi” normal en tus intervenciones.

Me molestó sobremanera el “casi”.

Hice un amago de preguntar a que se refería al decir aquello, pero el Jefe volvió a sus papeles. Me dio a entender de aquel modo que por

el momento no iba a darme más explicaciones.

—¿Alguna pregunta más?

Negué con la cabeza.

—Pues entonces a trabajar —exclamó con cierta autoridad, al darse cuenta de que seguía paralizada frente a él.

Me giré rauda y veloz para enfilar mis pasos hacia la puerta y salir del despacho. Os aseguro que de haber estado frente a un mando del ejército me habría cuadrado ante él y le habría hecho el saludo militar.

«A sus órdenes», pensé mientras me aguantaba la risa por mi pensamiento.

Caminé con pasos firmes hasta la puerta, la cual abrí con ímpetu y quise cerrarla del mismo modo. Sin embargo contuve la rabia que aún me seguía invadiendo y cerré de manera delicada. Me dirigí hasta los vestuarios, me cambié de ropa y fui a visitar al paciente al que había realizado el trasplante de corazón hacía unos días. Presentaba unas décimas de fiebre y aunque por el momento no era algo alarmante, si me preocupaba.

Convoqué, a través de un mensaje en el busca, a mis residentes, en el hall del hospital para comenzar las rondas de visitas del resto de pacientes que tenía bajo mi control. Después volvería a encerrarme con el Doctor Spencer en su despacho. Se había propuesto enseñarme, en tan solo unos días, todo lo que él había aprendido en años.

Lo único bueno que había en todo aquello era que mi horario de salida del hospital no se alteraba.

No tenía operaciones que se alargaban más de lo previsto y tampoco ninguna de urgencia. Y si el día no se complicaba en exceso, llegaría temprano a casa, y podría salir a correr.

26
Sully

Pensé que sería buena idea ir hasta el bar de Holly para comer y tomar el menú del día. Si la memoria no me fallaba era día de crema de puerros y pescado a la plancha. Pero lo mejor de ese menú, sin duda, era su flan casero. Me relamí los labios al pensar en él. Busqué el número de teléfono de Rachel. Quería saber qué tal iban las cosas con Taylor. Me apunté mentalmente, mantener una conversación con él. Quería conocer su versión. El domingo, no me había parecido propicio ni oportuno hacerlo. Aquella conversación necesitaba y requería tiempo.

Rachel había doblado turno el fin de semana, y no suele acostarse cuando sale, de uno de ellos. Según ella misma lo hace para *«no cambiar las horas de sueño».* Por lo que se atiborra a café, y va de un lado a otro sin hacer, en realidad, nada. La cuestión es mantenerse despierta y activa para poder dormir por la noche.

—Sí claro cuenta conmigo —respondió con más entusiasmo del que esperaba.

—¿Nos vemos entonces en el bar de Holly? —pregunté.

—Sí. Allí nos vemos. Ahora tengo que dejarte, estoy ocupada. Por cierto avisa a Mía. Dirá que no puede, que está muy atareada. Pero ya sabes que si no le decimos nada se pone de morros, y el enfado le dura mínimo dos semanas.

Solté una carcajada al escucharla.

Mía piensa que si Rachel y yo quedamos para vernos y no la avisamos, es porque tenemos algo que hablar sobre ella. Y que ese algo además no es nada bueno.

«A veces tengo la impresión de que especuláis a mis espaldas.» Nos ha asegurado, de manera compungida, en más de una ocasión.

Por cierto, nada más lejos de la realidad, es solo que a veces Rachel y yo necesitamos hablar a solas. Al igual que otras veces necesito hacerlo con ella.

—Sí. La llamo en cuanto deje de hablar contigo y despues llamaré a Holly para que nos reserve una mesa —hice una pausa—. Por cierto

Rachel, ¿estás bien?

—Si claro, por qué no iba a estarlo.

—Te noto bastante acelerada.

—Voy a tope de café, ya sabes… para no dormirme. La noche ha sido bastante movida y apenas he pegado ojo en el servicio.

—Vaya. Lo siento.

—Yo creo que en Seattle saben cuando tengo turno, y se confabulan en mi contra, para que ocurran cosas durante mis horas de trabajo. Panda de cabrones. Creo que esta noche han quemado todos los contenedores de la ciudad para tocarme los huevos —protestó.

Me reí a carcajadas. Rachel asegura que los turnos en los que ella no trabaja son mucho más tranquilos que los suyos. De ahí que piense que, de un modo u otro, los delincuentes de la ciudad saben cuando comienzan y terminan sus turnos.

—Estás fatal —dije entre risas.

—Lo sé —reconoció sin ningún tipo de problema.

Rachel es consciente de que esa teoría no tiene fundamento ninguno. Aunque yo también soy de las que pienso que mis turnos, de guardia, son peores que los del resto de mis compañeros. Creo que todos pensamos lo mismo.

—Tengo que dejarte Sully. Estoy organizando los armarios.

—Entonces no te entretengo —respondí incrédula al escuchar su excusa. Rachel no es muy dada al orden.

—Hasta luego Rachel.

—Hasta luego amiga.

Tal y como había quedado con Rachel, llamé a Mía nada más colgar con ella para que se uniera a la comida.

—Imposible quedar con vosotras para comer. He quedado con Max.

Resoplé al escucharla. Max no era santo de mi devoción ni de ninguno de nosotros. Max no era bueno para Mía. Llevaban saliendo algo más de dos años. Bueno, lo de salir era algo relativo. Max y Mía se veían durante la semana. Los fines de semana, cada uno hacía su vida, muy a pesar de ella.

Max estaba más cerca de los cincuenta, que de los cuarenta, estaba casado y era padre de dos adolescentes. Por lo que los fines de

semana, se debía a su papel de amante esposo y adorable padre. A pesar de las muchas veces que le habíamos pedido a Mía que dejara esa relación, que no la llevaría a buen puerto, ella insistía en que todo estaba bien. Incluso había momentos en los que parecía feliz. Parecía.

—Mía.

Escuché la voz de Max al otro lado del teléfono. Su tono de voz me resultó autoritario y desagradable.

—Estamos trabajando —añadió Max.

—Tengo que dejarte. Estoy en una reunión urgente. Gabinete de crisis en LOS MARINERS —se quejó Mía.

La imaginé frunciendo el ceño y haciendo un mohín de protesta con los labios.

—¿Nos vemos esta semana?

—Sí, claro. Hablamos. Lo siento Sully, tengo que volver a la reunión.— Se disculpó.

—Tranquila. Hablamos. Cuídate.

Me pasé el resto de la mañana envuelta en papeles y tomando notas de todo lo que el Doctor Spencer me resaltaba como importante.

Aproveché una de las breves pausas, que hicimos para darnos un respiro de tanta burocracia y tanta teoría, para armarme de valor y pedirle, por no decir rogarle, que me adjudicara alguna operación. Echaba de menos la adrenalina que me suponía entrar en un quirófano.

—Veré que puedo hacer. Sé lo que es echar de menos el quirófano. Buscaré algunas operaciones que no te lleven mucho tiempo.

A punto estuve de abalanzarme sobre él para abrazarlo cuando me prometió hacer todo lo posible. Le di las gracias mientras cerraba mi cuaderno de notas y mi pluma MontBlanc. Dicha pluma había sido el regalo que Rachel y Mía me hicieron el día que conseguí mi residencia en el Virginia Mason Hospital.

—Para que firmes muchas recetas y muchas altas médicas —advirtió Rachel mientras me daba un enorme abrazo de oso.

—Escribe en color verde. Pero no es un verde cualquiera, es “verde inglés” —recalcó Mía—. Es el mismo color que utilizan algunos notarios para firmar. Y ya sabes que su firma vale mucho dinero.

Rachel y yo soltamos una carcajada ante aquella aclaración y después nos fundimos en un abrazo las tres. Aquel día se sumaba a los muchos que habíamos vivido juntas, las tres, desde que Mía se había unido a nosotras en el instituto. Desde entonces han pasado muchos años y muchas cosas. Demasiadas. Unas buenas, otras regulares y otras malas. Pero ahí seguimos juntas y unidas en una relación que iba más allá de una simple amistad. Mía, Rachel y yo somos HERMANAS. Somos LAS SUPERTRES.

27
Sully

Cuando llegué al bar de Holly, Rachel ya me esperaba con una cerveza en la mano, y sentada en nuestra mesa de siempre. Antes de dirigirme a ella saludé a Holly, alzando simplemente la mano para que me viera. Era la hora punta de servir las comidas y parecía atareada. A los pocos minutos, fue ella quien se acercó hasta la mesa, para traernos el primer plato y un refresco de naranja para mí. No bebo alcohol entre semana.

—¿Y bien? —preguntó Rachel después de darle un trago a la cerveza.

—¿Y bien qué? —respondí despojándome de la cazadora vaquera que llevaba puesta.

—¿Qué tal lo pasasteis el domingo en el partido? No me habéis contado nada.

—Bien. Fue divertido y además vimos ganar a LOS MARINERS.

—¿Y ya está? —inquirió con tono inquisitivo.

Me encogí de hombros.

—Bueno no hay mucho más que contar. Tomamos comida mexicana, nos divertimos y después del partido Taylor y yo regresamos a casa. Mía se quedó con Max, y el resto de la junta para celebrar la victoria del equipo.

—Así que Taylor y tú os fuisteis para casa.

—Ajá —respondí mientras pelaba un cacahuete, que cogí del cestito que Holly nos había dejado junto con las bebidas.

Rachel soltó un pequeño resoplido en señal de protesta por algo. Un algo que por cierto yo no sabía que era.

—Rachel… ¿hay algo qué quieras preguntarme?

Negó con la cabeza.

—Pues resulta que yo tengo la impresión de todo lo contrario. Y además creo que entre nosotras hay la suficiente confianza para que lo hagas sin ningún tipo de problema, ni tapujo.

Un breve silencio se instaló entre nosotras. Un silencio que a mí me resultó bastante incómodo y que nunca había sentido con ella. Rachel

chasqueó la lengua.

—Me preguntaba si Taylor y tú…—bebió otro trago de cerveza y clavó sus ojos castaños en los míos de color negro—. Hablasteis sobre lo que te conté el sábado.

—Taylor no hizo mención al tema y no quise ser yo quien lo hiciera. No es asunto de mi incumbencia. Bueno no lo es hasta cierto punto, los dos sois mis amigos. Pero estoy convencida de que tenéis una conversación pendiente y UR-GEN-TE. Resalté la palabra urgente para que se diera cuenta de que realmente debían hablar entre ellos—. ¿Habéis vuelto a hablar sobre ello?

Rachel negó con la cabeza.

—He comprado preservativos.

Me atraganté con el refresco de naranja y Rachel me golpeó la espalda para que tosiera.

—¿Para qué has comprado preservativos? —pregunté con asombro y tras recuperarme del mal rato.

—No creo que a estas alturas deba explicarte para lo que sirven.

Puse los ojos en blanco.

—No. No tienes que explicarme nada sobre su uso. Pero sí quiero que me expliques para qué los has comprado.

—Para hacer guerra de globos con agua, desde luego que no.

Se rió ante su propia ocurrencia.

Yo seguía perdida. Rachel tomaba anticonceptivos desde hacía años y además la conversación entre Taylor y ella había rondado alrededor de la posibilidad de ser padres, no sobre NO serlo.

—Quiero poner todos los medios posibles para no quedarme embarazada por el momento. Necesito tiempo para pensarme lo de ser madre —me aclaró cuando se dio cuenta de mi cara de estupefacción.

—Aaahhhh… —acerté a decir.

—Cómo médico deberías saber que los anticonceptivos orales pueden fallar —añadió antes de llevarse el botellín de cerveza a los labios.

Me miró por encima de la botella mientras bebía.

—Llevas años tomándolos y nunca has tenido problemas.

—Pero con la suerte que tengo, estoy segura de que podrían fallar

cuando no tienen que hacerlo.

Me mordí el labio y agité la cabeza como negación.

—Toda precaución es poca. No vaya a ser que en su ansia de ser padre le dé por darme el cambiazo de las pastillas anticonceptivas por gominolas. Te recuerdo que es experto en hacer ese tipo de cosas.

Una vez alguien mató a un gato y lo llamaron *matagatos*. Pues eso mismo le estaba sucediendo a Taylor.

Rachel con lo que acababa de decir se refería a lo que Taylor había hecho tres años atrás, tras una lesión muy dolorosa en un hombro, y mal curada por culpa de su cabezonería. Taylor comenzó a abusar de calmantes fuertes, muy fuertes. Siempre llevaba consigo un bote con ibuprofenos que tomaba casi como si fuesen caramelos, pero en su interior no había lo que él decía y nos hacía creer. Taylor se había enganchado a las anfetaminas, para soportar el dolor y así no tener que dejar de trabajar. Aquello se descubrió tras un test de drogas, que se llevó a cabo en el parque de bomberos y después de haber participado en la extinción del incendio de un laboratorio clandestino de meta-anfetaminas. Ese test se llevó a cabo como precaución, para averiguar si los hombres que habían participado en la operación, habían sufrido algún tipo de intoxicación. Dicho acto le supuso a Taylor la suspensión de empleo y sueldo durante el tiempo que duró su rehabilitación. De no haber sido por la intermediación del Capitán, habría perdido su puesto de trabajo, pero no fue así. Un año después de lo sucedido, y totalmente rehabilitado, Taylor se incorporó a su puesto como Teniente de la Brigada de Rescate, número 5, del parque de bomberos número 21.

—Bueno no creo que a Taylor se le haya pasado por la cabeza hacer algo semejante. Se juega su matrimonio —defendí a mi amigo.

—Uy, líbrame del toro manso, que del bravo ya me libro yo —dijo Rachel con la boca torcida.

Agité las manos para dar por terminada aquella diatriba que no nos llevaba a ninguna conclusión.

—¿Y qué ha dicho Taylor sobre el tema? —Quise saber.

—¿Qué tema?

—Sobre los preservativos —resoplé.

—Nada. Todavía no hemos tenido ocasión de utilizar ninguno. Hemos tenido los turnos un poco complicados —suspiró.

Por todos era sabido que Rachel y Taylor mantenían una vida sexual muy activa. No en vano, a Rachel más de una vez habíamos tenido casi suplicarle, que no fuera tan explícita en los detalles sobre su actividad en la cama. A lo que ella siempre respondía que éramos una panda de reprimidos.

—Pues ya nos contarás como os va la experiencia de utilizarlos —dije de manera divertida.

Rachel lanzó una especie de suspiro o de bufido. Vete tú a saber qué fue lo que salió por su boca.

—Mira pues a lo mejor te lo cuento dentro de un rato.

Rachel me colocó frente a los ojos el teléfono móvil. En la pantalla salía el nombre de Taylor y su foto. Y menuda foto, joder. Taylor había posado para el calendario solidario, de los bomberos de ese año, y Rachel la había colocado como su foto de contacto.

—Estoy con Sully. No tardo nada en llegar a casa. Ve desnudándote —respondió de manera divertida.

Escuché una especie de gruñido al otro lado del teléfono. Me llevé una mano a la frente y reprimí una carcajada.

—Vete. Vete. Invito yo.

La incité a marcharse sacudiendo ambas manos.

—Te debo una comida —añadió ella lanzando un beso al aire.

Me terminé el flan casero y fui hasta la barra para pagarle a Holly y tomarme un café con ella.

—¿A dónde iba Rachel con tanta prisa? —preguntó con preocupación.

Estaba segura de que Holly estaba pensando que la habían llamado por algo urgente del trabajo.

—Taylor la ha llamado.

Me reí por la nariz.

—No me digas más.

Holly también se rió. Ella, también era conocedora de la activa vida sexual del matrimonio.

—¿Qué tal te va por el hospital?

–Mucha información. —Arrugué la nariz—. Además han derivado mis operaciones a otros cirujanos, por el momento —me quejé haciendo un puchero con los labios.

–Paciencia. Todo volverá a la normalidad, pronto —me aseguró Holly mientras me acariciaba el pelo.

–Seguro. ¿El Capitán, no ha venido hoy a comer? —pregunté extrañada de no verlo por allí. El Capitán solía ir a comer todos los días al bar de Holly.

–Está en el Rainbow House. Helen llamó esta mañana para decir que el sistema eléctrico sigue dando problemas. Deberíamos hablar de ese tema Sully.

Noté que Holly estaba preocupada.

–Hago un hueco esta semana y vemos que podemos hacer.

–No me gustaría tener un disgusto al respecto. Ya sabes el miedo que me dan los cortocircuitos.

–Tranquila. Lo solucionaremos. Tengo que irme, Holly. Me espera una tarde intensa con el doctor Spencer.

Me apoyé sobre la barra para acercarme a ella y darle un par de besos. Le tendí un billete para que se cobrara la comida de Rachel y la mía.

–Invita la casa. Ve. No hagas esperar al doctor Spencer.

–Te quiero, Holly.

–Y yo a ti, mi vida.

Me lanzó un beso.

Alex

El taxi me dejó en el lugar donde había quedado con Wallace, justo cinco minutos antes de la hora establecida. Ya sabéis que ese tiempo es una premisa para mí. Decidí coger un taxi, porque finalmente me había vestido de manera más formal y así no enfadar a Wallace. Por lo que ir en moto tampoco me pareció correcto. Incluso me afeité y también hice uso de un peine. Rebusqué de nuevo, tal y como lo hice unos días antes, en mi armario algo que ponerme para la reunión de aquel día. Encontré un pantalón de vestir en color gris, una camisa blanca, no tan impecable e impoluta como las que suele llevar mi amigo y una americana de color negro. Además rescaté del zapatero, unos zapatos con cordones que hacía muchos años no me calzaba. Me sentí incómodo con esa indumentaria incluso antes de vestirme. Y algo ridículo cuando ya me había vestido, y me vi reflejado frente al espejo al antes de salir de casa.

Esperé a Wallace paseando acera arriba, acera abajo, y mientras pensaba que todavía estaba a tiempo de largarme de allí. Llamarle por teléfono y decirle que se buscara a otro para hacer aquel reportaje. No estaba convencido de que pudiera hacerlo por varias razones; el motivo principal, sin duda, era que me parecía bastante arcaico en pleno siglo XXI, hacer un reportaje de este tipo. De hecho, así se lo había hecho saber a Wallace cuando me llamó para pedirme el favor. Otro de los motivos, era tener que aplazar, una vez más, mi viaje por la *Ruta66*. Parecía que no estaba escrito en mi destino poder llevarlo a cabo. Y por último odiaba los hospitales, su olor, sus pasillos interminables, y todos los recuerdos que me venían a la cabeza cada vez que pisaba uno. Algo que, por cierto, desde hacía casi cuatro años hacía más a menudo de lo que me gustaría. Aunque mis visitas, afortunadamente, cada vez se iban espaciando cada vez más en el tiempo. Comencé yendo una vez al mes, después cada tres meses y ahora ya lo hago cada seis meses. Pronto tan solo tendré que hacerlo una vez al año si todo está bien, cuando acuda a la próxima revisión en apenas unas semanas.

Wallace llegó puntual, como siempre. Me dio uno de sus sentidos

abrazos y me agradeció que acudiera a su llamada y que estuviese dispuesto a hacerle el favor.

—No vayas tan deprisa. Aún no te he dicho que sí —le advertí.

—Lo harás —dijo pagado de sí mismo y dándome una palmada sobre la espalda para invitarme a caminar a su lado.

Alcé las cejas.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

Sonrió de medio lado.

Esa sonrisa hizo que una especie de alarma se activara en mi interior. Wallace se guardaba un *as* en la manga, estaba seguro. Él sabía algo que, sin duda, yo desconocía. Demasiados años de amistad le delataban.

Cruzamos el recinto en silencio. Me dediqué a observar los jardines exteriores y a escuchar la algarabía de las personas que entraban y salían. Me detuve antes de comenzar a subir los escalones que nos llevarían hasta el interior del edificio. Miré hacia arriba, para leer el inmenso cartel que lo coronaba, VIRGINIA MASON HOSPITAL. Cogí una bocanada de aire y seguí los pasos de Wallace. Él parecía estar seguro de a donde debíamos dirigirnos.

29
Alex

El día anterior, pasadas las seis de la tarde y nada más llegar a casa, comprobé que todas las llamadas perdidas, que tenía en el teléfono móvil eran de Wallace. No había hecho mucho caso a aquel aparato infernal en todo el día. Había pasado toda la mañana y parte de la tarde en Tacoma. Había ido a ver a mis padres, y también me había pasado por el cementerio para visitar la tumba de Susan, y llevarle unas flores frescas. Algo que suelo hacer antes y después de salir de viaje. Me gusta contarle como va transcurriendo mi vida sin ella. Es como una especie de promesa no hecha. Pero si en algún momento no la cumplo me siento mal. Es como si, de algún modo, la estuviera traicionando.

Aunque esa sensación de traición había comenzado a perseguirme desde hacía unos días. Concretamente desde el sábado anterior. Sentía que la estaba traicionando por mi atracción hacia Sully; la mujer que olía a coco. La mujer con la piel canela, los ojos negros y profundos y los labios más sensuales que jamás he visto. No tenía ni idea de que era lo que me ocurría con ella. Solo sabía que por más que intentaba quitármela de la cabeza, más insistía ella en aparecer en mi vida y también en mis pensamientos.

Antes de llegar a casa escuché los ladridos de Chucho desde el exterior. Mi perro conocía perfectamente el sonido de mis pasos sobre la pasarela de madera, por lo que en cuanto los reconocía ladraba de una manera especial, al menos a mí me lo parecía.

Saltó sobre mí, nada más abrir la puerta, y me saludó con un par de lametazos, como suele ser costumbre, y fue a buscar su correa, para que lo sacara de paseo. Le hice caso, yo también necesitaba estirar las piernas y el resto de cuerpo.

El trayecto hasta Tacoma me sigue tensionando. Sobre todo, lo hace cuando tengo que cruzar el punto exacto donde se produjo el accidente en el cual Susan perdió su vida, y la mía cambió de repente. Cuando voy llegando a ese punto mi cuerpo y mi mente se ponen a la defensiva. Mi cuerpo se tensiona por completo, y mi mente me pide

cerrar los ojos, y pasar esos metros con ellos cerrados para evitar que durante el resto del trayecto la imagen del coche volcado me persiga. Pero hacer eso es imposible, me refiero a lo de cerrar los ojos. La tensión que me invade es como un acto reflejo que mi cuerpo lanza para proteger a mí mente. Y la verdad sufrir ese proceso dos veces en un día es demasiado para mí, mi corazón y mi cabeza.

Chucho se paró nada más salir de la pasarela para hacer pis y sus necesidades. Aproveché ese pequeño intervalo de tiempo para comprobar, una vez más las llamadas, mensajes y correos electrónicos que no había atendido a lo largo del día. Resoplé casi con hastío y después me reí al contar una por una, todas las llamadas que tenía de Wallace. Treinta y siete en total. Pensé en devolvérselas mientras daba el paseo, pero intuía que la conversación podía alargarse, así que decidí que mejor lo haría al llegar a casa. Después de darme una merecida ducha y ponerme ropa cómoda.

Me di la deseada ducha, me envolví una toalla alrededor de la cintura y pasé las manos sobre el espejo del cuarto de baño para limpiar el vaho que se había acumulado sobre él. El espejo me devolvió la imagen de mi torso desnudo. Clavé, una vez más, la mirada en el centro de él, justo donde está esa cicatriz que me recuerda a diario que un día aquel torso estuvo abierto en canal. Cuarenta puntos lo volvieron a cerrar. Bajé la mirada tal y como hago siempre para dejar de verla, y me giré para salir de manera apresurada y llegar hasta mi habitación. Me vestí con una camiseta de algodón y un pantalón de chándal. Me serví un agua con gas. Rescaté el teléfono móvil del bolsillo de la cazadora de cuero. Resoplé y me mordí el labio inferior al comprobar que Wallace había vuelto a llamarme tres veces más mientras estaba bajo la ducha. Subí hasta la buhardilla, seguido por Chucho, y salí a la terraza para acomodarme sobre el sofá de ratán que tengo en ella. Me tumbé sobre él mientras marcaba el teléfono de Wallace.

—Ya era hora de que te dignaras a devolverme las llamadas —protestó a modo de saludo.

—¿Cuál es el problema? —pregunté sin demasiado protocolo. Sabía que su insistencia, por localizarme, traía consigo un problema por

resolver o algún imprevisto.

—Necesito tu ayuda. Necesito que me hagas un favor. Sé que será una putada para ti, porque tienes planes —hizo una pausa—. Pero no te lo pediría si no fuera importante.

Me puse en alerta. Me incorporé sobre el sofá. Adiós a mi tranquilidad.

—Pues tú dirás. Pero te advierto que será favor por favor. Yo también tengo que pedirte uno —le advertí.

Quería pedirle que se quedara con Chucho durante las dos semanas que iba a durar mi viaje por la *Ruta66*.

Por lo general cuando viajo suelo llevarlo conmigo,y en caso de no poder hacerlo lo alojo en uno de esos hoteles para perros. Pero esa vez quería dejarlo con Wallace. No había pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo dejé en un hotel y siendo sincero debo reconocer que me rompía el alma hacerlo de nuevo. Siempre que lo dejaba allí me invadía una sensación de abandono hacia él.

—Hecho —respondió Wallace inmediatamente y casi con desesperación.

Me sorprendió que lo hiciera lo hiciera de ese modo, por eso todas mis alertas se activaron de nuevo. El aprieto en el que se encontraba debía ser serio. Mi intuición me avisó de que yo iba a ser la solución que necesitaba, o al menos parte de ella.

No es muy habitual que Wallace diga que sí a una propuesta hasta que no la escucha, la mastica y la rumia. Wallace es de los que medita, y no se precipita.

—Venga dime que necesitas, sabes que si está en mi mano te ayudaré —lo tranquilicé.

Yo soy más impulsivo para ese tipo de cosas y si se trata de Wallace mucho más. No me pienso demasiado el hecho de echarle una mano, aunque a veces esa mano en realidad me gustaría echársela al cuello. Y ese momento estaba a punto de convertirse en uno de ellos.

—Supongo que recuerdas que el viernes o el sábado, no sé muy bien cuando fue, te hablé sobre un soplo que me habían dado sobre algo que ocurrirá en los próximos días en uno de los hospitales de la ciudad.

Hice un silencio para hacer una especie de regresión hasta aquella conversación. Me situé mientras daba un sorbo a mi agua con gas. Después removí el líquido en el interior del vaso e hice tintinear los cubitos de hielo.

—Sí, recuerdo que hiciste mención a un soplo que te habían dado. —me rasqué una ceja—. Pero no me dijiste de qué se trataba.

—Pues te lo digo ahora. —se rio—. Pero necesito que me eches un cable.

—Dispara.

—El Doctor Spencer, Jefe del Servicio de Trasplantes del VIRGINIA MASON HOSPITAL, va a jubilarse.

—Pues me alegro por él. Le deseo lo mejor —bromeé. El tono de voz de Wallace denotaba cierta excitación, mientras me contaba aquel hecho que a mí me pareció de lo más normal y lógico. Todo el mundo se jubila—. Pero no creo que precisamente esa sea la cuestión sobre la que quieres hablarme —puntualicé.

—No, claro que no. La cuestión es que van a nombrar a su sustituto en unos días.

Wallace parecía seguir emocionado con los hechos que me estaba narrando. A mí por el contrario, seguían sin parecerme importantes, ni tampoco relevantes. Empezaba a inquietarme y a desesperarme.

—Vamos Wallace, ve al grano. Esa tampoco es la noticia.

Me pasé una mano por el pelo aún húmedo y bebí un poco más de agua. Chucho lanzó un ladrido para llamar mi atención, le acaricié la cabeza.

—Sí y no —respondió Wallace.

Resoplé. Mi amigo estaba empeñado en sacarme de mis casillas con tanto misterio.

—Vamos, Wallace, coño —mascullé entre enfadado y desesperado.

—El sustituto en realidad es sustituta.

Alcé ambas cejas en señal de asombro por lo que acababa de escuchar.

—¿Y…? —pregunté con desdén.

—Pues eso, que el sustituto del Jefe del Servicio d Trasplantes es mujer.

Me imaginé a Wallace encogiéndose de hombros al responder.

—No me jodas, Wallace. Y, ¿de verdad piensas que eso es noticia en pleno siglo XXI? —cuestioné alzando la voz.

—Sí que lo es, si esa mujer es afroamericana.

—¡¡¡Hostias!!! —exclamé—. Ahora sí que lo has rematado.

Escuché a Wallace soltar una especie de suspiro al otro lado. Lo imité y lancé uno algo más largo que el suyo.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Intenté encajar todas las piezas de aquel puzle del que yo, sin duda alguna, formaba parte.

—Me han dado permiso para hacer un reportaje sobre ella y lanzar un número especial de la revista con él. Mañana nos reunimos con el Jefe Wilson.

Mi cabeza se dispuso a procesar la información recibida. Me chirrió el NOS que había dejado caer Wallace como sin querer darle importancia, y como si yo fuera tonto de remate.

—Me alegro por lo del reportaje. Puede ser interesante —le dije sin demasiado entusiasmo—. Pero tengo dos preguntas que hacerte: ¿Qué has querido decir con qué mañana NOS reunimos con el Jefe Wilson? ¿Y quién es ese tipo?

Siendo sincero saber quién era el Jefe Wilson era la menor de mis preocupaciones. Pero sí quería saber la respuesta a la primera de mis cuestiones, en realidad era la única que me interesaba en ese momento.

—Quiero que el reportaje lo hagas tú.

Hice un silencio antes de decir nada.

—Ni hablar. —Me levanté del sofá como si alguien hubiera tirado de mí, para hacerlo—. Ya te dije que me voy. Tengo todo el viaje programado y además sabes que necesito irme lejos durante estos días.

Comencé a caminar en círculos por la pequeña terraza.

—Solo tú puedes hacer ese reportaje. Tu eres el único que sabrá darle el cariz humano que quiero que tenga. No quiero que sea un reportaje al uso. Quiero y necesito que sea un reportaje tuyo. Enfatizó la palabra tuyo.

Wallace se quedó callado y yo también.

–Por favor… —suplicó.

—Es que no lo veo. El hecho de que se tenga que hacer un especial sobre algo así, por el simple hecho de que sea una mujer y además afroamericana.

Insistí en que aquello no me parecía un hecho relevante que mereciera un reportaje. Las mujeres para mí siempre han tenido los mismos derechos que los hombres. Me parecía machista y racista a la vez.

—Por eso quiero que lo hagas tú. Solo tú podrás darle el matiz que necesita para que esos datos pasen casi desapercibidos, o tal vez puedas resaltarlos pero desde otra perspectiva.

En eso Wallace tenía razón. Si algo he conseguido en el mundo del periodismo es ser reconocido, por la humanidad que rezuman todos y cada uno de los reportajes que realizo. La idea empezó a no disgustarme, aunque no me gustaba del todo.

—Déjame que le dé una vuelta y te digo algo. Pero no te aseguro nada —le dejé claro.

—Eres el mejor.

—Lo sé. Por cierto ¿quién es el Jefe Wilson? —le pregunté para calmar casi del todo mi curiosidad.

Escuché la risa ronca de Wallace al otro lado del teléfono. Sonreí. Aquella era la señal de que Wallace estaba más relajado, al saber que no me había negado en rotundo para hacer el trabajo.

—Es el Jefe de Cirugía del hospital. Es amigo de mi padre, y es precisamente por eso que sé todo lo que va a ocurrir, en los próximos días, en ese hospital. Bueno y también creo que por eso ha accedido a que se haga el reportaje.

—Bien. Por cierto…, necesito saber algo más.

—Tú dirás.

Wallace parecía estar dispuesto a complacerme en todo desde aquel preciso instante.

—Dime por favor, que la mujer en cuestión no es una señora mayor a punto de jubilarse y con un carácter de perros.

Wallace soltó otra carcajada.

Hice una mueca con la boca, no sabía si esa risa indicaba algo

bueno o malo. Yo había formulado la pregunta totalmente en serio.

No es que tenga nada en contra de las mujeres mayores, no me malinterpretéis. Es solo que tendría que darle otro sentido al reportaje, si así fuera, y si finalmente me decidía a realizarlo. Algo que, por cierto, no tenía muy claro.

—No. En realidad su edad también es importante en todo esto. Ella será la mujer más joven en conseguir dicho puesto en todo el Estado de Washington.

—No me digas, por favor, que es alguien con un coeficiente intelectual por encima de la media, y que además será repipi e insoportable. Tiene toda la pinta.

Sí, ya sé que me estaba poniendo un poquito pesado con todas esas cuestiones. Pero creo que en cierto modo buscaba la menor de las excusas para decir que no y largarme de Seattle en los próximos días.

—Ni idea. Por ahora no tengo mucha más información. Mañana sabremos más datos sobre ella y posiblemente la conozcamos. Nos vemos a la una del mediodía en la puerta principal del hospital. El Jefe Wilson nos espera para hablar y almorzar de manera informal.

—Todavía no te he dicho que si lo haré.

—Pero sé que lo harás.

Puto Wallace como me conocía. Y como lo conocía yo a él. Wallace tenía más información de la que me estaba ofreciendo.

—Vístete de modo decente —me advirtió.

—Ah no. Yo me mostraré tal y como soy. Me siento incómodo vistiéndome de ese modo en que tú te vistes.

—Haz lo que te salga de los cojones.

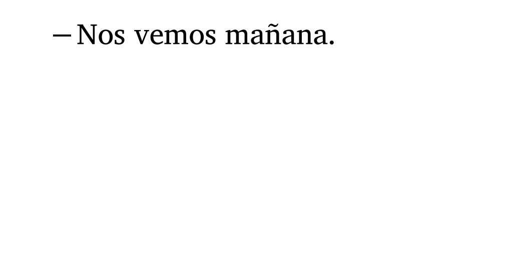
—Eso haré.

Escuché a Wallace farfullar más protestas al otro lado, y yo hice caso omiso a ellas. Me daba igual lo que él pensara sobre mi vestuario. No pensaba cambiar nada en mí por mucho Jefe que fuera con quien íbamos a reunirnos al día siguiente.

—Por cierto, Alex, ¿qué favor era el que ibas a pedirme?

—No te preocupes. Ahora mismo no da a lugar. Pero te aseguro que me lo harás cuando llegue el momento.

—Cuenta con ello. Nos vemos mañana.



—Nos vemos mañana.

30
Alex

Wallace y yo atravesamos una especie de corredor que nos llevó hasta un largo pasillo con varias puertas, a ambos lados. Todas estaban cerradas y rotuladas con el nombre de los Jefes de los diferentes departamentos. Nos detuvimos frente a la última del pasillo.

DOCTOR WILSON
JEFE DE CIRUGÍA

Rezaba la placa que había junto a la puerta. Wallace golpeó con los nudillos un par de veces.

—Adelante.

Una voz amable, pero a la vez diligente y con cierto tono de autoridad, nos invitó a pasar. Wallace abrió la puerta y fue el primero en entrar. Seguí sus pasos.

Nos recibió un hombre de color, que se levantó de su asiento nada más vernos entrar. Rodeó la mesa y salió a nuestro encuentro a mitad del despacho para saludarnos y estrecharnos las manos. Tendría unos sesenta años de edad. Era alto y robusto. Lucía el pelo canoso, rapado al uno, como mucho al dos y barba. Vestía un pantalón de vestir, de color negro, una camisa blanca y una bata médica. En el bolsillo superior pude leer su sombre, Doctor Wilson. De su cuello colgaba un cordón con unas gafas, que supuse que utilizaba para ver de cerca.

Los tres nos encontramos a medio camino del despacho.

El Jefe Wilson adelantó una mano y se dirigió a Wallace, en primer lugar.

—Me alegro de verte chaval. Hacía mucho tiempo, que no lo hacíamos.

—Diría que años, señor —puntualizó Wallace.

Estrechó la mano del Jefe con un apretón firme y después nos presentó.

—Él es Alex O`Connor. El periodista del que le hablé.

Puse mi mejor sonrisa y extendí la mano para estrechar la del Jefe

Wilson.

—Me alegro de conocerte. Soy un gran admirador tuyo. Leo todos y cada uno de los trabajos que realizas. Por eso también, me alegré de inmediato cuando Wallace me dijo que serías tú quien llevará a cabo el reportaje sobre la Doctora Sullivan.

Torcí el gesto.

Wallace había dado por hecho que realizaría el trabajo, y así se lo había hecho saber al Jefe Wilson. Pero debo admitir que también me erguí lleno de orgullo al escuchar sus palabras. Sé que es mucha la gente que alaba y admira mi trabajo. Al igual que también sé, que otros muchos no están de acuerdo con mi modo de hacer las cosas y plantear ciertos temas. Pero encontrarme con un admirador frente a mí y que además lo reconociera con el orgullo que lo había hecho el Jefe Wilson me llenó de una gran satisfacción.

—Gracias señor —acerté a decir ciertamente abrumado.

La vanidad nunca ha sido uno de mis defectos. Tengo otros muchos, pero de ese afortunadamente carezco. Por otra parte, no estoy acostumbrado a ese tipo de reconocimientos tan directos. Uno de los motivos por los cuales no disfruto de ellos, es que pocos saben quién soy yo. Firmo todos mis artículos como A. O´Connor. Y yo mismo me encargo de comprobar, de vez en cuando, que no haya ninguna fotografía mía circulando por los mundos de internet.

Me gusta mantener el anonimato y darle cierto aire de misterio a mi trabajo y a mi perfil profesional. Mi privacidad es importante para mí. No es que tenga nada que esconder, pero el anonimato me hace trabajar de una manera totalmente distinta.

Me hace ser mucho más sincero de lo que, seguramente sería en caso de que se me conociera físicamente. No en vano algunas veces me denominan como “el periodista fantasma.” Soy de los que piensa que es más fácil atentar contra una cara que contra un nombre.

—Llamadme Wilson a secas o bien Jefe. De esta última manera es como suelen llamarme en el hospital. No lo hacen por cuestión de jerarquía ni protocolo. Lo hacen con cariño, para muchos de ellos soy algo así como un padre. —El Jefe se rascó la barba—. De hecho me consta que la Doctora Sullivan es así como me ve.

Vislumbré cierto tono de orgullo cuando se refirió a la Doctora Sullivan. Sin duda esa mujer, a la que en unos días iba a nombrar Jefa del departamento más importante del hospital que dirigía, era importante y especial para él. Me hice una nota mental sobre dicho aspecto. Debía comenzar a recabar cierta información para el reportaje, por si finalmente me decidía a llevarlo a cabo.

Mi mente se había puesto a trabajar sin yo haberle dado la orden ni el consentimiento para hacerlo.

—Gracias, Jefe —respondimos Wallace y yo a la vez.

Parecía que ambos nos habíamos puesto de acuerdo para llamarlo del mismo modo.

—He pedido que nos traigan algo para comer desde la cafetería. No hay mucho donde elegir, pero al menos hablaremos con el estómago lleno. Soy de los que defiende, que a la hora de tomar decisiones importantes es mejor hacerlo de ese modo.

El Jefe Wilson señaló una mesa. La cual sin duda era más veces utilizada para reuniones que para comer. Sobre ella habían dispuesto tres recipientes desechables con ensaladas, un par de bandejas con diferentes sándwiches, servilletas de papel y cubiertos de usar y tirar. Todo sin demasiado protocolo.

Wallace y yo seguimos al Jefe y dejamos que fuera él quien primero tomara asiento, tras él lo hicimos nosotros. Nos colocamos uno frente al otro y flanqueando al Jefe.

—Para beber os puedo ofrecer agua mineral, agua con gas y café.

—Agua con gas para mí, estará bien.

—Agua mineral para mí —pidió Wallace.

—El café lo dejaremos para la sobremesa —puntualizó el Jefe Wilson, mientras nos acercaba nuestras respectivas bebidas y servía un agua mineral para él.

La comida resultó amena y distendida, y el Jefe se mostró de acuerdo en todas y cada una de las propuestas que le había ido haciendo durante su transcurso.

—Lo dejo en vuestras manos. Vosotros sois los expertos en ese campo —nos advirtió.

El Jefe estuvo de acuerdo conmigo en no destacar que el reportaje

se llevaba a cabo por el hecho de que quien lo protagonizaba, era una mujer, afroamericana y menor de cuarenta años.

—Me hubiera gustado que conocierais, hoy mismo, a la Doctora Sullivan, pero ha estado reunida desde esta mañana con el Doctor Spencer, su predecesor y he querido darle un respiro y dejarla comer tranquila. Hasta que se incorpore a su nuevo puesto de manera oficial, le esperan días de mucho trabajo y muy intensos.

El Jefe Wilson habló de nuevo con orgullo y cariño al referirse a ella. Despertó aún más mí curiosidad. Ya no me parecía tan mala idea realizar ese trabajo. Es más podría asegurar que estaba deseando comenzarlo. No, miento. Estaba deseando conocer a esa mujer que por momentos me iba pareciendo cada vez más interesante.

—Ya habrá tiempo de conocerla —observó Wallace mientras se levantaba de su asiento para despedirse del Jefe.

—Ha sido un placer charlar con vosotros —dijo el Jefe levantándose también—. Por cierto Alex…

—Dígame señor.

—No hace falta que te diga, que cualquier cosa que necesites durante el tiempo que estés por aquí trabajando, no dudes en pedírmela. Ya conoces el camino hacia mi despacho.

—Gracias señor.

—Otra cosa, Alex…

—Usted dirá, señor…

–Deja de llamarme señor —me exigió antes de lanzar una carcajada.

Wallace y yo nos reímos del mismo modo.

—Lo tendré en cuenta se…, digo Jefe.

Volvimos a reír los tres y mientras Wallace y yo ya estábamos en el pasillo.

—Alex, nos vemos el lunes a las siete de la mañana.

El Jefe me tendió la mano, al tiempo que me hacía el recordatorio.

—Y tú, deja que te vea más a menudo —casi le exigió a Wallace.

Se acercó hasta él y le dio un sentido abrazo. Ambos se palmearon sus respectivas espaldas.

—Lo tendré en cuenta —dijo Wallace.

—Jefe— llamé su atención—. Me gustaría reunirme antes del lunes, y si fuera posible con la Doctora Sulliva, para tratar con ella algunos temas. Me gusta mantener una conversación informal con mis entrevistados, antes de empezar a trabajar con ellos —le aclaré.

No quise exigir nada, el Jefe nos había advertido de que la Doctora Sullivan estaba un tanto sobrepasada debido a las reuniones con su antecesor. Pero para mí ese primer paso es importante. Me ayuda a conocer un poco más a mi entrevistado y puedo hacerme una idea de cómo voy a plantear el reportaje.

—Me parece bien —afirmó sin ningún tipo de problema—. Déjame que lo consulte con ella y te hago saber día y hora para esa reunión.

Le di las gracias por mostrarse tan amable, y tan dispuesto a facilitar mi trabajo.

—Si te parece bien le propondré un desayuno antes de comenzar la ronda a sus pacientes, o bien un almuerzo después de ella.

—Lo que usted disponga y decida estará bien. Espero sus noticias.

Le tendí una tarjeta con mi número de teléfono,y después la mano para despedirme de él.

—Wallace… no hace falta que te diga que si quieres acudir a esa reunión informal puedes hacerlo sin ningún tipo de problema —añadió el Jefe.

—Gracias. Lo intentaré. Estamos cerrando el próximo número de la revista y son días complicados, para mí —se excusó Wallace.

31
Sully

Me contuve las ganas de saltar sobre el Doctor Spencer cuando me anunció que esa mañana iba a realizar una operación. Tras acabar mi ronda de pacientes me dirigí a su despacho, tal y como habíamos quedado el día anterior, para continuar con mi maratoniana formación.

—Es una operación sencilla y que no te llevará mucho tiempo, pero al menos te quitarás el "gusanillo" de pisar un quirófano —me anunció antes de que pudiera tomar asiento frente a su mesa, dispuesta un día más a tomar apuntes de todo lo que me iba dictando.

—Es simplemente sustituir un *stent* por otro —me aclaró casi disculpándose por ofrecerme una operación tan sencilla.

Era una operación que podía realizar incluso con los ojos cerrados. Aun así, le di las gracias como si fuera a realizar la intervención del año y por ella fueran a darme el premio a mejor cirujana.

—Ve. Disfruta de ella y después tomate un par de horas para comer. Después nos veremos aquí mismo.

—Podemos comer aquí, si es necesario —sugerí, refiriéndome a hacerlo en el despacho.

No quería que la operación, que tan solo me llevaría una hora y media, dos horas a lo sumo y si todo iba bien, fuera un impedimento para cumplir los tiempos que el propio Doctor Spencer se había impuesto.

Quería dejar todo atado antes de que su jubilación fuera un hecho, y para esa fecha apenas quedaban unos días.

—Ve tranquila. Todo va según lo establecido. Además yo también necesito descansar un poco de toda esta locura. Los últimos días están siendo más intensos y largos de lo que esperaba.

El doctor Spencer apoyó la espalda, con gesto cansado, sobre el respaldo de su sillón. Un sillón que en unos días sería ocupado por mí. Me invadió una especie de miedo al pensar en ese preciso instante.

Me dirigía hasta la zona de quirófanos cuando mi teléfono móvil comenzó a sonar en el bolsillo de mi bata. Comprobé que era un

mensaje de Taylor. Lancé una carcajada al leer la palabra CONCLAVE. Todavía me estaba riendo cuando llegó otro con la palabra URGENTE. Me carcajeé una vez más, y respondí con una nota de voz, mientras me cambiaba de ropa. En ella le decía que tenía un par de horas para comer y que si quería podíamos hacerlo juntos. Añadí que tendría que ser en el hospital.

Hecho. Yo me encargo de llevar la comida.
No esperes ningún manjar.
Me limitaré a comprar un par de ensaladas, dos sándwiches, una cerveza para mí y un zumo de manzana para ti

Me advirtió Taylor en otro mensaje de texto. Supuse que Rachel andaba cerca, porque mi amigo no es de escribir mensajes. Él es de los que llama. Según sus propias palabras le agota teclear.

Le respondí que no había problema en aquel delicioso menú y añadí que al café invitaba yo. Me envió le muñequito que babea como respuesta. Taylor también es un adicto a esta bebida.

Cerré la aplicación de mensajería y me preparé para la operación. Pijama gris oscuro. Gorro negro con margaritas amarillas, y patucos desechables. Entré en la zona de desinfección y comencé con el meticuloso lavado de manos y cepillados de uñas, el cual debe durar al menos tres minutos y medio. Tiempo que cuento mentalmente, en lugar de mirar el enorme reloj que hay colgado sobre el lavamanos. Soy así de rara.

La intervención salió tal y como estaba previsto, sin complicaciones. Elvis cantó una vez *“Suspicius Mind”* cuando comencé a dar las gracias al equipo que me había acompañado ese día. Luego continué con todo el protocolo que viene tras el agradecimiento. Saludé y respondí a sus aplausos, tal y como hago siempre, y después me dirigí hasta la puerta de salida para desechar en el contenedor la bata, los guantes y la mascarilla.

Randal salió detrás de mí.

—La echábamos de menos en el quirófano, doctora Sullivan —me dijo poniéndose a mi altura.

—Yo también echaba de menos estar en uno y acompañada por vosotros. ¿Te ocupas de todo lo que se refiere al postoperatorio?

—Por supuesto.

Le di las gracias y me dirigí hacia los vestuarios para cambiarme el pijama. Coloqué mi busca en la cinturilla del pantalón y comprobé mi teléfono móvil antes de guardarlo en el bolsillo izquierdo de la bata que me había colocado sobre el pijama limpio.

Tenía un nuevo mensaje de Taylor.

Te espero en el banco con Josh.
No tardes. Taylor □

Respondí al mensaje de Taylor con un simple OK.

El corazón me había dado tal vuelco, al leer que me esperaba con Josh en el banco, que podría decir que incluso se había saltado algún que otro latido. Lancé un suspiro de alivio cuando caí en la cuenta de a qué se refería al decir esas palabras. El subconsciente me había traicionado por un momento. Taylor lo que en realidad quería decirme era que me esperaba en el banco en el que Josh y yo quedábamos para comer casi a diario.

En ese banco nos conocimos, y nos dimos nuestro primer beso. En ese banco entrelazamos nuestros dedos por primera vez y en él fue donde Josh me pidió que nos fuésemos a vivir juntos.

Se convirtió casi en una tradición encontrarnos en él cuando uno de los dos estaba teniendo un mal día en el hospital. Y si no podíamos salir a comer fuera, solíamos quedar en él para tomarnos un sándwich rápido, y después continuar con nuestras maratonianas jornadas de trabajo. A veces solo quedábamos allí para darnos un beso rápido y fugaz.

Ese banco se convirtió en un elemento importante de nuestra relación. Fue testigo directo de todo el amor que nos profesábamos el uno al otro. Por lo que varios días después del funeral de Josh, y cuando me armé del valor y la fuerza suficientes para hacerlo, enterré parte de sus cenizas bajo él. Justo debajo del sitio que él solía ocupar. Mía, Taylor, Rachel, Holly y el Capitán me acompañaron ese día.

Mis amigas me tacharon de loca cuando les conté mi idea, y Taylor comprendió lo importante que era para mí hacer aquello. El resto de sus cenizas viajaron hasta Washington, su ciudad natal, en la

preciosa urna que sus padres eligieron para la ocasión

32
Sully

Salí del edificio y enfilé la pasarela, asfaltada, para dirigirme hasta casi las afueras del recinto hospitalario, lugar donde estaba ubicado ese banco.

El banco.

Nuestro banco.

Alcé una mano para hacerme ver. Taylor sonrió al verme e imitó mi gesto. Cuando nos encontramos me dio un gran abrazo. Uno de esos que reconfortan, y te dan toda la paz que necesitas. Aunque que en realidad creo que en esos momentos, era él quien necesitaba todo eso por mi parte.

—Ha comprado condones —resopló cuando todavía no nos habíamos separado.

Me aguanté las risas.

—¡¡CONDONES!! —Gritó—. No los he utilizado en mi puta vida, Sully —añadió enfadado, frustrado, ofuscado, contrariado… y mesándose el pelo nerviosamente.

Me mordí los carrillos para seguir aguantando las carcajadas, que cada vez estaban más cerca de escaparse de mi boca. No hay que ser muy lista para saber que Taylor lo que necesitaba, en esos momentos, era hablar sobre la proposición que le había hecho a Rachel de ser padres.

Taylor y yo siempre hemos tenido buena conexión. Con él puedo hablar de cualquier cosa que me inquiete o preocupe. Y por esa razón no es extraño que en más de una ocasión recurra a él, para hablar en lugar de hacerlo con Rachel o Mía.

Taylor es mucho más comedido y maduro a la hora de afrontar ciertos temas. Rachel suele tomarse la vida demasiado a broma, cuando no se trata de la suya propia. Es por eso que me gusta pasar algunos momentos a solas con él. Además Taylor confía ciegamente en mí y por eso sabía que mis consejos o percepciones con respecto al tema de la paternidad iban a ser sinceros.

Yo conozco a Rachel mejor que nadie. Mejor que él, incluso.

—Para todo hay una primera vez —conseguí decir bastante seria.

—No me jodas, Sully. Que en cuanto vi la caja, que Rachel lanzó sobre la cama, se me vino todo abajo. Se me quitaron las ganas de todo. Te lo juro.

Se miró la entrepierna de manera compungida. Y os juro que ya no pude aguantar más. Me eché a reír. Tanto que incluso lloré de las risas. Me imaginé la escena y por supuesto a Rachel diciendo alguno de sus exabruptos. Ya habéis podido comprobar que muy fina no es que sea. Pero la queremos de todos modos.

—Mi chica tardará en recuperarse del susto.

Se señaló la entrepierna cuando dijo esto último.

—Puedes ahorrarte los detalles… —sugerí.

Qué manía le había entrado a estos dos de hablarme sobre sus aventuras de cama.

Taylor extendió un par de servilletas sobre el banco, a modo de mantel. Es muy cuidadoso y suele tener ese tipo de detalles. Sacó de una bolsa de papel, las ensaladas, los sándwiches y un par de tenedores de usar y tirar. Me tendió una botella de zumo de manzana. La abrí y bebí un trago antes de comenzar a hablar seriamente sobre el tema que había llevado a Taylor hasta allí.

—Debes darle tiempo y asumir que está cagada de miedo.

Rachel es una mujer fuerte y muy segura de sí misma, pero frente a ciertos temas se vuelve pequeñita, vulnerable e insegura.

—Yo no pretendo que se quede embarazada mañana mismo, pero si queremos ser padres no tenemos mucho tiempo. Rachel está bastante cerca de los cuarenta.

Discrepé en cuanto a lo de «queremos» ser padre. Había incluido a Rachel y hasta donde yo sabía, ella no estaba muy dispuesta a serlo. En cuanto a lo de que no tenían mucho tiempo para serlo, estaba totalmente de acuerdo con él. A partir de cierta edad, un embarazo y más siendo el primero, es una misión casi imposible.

—Bueno, tú tampoco eres ningún jovencito. Los espermatozoides se vuelven más lentos y no suelen ser tan abundantes a partir de una edad. Te recuerdo que tú ya has cumplido los cuarenta.

—Ya. No me malinterpretes, joder.

Se retiró el pelo de la cara con una mano. Después bebió un trago de su cerveza. Me miró por encima del botellín.

—Yo sugiero que ambos os hagáis una revisión a conciencia. Para que no haya sorpresas y así sepáis a qué ateneros, y a que os enfrentáis.

—Habla con ella —me suplicó Taylor.

—No sé si debería meterme en un terreno tan complicado y pantanoso —resoplé.

Lo que Taylor me proponía era meterme en tierras movedizas y arriesgarme a morir ahogada en ellas.

Comprobé la hora en mi teléfono móvil y también que no tenía ninguna llamada importante o mensaje.

—Voy a por unos cafés. Espérame aquí.

Le pedí al tiempo que me levantaba del banco. Recogí los recipientes vacíos de las ensaladas, los envoltorios de los sándwiches, los tenedores y las servilletas arrugadas. Lo guardé todo en la bolsa de papel, y me la llevé para depositarla en uno de los contenedores que me encontraría de camino al puesto de café.

De regreso hacia el banco con los dos cafés en una bandejita de cartón, me di cuenta de que Taylor no estaba solo. Dos siluetas que apenas podía distinguir, por culpa del sol, estaban junto a él. Arrugué los ojos y me coloqué una mano a modo de visera. Parecía que los tres conversaban de manera amigable, y con cierto aire de confianza entre ellos. Me quise morir cuando comprobé que una de las siluetas era la de Wallace; uno de los tipos que habíamos conocido en el palco del estadio de LOS MARINERS. Titubeé antes de seguir caminando. Cuando apenas me quedaban unos metros para llegar hasta ellos, la voz de Taylor me confirmó mis sospechas.

33
Sully

—¿Has visto quienes están aquí? Son Wallace y Alex. ¿Te acuerdas de ellos? —me preguntó entusiasmado.

El corazón me dio una especie de vuelco. Erguí la espalda de manera involuntaria y continué caminando hasta llegar a ellos mientras pensaba *«como no olvidarlos»*. Bueno en realidad de quien no había conseguido olvidarme, a pesar de los múltiples intentos por hacerlo, había sido de Alex. Quien de vez en cuando se colaba en mis pensamientos, más de lo que me gustaría, y más de lo que podría admitir y reconocer. Y lo hacía, sin siquiera pedirme permiso.

Y cuando Alex se colaba en mis pensamientos, siempre lograba que me estremeciera al recordar sus labios sobre mis mejillas. Su voz ronca, hablándome al oído. Y sus manos recorriendo mis brazos cuando nos despedimos tras el partido. ¿Significaba eso qué tal vez ya estaba preparada para volver a enamorarme?

Saludé con un simple hola y una tímida sonrisa. No quería mostrar mi entusiasmo por volver a verlo.

Le entregué a Taylor su café.

Wallace fue el primero en acercarse a mí para saludarme con un par de besos en las mejillas. Tras él, lo hizo Alex.

—Y van cuatro —susurró junto a mi oído a modo de saludo.

Di gracias por llevar la bata de manga larga puesta, para que no pudiera ser testigo de cómo conseguía erizarme la piel con tan solo tres palabras. Tres palabras. Tres malditas palabras, y mi vello se ponía de punta. Fruncí el ceño al no entender a que se refería. Segundos después reaccioné. Quería decir que era la cuarta vez que nos encontrábamos. Al parecer las iba contando. Sonreí interiormente ante ese dato.

—No me lo digas, el *karma* ha vuelto a hacer de las suyas —ironicé.

Sus labios abandonaron mi oído y los posó sobre mi mejilla. Me besó de manera suave y lenta rozando la comisura de mis labios. Cerré los ojos. Reprimí un suspiro o tal vez un jadeo, quien sabe que fue eso. Quise retirarme de inmediato, sin embargo no lo hice. Lejos de

disgustarme aquel gesto, podría decir que me gustó. Demasiado quizás. Mucho.

Pero sí me retiré de manera brusca al darme cuenta de que estábamos junto al banco donde reposaban parte de los restos de Josh. Aquello me pareció… inapropiado…, indecente y… una falta de respeto hacia él.

—¿Y qué hacéis por aquí? —preguntó Taylor.

—Una visita de trabajo —aclaró Wallace.

—Pensé que ya estarías surcando las solitarias carreteras de la Ruta66.

Taylor se dirigió de manera explícita a Alex.

—Por el momento he tenido que retrasar mi aventura.

—Espero que nada grave.

—Un trabajo y favor de última hora.

Alex se encogió de hombros y miró a Wallace con el ceño fruncido.

—¿Y tú, qué haces por aquí? Si no recuerdo mal eres bombero.

—He venido a comer con Sully.

Alex me miró con cierta sorpresa, creo que hasta ese momento no se había dado cuenta de mi uniforme médico. Caí en la cuenta de que no habíamos hecho ninguna mención sobre nuestros respectivos trabajos, durante las conversaciones que habíamos mantenido el domingo. Fijó la mirada en mi tarjeta de identificación. La cual llevaba prendida en el bolsillo superior de la bata.

—Doctora Sullivan —aclaré pinzando con los dedos la tarjeta identificativa para mostrársela.

Observé como tragaba saliva no sin cierta dificultad.

—Así que la Doctora Sullivan, interesante —dijo Wallace con cierta suspicacia y sin un solo atisbo de sorpresa en su rostro.

Se llevó una mano al mentón y lo acarició un par de veces. Después miró a Alex que de repente parecía haberse quedado mudo.

—¿Has escuchado Alex?

Wallace le dio un codazo.

Alex carraspeó y asintió con la cabeza.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Ambos negaron con la cabeza. Taylor y yo nos miramos con cara de

no entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Wallace tenemos que irnos, aún tengo que organizar algunas cosas —le advirtió Alex tras volver a la realidad.

Alex caminó un par de pasos hasta llegar a mí. Una vez más se acercó más de lo debido, pero no me importó que lo hiciera.

—Nos vemos pronto —susurró tan seguro de sus palabras que me estremecí al escucharlas.

—Bueno ya veremos qué planes tiene el *karma,* para nosotros —ironicé tras separarme de él.

Torcí el gesto de manera cómica.

—Créeme si te digo que son interesantes. Muy interesantes.

Le hizo una señal con la cabeza a Wallace para irse.

—Siento que no hayas podido ir a la ruta esa —le dije.

Quise alargar un poco más tenerlo frente a mí. Quise recrear mi vista unos minutos más.

—La *Ruta66* —me aclaró ofendido—. Pero el trabajo es lo primero. Ya habrá tiempo de hacerla.

Metió dos dedos entre su cuello, y el de la camisa y se lo rascó en un gesto de incomodidad.

—Seguro que sí. Espero que te vaya bien en ese trabajo —le deseé de manera sincera, y mientras observaba ese gesto de manera casi hipnótica. Me pareció sexi. Muy sexi. En realidad, todo en él era sexi.

Estaba guapo vestido de manera más formal, que las anteriores veces que nos habíamos encontrado. Bueno Alex está guapo vestido de cualquier modo. Me regañé al pensar todo aquello sobre él.

—Seguro que sí. Es un trabajo que por cada minuto que pasa se pone más y más interesante —me aseguró.

Alzó una ceja y sonrió con esa sonrisa torcida que tanto me gustaba. Que tanto me gusta. Wallace y él se miraron y se echaron a reír.

Comprobé la hora en el teléfono móvil.

—Yo tengo que irme —les advertí a todos.

—Nosotros también nos vamos —dijo Wallace.

—Nos vemos —dijo Taylor—. Por cierto Alex, la invitación sigue en pie. Cuando quieras pásate por el parque.

—Lo haré.

Alzó una mano para despedirse de Taylor y a mí me guiñó un ojo. Agaché la cabeza con cierta vergüenza.

Noté que los ojos de Taylor estaban clavados sobre mí.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte —le advertí alzando uno de mis dedos índices.

Él levantó las manos para defenderse.

—No voy a decir nada que tú no sepas. Solo voy a añadir que creo que el *karma* ese está jugando muy bien sus cartas.

—Pffff… —resoplé.

Le di la espalda y me encaminé hacia el hospital.

—Sully… —Taylor me agarró por un codo y me giró hacia él—. No te cierres en banda. Date tus tiempos. Pero no te niegues a sentir.

Sus palabras casi sonaron a súplica. Me limité a asentir. Tal vez Taylor tenía razón y debía empezar a darme oportunidades. ¿Por qué no hacerlo con Alex? Era evidente que entre nosotros se palpaba la atracción que sentíamos el uno por el otro. Rachel hablaría de tensión sexual y Mía ya estaría creando en su cabeza alguna de esas historias románticas que tanto le gustan. ¿Tendría Alex razón al asegurar que el *karma* se había puesto de nuestra parte?

—Habla con el Capitán. Él también pasó por lo mismo que tú —me sugirió Taylor cuando se acercó para darme un par de besos y despedirse.

—Lo haré.

Taylor me envolvió entre sus brazos, tal y como hizo cuando nos encontramos antes del almuerzo. Y esa vez ese abrazo si fue para reconfortarme y decirme que estaba allí para lo que necesitara.

Nos despedimos.

34

Sully

Antes de llegar al despacho del Doctor Spencer, Randal, mi residente, me interceptó para informarme de que el paciente al cual le habíamos realizado el trasplante de corazón además de fiebre presentaba tensión alta. Dibujé un gesto de disgusto en mi rostro.

Aquellos síntomas no auguraban nada bueno, era posible que estuviera sufriendo un rechazo al órgano trasplantado.

—Mantenlo vigilado. Quiero informes sobre su estado cada dos horas. De día y de noche —le exigí.

Randal mostró su acuerdo y se dirigió hacia el pasillo que lo llevaba hasta la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Debemos estar preparados para un nuevo trasplante, si fuera necesario —me advirtió el Doctor Spencer cuando le conté lo que estaba ocurriendo.

Se había percatado de mi estado de preocupación nada más entrar por la puerta de su despacho, y además era mi obligación informarle. Al fin y al cabo él continuaba siendo el Jefe del Servicio de Trasplantes.

Me ofreció una botella de agua mineral y me invitó a sentarme.

—Espero que hayas disfrutado de tu operación y de la comida. Al menos te habrá servido para alejarte por unas horas de este viejo médico que no deja de hablar.

Asentí y quise rebatir que no era ningún viejo que no dejaba de hablar. Para mí, era un auténtico placer poder recibir todos sus conocimientos.

—Continuemos —dijo reclinándose sobre el respaldo de su sillón. Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

A partir de ese momento mi cabeza comenzó a llenarse, otra vez, de más y más datos. Los cuales necesitaría procesar en los próximos días. Tal vez en las próximas semanas.

—Debes tener en cuenta que a partir de ahora tus horas de quirófano se verán reducidas —me advirtió.

Alcé las cejas en señal de sorpresa y me contuve las ganas de protestar una vez más. Esa información había sido obviada tanto por el Jefe Wilson como por él. Torcí el gesto.

—Hay mucha burocracia que seguir en este servicio y toda debe ser examinada de manera minuciosa, y cuidadosamente por ti.

No me dio opción a verbalizar ni una sola protesta.

—Como ya sabes este hospital se ha convertido en un referente estatal en cuanto a trasplantes, se refiere. Por lo que son muchos los

pacientes que vienen derivados desde otros hospitales para ser operados aquí.

El Doctor Spencer se levantó de su asiento. Comenzó a caminar de un lado a otro del despacho, con las manos metidas en los bolsillos de la bata. Lo seguí con la mirada como si así fuese capaz de retener mucho mejor todo lo que me estaba diciendo.

—Hemos conseguido formar un buen equipo quirúrgico, podría decir que el mejor –puntualizó—. Y eso tiene y debe seguir siendo así.

Se acercó hasta la mesa para beber un sorbo de su botella de agua.

—Pero un trasplante, como ya sabes, no se trata solo de una operación. Antes de llegar a ese punto hay mucho papeleo que hacer.

Volvió a sentarse en su sillón.

Me retrepé en la silla e intenté ponerme algo más cómoda de lo que estaba. Todo lo que el Doctor Spencer me estaba diciendo comenzaba a asustarme un poco.

—A veces una mala gestión burocrática puede costar la vida de un paciente, y nosotros estamos aquí para salvar vidas en la medida de nuestras posibilidades.

Se inclinó hacia adelante. Apoyó las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

Carraspeé.

—Deberás comprobar a diario los movimientos que hay en las diferentes listas de trasplantes. Estar al tanto del puesto que ocupan en ellas nuestros pacientes, es decir aquellos que han entrado en esas listas a través de nuestro hospital.

Hizo un especial énfasis al referirse a “nuestros pacientes.”

Comencé a rascarme el cuello de manera nerviosa, casi compulsivamente, y continué tomando notas de todo lo que el Doctor Spencer me decía. Por momentos me pareció estar, de nuevo, tomando apuntes sentada sobre la bancada de la facultad. Pero solo me pareció que era así. En la facultad la responsabilidad como médico, aún no era una cuestión de vida o muerte. Esta vez sí lo era.

—Lo harás muy bien —afirmó al ver que los nervios parecían estar apoderándose de mí—. Si te hemos elegido para este puesto es porque todos estuvimos de acuerdo que estás, lo suficientemente, capacitada

para estar al frente de este servicio.

Se desprendió de las gafas. Se pellizco el puente de la nariz y después me dedicó una sonrisa confiada. Ese gesto me tranquilizó. Quise pensar que con sus palabras el Doctor Spencer intentaba infundirme la confianza que de repente me había abandonado. Ambos bebimos de nuestras respectivas botellas de agua.

—Si tan solo hubiésemos albergado una sola duda de que no pudieras hacerlo —alzó el índice izquierdo—. Te aseguro que ni tan siquiera nos habríamos planteado ponerte al mando de este Servicio.

Lancé un suspiro entre aliviada y asustada. Esto último porque dichas palabras sin duda me cargaban aún más de responsabilidad. Que todos y cada uno de los Jefes de los diferentes servicios del hospital estuviesen de acuerdo, y por unanimidad acerca de mi nombramiento, sin duda era una responsabilidad aún mayor.

Eran las seis de la tarde cuando el Doctor Spencer pensó y creyó conveniente dar por finalizada la jornada.

—Vete a casa, date una ducha y descansa. Mañana será otro día y continuaremos con todas las explicaciones. Sé que puede ser abrumador todo lo que te estoy contando. —Colocó una mano sobre uno de mis hombros—. También sé que lo asimilarás con facilidad y que lo harás muy bien.

—Gracias —susurré cansada.

Cerré el cuaderno de notas y mi pluma Montblanc.

Me despedí del Doctor Spencer cuando ya estaba saliendo por la puerta. Crucé el corredor para llegar hasta los vestuarios. Me quité el uniforme y me vestí con mi ropa, un vaquero ajustado, un jersey de cuello a la caja con listas blancas y verdes y me calcé mis zapatillas Adidas de color blanco.

Me encontré con el Jefe Wilson cuando ambos nos disponíamos a abandonar el hospital.

—Sully, no te he visto en estos días. Imagino que Spencer te tiene acaparada.

—Imagina bien.

Ambos sonreímos ante mi respuesta.

—Iba a llamarte para comentarte algo.

Arquee una ceja en señal de pregunta.

—He estado reunido con el editor de la revista **MEDICAL LIFE** y con el periodista que llevará a cabo tu reportaje, y quería avisarte de que he organizado un desayuno informal en mi despacho con él. Quiere conocerte antes de comenzar con el reportaje.

—Por mí, no hay problema. Avíseme con tiempo para que pueda organizarme con el Doctor Spencer.

—Me alegra escuchar eso —dijo el Jefe.

Debo recordar que no me había mostrado muy entusiasmada cuando me anunció la noticia de que querían entrevistarme.

—¿Quién es el periodista que me hará la entrevista?

La curiosidad me pudo.

—Bueno en realidad no es una entrevista. Es más bien un reportaje que se llevará a cabo durante varios días.

El Jefe se llevó una mano hasta la nuca y la rascó varias veces seguidas.

—Pensé que sería algo que podría hacerse en una mañana o una tarde. A lo sumo un día —protesté.

No me apetecía nada tener a un tipo durante varios días, siguiendo todos mis pasos por los pasillos del hospital.

—Esa era también mi idea. Pero él trabaja de otro modo y tratándose de quien se trata pues hay que acceder a sus peticiones.

—¿Y puede saberse quién es? —pregunté intrigada.

El Jefe no había contestado a esa parte de mi pregunta. Y que admitiera su admiración por alguien de manera tan abierta, me sorprendió y avivó ese sentimiento. El Jefe solía ser bastante recatado con las muestras de admiración hacia las personas. Según sus palabras hay demasiados “egos” enaltecidos por culpa de eso.

—Es ese tal O´Connor. Perdona ahora mismo no recuerdo el nombre.

Se me escapó un ¡OH!

Lo ahogué tapándome la boca con las manos. No quería mostrar la emoción que me había invadido al escuchar ese apellido. Yo también lo admiraba de manera incondicional. Me regocijé en mi orgullo al darme cuenta de que en su blog había anunciado que tras su viaje a

Irak iba a tomarse un tiempo de descanso y que no realizaría ningún trabajo por un tiempo.

Había cambiado sus planes por mí.

—¿Entonces estás de acuerdo?

Me encogí de hombros en señal de respuesta. Me hubiera gustado decirle: *«oh sí, claro que sí, de hecho estoy deseando acudir a ese desayuno para conocerle y empezar».* Pero dejé de lado mí entusiasmo.

—Entonces te aviso para ese desayuno. Es posible que también le acompañe el editor de la revista.

—Por mí no hay ningún problema.

Antes de poner el coche en marcha busqué en mi teléfono móvil, el número de Lidia, la peluquera a la que suelo acudir. Llevaba un tiempo queriendo hacerme unas trenzas africanas, y pensé que era el momento adecuado para un cambio de peinado. Tuve suerte y aquella misma tarde me hizo un hueco.

35
Alex

Vacié la mochila. Una vez más. Revisé todo lo que había guardado en ella. Otra vez. Y me enfadé conmigo mismo ante esa actitud tan infantil que estaba teniendo. Mi comportamiento era más propio de un niño que se enfrentaba a su primer día de colegio, que el de un hombre de treinta y ocho años que se enfrentaba a otro día de trabajo. Un día más. Otro trabajo más. No era más que eso.

No podría decir cuántas veces había repetido esa misma acción desde que organicé la mochila, nada más llegar a casa y después de la reunión mantenida con el Jefe Wilson, y tras conocer por casualidad que la mujer a la que iba a realizar mi próximo reportaje era Sully.

La mujer que olía a coco. La mujer de piel de ébano. La mujer con los ojos tan negros con una noche sin luna. La mujer que cuando sonreía iluminaba mi mundo. La mujer a la que no conseguía sacar de mi cabeza desde que la había conocido.

LA MUJER con mayúsculas.

Reconoceré, si es necesario y sin ningún tipo de tapujos, que si no lo conseguía era porque en realidad no quería hacerlo. Es más, sí en algún momento del día desaparecía de mis pensamientos, me obligaba a pensar en ella y, en algunas de las circunstancias que nos habían llevado a encontrarnos en diferentes ocasiones.

Sonreí al recordar los dos encontronazos que habíamos tenido y también lo hice al recordar su entrada, como una exhalación, en el palco VIP del T- MOBILE PARK cuando ya había dado comienzo el partido. Aunque debería decir que lo que, en realidad, yo vi fue la entrada de una diosa de ébano con olor a coco. Y por último recordé el encuentro casual y sorprendente en el hospital tras la reunión con el Jefe Wilson.

Había dudado mucho en hacer aquel reportaje. De hecho si había acudido a la reunión con el Jefe Wilson había sido por la insistencia de Wallace. Y por supuesto sin saber que Sully iba a ser la protagonista. Aunque Wallace sí lo sabía, de ese detalle me enteré más tarde. Valiente “mamonazo”. Os juro que se la tengo guardada.

Aquello lo descubrí por casualidad al ver en su placa identificativa el nombre con el que tanto cariño y orgullo había nombrado el Jefe durante el encuentro que habíamos mantenido en su despacho.

La idea inicial de llevar a cabo ese trabajo no me entusiasmaba demasiado. No me había gustado el énfasis que Wallace había puesto al decirme que el reportaje se haría porque el nuevo Jefe del Departamento de Trasplantes del VIRGINIA MASON HOSPITAL iba a ser una mujer. Además puntualizó que era afroamericana y menor de cuarenta años. Siempre he defendido que las mujeres son exactamente iguales que los hombres, y por supuesto tampoco pienso que el color de piel nos haga diferentes como seres humanos. No me gusta que se juzgue a las personas por su género, su color de piel, o por su aspecto externo. Las mujeres llevan años luchando por la igualdad con el hombre en muchos aspectos. Llevan años buscando su reconocimiento no como mujeres si no como individuos, y yo siempre he estado de su lado.

Para mí, ellas siempre son MÁS.

MÁS inteligentes.

MÁS trabajadoras.

MÁS organizadas.

MÁS leales.

Siempre MÁS.

Así que pensé que tal vez podría enfocar el artículo desde ese punto de vista. Incluso antes de saber que Sully era la implicada directa. La idea de trabajar en eseartículo ya no me pareció tan mala, ni tan descabellada.

Siempre me he caracterizado por hacer trabajos diferentes. Trabajos que tienen una marca personal, y que por lo general gustan y son alabados. No en vano, he estado nominado en varias ocasiones para algunos premios periodísticos. Los cuales se quedaron en eso, en meras nominaciones. Es cierto que también tengo mis detractores. ¿Pero quién no los tiene?

Fui marcando con una cruz en la lista que había confeccionado, soy muy organizado cuando quiero, todas y cada una de las cosas que iba

guardando en ella. Cámara de fotos, libreta de notas, cuatro bolígrafos, el cargador de la cámara y un par de objetivos por si acaso los necesitaba, aunque ese día no íbamos a trabajar. Tal y como había quedado con el Jefe, esta primera reunión con Sully tan solo sería una toma de contacto con ella. Yo mismo la había solicitado.

El Jefe había organizado un desayuno informal en su despacho y al cual acudiríamos el Jefe, Sully y yo. Mi intención era exponerle mi modo de trabajar y advertirle que, ante todo, quería que se sintiera cómoda mientras lo hacíamos. Y que si en algún momento no era así, me lo hiciera saber. Entre los dos encontraríamos el modo de hacer que todo fuera bien.

Abrí el bolsillo interior de la mochila y saqué el pastillero que siempre llevo consigo. Me cercioré de que las dosis de ese día eran las correctas. *«Están todas»* pensé. Cerré la tapa y volví a guardar el pastillero en el bolsillo del cual lo había sacado. Comprobé la hora y fui consciente de que aún me quedaban un par de ellas por delante antes de mi cita con el Jefe Wilson y con Sully. Dos horas llenas de nervios. Dos horas. Ciento veinte minutos, para volver a verla.

Me había levantado temprano y me había despertado más temprano aún. Hacía días que apenas pegaba ojo. La impaciencia, los nervios, y la excitación por volver a verla no me dejaban hacerlo.

Curiosamente desde ese día y en los ratos sueltos en los que el cansancio me dejaba conciliar el sueño, las pesadillas que normalmente me asaltaban, y en las que Susan aparecía con sus ojos clavados sobre mí después de muerta, habían desaparecido. Ahora en lugar de Susan, era Sully la que se colaba en mis sueños y siempre con una sonrisa tímida que me dedicaba a mí. Solo a mí.

Dejé la mochila, el casco y la cazadora de cuero sobre el sofá del salón y llamé a Chucho con un silbido.

Mi casa, como ya os expliqué, no es excesivamente grande, pero Chucho podía haberse escondido en cualquier lugar para hacer alguna de las suyas en señal de protesta. Acudió al tercer silbido. Arrastrando las patas y con la correa entre los dientes. Me miró con ojos de cordero degollado. Chucho es un perro listo y sabía que pasaría parte del día solo. Acaricié su cabeza y enganché la correa al collar. Salimos

a dar un paseo.

Tengo estipulado, por prescripción médica, hacer ejercicio físico a diario. Algo que no me suponga realizar un gran esfuerzo dados mis condicionantes para ello. Por lo que caminar y hacerlo a buen ritmo al menos una hora diaria, fue el ejercicio por el que ambos nos decantamos. Yo lo elegí y él me dio su aprobación. Así que dado que tenía tiempo suficiente antes de mi cita con el Jefe y Sully, me dispuse a hacerlo antes de marcharme al hospital.

Sentí la vibración del teléfono móvil, en el bolsillo trasero del pantalón, cuando apenas había comenzado a dar mi paseo.

—Dime Wallace —respondí con recelo al ver que era él.

De repente por mi cabeza comenzaron a desfilar varias ideas, todas relacionadas con Sully y ninguna demasiado halagüeña. No sé porque pensé que tal vez el reportaje se había anulado por alguna razón que se me escapaba. O quizás había sido ella quien lo había hecho al enterarse de que sería yo quien iba a realizarlo. Qué tal vez la cita de hoy se posponía para más tarde, quizás para otro día, o tal vez para nunca. Yo qué sé. La mente puede jugar muy malas pasadas cuando quiere. Seguro que más de una vez os ha pasado y no me lo neguéis porque no os creeré.

—He pensado que voy a acompañarte.

—¿Qué? No me jodas Wallace.

Cuando el Jefe le propuso acudir al desayuno que tendría lugar en tan solo un par de horas, no le pareció muy buena idea hacerlo. “Don Ocupado”, como yo suelo llamarla se excusó alegando que tenía mucho trabajo por delante, y de cara a sacar el próximo número de la revista. Trabajo que por cierto estaba ya casi terminado. Yo mismo le había ayudado a revisar todos y cada uno de los artículos que saldrían publicados. Incluido el mío, el cual se había maquetado y preparado en tiempo record, al tener que salir publicado un mes antes de lo previsto. Lo de ayudar a Wallace es algo que me gusta hacer, cuando tengo tiempo, y a él no le importa que lo haga. A veces incluso me lo agradece, pero solo a veces.

—Es que he estado pensando, durante toda la noche, que va a ser muy divertido ver la cara de la Doctora Sullivan cuando descubra que

eres tú quien estará pegado a ella durante varios días.

Cuando pronunció las palabras Doctora Sullivan noté cierta suspicacia en su tono de voz. A Wallace le divertía la situación pero a mí me daba autentico pavor. Se me erizó la piel al pensar en ella una vez más. No supe identificar si era bueno o malo. Mi mente decidió jugarme una nueva mala pasada al pensar en Sully pegada a mí y yo pegado a ella, y no precisamente caminando por los pasillos de un hospital. Mi entrepierna también reaccionó. *«Quieta fiera»* le ordené.

Como ya os comenté odio los hospitales. He pasado y sigo pasando demasiado tiempo en ellos. Por lo que hubiese preferido imaginarme con ella en cualquier otro lugar. Aunque pasar varios días en un hospital, ya no me parecía tan mala idea si iba a estar acompañado por Sully.

—Te prometo que te contaré todos los detalles, pero prefiero ir solo. De verdad Wallace.

Me llevé una mano hasta la nuca y la apreté para intentar relajarme. Estaba acumulando y soportando demasiada tensión.

—Vamos Alex —me suplicó Wallace.

—Ni hablar. Y no me vengas con este tipo de tonterías porque te juro que a la mínima, cambio de opinión y te dejo con el culo al aire —le amenacé.

Ambos sabíamos que aquella amenaza se quedaría solo en eso. Ni aunque me pagaran todo el oro del mundo, iba a renunciar a dicho reportaje. No iba a renunciar a ella. No iba a renunciar a Sully. Si mi comportamiento me estaba pareciendo el de un alumno de primaria, el de Wallace sin duda lo estaba siendo de primero de infantil.

—No serás capaz de hacerlo —masculló no muy convencido de que no fuese hacerlo si me atosigaba de ese modo.

No soporto las suspicacias ni los cotilleos y Wallace en ese momento estaba siendo suspicaz y cotilla.

—No me tientes…

Intenté que mi tono de voz sonara amenazante, pero por supuesto no lo conseguí. Solté una carcajada, al comprobar que si yo no había conseguido convencerme a mí mismo de que lo haría, mucho menos lo había hecho con Wallace. Escuchar sus risas roncas al otro lado del

teléfono me lo confirmaron.

Cambiar de parecer en el último momento y dejarlo tirado, tal vez me lo hubiese planteado si fuera otra persona a la que fuese a entrevistar. Pero se trataba de Sully, y no iba a dejar pasar esa oportunidad de conocerla un poco más y de manera más profunda.

Me resultó curioso el sorprenderme pensando en cómo iba a alargar las horas, y los días de trabajo para estar con ella el mayor tiempo posible.

–Vale, vale. Está bien —claudicó Wallace, dándose por vencido—. Pero mantenme informado de todo…

–Wallace… —farfullé con el tono de voz contenido.

–Si quieres podemos comer juntos.

–Wallace… —esta vez ni tono de voz ya no fue tan suave.

–Puedo ir hasta el hospital si es necesario.

–¡WALLACE…! —grité finalmente al comprobar que mis intentos anteriores habían resultado fallidos.

–¡¿QUÉ?! —gritó él aún más alto.

–¡¡¡NO!!! —concluí.

–Vale tío. No ha colado… —suspiró resignado.

Comprobé la hora. Iba bien de tiempo pero ya no me apetecía continuar con la conversación.

–Vamos hablando tío. Tengo que dejarte. Voy a llevar a Chucho a casa y salgo para el hospital.

–Espero que te hayas vestido de manera decente.

–Pfffff —resoplé antes de colgar sin despedirme y también antes de comenzar a arrepentirme por haberle dicho a Wallace que no necesitaba que me acompañara.

Conforme se acercaba la hora de mi encuentro con Sully más nervioso me encontraba. Puedo asegurar que nunca me había sentido así antes de empezar un reportaje nuevo.

«No es el reportaje lo que te pone nervioso, es Sully quien lo hace» pensé.

Pero tampoco era Sully. Era la incertidumbre por saber cómo reaccionaría ella, al saber que el autor del reportaje era yo. Era lo que

ella me hacía sentir…, incertidumbre, esperanza, deseo y miedo. Sully me hacía sentir tantas cosas a la vez, que el sentimiento que más destacaba entre todos era el miedo.

¿El miedo a qué? Os estaréis preguntando. El miedo a volver a sentir, lo que ya había sentido tiempo atrás.

Y por supuesto sobra decir, que me había propuesto hacer si no el mejor trabajo de mi vida si uno de los mejores.

36
Alex

Tras anular el viaje por la *Ruta66*, esa misma tarde, me dediqué a investigar sobre ella. Busqué algunos de los artículos que tenía publicados en diferentes revistas médicas. Me los leí todos a pesar de no tener demasiados conocimientos médicos, por no decir ninguno. Esto último no es cierto, por desgracia sé más sobre medicina, y sobre trasplantes de corazón, de lo que me gustaría.

Investigué sus redes sociales en busca de datos, y detalles importantes sobre su vida. Sí estáis pensando bien, sobre su vida privada. No encontré demasiado. Sus cuentas estaban bien protegidas y apenas pude ver más allá de sus fotos de perfil. Por lo que confesaré que estuve tentado de enviarle una solicitud de amistad a su Facebook y comenzar a seguirla en su Instagram. Sonreí al descubrir que ella si me seguía en esta red social, y que en todas y cada una de mis publicaciones había un corazoncito rojo, e incluso en algunas de ellas un pequeño comentario. Me contuve las ganas de seguirla.

«Ya habrá tiempo para eso», pensé en un arrebato de optimismo, y al barajar la posibilidad de tener con ella algo más que una relación profesional.

De repente la idea de rehacer mi vida y conocer a otras mujeres, rectifico, conocer a otra mujer y con nombre propio, Sully, no me parecía tan descabellada. Pronto se cumpliría el cuarto aniversario de la muerte de Susan, y tal vez ya iba siendo hora de empezar a pensar en comenzar una vida sin ella. Eso no significaba que fuese a olvidarla, jamás podría hacerlo. Pero tal vez si debería empezar a aprovechar la segunda oportunidad que la vida me había brindado, tras el accidente en el que ella perdió la vida y la mía se salvó.

No, mi vida no se había salvado. Mi vida comenzó de nuevo, y en unas semanas celebraría el cuarto aniversario de esa nueva vida.

Fue el propio Wallace quien abrió la caja de los truenos tras el encuentro casual con Taylor y Sully a las afueras del hospital, unos días antes de hoy. Antes de despedirnos nos sentamos a tomar un café

para comentar sobre todo lo hablado con el Jefe Wilson. Pero la conversación se centró en lo acontecido tras la reunión. El encuentro con Sully.

—Eres un cabronazo —le espeté nada más sentarnos.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó sorprendido.

—Tú sabías que Sully era la protagonista del reportaje.

—Claro. Yo hice mis deberes.

Se descojonó.

—Deberías haberme avisado —protesté.

—¿Y perderme tú cara?

Se descojonó más todavía.

—Casi me da un puto infarto y sabes que mi corazón está delicado.

—Pamplinas. Y reconócelo, la Doctora Sullivan te pone.

Arrugué la frente e hice un gesto de desaprobación ante su comentario. Me sonó un tanto sexista, o quizás era yo quien se mostraba susceptible ante cualquier referencia hacia ella. A mí, Sully no me ponía. Bueno, a ver, sí, que uno no es de piedra. A mí, Sully me gustaba y quería que me gustara más de lo que ya lo hacía. Con ella quería MÁS.

—No me ha gustado como ha sonado ese comentario —le increpé.

—Oh usted perdone "Don Caballero" —dijo con sarcasmo.

Wallace es de los que me compara con los protagonistas de películas y novelas románticas. Su palabra favorita para definirme en cuanto al tema del amor es ***«ñoño»***. Será mamón. Me enfadé un poco más al escuchar su tono. Así que decidí contraatacar. Wallace abandonó sus bromas de inmediato en cuanto mencioné a Mía.

—He notado cierta decepción en ti, al darte cuenta de que Mia no estaba con ella.

—Pero, ¿qué dices? —farfulló entre dientes, y con la cabeza agachada. Removió su café.

—Vamos reconócelo. Te hubiese gustado que en lugar de Taylor hubiese sido Mía quien estuviese con Sully.

Wallace sacudió una mano, indicándome de ese modo que dejara de decir "tonterías."

—No soy de relaciones, ya lo sabes. Yo soy de los de pin, pan, pun

y ya está. Además ella está con mi amigo Max.

Me rechinó la palabra “amigo” al nombrar a Max. El tipo que nos había invitado al palco, para disfrutar del partido del domingo, y había marcado su territorio con respecto a Mía, cuando se dio cuenta de que Wallace abría las plumas de su cola, cual pavo real en plena ceremonia de cortejo. Wallace se refería a él como “amigo”, pero a mí aquel tipo no me daba muy buena espina. El tiempo me dio la razón, pero no adelantemos acontecimientos.

—No creo que eso te suponga ningún problema —le dije.

—Oye… para mí la amistad está antes que nada. No soy de los que se dedica a robarle las mujeres a sus amigos —se defendió.

Eso no era del todo cierto. Wallace en ocasiones carecía de escrúpulos. Levanté las manos en son de paz.

—Vale, pero al menos admite que Mía te gusta.

—Si eso hace que te quedes más tranquilo. Lo reconozco. La pelirroja me gusta —respondió con desdén.

Y no lo dijo con la boca pequeña, no. Lo dijo con la boca llena de verdad, en todas y cada una de las palabras que pronunció al admitir aquello.

—Pues no sé porque, pero creo que tú a ella también le gustas.

—Vamos Alex déjalo ya —casi me imploró con los ojos muy abiertos.

Se aflojó, el perfecto nudo de la corbata, dando un resoplido.

37
Alex

A pesar de mis intentos para no llegar demasiado pronto a la cita, con el Jefe y con Sully, llegué media hora antes de lo previsto. Era viernes y había bastantes aparcamientos vacios. Estacioné la moto en uno que no estaba muy alejado de la puerta del edificio principal y pensé en la suerte que había tenido al encontrarlo. Me aseguré de que había cerrado el pulpo antirrobo y guardé el casco en una de las alforjas laterales. Me atusé el pelo con las manos, y me bajé la cremallera de la cazadora, de camino a uno de los puestos de café situado junto a la entrada. Compré un vaso grande de descafeinado y me dirigí al interior. Me senté en el lobby del hospital para hacer un poco de tiempo. La cita estaba programada para las diez de la mañana, pero tenía pensado presentarme en el despacho del Jefe unos minutos antes de la hora prevista. Mi intención, no era otra que, provocar cierto impacto en Sully cuando me viera allí sentado.

Me limpié las manos en los pantalones, al pensar en dicho momento, habían comenzado a sudarme. Sí lo admito, estaba nervioso.

«Es solo una cita de trabajo», me dije para tranquilizarme. No lo conseguí.

Cogí de la mesa el último número publicado de **MEDICAL LIFE** qué había sobre ella. En esa edición no había nada mío. El reportaje de Irak saldría en unos pocos días. Abrí la mochila y saqué la libreta donde tenía anotado todo lo que había recopilado de interés sobre Sully. Quería repasarlo y de paso estar entretenido durante el tiempo de espera. El aviso de un altavoz no me dejó ni siquiera abrir la libreta.

«El propietario de una motocicleta de color negra. Acuda a retirarla. Por favor. Repito. El propietario de una motocicleta de color negra acuda a retirarla».

Hice caso omiso y abrí el cuaderno para comenzar el repaso. Al cabo de unos minutos, escuché de nuevo el *ding, dong, ding* que

anunciaba que de nuevo iban a hablar a través del altavoz.

«El propietario de una motocicleta de color negro, con matricula AA 1820. Acuda a retirarla. Por favor».

Me quedé unos segundos pensativo, con la mirada perdida y fija en algún lugar hasta que reaccioné, y caí en la cuenta de que el número de la matrícula era el de mi moto.

«Me cago en la puta»

Guardé todo en la mochila, la cerré y me la colgué a la espalda después de levantarme del sillón, como alma que lleva al diablo. Me encaminé hacia la salida, dando largas zancadas y maldiciendo a quien se había referido a mi *Harley,* llamándola motocicleta. Me llevé la mano al pecho y me mordí el labio inferior en señal de ofensa por la descripción de mi, más preciado, tesoro.

Me posicioné nada más salir por la puerta del hospital para ubicarme y pensar, en cuestión de segundos, donde coño había dejado la moto para ir a retirarla. Quería hacerlo antes de que volvieran a pronunciar la palabra motocicleta para referirse a mi *Harley*. Eso había dolido. Una vez que reconocí el camino que debía seguir, eché a andar. Antes de llegar al aparcamiento, ya podía escuchar los pitidos que emitía el claxon de un *BMW Z3 Coupé* de color negro metalizado.

«Putos pijos» pensé cuando ya casi había llegado hasta él.

Alcé los brazos en señal de protesta por el ruido ensordecedor que emitía, y me dirigí hasta la moto, antes de que a quien ocupaba el interior del coche, se le cruzara la genial idea de salir y lanzarse directo a morderme la yugular.

Me subí a la moto y la arranqué en plan macarra, es decir con acelerón incluido. Cuando ya estaba lo bastante lejos, y a la vez lo suficientemente cerca para que el conductor pidiese verme, le mostré el dedo corazón. Aparqué la moto de nuevo y regresé al interior del hospital. Comprobé una vez más la hora. Tan solo faltaban cinco minutos para la cita, así que me dirigí directamente al despacho del Jefe Wilson, con la esperanza de llegar antes que Sully.

Me alisé el vaquero, me abroché la cazadora y la volví a desabrochar. Me recoloqué la mochila sobre la espalda, un par de veces. Me mesé el pelo con las dos manos, después con una sola, y

después de todo ese ritual por fin decidí llamar a la puerta.

—Pasa Sully —dijo el Jefe Wilson desde el otro lado.

Di un respingo involuntario al escuchar su nombre.

—Soy Alex O´Connor —le avisé después de tragar saliva.

Entreabrí la puerta y asomé la cabeza para que el Jefe me viera. Se levantó del sillón de cuero negro en el que estaba sentado, y rodeó la mesa para acercarse a mí y saludarme.

—Perdona pensé que era la Doctora Sullivan. Siempre suele llegar unos minutos antes de la hora concertada.

Me alegró escuchar aquello, en eso nos parecíamos. Me lo apunté mentalmente. Me sorprendí al ser consciente de que había dibujado una sonrisa en mi boca, al pensar que sería divertido comprobar quien llegaría antes en nuestra supuesta primera cita, en caso de que se diera. A optimista en ciertas ocasiones no me gana nadie y en esa ocasión lo estaba siendo. Y mucho. Quizás en exceso.

Acepté la mano del Jefe como saludo y le aclaré que yo también tenía esa pequeña manía.

—Soy de los que prefiere esperar a que le esperen.

—Sully, perdón —rectificó el Jefe de inmediato—. La Doctora Sullivan comparte la misma opinión.

—Ponte cómodo Alex. Ella no tardará. De hecho me extraña que no esté aquí ya. Espero que hoy no me deje en mal lugar, con respecto a esa teoría de llegar antes de tiempo.

El Jefe soltó una pequeña carcajada. Lo imité con cierto reparo mientras me quitaba la cazadora y la colocaba sobre el respaldo de la silla que había decidido ocupar.

38
Sully

Entré en el despacho sin llamar a la puerta. El Jefe estaba sentado en el lugar que suele ocupar frente a la mesa de reuniones. Sobre ella estaba dispuesto todo lo necesario para el desayuno que íbamos a compartir con A. O´Connor.

Sentado a la mesa, frente al Jefe y de espaldas a mí, había alguien más, por lo que supuse que era él. El Jefe me hizo un ademán con una mano para que me acercara hasta ellos.

—Siento el retraso Jefe, pero un imb… —comencé a disculparme por mi tardanza.

Tan solo pasaban cinco minutos de la hora establecida, pero me sentí en la necesidad de hacerlo. No terminé de decir la palabra imbécil al comprobar que quien estaba sentado frente al Jefe era el mismísimo ¡ALEX!

Ahogué un grito con su nombre al verlo. Se había girado hacia mí, con esa sonrisa torcida que hacía que mi estómago se removiera, cuando el Jefe me había indicado que me acercara hasta la mesa.

Alcé las cejas en señal de sorpresa. Contuve un enorme «OH», y me detuve a medio camino en un acto reflejo. Y como si mis piernas se hubiesen paralizado de repente. Alex arrastró su silla para levantarse y se dirigió hacia mí. El Jefe hizo lo mismo.

—Sully, te presento a Alex O´Connor. El periodista que te acompañará en los próximos días.

Observé que las comisuras de sus labios se elevaban hacia arriba. Me mordisqueé el labio inferior, al verlo frente a mí, con cierto nerviosismo. En ese momento no estaba segura de sí me gustaba la idea de que fuera él el periodista que iba a realizar el reportaje sobre mí, o si por el contrario me parecía la más descabellada del mundo.

—Ella es la Doctora Sullivan, aunque todos la llamamos Sully —aclaró el Jefe.

Alex avanzó unos pasos más, dos, tres, quizás cuatro, hasta que por fin llego a la distancia necesaria para inclinarse sobre mí y darme un par de besos en las mejillas, y rechazando de ese modo la mano que

yo había extendido para saludarle de manera más formal.

«Me cago en todo lo que se menea» maldije mentalmente.

—Cinco veces. El *karma* continua estando de nuestra parte —susurró junto a mi oído.

Puse los ojos en blanco y me estremecí al sentir su aliento en mi rostro.

«Seis veces. Te llevo una de ventaja» pensé para mí. Creo que incluso sonreí al hacerlo.

Por supuesto no iba a contarle y mucho menos darle el gusto de decirle que quien tocaba, desesperadamente, el claxon de su coche en señal de enfado hacia él, hacía tan solo unos minutos era yo. Y mucho menos reconocer, que mi primera intención había sido bajarme del coche para soltarle cuatro frescas al dueño de la moto, por aparcar en la zona reservada para el personal hospitalario. Pero que había desistido de la idea al comprobar que el dueño de la moto era él. Y tampoco iba a contarle que, en lugar de salir del coche lo que había hecho había sido hundirme en el asiento hasta conseguir hacerme un ovillo en el pequeño habitáculo para que no pudiese verme desde el exterior.

Lo había reconocido, en cuanto lo vi acercarse hasta los aparcamientos, a lo lejos.

Esos andares algo torpes. Alex arrastra los pies al caminar, y con ellos su todo su cuerpo, lo hace como si las botas le pesasen, Aunque más bien lo que le pesaba, por entonces, era misma la vida. Ese cuerpo delgado y atlético a la vez. Un cuerpo que puede parecer algo desgarbado, pero que a mí me resultaba y me sigue resultando terriblemente sexi y atractivo. Ese pelo despeinado de manera tan estudiada. Todos esos detalles, a simple vista y en su conjunto, le delatarían en cualquier lugar. Unos detalles que yo, por cierto, había memorizado a conciencia, para no olvidarlos jamás. Junto con su pícara y torcida sonrisa. Sus ojos marrones que se vuelven del color de la miel cuando algún rayo de sol los ilumina. La nariz recta y casi perfecta, al menos para mí, y sus labios. Unos labios no excesivamente gruesos, pero que se me antojaban mullidos, sin ni siquiera haberlos probado, y desafiantes para recibir besos. El mentón cuadrado y

apretado adornado por una barba de un par de días a lo sumo tres.

—Me alegro de verte de nuevo —se atrevió a decir una vez nos separamos, y dejándome en medio del despacho con la piel erizada. Y, con esa sensación de vacío que ya había experimentado otras veces.

Tiré de los puños de mi camisa y me alisé la falda recta y de color negro, después tiré de ella un poco hacia abajo. De repente me parecía demasiado corta, a pesar de que el largo me llegaba justo por debajo de las rodillas.

—Es el largo ideal para una cita formal de trabajo. La camisa es seria y femenina a la vez y con estos zapatos de tacón alto estarás perfecta, para esa entrevista.

Me había dicho Mía la noche anterior cuando se empeñó en venir hasta mi casa a echarle un vistazo a mi armario, y elegir la ropa de que debía ponerme para la entrevista con A. O´Connor.

A pesar de mis protestas y de intentar convencerla de que ese estilo no iba conmigo a la hora de vestir, me vi en la obligación de hacerlo. Ya que me pidió, de manera insistente, que le enviase una fotografía antes de salir de casa para confirmar que le había hecho caso. Precisamente esa fotografía había sido la causa por la cual había llegado tarde a la reunión.

A las siete de la mañana en punto, tal y como había quedado con Mía, y antes de salir de camino hacia el hospital, le hice llegar la dichosa foto, frente al espejo de cuerpo entero hay en la entrada de casa. Tras enviársela dejé el teléfono sobre la mesita que hay junto al espejo, para retocarme las trenzas que Linda me había hecho el martes por la tarde, y para darme un poco de brillo en los labios con ese bálsamo que tiene sabor a manzanas caramelizadas, y que es mi favorito. Cuando finalmente me di a mí misma el visto bueno, rescaté las llaves del cuenco y me salí hacia el hospital para realizar la ronda de pacientes del día, y después acudir al dichoso desayuno.

A las nueve de la mañana me di cuenta de que no llevaba consigo el teléfono móvil. Busqué en los bolsillos de mi pijama y también de la bata. Hice que medio hospital me llamara por teléfono, para comprobar si sonaba por algún sitio. Después de realizar todas esas comprobaciones, y también de vaciar mi taquilla y volcar en el suelo

mi bolso varias veces, caí en la cuenta de que me lo había dejado en casa, por lo que tuve volver a ella para recuperarlo.

Con lo que no contaba era que, a partir de las nueve de la mañana, el tráfico se vuelve mucho más lento y denso en Seattle. Precisamente ese detalle hizo que mi tiempo estimado de llegada, cinco minutos antes de lo previsto, al despacho del Jefe se hubiese retrasado. Y por supuesto no debemos olvidar, ni obviar el detalle, que además había encontrado una moto ocupando mi plaza de aparcamiento.

Pero nada de eso tenía ya importancia.

Lo importante ahora mismo, era saber bandear el temporal que se acababa de desatarse en mi cabeza al comprobar que la inicial A que acompañaba al apellido O´Connor era la de Alex. Ese hombre que con tan solo cuatro encuentros, dos de ellos algo accidentados, había comenzado a colarse no solo en mis pensamientos. Alex O´Connor había empezado a colarse también en mi corazón. La prueba fehaciente de ello era que mis latidos se aceleraban cada vez que se acercaba a mí más de lo debido, invadiendo ese espacio personal que yo misma me había establecido. Esos latidos sonaban como si el mismísimo Alex estuviera aporreando con sus puños las puertas de mi corazón para que se las abriera de par en par.

–¿Os conocéis? —reguntó el Jefe algo contrariado, al ver que ambos hablábamos con cierta confianza, y podría decirse que también en clave, tras la referencia al maldito *karma* que Alex había hecho al saludarme.

Afirmé tímidamente con la cabeza. Y como quien se avergüenza de algo. No era que me avergonzase de conocer a Alex, solo era que estaba superada por todo lo que estaba ocurriendo. Algo que no era capaz de controlar y que comenzaba a darme algo de miedo.

–Tenemos amigos en común, pero no nos conocemos lo suficiente. Tan solo nos hemos visto en tres, cuatro…, no cinco ocasiones. ¿Verdad? —aclaró Alex, mientras se dirigía hacia la misma silla que ocupaba cuando yo entré el despacho.

–Entonces será mucho más fácil trabajar juntos si os conocéis —puntualizó el Jefe mientras ocupaba su silla.

–Apenas nos conocemos.

Quise dejar claro y me senté en la silla vacía situada a un lado del Jefe y frente a Alex. Me serví una taza de café.

El Jefe bebió de la taza que ya tenía servida. Se disponía a llevarse hasta la boca la tostada, que había untado meticulosamente con mantequilla salada, cuando el teléfono de su despachó sonó. Se disculpó, por la interrupción, antes de levantarse para ir hasta su escritorio para responder la llamada.

—Id hablando vosotros.

Alex bebió de un vaso que tenía frente a él, pude distinguir el logo del puesto de cafés de la entrada.

—Es descafeinado. No debo tomar café —me aclaró.

Torcí el gesto, en señal de indiferencia. No quería mostrarle demasiado interés al hecho de que quisiera contarme ciertas premisas personales suyas, aunque en realidad me interesaran todas. Pero tenía la horrible sensación, de que cualquier gesto que yo pudiese hacer delataría que me gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir en caso de que alguien me hiciese alguna pregunta al respecto.

—Sigo tu blog y también leo todos tus artículos.

Hice rodar mis ojos en señal de desaprobación por aquel comentario tan fuera de lugar. Me estaba delatando yo sola.

«No te estás delatando, porque hasta hoy no has sabido quien era en realidad A. O´Connor». Ese pensamiento estaba en lo cierto así que me sentí aliviada.

—Me alegra saber eso. Aunque eso me dice que juegas con cierta ventaja sobre mí, porque sabes sobre mi vida bastante más que yo de la tuya.

Alex alzó las cejas arriba y abajo un par de veces. Apoyó la espalda sobre el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. Luego hizo una mueca de satisfacción por confesión. El conjunto de esos gestos me pareció algo chulesco por su parte, pero a la vez sexis. Al cruzar los brazos se le marcaron los bíceps, bajo las mangas largas de la camiseta de color negra que llevaba puesta, y que se le ajustaba perfectamente al torso. Me reprimí las ganas de morderme el labio inferior ante esa imagen. Así que para disimular me acerqué la taza de café hasta los labios y bebí un par de pequeños sorbos.

Lo miré por encima de la taza. Y cuanto más lo miraba más atraída me sentía hacia él y más me gustaba, y a pesar de los intentos fallidos, por verlo tan solo como el periodista que iba a estar pegado a mi espalda durante varios días, y que además iba a inmiscuirse en mi intimidad y privacidad. La idea de esto último no me gustó.

Alex descruzó los brazos, los estiró y se remangó las mangas dando un par de tirones de ellas. Acercó su cuerpo hasta la mesa. Apoyó los antebrazos en ella, y entrelazó los dedos antes comenzar a hablar. Me guiñó el ojo, de manera tan imperceptible que no podría asegurar si en realidad lo había hecho, o si por el contrario habían sido imaginaciones mías. Preferí pensar en la primera opción, y descartar la idea de que estaba empezando a sufrir alucinaciones.

—No voy a mentirte, yo también he hecho mis deberes, por lo que he averiguado algunas cosas sobre ti —dijo.

Se humedeció los labios. Y yo instintivamente me acaricié los míos. Alex sonrió con picardía y carraspeó antes de añadir algo más.

—Espero que en estos días pueda conocer muchas más sobre ti.

Se rascó la ceja izquierda con cierta timidez. Como si se hubiese arrepentido de ese arranque de sinceridad. Me removí incómoda sobre la silla, y supliqué mentalmente que el Jefe se incorporara pronto a aquella reunión.

Las mejillas habían comenzado a arderme y por instinto me llevé las manos a ellas para taparlas, y poder apagar así el calor que las invadía. Sentí un pequeño escalofrío al sentir mis manos heladas en el rostro. Las tenía tan frías debido a los nervios, que de seguir así tendrían que amputármelas por congelación. Los días que iba a durar aquel reportaje iban a ser los peores de mi vida.

«O tal vez los mejores», me susurró una vocecita interior.

Alex trasteó en la mochila y sacó de ella un bolígrafo y una libreta de notas. Cuando abrió la libreta comprobé que en ella tenía hechas varias anotaciones, con una caligrafía perfecta y limpia. Me retrepé nerviosa en la silla, recogí todas mis trenzas con las dos manos más nerviosa aún, y las dejé caer sobre mi hombro izquierdo a modo de cascada. Me desabroché los puños de la camisa y doblé las mangas hasta la altura de los codos. Un gesto que por cierto Mía habría

desaprobado, pero yo tenía calor. Mucho calor.

Antes de que Alex comenzase a enumerar toda la información que tenía sobre mí el Jefe Wilson se dirigió a nosotros. Ni siquiera había sido consciente de que había dejado de hablar por teléfono, por lo que me sobresalté al escuchar su voz muy cerca de mí.

—Ha surgido un pequeño problema que debo solucionar en persona. Debo dejaros. Sully, te dejo en buenas manos.

Posó una mano sobre uno de mis hombros y me dio un pequeño apretón. Alcé los ojos para mirarlo y preguntarle si era grave el problema que debía solucionar.

—¿Necesita qué le acompañe? —pregunté por no decir supliqué.

—Un pequeño lío con el horario de quirófanos para hoy. No te preocupes por nada, es algo que solo yo puedo arreglar. Gracias de todos modos.

El Jefe se encaminó hacia la puerta. Escuché como se cerraba y lancé un pequeño suspiro al sentir una especie de pellizco en el estómago. Un suspiro que no fue de alivio. En realidad no podría describir lo que estaba sintiendo en ese momento, y al encontrarme a solas y frente a Alex. De repente la situación me parecía un tanto incómoda, pero no sabía el porqué.

Alex hojeo un par de veces las anotaciones de su libreta, y jugueteo con el bolígrafo que sostenía en una mano (*click, click, click)*, a punto estuve de arrebatárselo de un tirón. Me estaba poniendo los nervios el dichoso ruidito. Hice un carraspeo para hacerle saber mi malestar.

Cuando por fin se decidió a hablar, creo que él también se sentía un poco incómodo por estar a solas conmigo, me erguí en la silla y apoyé las manos entrelazadas sobre la mesa después de rellenar mi taza de café. Quería sentirme cómoda, en la medida de lo posible, y hacerle ver a él que también lo estaba. Ç

—Nombre de pila Emma Sullivan. Tengo una pregunta al respecto… —se rascó una ceja y yo elevé la barbilla para indicarle que podía hacerla—. ¿Por qué te llaman Sully?

Sonreí de manera disimulada. Sabía que esa sería una de las preguntas estrellas. Podría haber apostado un millón de dólares y lo habría ganado con tan solo hacer chasquear los dedos, o la lengua

contra el paladar. Y eso fue lo que hice al escucharle hacer ese inciso sobre mi nombre.

—Mi mejor amiga es bombero, y su padre también lo es. Es algo habitual que en el parque y entre ellos se llaman por sus apellidos. Por lo que Rachel comenzó a llamarme Sullivan y después lo acortó a Sully. El resto de amigos y familiares decidieron llamarme del mismo modo.

No había más misterio en aquello, Rachel había comenzado a llamarme de ese modo casi desde que nos conocimos.

—Me gusta —le aclaré alzando la comisura de los labios—. De hecho estoy tan acostumbrada a que me llamen Sully que en ocasiones no recuerdo cómo me llamo en realidad.

Quise darle cierto tono desenfadado a esa puntualización. Ya no me sentía tan incómoda. Sin embargo, Alex parecía algo más tenso de lo que estaba al inicio de la ronda de preguntas. Carraspeó un par de veces y bebió un sorbo de su descafeinado.

—Me gusta Sully, pero Emma es un nombre precioso —dijo tímidamente.

Le regalé una sonrisa, al tiempo que le daba las gracias por su aclaración.

—Coeficiente intelectual superior al promedio —continuó diciendo.

Arqueó una ceja y soltó un silbido. Fruncí los labios en señal de malestar.

Alcé un dedo y lo señalé con él para hacer hincapié en lo que iba a decirle:

—No soy superdotada si es lo que estás insinuando.

—Yo no estoy insinuando nada. Simplemente me he limitado a tomar apuntes —me mostró su libreta y señaló con un dedo las líneas donde había escrito ese dato—. Como ves, yo no me inventado nada.

—No pasa nada —dije sacudiendo la cabeza.

En realidad dicha apreciación también me la esperaba. Así que lástima de otro millón de dólares perdido en tan solo diez minutos de conversación. Odio que se refieran a mí como “superdotada”, cuando en realidad no lo soy. Si es cierto que estoy dotada de una inteligencia superior a la de muchos. Mi coeficiente intelectual entra dentro de los

parámetros que pueden denominarse como mentes brillantes. Pero los test que se empeñaron en hacerme en varias ocasiones, tanto en el colegio como en el instituto, nunca dieron resultados para poder estar dentro del grupo de los denominados superdotados.

Alex agitó las manos en señal de negación y haciéndome saber de ese modo que no era su intención llamarme así.

—Estudiaste en la Estatal de Washington, a pesar de tener una beca completa para estudiar en cualquier otra universidad del país.

—No quise irme de Seattle.

—¿Alguna razón especial para no irte? ¿Un novio quizás?

Como respuesta a esas dos preguntas, en particular a la última, formulé un par de cuestiones. Sentía que de una manera muy sutil estaba invadiendo mi intimidad. Eso formaba parte de mi vida privada y aunque no era un secreto entre mis allegados y conocidos, no quería ni tampoco me apetecía contarle a un desconocido los motivos por los cuales no me había marchado de Seattle para estudiar.

—¿Es necesario qué responda a esas preguntas?

Alex se percató de mi incomodidad. Alargó una de sus manos para alcanzar las mías y las apretó con fuerza. Un gesto, que me pareció un demasiado íntimo para casi dos desconocidos, pero lejos de hacerme sentir incómoda me gustó. Alex quería transmitirme confianza, y yo al no retirar mis manos de debajo de las suyas, le estaba demostrando que se lo agradecía.

—Claro que no. Estás en todo tu derecho en negarte a responder a todas esas preguntas que no te gusten, que te hagan sentir mal, o que simplemente no te apetezca contestar.

Le agradecí sus palabras con un gracias que sonó de manera casi imperceptible. Alex retiró sus manos de las mías para coger el vaso de café y beber un pequeño sorbo.

—No soy un periodista al uso, pero eso ya lo sabes. Tú misma me has confesado que has leído todos mis artículos y que sigues mi blog. No hago reportajes convencionales. Si fuera así te aseguro que podría estar trabajando en la redacción de cualquier periódico o revista. Pero yo huyo de todo eso.

Alex no dejaba de mover las manos mientras hablaba, y a mí me

gustaba seguir sus movimientos, mientras le escuchaba hablar.

—Me gusta hacer cosas diferentes al resto y me gusta divertirme mientras trabajo —continuó diciendo—. Pero también quiero que se divierta quien está frente al objetivo y, por supuesto frente a mí. La incomodidad que pueda sentir uno de los implicados, o los dos a la vez, sin duda alguna se transmite en el resultado final del trabajo.

Estuve a punto de levantarme de la silla y aplaudirle después de escuchar su breve discurso. Mascullé un simple *GUAUUU...*

—Me gustaría saber cómo tienes planteado trabajar estos días. Soy bastante organizada con mis horarios de trabajo, aunque también dejo algo a la improvisación. Ser cirujana es lo que tiene, siempre surge algún imprevisto.

Me preocupaba ese aspecto. No quería que mi trabajo se viese afectado, por un tipo que iba a seguirme durante unos días, y a todas horas por los pasillos del hospital.

Alex

Me di cuenta de que Sully comenzaba a relajarse un poco, y tras haber apreciado su incomodidad en los primeros momentos que habíamos compartido en solitario. A pesar de esa apreciación no quise abusar. En realidad, ese desayuno había sido preparado para ser presentados, y para tener una primera toma de contacto, por lo que decidí dar por terminada la entrevista. La finalidad de ese primer encuentro ya estaba conseguida.

Mientras recogía mis cosas en la mochila, y ella comprobaba su teléfono móvil me atreví a proponerle continuar con la conversación compartiendo almuerzo en algún bar cercano, en la cafetería del hospital, o sentados sobre el césped. Me daba igual donde fuese, lo único que quería era estar a su lado al menos una hora más. Si podían ser dos, mejor aún. Ya se me ocurriría algo para alargar aquel primer encuentro.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo interior de la cazadora, y comprobé la hora. Eran las doce y media, el tiempo había pasado rápido. Demasiado rápido quizá.

La hora la hora perfecta para almorzar algo ligero pensé.

—Dime que sí, por favor —le rogué ante su silencio a mi propuesta. Quería pasar más tiempo con ella y seguir disfrutando de su compañía. Una compañía que cada segundo que pasaba me parecía más y más agradable. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómodo con alguien. Más bien debería decir que hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómodo con una mujer. Desde la muerte de Susan no se me había pasado por la cabeza relacionarme con ninguna mujer más allá del trabajo. Pero con Sully era diferente. Con Sully de repente quería más. Con Sully lo quería todo.

Llamadme loco si queréis, por quererlo todo con alguien a quien apenas conocía, pero creo que a todos nos ha pasado alguna vez.

¿Qué tenía Sully que no tuvieran las demás? No tenía respuesta. Solo sabía que con ella me sentía vivo. Era como si antes de conocerla yo no hubiera sido nada, y con ella en mi vida sentía que podía serlo

todo.

—Me encantaría decirte que sí, pero debo regresar a mi trabajo. —Se disculpó con una sonrisa—. Pero por hoy ya he abusado demasiado de la confianza de algunos de mis compañeros, y también de todos los residentes que tengo a mi cargo.

Se levantó de la silla. Se alisó la falda con las manos, y después se atusó las treazas. Estaba preciosa con ellas.

—Tal vez podríamos vernos antes del lunes y así matizar algunos detalles antes de empezar a trabajar —propuse, con un tono de voz que a mi parecer sonó un tanto desesperado.

—Mañana por la mañana tengo que venir al hospital para cerrar algunas cuestiones con el Doctor Spencer. A mediodía he quedado con Holly para ir al Rainbow House y pasaremos allí la tarde.

Me habló de Holly y del Rainbow House con total naturalidad, como si yo supiese a qué y a quién se refería al hablarme de esa mujer y de ese sitio. Imaginé que ambas cosas formaban parte de su vida y que además eran importantes. En su voz hubo cierto atisbo de emoción. Por lo que estuve tentado a preguntarle sobre ambas coMi instinto periodístico y las ganas de saber más sobre ella me lo pedían. Mi lado humano y racional me advirtieron que debía ser prudente. Decidí hacerles caso a mi lado humano y racional.

—¿Y el domingo? —mascullé inseguro.

Agaché la cabeza y me rasqué la nuca. Supliqué mentalmente que aceptara mi propuesta. Fui consciente, en ese momento, de que no estaba preparado para estar dos días sin verla. Y asimilé de ese modo que Sully me gustaba más de lo que pensaba, y más de lo que me gustaría reconocer, en caso de que alguien me preguntara al respecto. Por supuesto esto último, no estaba dispuesto a hacerlo delante de Wallace.

—Las chicas y yo solemos ir al *Fremont Sunday Market*. Nos gusta pasar allí el día —dijo retorciéndose los dedos nerviosamente.

Me vine abajo ante una nueva evasiva suya. Parecía no tener el mismo interés que yo por verme fuera del hospital. Era la segunda vez que rechazaba una invitación mía.

—¿Entre esas chicas está Mía? —pregunté con cierta curiosidad. Quería saber si ella se encontraba entre las amistades que solía frecuentar.

—Sí. Mía es una de mis mejores amigas, junto con Rachel.

Hizo una mueca con los labios. Como si se sintiese molesta por la pregunta. No entendí su reacción hasta que me preguntó con algo de desdén:

—¿Te gusta Mía?

La salió de su boca como si de un dardo envenenado se tratara.

—¡¿Eh…?! —alcé las cejas en señal de sorpresa. No me la esperaba —. No. No, no me gusta. Pero creo que a Wallace sí. Tal vez podríamos acompañaros.

Ni no yo mismo me creía que estuviese haciendo esa proposición. Pero era tal mi desesperación por verla antes del lunes, que os juro que hubiese sido capaz de hacer el pino con las orejas para que así fuese.

Se encogió de hombros antes de decirme que debía hablarlo con Mía y con Rachel. No era un sí, pero tampoco era un no, así que sonreí interiormente ante mi pequeña victoria.

Me adelanté para abrir la puerta del despacho del Jefe, y le cedí el paso con una leve reverencia, de repente el ambiente se había tornado algo tenso entre nosotros, o al menos a mí me lo había parecido, y quise romper esa pequeña placa de hielo que se había interpuesto entre nosotros con ese gesto tan tonto. Pero Sully me sorprendió una vez más cuando se cogió la falda por ambos lados, y flexionó ligeramente las rodillas para darme las gracias. Hizo una reverencia con la cabeza y dibujó una divertida mueca con los labios. No pude reprimir una breve carcajada, y ella también lo hizo.

Me gustó escucharla reír y verla por primera vez, en ese día, bromear conmigo.

—Es un gesto que suelo hacer cuando mi equipo me aplaude tras finalizar una operación —aclaró con los ojos entornados y con la voz sonando en apenas un susurro—. En el quirófano pasamos muchos momentos de tensión y me gusta terminar agradeciendo su trabajo y su compañía durante la intervención.

Eso quería verlo, yo. Tenía que conseguir, como fuese, ver como trabajaba y se desenvolvía en un quirófano.

Tenía que lograr ese punto de confianza con ella, para que me diera permiso y poder acompañarla en esa parte de su trabajo. Yo también quería aplaudirla.

—Además pongo música —me confesó. —Alcé las cejas sorprendido—. Bueno en realidad a quien escucho es a Elvis…

Mi cara de sorpresa ante lo que acaba de decirme debió salirle de ojo, porque se vio en la necesidad de aclararme a que Elvis se refería.

—Ya sabes… Elvis Presley —dijo retocándose las dobleces de las mangas de la camisa.

Me frené en seco en medio del corredor que ya íbamos atravesando.

—¡¡No jodas!! —exclamé.

Sully se paró a mi lado, del mismo modo en que yo lo había hecho. Fijó sus ojos en mí y frunció los labios. Supongo que no sabía si con mi exclamación estaba demostrando mi agrado o desagrado hacia Elvis.

—Me gusta —admitió encogiéndose de hombros y bajando la cabeza.

—¡Dios! ¡Adoro a Elvis! Lo escucho a todas horas —admití con mucho entusiasmo. Demasiado quizás.

Sully abrió los ojos como platos.

—¿En serio? —me preguntó con los ojos muy abiertos como si no pudiera creerse, lo que le estaba diciendo—. Tengo todos sus discos en vinilo. Los he ido comprando, poco a poco, en el *Fremont Market* y también en algunas ferias de discos.

Su entusiasmo hacia Elvis fue creciendo conforme hablaba—. Y los escucho en un pequeño tocadiscos portátil que también compré en ese mercadillo.

—Yo lo escucho en una de esas aplicaciones de música que todos tenemos instaladas en los ordenadores y en los SMARTPHONES —confesé un poco avergonzado.

—No suena igual —me rebatió con tanta seguridad que no tuve más remedio que admitir que así era.

—En eso tienes toda la razón —le dije—. Pero es mucho más cómodo.

—Pero no es lo mismo —insistió.

Llegamos a la puerta de salida del hospital y me dispuse a despedirme de ella. Me hubiese gustado proponerle escuchar juntos a Elvis algún día y hablar sobre él, pero mi osadía decidió abandonarme en ese momento. Así que decidí no forzar ninguna situación, y dejar que todo fluyera entre nosotros de manera espontánea.

—No te entretengo más. Nos vemos el lunes.

Me incliné para darle un par de besos en las mejillas, y antes de que pudiese hacerlo Sully me sorprendió de nuevo.

—Te acompaño hasta la moto —dijo.

La miré con las cejas levantadas hasta el nacimiento del pelo y con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo sabes que he venido en moto?

No llevaba el casco consigo. Lo había dejado guardado en una de las alforjas. Entonces caí en la cuenta.

—No me digas que…

No me dejó terminar.

—Yo era la que tocaba el claxon de manera insistente. Habías aparcado en mi plaza.

Soltó una risita por la nariz que me hizo mucha gracia, y yo estallé en carcajadas.

—Perdona por lo del dedo corazón —me disculpé.

—¿Me has enseñado el dedo corazón?

Me dio un manotazo en un brazo.

—No me digas que no me has visto hacerlo.

Negó con la cabeza antes de confesar que había ido resbalándose por el asiento para esconderse al ver que era yo el dueño de la moto.

—No quería que me vieras. —Hizo una especie de puchero con esos labios que cada vez me resultaban más apetecibles—. Así que debes decirle a tu *karma* que no son cinco veces las que nos hemos encontrado sino seis —me advirtió con cierta gracia.

—Bueno en realidad tú has sido quien me ha visto seis veces. Yo solo te he visto cinco. Así que si nuestros *karmas* llevan bien las

cuentas, estoy en desventaja con respecto a ti.

—Entonces nos vemos el lunes. ¿A las ocho? —le recordé cuando ya habíamos llegado hasta la moto.

—Tal vez el *karma* tenga pensado hacer que nos encontremos antes. —Sonreí al escucharla decir que cabía esa pequeña posibilidad—. Apúntame tu teléfono y cuando hable con Rachel y Mía te doy una respuesta sobre tu propuesta de pasar el domingo con nosotras.

Me tendió su teléfono móvil para que yo mismo pudiera agregarme a sus contactos.

—Hazme una perdida, para que yo también pueda tenerte registrada —le pedí.

Lo hizo de inmediato.

—Te tengo. Dije con cara de satisfacción al notar que el móvil me vibraba en el bolsillo interior de la cazadora.

—Genial. En cuanto hable con ellas te doy una respuesta.

Me regaló una dulce sonrisa mientras respondía. Joder. Me encantó verla sonreír mientras me hablaba.

Saqué el casco de la alforja. Me abroché la cazadora, y antes de subirme a la moto me acerqué a ella para besar sus mejillas como despedida. Ella dio un pasito para acercarse hasta mí.

—Me ha gustado pasar la mañana del viernes contigo —le confesé abiertamente cuando nos separamos.

—Ha estado bien —dijo ella con cierto entusiasmo. Aunque algo me decía que en realidad, quería mostrarme cierta indiferencia. Pero hubo algo que se lo impidió hacerlo y eso me gustó.

Me subí a la moto ante su atenta mirada. Arrugó los ojos al escuchar el ruido del motor nada más ponerla en marcha.

—Esto es música celestial —le dije.

—Si tú lo dices.

—Nos vemos Sully —me despedí levantando una mano.

Miré a través de uno de los espejos y la vi como imitaba mi gesto con una mano y con la otra se abrazaba la cintura.

40
Sully

Tras despedirme de Alex regresé al hospital para incorporarme al trabajo. Caminé con las manos guardadas en los bolsillos de la falda. Tuve la impresión de que mis pies se arrastraban por el suelo mientras caminaba, tal y como hacía Alex. No me gustó esa sensación de vacío que me había invadido al ver como su moto se alejaba de mí.

Sí, pensándolo mejor, me había gustado la idea de que Alex fuese el periodista que iba a realizar el reportaje sobre mí. Ese al que en un principio me había opuesto. Y también me había gustado la sensación que tuve al pensar que, al menos durante una semana, íbamos a pasar más tiempo juntos del que había imaginado. Esto último idea me había gustado y asustado a partes iguales.

Me había gustado porque comenzaba a ser consciente de que ese hombre me atraía más de lo que me hubiese gustado admitir. Y me había asustado porque tras finalizar el trabajo, lo más probable era que Alex regresara a su vida de idas y venidas. A sus viajes por trabajo. Y lo más seguro era que yo no entrara en ninguno de sus planes, ni a corto ni a largo plazo. Por lo que debía ser cauta con todos esos sentimientos que comenzaban a aflorar en mi interior, si no quería sufrir por amor. Tal y como se sufre en todas esas novelas y películas románticas a las que Mía es adicta.

Entonces pensé que según ella, todas tienen finales felices. Por lo que tal vez mi historia, nuestra historia, también podría tener uno de esos finales que tanto entusiasman a mi amiga.

Me compré un zumo de remolacha y fresas, uno de mis favoritos, en el puesto de Jo, antes de entrar en el hospital y me lo fui tomando a pequeños sorbos de camino a los vestuarios. Debía cambiarme de ropa. Estaba deseando desprenderme de esa falda tan incómoda, y que casi no me dejaba caminar por lo ajustada que era, y por supuesto quitarme los zapatos de tacón. Los tacones no están hechos para mí y yo no estoy hecha para ellos. Lancé un suspiro de alivio cuando me deshice de ellos, nada más cruzar la puerta del vestuario. Moví los

deditos de los pies en señal de liberación y ellos me lo agradecieron.

Me puse el pijama y la bata del hospital. Comprobé que en los bolsillos seguía teniendo todo lo que solía llevar en ellos. Enganché mí busca a la cinturilla del pantalón, y me guardé el teléfono móvil en un bolsillo de la bata después de comprobar que todos los mensajes que tenía eran de Mía y de Rachel, preguntando qué tal me había ido con el periodista y que ninguno de ellos era de Alex. No sé por qué, había albergado una pequeña esperanza de que él me escribiría o quizás me llamaría a lo largo de la mañana.

«¿Por qué iba hacerlo?» Me pregunté con cierto enfado, por pensar en esa remota posibilidad. Además apenas hacía unos minutos que nos habíamos separado.

Convoqué a mis residentes para que me pusieran al día de todo lo acontecido en aquella mañana y durante mi ausencia. Tras darles el OK y la enhorabuena por el trabajo bien hecho, y me disculpé por mi ausencia durante esas horas y por tener que dejarlos solos una vez más.

—Siento que no estéis disfrutando de mi compañía esta mañana —bromeé—.Yo también os he echado de menos.

Hice un mohín de disgusto con mi boca. Se rieron. Lo hicieron contenidos, como si reírse en un hospital estuviera prohibido.

—Tengo que pasar por el despacho del Jefe Wilson y también por el del Doctor Spencer, por lo que el resto del día lo pasaréis con la Doctora Smith —les anuncié.

Aprecié cierto disgusto en sus rostros y comprobé como se daban codazos entre ellos. Entre los residentes la doctora Smith no era bien recibida. Era dura con ellos, y en ciertas ocasiones los hacía pasar por situaciones bastante desagradables. Yo misma había sufrido algunas de ellas, en mis años como residente en el hospital.

La Doctora Smith defendía su actitud, alegando que un buen médico se forja viviendo los momentos más duros que pueden darse en un hospital. Por lo que no era extraño que muchos de los residentes, que estaban a su cargo, terminaran pidiendo el traslado a otros hospitales para no estar con ella. También se había dado algún caso de abandono de la medicina por alguno de ellos, tras vivir alguna

que otra experiencia con dicha Doctora. Aclaro que esto último tan solo se ha dado en contadas ocasiones.

La Doctora Smith tampoco era santo de mi devoción, al igual que yo tampoco lo era suyo. Pero al margen de nuestras diferencias, ante todo éramos compañeras de trabajo. Yo la respetaba, aunque ella conmigo no hiciese lo mismo. El respeto fue uno de los valores que Holly me inculcó, y para mí ese valor es sagrado.

–Lo siento chicos —me disculpé—. Solo serán unas horas, no había otro disponible. El lunes todo volverá a la normalidad, os lo prometo.

Me sorprendí al pensar en el lunes con cierta alegría añadida. Me gusta mi trabajo. No, rectifico adoro mi trabajo, por lo que los lunes no me disgustan. Pero el siguiente lunes, sin duda, tenía un aliciente añadido. Y ese aliciente, era Alex O´Connor.

–Por cierto, imagino que ya sabéis que en los próximos días me nombrarán Jefa del Servicio de Trasplantes del Hospital. —Mis residentes comenzaron a aplaudir al escucharme darles la noticia. Les di las gracias por la acogida, uniendo mis manos y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza en señal de agradecimiento—.Y también quería anunciaros que a partir del lunes, y durante unos días nos acompañará Alex O´Connor —concluí.

Mi diatriba se vio interrumpida por una serie de murmullos, en los que se intuía emoción y también sorpresa, al descubrirles que tras aquella inicial que acompañaba a dicho apellido, que casi todos por no decir todos conocían, se encontraba un hombre. Sonreí. Levanté las manos para pedirles que me siguieran escuchando.

–Por favor —supliqué entre los murmullos.

Volvió a hacerse el silencio tras mi petición.

–Él será el encargado de realizar un reportaje sobre mi trabajo en el hospital, que será publicado en la revista **MEDICAL LIFE**.

Mis residentes aplaudieron una vez más y yo volví a darles las gracias.

La irrupción de la Doctora Smith hizo que el ambiente se tornara algo tenso de repente.

–Nos vemos, el lunes, chicos.

Me despedí de ellos antes de saludar a mi compañera.

–Enhorabuena por tu próximo ascenso.

Noté cierta crispación en su tono de voz. No quise darle importancia, por lo que me limité a darle las gracias y a disculparme por tener que irme.

–Me espera el Jefe Wilson —me excusé.

–Siempre ha tenido predilección por ti—. Utilizó un tono de voz hiriente en su comentario—. Supongo que compartir el mismo color de piel tendrá mucho que ver —farfulló entre dientes.

Ignoré su comentario hiriente y soez.

Era sabido por todos, la rivalidad que la Doctora Smith tenía conmigo desde que ambas habíamos optado al puesto de Cirujana Jefe, en el Servicio de Cirugía Cardiotorácica, y fui yo quien lo consiguió. Rivalidad a la que por cierto yo intentaba no hacer caso, a pesar de sus indirectas tan directas. Nunca me han gustado los enfrentamientos. Pero mi condición de ser una mujer de raza negra, para ella suponía un problema. Problema bastante lamentable en pleno siglo XXI.

Ni siquiera me molesté en girarme para dedicarle una mirada de rencor, ni tampoco para responderle. La indiferencia en estos casos es la mejor de las respuestas.

Hace tiempo que me funciona esta táctica, no solo con ella, sino con todas aquellas personas que osan a hacer algún tipo de comentario sobre el color de mi piel. Esos comentarios los ignoro, o al menos lo intento. Pero a pesar de hacerlo, siempre se clavan en mi corazón y duelen. Mucho. Demasiado. Cuando eso pasa siempre recuerdo las palabras que Holly me decía cuando, siendo una adolescente, llegaba a casa disgustada por algún comentario sobre el color de mi piel o sobre mi mente privilegiada:

—A palabras necias, oídos sordos. La envidia es mala. Muy mala. Y si alguna vez, alguien te dice que te tiene envidia de la buena, nunca te lo creas. Porque esa envidia no existe.

Luego Holly me arropaba entre sus brazos, y yo me dejaba consolar y querer entre ellos.

41
Sully

A las cinco en punto salí por la puerta del hospital. Mi día de trabajo había terminado y mi semana también. Al día siguiente tendría que volver al hospital, pero tan solo lo haría por un par de horas, para dejar cerrados algunos asuntos con el Doctor Spencer sobre la incorporación a mi nuevo puesto en tan solo unos días.

Había quedado con Rachel y con Mía, en el bar de Holly, como cada viernes, a eso de las seis de la tarde. Decidí ir a casa y cambiarme de ropa, la falda y los tacones me hacían sentir incómoda. No me sentía yo, vestida de ese modo. Tenía tiempo suficiente para hacerlo y además no llegar tarde.

Me vestí con un pantalón vaquero pitillo, un top lencero en color fucsia y un kimono combinado en diferentes tonalidades de rosas. Me recogí las trenzas en dos y las dejé caer sobre los hombros.

Llegué al bar de Holly antes de la hora prevista. Incluso ella se sorprendió al verme llegar y yo me sorprendí al ver su cara de sorpresa.

—¿Está todo bien cielo? —me preguntó.

Como si llegar puntual a una cita o hacerlo antes de tiempo, fuera algo poco común. Es cierto que en ciertas ocasiones no consigo hacerlo, pero una de mis virtudes siempre ha sido la puntualidad.

—Salí a tiempo, nada más.

Me encogí de hombros antes de añadir a modo de protesta y de disgusto, que no había tenido ninguna operación desde hacía algunos días. Ese hecho sin duda era determinante para llegar puntual a cualquier lugar. Una operación siempre sabes a qué hora comienza, pero casi nunca sabes a qué hora terminará.

—Las chicas aún no han llegado, pero no tardarán mucho en hacerlo. Os he reservado vuestra mesa. Ve para allá y enseguida te sirvo una cerveza.

Hice caso a Holly y me senté a esperar a Rachel y Mía. Saqué mi teléfono móvil para echarle un vistazo a mis redes sociales, y publicar

algo en mi Instagram. No suelo enredarme mucho en ese tipo de cosas, no tengo demasiado tiempo para hacerlo. Sin embargo, esa tarde lo hice.

Holly me acercó la cerveza hasta la mesa y le pedí que se sentara un momento conmigo. Aprovechando que no había demasiada gente en el bar, quería hablarle sobre la idea de hacer una fiesta informal para celebrar mi ascenso.

—Claro que sí, cariño. Me parece una idea fantástica. Solo tienes que decirme cuando quieres organizarla y yo me encargaré de todo. Es más, ese día contrataré un par de camareros para así poder estar libre, y disfrutar de la celebración.

Holly respondió con el mismo entusiasmo que yo esperaba. Para ella todo lo que tiene que ver conmigo siempre es especial.

—En cuanto lleguen Mia y Rachel te confirmamos. Será un viernes o un sábado, pero tenemos que ver qué fin de semana nos viene bien a las tres.

Bebí un trago de la cerveza. Y enumeré las tres condiciones que debían darse para poder celebrar dicha fiesta:

—Rachel y Taylor no deben tener servicio. LOS MARINERS deben jugar en casa y yo no tengo que tener guardia.

—Es casi una misión imposible —dijo Holly, casi ahogándose en su propia risa, al escucharme,

Hice rodar los ojos al darme cuenta de que la celebración iba a ser más complicada de llevar a cabo de lo que creía en un principio.

—No me había dado cuenta hasta ahora —confesé algo frustrada.

Holly regresó a la barra y yo me quedé sola en la mesa. Hice una fotografía al vaso de cerveza, y al cuenco con cacahuetes que Holly me había servido como aperitivo. La subí a mí Instagram. Creo que no había pasado ni un minuto desde la publicación, cuando la vibración del teléfono móvil sobre la mesa me sobresaltó.

El sobresalto fue mayor cuando comprobé que era un WHATSAPP de Alex.

No me digas que tus amigas te han dado plantón.
Si estás sola, puedo ir a donde hasta dónde estés y hacerte compañía ;)
Alex.

Bebí un trago de cerveza mientras intentaba averiguar cómo había sabido que estaba sola. Al segundo trago caí en la cuenta de que solo podía saberlo por la publicación que había hecho hacía tan solo unos minutos. Entré en mi cuenta de Instagram y ahí estaban las notificaciones de que @*a.oconnor* me seguía y, además le había dado LIKES a todas y cada una de mis publicaciones. Incluso algunas de ellas las había comentado. No eran muchas, pero en todas se había molestado en escribir alguna cosa.

Me reí por lo bajo y algo nerviosa. El porqué de los nervios, no sabría decirte. Si sabía si me sentía expiada o halagada. Comprobé la hora y vi que aún quedaban cinco minutos para que Rachel y Mia llegaran. Decidí responder a Alex. Me llevé un dedo a la boca y comencé a teclear con una sola mano.

Estoy esperando a mis amigas.
He llegado antes de tiempo.
Gracias por ofrecerte a acompañarme.
Sully.

Dudé a la hora de enviarlo y a punto estuve de no hacerlo, pero me parecía de muy mala educación no responder.

A mí siempre me ha molestado, enormemente, que alguien no responda a mis mensajes, aunque sea con un simple OK o un estúpido emoticono.

No te olvides de preguntarles si puedo acompañaros el
domingo al mercadillo.
Alex.

Una sonrisa tonta se dibujó en mi cara, no podía vérmela, pero estaba segura de que así había sido.

Lo haré. Te daré la respuesta en cuanto la sepa.
Sully.

Cerré la aplicación de mensajería y me guardé el teléfono en cuanto escuché la voz de Rachel a mi lado.

—He tenido que frotarme los ojos para asegurarme de que no estaba viendo visiones, y que eras tú la que estaba sentada a la mesa.

Se inclinó sobre mí y me dio un sonoro beso en una mejilla.

—Rachel… —resoplé con hastío.

—Es broma. Me alegro de que hayas llegado a tiempo. Eso es señal de que todo ha ido bien en el hospital.

Rachel se despojó de su cazadora de cuero, giró la silla y se sentó a horcajadas sobre ella. Sonreí. Ese modo de sentarse es habitual en ella. Rachel no es muy femenina que digamos. Ella se defiende diciendo que pasar tanto tiempo entre hombres, y haber sido criada por uno, le invita a sacar su lado masculino. Aunque es cierto que cuando su lado femenino da la cara, se convierte en una mujer espectacular y de armas tomar en todos los aspectos.

Mía llegó a los pocos minutos. Lo hizo protestando por el caos que tenía en el trabajo, y a causa del final de la temporada donde la recisión de contratos y la firma de algunos nuevos está a la orden del día.

—Además llevo unos días que me encuentro fatal. Tengo el estómago como si estuviera de resaca permanente. —Hizo un puchero, y después le pidió a Holly que le sirviera una botella de agua.

Rachel y yo nos miramos con sorpresa.

—¿Podrías traerme pepinillos? —añadió.

—Odias los pepinillos —gritamos Rachel y yo al unísono.

—Lo sé. Pero desde hace unos días es lo único que me apetece comer.

Cruzó las piernas con esa elegancia innata en ella y se encogió de hombros de manera resignada. Rachel y yo volvimos a mirarnos, pero no hicimos ningún comentario.

–Tengo algo importante que contaros —dije elevando el tono de voz para captar la atención de mis amigas.

—Van a ascenderte otra vez —bromeo Rachel.

—Nooo… —Sacudí una mano, y solté una risita antes de añadir—: Ya sé quién es el periodista que va a realizarme el reportaje.

—Oh Dios mío. Lo había olvidado —exclamó Mía—. Perdóname —se disculpó juntando las manos.

—¿Y bien? —inquirió Rachel. Alzó las cejas y la barbilla al mismo tiempo.

—Pues el periodista en cuestión es… ¡¡ALEX!!

Grité su nombre, sin ser consciente de que con ese grito le estaba dándole más importancia al asunto del que en realidad quería mostrar en ese momento. Por favor…, si solo me faltó aplaudir.

—¡¡Ay Dios!! —gritó Mía, y se llevó una mano a la boca y otra al pecho.

Rachel nos miró a ambas con cara de no entender nada antes de preguntar:

—¿Quién coño es Alex?

—¿Alex? ¿Nuestro Alex? —insistió Mía ignorando la pregunta de Rachel.

Me atraganté con la cerveza al escuchar sus preguntas. ¿Desde cuándo MI Alex, era NUESTRO Alex?

¿MI ALEX? ¿De verdad he escrito yo eso? (Podéis llevaros las manos a la cabeza, yo acabo de hacerlo. □)

—¿Nuestro Alex?

Rachel verbalizó la pregunta que yo acaba de hacerme mentalmente.

—Me he perdido —reconoció resignada.

—Eso es una señal —dijo Mia tocando las palmas entusiasmada.

Os juro que pensé que como ella también se atreviese a hacer referencia al *karma*, esa misma tarde cometería un asesinato.

—Es tan guapo… Tan atento… Ay Dios… y te mira de ese modo… tan especial…

Mía lanzó un suspiro después de enumerar algunos calificativos haciendo referencia a Alex y después aleteo sus largas y rizadas pestañas.

—Dios… —mascullé.

Me llevé una mano a la frente para simular el cansancio que me había supuesto escuchar tanta tontería.

—Cada vez estoy más perdida. Os lo juro —aclaró Rache.

Y ya no estaba molesta. Estaba cabreada.

—Lo siento. Te lo explico, todo, en cinco minutos —me disculpé.

Puse una mano sobre las suyas para tranquilizarla un poco.

—Soy toda oídos.

Rachel se levantó de la silla, la hizo girar y volvió a sentarse. La arrastró hasta pegarla a la mesa y cruzo los brazos sobre ella.

Le conté, de manera resumida, todo lo ocurrido con Alex y como después de un par de encontronazos, literales, habíamos vuelto a coincidir en él partido de LOS MARINERS del domingo anterior. El martes en el hospital, y finalmente esa mañana en el despacho del Jefe.

Tras mi breve resumen, que por cierto se vio interrumpido más de una vez por algún comentario por parte de Mía, Rachel llegó a la misma conclusión que ella. Todos esos encuentros eran una señal.

—¡¿Una señal de qué?! —cuestioné molesta, por la insistencia de ambas en esa idea.

Una idea que a mí cada vez me parecía menos descabellada, todo hay que decirle. Pero, por supuesto, no estaba dispuesta a darles la razón.

—Una señal de que entre vosotros habrá algo. Una persona no aparece en tu vida así porqué sí. Todos aparecemos en la vida de alguien por algo.

Mía defendió su teoría con uñas y dientes. Rachel la apoyó sin titubeos. Y yo suspiré con resignación.

—Y Alex ha aparecido en mi vida para realizar un reportaje sobre mí. Cuando termine su trabajo desaparecerá y no volveremos a vernos. Fin —rebatí.

—Inocente —mascullÓ Rachel entre risas, y arrastrando la palabra para enfatizarla.

Resoplé una vez más como respuesta a su estúpida perorata. Estaban defendiendo algo que no tenía fundamento ninguno. Sin embargo, yo comenzaba a aferrarme a todos y cada uno de ellos. Pero eso tampoco iba a reconocerlo.

Me excusé para ir al baño. No tenía necesidad de ir, pero había estado notando como el teléfono vibraba en mi trasero de manera insistente y no eran precisamente llamadas, de haberlo sido hubiese comprobado que no eran por parte del hospital.

Me encerré en uno de los cubículos para leer los mensajes que tenía acumulados. Todos eran de Alex. Sonreí abiertamente al verlos. Estaba sola y no era necesario disimular.

¿Has hablado con tus amigas?
Sigo esperando tu respuesta.
Alex.

Pienso seguir insistiendo, hasta qué no obtenga una respuesta tuya.
Alex.

Tengo a Wallace de los nervios.
Si me dices donde estáis podemos ir hasta allí y tomar algo con vosotras.
Alex.

Solté una carcajada después de leerlos todos, parecían un tanto desesperados. No me sentí molesta por su insistencia. Podría decir que, incluso, me gustó.

Regresé a la mesa junto a Rachel y Mía tras responder a Alex.

Aún no hemos hablado del tema. Estamos debatiendo sobre otro asunto, que parece mucho más importante. □ Sully.

Me sorprendí a mí misma cuando me di cuenta de que había incluido un emoticono en mi mensaje.

GLUPS

—¿Qué tal van las cosas con Taylor? —le a Rachel en un intento de cambiar el tema de conversación. Aunque sabía que, a pesar del inciso que yo misma había provocado, ellas no iban a olvidarse de Alex. También estaba segura de que, durante mi ausencia, ambas habían estado desarrollando nuevas teorías sobre coincidencias de personas y el *karma*. Las conocía muy bien. Demasiado.

—Hoy Taylor no es el asunto a tratar —me aclaró Mía tajante.

Rachel suspiró con alivio, y yo arqueé una ceja.

—¿Y qué tal ha ido la reunión con Alex? —insistió de nuevo Mía. Movió las cejas arriba y abajo.

—Bien. Todo bien. Hemos hablado y nos hemos conocido un poco.

Me ha gustado saber que él es ese periodista al que admiro tanto —admití con una sonrisa.

—Espera… —me pidió Rachel ¿Estás insinuando que ese tal Alex, es A. O´Connor?

—*Sip* —respondí orgullosa.

—Joder. Me encanta como escribe ese tío. Aunque siempre he querido pensar que en realidad, era una mujer quien se escondía tras esa inicial —añadió con pesar.

—Podías haberle invitado a tomar algo con nosotras. Me hubiese gustado saludarle de nuevo —puntualizó Mía.

Su comentario me abrió la puerta para proponer que Alex quería acompañarnos el domingo al mercadillo.

—Puede que puedas hacerlo el domingo —dejé caer. Ambas me miraron con cara de asombro—. Le gustaría ir al *Fremont Market* con nosotras.

Esperé a que alguna de las dos dijera algo. Primero miré a una y después a la otra.

—Yo lo siento, pero tengo turno —se excusó Rachel.

—A mí no me importa. Es más me gusta la idea —contestó Mía.

—Tal vez Wallace vaya con él —añadí.

Me llevé el botellín de cerveza a los labios, y miré a Mía por encima de la botella. Ella se mordió los labios y se retiró el pelo hacia atrás, con un elegante movimiento de su mano, antes de responder. Carraspeó.

—Yo, en realidad, no sé si podré ir. Tal vez tenga que viajar con el equipo.

Observé como las mejillas de Mía lucían un color rojizo, y no precisamente porque se hubiese excedido con el colorete ese día, o porque hiciese demasiado calor en el bar.

Rachel se aguantó la risa al percatarse de lo mismo que yo. Después preguntó con intriga:

—¿Y quién es ese tal Wallace?

—Un amigo de Alex —se precipitó Mía, a responder.

—Un amigo de Alex que le gusta a Mía —aclaré.

—¿A mi…? —se señaló a sí misma de manera brusca, clavándose

un dedo índice el pecho—. Yo solo tengo ojos para Max.

Rachel escupió la cerveza que tenía en la boca. Y después de hacerlo añadió que tal vez iba siendo hora de que los tuviera para otro que no fuera él.

—Sí, a ti —respondí a la pregunta—. A mí desde luego que no —sentencié.

—Claro. A ti no puede gustarte Wallace, porque quien te gusta es Alex.

La respuesta de Mia fue un ataque en toda regla.

Resople y rodé los ojos hasta ponerlos en blanco en señal de desesperación.

Por Dios parecía una conversación entre un grupo de adolescentes.

Me humedecí los labios para continuar rebatiendo aquello, pero no lo hice. Porque en cierto modo Mía tenía razón, y aunque yo insistiera en negárselo tanto a ella como Rachel, no podía insistir en negármelo a mí misma. Sin duda era una idea estúpida querer hacerlo.

Había algo en Alex que me gustaba y me atraía. Pero también me asustaba. En realidad, no era él quien lo hacía. Lo que de verdad me asustaba, era lo que él me hacía sentir. Y yo no sabía si estaba preparada para hacerlo.

Después de perder a Josh, nunca me había pasado nada igual con ningún hombre. No me había vuelto a sentir atraída por ninguno tal y como me sentía hacia Alex. Y esos sentimientos que se estaban despertando en mí, sin apenas darme cuenta, me daban miedo. En realidad, me aterraban.

Una vez cubierto nuestro cupo habitual de tres cervezas, nos despedimos para irnos a casa.

Quedé con Holly en que nos veríamos en el Rainbow House al día siguiente, y con Rachel quedé en que la llamaría cuando saliera del hospital para ir juntas hasta allí. Rachel había decidido agasajarnos con su presencia ese sábado. Mía me dijo que me llamaría en caso de que le fuera posible acompañarme al *Freemont Market*.

—Me temo que iré sola —me quejé.

—Siempre te queda la opción de llamar a Alex —respondió Mia con una sonrisita maliciosa en los labios.

Llamé a Rachel, a eso de las doce la mañana, tal y como le había prometido que haría al terminar mi reunión con del Doctor Spencer. En menos de cinco minutos ella estaba plantada junto a la puerta principal del hospital.

—Decidí venir dando un paseo y he salido pronto de casa —se excusó al ver mi cara de sorpresa.

Rachel vivía lejos del hospital, por lo que ni aún viniendo en coche habría llegado en ese tiempo.

—Tú salida ha sido premeditada o más bien ha sido de manera precipitada —le advertí mientras la miraba de reojo y buscaba las llaves del coche en mi bolso.

Rachel se atusó la coleta nerviosamente y se humedeció los labios.

—Taylor tenía ganas de hablar y a mí no me apetecía.

—¿Cómo va todo entre vosotros?

—En *stand by*.

—Se encogió de hombros. Entró en el coche y cerró con un poartazo.

—Insisto en que deberíais hablar sobre el tema.

Puse en marcha el coche y saltó la música. Elvis cantaba a todo volumen los últimos acordes de *“It´s Now or Never.”*

—Es que todavía sigo dándole vueltas al tema, y la verdad no sé qué decirle. Él parece estar muy convencido sobre lo de ser padres, pero yo sigo teniendo mis dudas —gritó por encima de la voz de Elvis.

—No tienes dudas. Lo que a ti te pasa es que estás acojonada —farfullé mientras bajaba por completo el volumen de la música.

—¡¿Yo?! —exclamó.

—Sí, tú.

—Por favor… —resopló ofendida.

Se cruzo de brazos y decidió ignorarme el resto del camino. Lo hizo pegando la frente al cristal de la ventanilla, del mismo modo que un niño enfurruñado.

Cuando llegamos al Rainbow House, los niños estaban ayudando al Capitán Smith a colocar las mesas y las sillas en el jardín. Ese sábado

también brillaba el sol sobre el cielo de Seattle y la comida sería fuera, tal y como lo había sido el sábado anterior.

—Tengo que contarte una cosa sobre mi padre —me susurró Rachel en mi oído tras agarrarme de un brazo para que dejara de caminar—. Bueno no es solo sobre mi padre, Holly también está implicada, pero ella no lo sabe.

El tono de voz con el que Rachel me hablaba indicaba cierto misterio, pero también me sonó a chisme.

—¡¿Ah sí?! —pregunté con sorpresa.

—Creo que va a pedirle que se case con él.

La miré con los ojos tan abiertos que creí que iban a salirse de las cuencas. Después solté una carcajada.

—Oye no te rías, que el otro día lo pillé mirando anillos de compromiso por internet.

Dibujó una sonrisa maliciosa en su cara.

—¡¿Qué?! —grité.

—Calla loca.

Rachel me tapó la boca para silenciar mi chillido. Quería hacerle un sinfín de preguntas, pero Rachel me tenía aún amordazada con su mano.

—Te contaré más cosas si me prometes no volver a gritar —me dijo muy bajito.

—Mjmjmjm —conseguí decir con la mano de Rachel sobre mi boca. Con los ojos muy abiertos y asintiendo con la cabeza insistentemente.

—Me lo has prometido —me dijo antes de destaparme la boca.

Cuando por fin me vi libre de su mordaza me mordí el labio inferior, y lo dejé pinzado mientras esperaba expectante a que Rachel me contara algo más.

—El anillo en cuestión es de Tiffanys y creo que se lo pedirá durante la fiesta esa que vas a organizar por lo de tu ascenso.

Se quedó fija en mí y esperó con los ojos muy abiertos mi reacción ante aquella noticia.

—Tú has bebido —le insinué muerta de la risa.

—Qué no joder —dio un zapatazo en el suelo—. Que lo he visto cuchichear, en el parque de bomberos, con Martínez y Dawson, sus

hombres de confianza.

Dejé de reírme a carcajadas y después solté un resoplido. Si esas eran las pruebas que Rachel tenía para pensar que su padre iba a pedirle matrimonio a Holly debía buscar otras más sólidas.

—Si quieres hacemos apuestas. Ya sabes que no suelo perder ninguna —me retó Rachel.

—Déjame que lo piense.

—Cobarde.

—¿Qué es lo que hacéis ahí las dos paradas desde hace un rato? Venid a echar una mano si queréis comer hoy.

La voz del Capitán Smith nos sobresaltó a ambas. Dimos un respingo. Y después nos encaminamos hasta el jardín del Rainbow House. Rachel besó a su padre en una mejilla y yo en la otra.

Besar al Capitán era costumbre adquirida desde niña. Siempre fantaseé con la idea de que el Capitán fuera algo así como mi padre. Me descubrí sonriendo al pensar que tal vez a mis treinta y seis años aquella fantasía podría hacerse realidad.

Sentí un montón de abrazos alrededor de mis piernas y voces gritando mi nombre.

—Hola chicos —saludé a los niños de manera efusiva.

Después le pregunté al Capitán si Holly estaba dentro de la casa.

El rostro se le iluminó al escuchar ese nombre, o al menos a mí me lo pareció. Sin embargo, al observar el guiño que Rachel me hacía me di cuenta que no solo yo me había percatado de aquello.

—Sí. Está en la cocina. Ya sabes liada con la comida… No ha querido que la ayude. Dice que soy un estorbo y me ha ordenado que vaya colocando las mesas y las sillas.

Hizo un mohín con su boca en señal de protesta, pero le salió una sonrisa limpia y sincera. Rachel y yo volvimos a mirarnos y sonreímos con complicidad una vez más.

—Entraré a verla —le dije.

Saqué el teléfono móvil del bolso, antes de colgarlo del respaldo de una de las sillas, para guardármelo en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—Ve con cuidado, hoy está especialmente refunfuñona —me

advirtió el Capitán.

Levanté un pulgar para mostrarle mi acuerdo.

Entré en la cocina y encontré a Holly acompañada de Helen y Kate. Ya os conté que ellas son las funcionarias que están al cargo del Rainbow House. Holly, tal y como me había advertido el Capitán, estaba algo enojada, gesticulaba en exceso con las manos mientras hablaba con ellas. Sin embargo, las caras de Helen y Kate mostraban preocupación y disgusto.

—¿Ocurre algo? —pregunté cuando aún no se habían percatado de mi presencia allí.

Las tres se sobresaltaron al escucharme.

—Nada cariño —me dijo Holly—. Me alegro de que hayas llegado.

Se limpió las manos en un paño de cocina y se acercó a mí para besarme y acariciarme las trenzas que había recogido en una cola de caballo.

—Me encantan. Estás preciosa, cariño —hizo una pausa—. Advierto un brillo especial en tus ojos. ¿Hay algo que quieras contarme? —me preguntó.

Puse cara de circunstancia ante aquella pregunta.

«Eso mismo podría preguntarte yo». Me sorprendí pensando.

Aunque, claro, no podía contarme nada, porque según la teoría de Rachel, ella no estaba al tanto de lo que el Capitán estaba planeando a sus espaldas.

—No. No hay nada que quiera o tenga que contarte. ¿Y tú a mí? —le dije.

Hice una mueca al hacer la pregunta. Tal vez me había lanzado al vacío al hacerla. Estuve a punto de decirle que borrara lo último que había dicho cuando me pareció que Holly se había tensando al escucharla. Se frotó las manos con cierto nerviosismo.

—Nada en especial. Solo que, hoy la salsa de tomate no me ha quedado como me gustaría, y no veo como solucionar el pequeño problema que eso supone.

Arqueé las cejas, advirtiéndole de ese modo mi incredulidad ante semejante respuesta. Helen y Kate permanecían calladas, y atentas a nuestra conversación.

—Nos han retirado una de las subvenciones anuales. Al parecer no hay fondos suficientes —espetó Helen de carrerilla.

—¿Cómo? —grité.

—Estábamos hablando de cómo poder obtener algunos fondos privados. Necesitamos algo de dinero de manera urgente… —continuó diciendo Kate.

—El Rainbow House cada vez necesita más arreglos y aunque el Capitán y Taylor se encargan de ellos, sin cobrar nada, necesitamos comprar algunos materiales —añadió Helen con preocupación.

El Capitán y Taylor se habían convertido en socios para poner en marcha una pequeña empresa de reformas. Ambos son muy manitas y su trabajo como bomberos les deja mucho tiempo libre para dedicarse a ello. Es cierto que ellos no cobraban nada por hacer ciertos trabajos en la casa de acogida, pero los materiales había que costearlos y sin una de las subvenciones dicho asunto se complicaba.

—Yo tengo unos ahorros que podría aportar sin ningún problema y de manera inmediata —me ofrecía—. Pero no sé si serán suficientes.

Me encogí de hombros.

—De ninguna manera —exclamaron Helen y Kate al mismo tiempo —. Encontraremos el modo de solucionar el problema sin que tengas que darnos tu dinero —resolvió Helen.

—Esta fue mi casa durante dieciséis años. Es lo menos que puedo hacer —insistí.

—Ya haces suficiente… —mascculló Kate.

Me acarició los hombros.

—¡Yo tengo la solución para conseguir fondos de manera inmediata.

Nos sorprendió una voz.

La cuatro nos giramos para mirar a Rachel, ella era quien había hablado. Estaba apoyada sobre la jamba de la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y con un tobillo sobre otro. Sin duda llevaba allí el tiempo suficiente como para haber escuchado toda la conversación.

—En el parque recaudaremos dinero con la bota.

La voz de Rachel sonó firme y convencida.

Es por todos sabidos, o por casi todos, que los bomberos tienen un

gran espíritu solidario, y que suelen recaudar dinero para diferentes causas organizando actos benéficos. Aunque cuando el asunto es urgente, como era el caso del Rainbow House, se decantan por otro más rápido y es llenar una de sus botas de servicio con el dinero que ellos mismos aportan

Holly, Helen y Kate aplaudieron ante la propuesta de Rachel. Y yo salté sobre ella para abrazarla.

—Quita. No seas pegajosa.

Rachel me dio un empujón para deshacerse de mi abrazo. No es muy dada a recibir muestras de cariño, sobre todo en público.

Tras encontrar una solución al problema que había tenido a Holly de cierto mal humor y disgustadas a Helen y Kate, salimos desde la cocina al jardín, en fila india con las fuentes de espaguetis, albóndigas y cuencos con salsa de tomate en las manos.

Me senté junto a Rachel. Frente a nosotras Holly y el Capitán. Rachel se dedicó a darme patadas por debajo de la mesa, cuando veía algún gesto especial entre ellos. Mi respuesta siempre fue la misma: un codazo en el costado para que dejara de mirarlos como si los estuviera espiando.

—Ya vale. Joder —protesté en una de sus patadas.

La miré con cara de enfado.

—Vale.

Rachel arrastró la primera sílaba para enfatizar que se había dado por enterada.

—Deberías hablar con TU PERIODISTA para que realice un pequeño reportaje sobre el Rainbow House, y lanzar así una campaña de recaudación de fondos. Lo de la bota es solo una solución pasajera al problema. Esta casa es vieja y en cuanto empecemos a parchearla no dejaremos de hacerlo.

Me susurró al oído cuando dejaron de interesarle los gestos de cariño que su padre y Holly se estaban profesando. Había decidido cambiar de objetivo. Ahora el objetivo era yo. Lo dejó claro cuando hizo con sus dedos el gesto de las comillas al referirse a Alex como TU PERIODISTA.

Mi respuesta ante su provocación fue morderme el labio inferior

fuertemente y levantarme de la silla de manera precipitada. Esto último lo hice al escuchar lo de TU PERIODISTA. Pero no, precisamente, por el tono utilizado por Rachel, el cual había estado fuera de lugar. Si no porque justo en ese momento caí en la cuenta de que la noche anterior no le había escrito, tal y como le había dicho que haría para hablar sobre la visita al *Fremont Market*.

—¡¡AY, DIOS!! —exclamé más alto de debido.

Arrastré la silla hacia atrás, para levantarme con tal ímpetu que cayó al suelo. Sentí la mirada reprobatoria de Holly sobre mí y casi pude escuchar las palabras que se estaban reproduciendo en su cabeza de manera silenciosa.

«Yo no te he enseñado esos modales».

Me alejé de ellos todo lo que pude, sintiendo todos y cada uno de sus pares de ojos pegados a mí espalda. Sin pensarlo busqué el número de teléfono de Alex, en la agenda de mi móvil, y le di a la opción de llamar. No podía escribirle. Sentía la necesidad de excusarme de viva voz. Aunque me temía que ni siquiera escuchándome iba a perdonarme aquello. Supliqué mentalmente que lo hiciera.

Respondió al primer tono.

—Sully… —dijo casi en un jadeo ¿de alivio? Quise creer que sí.

Suspiré bajito al darme cuenta de que su tono de voz no parecía enfadado, al contrario, parecía aliviado.

—Alex… Yo… Lo siento —me disculpé a trompicones.

—Eeeehhh… No hay nada que sentir. Al contrario soy yo quien debería hacerlo, por insistir ayer con mis mensajes —se disculpó él.

—No… No es eso… Es que se me olvidó escribirte —me sinceré. No daba a lugar mentirle. No era necesario hacerlo.

—Ups… Eso ha dolido —respondió entre risas.

Lo imaginé llevándose una mano al pecho como si una bala o una flecha se lo hubiese atravesado. No pude evitar reírme yo también.

—Lo siento, de veras —me disculpé de nuevo.

—Y el motivo de tu llamada es tan solo disculparte, o ¿hay algo más?

Me gustaba que fuese tan directo y que no diese rodeos. Aunque a veces esa seguridad en sí mismo también me abrumara.

—Las dos cosas. Quería disculparme y quería compensarte por mi error.

—Esto se pone interesante… —mascullió entre risas.

Las mejillas comenzaron a arderme. Dios, no debería haber utilizado esa expresión… Había sonado… No sé cómo había sonado… Tal vez raro.

Hice un silencio.

—Sully, ¿sigues ahí? —preguntó inquieto.

—Eeehhh… Sí. Sí, sigo aquí —respondí de inmediato.

—Ya he escuchado tus disculpas y las acepto. Ahora quiero escuchar tu modo de compensarme.

Estaba segura de que había levantado y bajado las cejas un par de veces, y mientras decía eso. Me sorprendió que, con tan solo haberlo visto en cuatro…, cinco…, seis ocasiones, ya tuviese memorizado algunos de sus gestos y que pudiera reproducirlos en mi cabeza.

«Jesús». Pensé con las mejillas aún más acaloradas.

Tragué saliva.

—No sé, si sigues interesado en ir mañana al mercadillo… —le dije dubitativa.

—Si claro —hizo una breve pausa— ¿Puedo ir con vosotras? —preguntó con cautela.

—Bueno en realidad solo irías conmigo. Rachel trabaja, y Mia no se ha decidido aún.

—Entonces tu y yo solos…

Hizo un silencio en el cual me lo imaginé sonriendo de manera pícara.

—Si eso no supone ningún problema para ti, para mí tampoco —le aclaré.

—En absoluto.

—Pues entonces hasta mañana.

Quise despedirme de manera rápida. Pero…

—Eh, espera, Sully. Dime un lugar donde vernos y una hora. Es algo primordial en una cita.

«¿Una cita? ¿En serio había pronunciado la palabra cita?»

—Me gusta ir al *Fremont Coffee* para tomar un *brunch.* Y después

pasar el resto del día paseando por el mercado, sin preocuparme qué comer y donde hacerlo.

—Pues entonces allí nos vemos. ¿Sobre las once está bien?

—Sí. Sobre las once está bien.

—Entonces perfecto. Hasta mañana, Sully.

—Hasta mañana, Alex.

Esperé a que fuera él quien cortara la llamada. Cuando escuché el *pipipipi…* insistente, como señal de que ya lo había hecho, despegué el teléfono de mi oreja y en lugar de guardármelo en el bolsillo del pantalón fijé la mirada en la pantalla, y sonreí con cara de estúpida.

Cuando regresé a la mesa noté como todos los ojos se clavaban de nuevo en mí.

—Era algo urgente —me excusé mientras me sentaba frente al plato de espaguetis, que por cierto ya se había enfriado.

Holly ya estaba sirviendo el café y el postre, así que me uní a ellos sin terminar de comerme el plato principal.

—¿Qué era eso tan urgente? —me preguntó Rachel con suspicacia.

—Algo que tenía que haber hecho anoche y se me olvidó.

Me llevé a la boca un trozo de tarta de queso y arándanos para evitar tener que seguir hablando.

—¿Algo que tiene que ver con cierto periodista? —insinuó ella de manera maliciosa.

Me atraganté y tosí de manera nerviosa.

Rachel es avispada y en ciertas ocasiones me conoce, casi mejor, que yo misma.

—Te gusta y yo me alegro de que te guste —dijo dándome un codazo que hizo que me vertiera todo el café sobre la ropa.

En su afirmación había segundas intenciones. Era su manera de decirme que ya iba siendo hora de pasar página con respecto a lo ocurrido a Josh, y que empezara a vivir de nuevo.

Tal vez Rachel tenía razón y era el momento de hacerlo. Ese pensamiento lejos de disgustarme, me gustó y no me sentí culpable por estar empezando a ilusionarme con alguien nuevo.

Me sentí bien al sentirme dispuesta a abrir mi corazón a otra persona que no fuese Josh.

—Te odio —mascullé mientras me limpiaba la camiseta con una servilleta.

—Y me quieres a partes iguales —me respondió ella.

Rodeó mi cuello con sus brazos y besó mi coronilla. Respondí a su abrazo.

Rachel es mi mejor amiga, mi hermana y con su abrazo me estaba demostrando que como siempre estaría a mi lado.

Cuando nos separamos, ella sacó el teléfono móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y dijo:

—Tengo que irme. Taylor quiere jugar al billar.

La miré con cara de no entender nada de lo que estaba diciendo. Me guiñó un ojo. Tras unos segundos caí en la cuenta de a qué se refería con *"jugar al billar."* Lancé una carcajada y ella me dio un codazo en las costillas. Me quejé mientras ella se despedía de su padre.

—Te veo mañana en el parque, cariño. Cuídate.

El Capitán Taylor tiró de una de sus manos para acercarla hasta él. Cuando la tuvo a su altura, la abrazó y la beso varias veces en las mejillas.

—Te quiero —le susurró Rachel al oído.

—Y yo a ti, mi vida —le dijo el Capitán.

—Si quieres puedo llevarte a casa —me ofrecí.

—No hace falta.

—Te recuerdo que has venido conmigo porque no has traído coche y que tu casa queda a una hora de aquí si vas caminando —le advertí.

—Entonces no me queda más remedio que aceptar tu ofrecimiento.

La risas de todos sonaron al mismo tiempo y de manera estridente.

—Holly…¿Necesitas que te lleve hasta el bar?

—No hace falta que lo hagas, Sully. Yo la llevaré. Hemos venido juntos —contestó el Capitán a mi pregunta.

Alex

Llegué al Fremont Coffee a eso de las diez y media de la mañana, aunque hasta las once no había quedado con Sully. Quise asegurarme de que yo era el primero en llegar a nuestra cita y así ser yo quien la esperase. Me gustaba la idea de verla llegar. Lo hice con la mochila cargada a mi espalda, en ella había guardado mi libreta de notas, varios lápices y bolígrafos y una cámara de fotos pequeña. Quería fotografiar el mercadillo, y si surgía la ocasión fotografiarla a ella. Aunque esas fotos solo serían para mí. Pedí un descafeinado, en vaso desechable, y me senté en el banco que hay justo enfrente de la puerta del café. Saqué mi libreta de notas y comencé a repasar todo lo que había podido recopilar, hasta entonces, sobre ella.

El viernes, durante la entrevista informal que mantuvimos, hice algunas anotaciones sobre esos aspectos que me parecieron interesantes; como por ejemplo el Rainbow House y el Bar de Holly. La pasión y el entusiasmo que demostró al hablar de dichos lugares, despertaron mi curiosidad sobre ellos. Así que la tarde del viernes la pasé buscando información en internet sobre ambos sitios, mientras estaba pendiente del teléfono móvil por si Sully me escribía o me llamaba, y recibiendo más de una bronca por parte de Wallace por no estar atento a lo que teníamos entre manos.

—Ni siquiera sé a qué he venido —protestó Wallace.

Se levantó de la silla arrastrándola de manera brusca sobre el suelo de la terraza. Un sonido que por cierto me crispa los nervios, pero en ese momento lo hizo mucho más. Me encogí de hombros y arrugué los ojos y la boca ante ese ruido tan desagradable.

Tras salir del hospital esa mañana había llamado a Wallace por teléfono, para decirle que todo había salido bien. Lo invité a comer en casa para contarle con más detalle cómo había transcurrido todo, y de paso poder darle un último vistazo al reportaje de Irak, antes de que lo enviara a maquetación. El próximo número de la revista **MEDICAL LIFE** saldría a la venta al siguiente viernes, tal y como estaba previsto.

Wallace aceptó mi propuesta, y a eso de las dos y media de la tarde

apareció en la puerta de mi casa con una bolsa en la que llevaba algo de comida china, una botella de vino blanco para él y una botella de agua con gas para mí, Perrier, concretamente, Wallace conoce mi predilección por dicha marca. Se había despojado de la chaqueta y de la corbata, y se había arremangado las mangas, de su impecable camisa, hasta los codos, lo que quería decir que su jornada laboral, al menos en la oficina, había terminado. Observé cómo había doblado perfectamente las mangas de la camisa, tal y como si las hubiera medido para que quedasen alineadas. Me contuve un comentario al respecto.

Yo, por el contrario, al llegar a casa me había vestido con ropa cómoda, un pantalón de algodón y una camiseta de color gris, de manga corta, y como es habitual en mí andaba descalzo. Lo de andar calzado por casa es algo que no está hecho para mí.

Nada más abrir la puerta, Chucho saltó sobre él, acudiendo al olor de la comida china. Wallace protestó algo ininteligible y levantó ambas manos para que Chucho no llegara hasta la comida.

Después de comer y con café en mano, Wallace abrió su portátil e hizo lo mismo con el documento que le habían enviado desde maquetación con la muestra de cómo saldría publicado el reportaje.

—A mí me gusta. Tan solo añadiría un par de fotos más.

Fue lo único que escuché salir de la boca de Wallace. Hacía rato que yo estaba centrado y mucho más interesado en otros temas. No, en tan solo un tema. Sully. Miento. Dos temas, ella, y mi teléfono móvil al cual echaba un ojo de manera compulsiva, cada cierto tiempo para comprobar que tenía batería y además buena cobertura. Aún sabiendo que hasta unas horas más tardes ella no iba a reunirse con sus amigas, no podía dejar de mirarlo.

Centré mi atención en el Rainbow House, cuando descubrí que era una casa de acogida para niños huérfanos. Abrí mi cuaderno de notas para tomar algunos apuntes sobre él. Descubrí que un alto porcentaje de los niños y niñas acogidos en dicho lugar eran de raza negra, al igual que Sully. Me fui a la galería de fotos y en varias de ellas la descubrí rodeada de esos niños y niñas. Todos, incluida ella, sonreían felizmente a la cámara. Fui consciente de que sin duda ese lugar, y

esos niños, era especiales para Sully, y que ella era especial para esos niños y ese lugar. Así que me apunté algunas preguntas que le haría sobre el hogar de acogida. Lo haría de una manera sutil, para no hacerla sentir incómoda por la intromisión en algo que parecía pertenecer a su vida privada. Después hice lo mismo con el Bar de Holly.

Descubrí un lugar acogedor en el que se servían comidas caseras, y se podía jugar a los dardos mientras escuchabas a Elvis Presley, supuse que de ahí venía su pasión por El Rey del Rock. Pero quería y necesitaba saber más. De Sully quería saber más. Siempre más.

Pensé que, si no había querido hablarme de manera abierta de esos dos lugares, que parecían formar parte de su vida, era porque no quería hacerlo o tal vez no estaba preparada para ello. Al fin y al cabo yo no dejaba de ser un desconocido, y al mismo tiempo un intruso que quería recopilar información sobre ella para hacer mi trabajo. Pero mi curiosidad por Sully iba más allá del tema profesional.

Mi curiosidad por ella iba por otros derroteros. Yo quería más de ella y no me estaba refiriendo a nivel profesional. Yo quería más de ella a nivel personal. Y ese más me llevaba a pensar en un todo.

A eso de las siete de la tarde de ese viernes me empecé a inquietar. No tener respuesta sobre mi propuesta para vernos el domingo, por la mañana, me tenía intranquilo. Me levantaba inquieto para sentarme al minuto, y cuando lo hacía no dejaba de mover las piernas como si de repente me hubiese entrado un tic nervioso en ellas.

—¡Hostia Alex! —me gritó Wallace desesperado y dando un golpe en la mesa. Di un respingo por el sobresalto—. Vaya tarde que me estás dando. ¿Quieres estarte quieto de una jodida vez?

—Lo siento, tío —me disculpé.

Me mesé el pelo nervioso.

—Llámala o escríbele. Pero por el amor de Dios, haz algo para calmar esos nervios. Aunque si te digo la verdad no sé a qué vienen.

—No pienso llamarla. Quedó en que ella me diría algo cuando hablara con sus amigas. No quiero que piense que soy un pirado o algo así —me defendí y excusé al mismo tiempo.

Wallace resopló y dando un tirón me arrebató teléfono de las

manos.

—¡¿Qué haces?! —exclamé contrariado.

—Escribirle. Iba a llamarla, pero se dará cuenta de que yo no soy tú.

Abrió la aplicación de mensajería de mi teléfono y comenzó a teclear.

Me lancé sobre él para arrebatarle el teléfono, y conseguí quitárselo antes de que enviara el mensaje que había tecleado.

—No iba a enviarlo, si eso te tranquiliza —me tranquilizó Wallace.

Levantó las manos en son de paz.

Me senté en el sofá de la terraza y decidí ignorar a Wallace durante un rato. Me entretuve en mirar la cuenta de Instagram de Sully y ver algunas de sus fotografías. Y entonces saltó una en la que mostraba un solo vaso de cerveza a medio llenar. Decidí darle a seguir su cuenta. Después pulsé el corazoncito de esa fotografía, y sin saber de donde estaba sacando la valentía le escribí a través de WHATSAPP.

Su respuesta fue casi inmediata y no pude remediar sonreír y suspirar de alivio al mismo tiempo. Grité un ¡SI! Y alcé un puño en señal de victoria, ante la cara de asombro de Wallace, que me dio la enhorabuena de manera sarcástica tras contarle mi pequeña osadía.

Tras intercambiar algunos mensajes con Sully, con cara de idiota según Wallace, logré tranquilizarme un poco. Al menos ya sabía que no me había dado ninguna respuesta porque no la tenía. No había hablado sobre el tema, que me interesaba y me tenía en vilo, con sus amigas.

A eso de las nueve de la noche y ya solo en casa, Wallace se marchó tras perder la paciencia conmigo, el desánimo me invadió por completo al darme cuenta de que a esa hora Sully ya estaría en casa y que habría hablado con sus amigas.

Llamé a Wallace.

—Joder tío, pareces un puto quinceañero esperando a que la chica que le gusta le dé una respuesta para ir al baile de fin de curso.

Se rió a carcajadas, tras soltar aquello, y yo me sentí molesto a pesar de que a Wallace no le faltaba razón.

—Llámala joder. Tienes treinta y ocho años —dijo casi en un

rebufo.

La paciencia de Wallace estaba llegando al límite.

—No quiero molestarla. Creo que si no ha vuelto a decirme nada es porque no quiere que vaya con ellas.

—Yo que sé tío. Yo soy de otra manera. Si una mujer no responde a mis mensajes o una llamada directamente me olvido de ella, y me busco a otra.

Wallace llevaba años sin complicarse la vida en temas sentimentales. Hacía muchos años que decidió hacerlo. Las tres mujeres a las que había querido, más que a nadie en el mundo, se habían marchado de su vida de una manera u otra dejándolo hecho "una mierda", según sus propias palabras.

La primera mujer en marcharse de su vida había sido su madre, la más importante. Un maldito cáncer se la arrebató cuando Wallace tenía veinte años.

Años más tarde había sido Madison, su prometida de toda la vida quien lo había dejado. Lo hizo dos meses antes de su boda, y lo sustituyó por el cantante de un grupo de música indi de los muchos que proliferan en Seattle. Y por último había sido Susan, su hermana, a quien yo le había arrebatado en aquel maldito accidente de tráfico.

—Yo…

No me dejó terminar.

—Lo sé. Tú no eres así —resopló al otro lado del teléfono.

—Esperaré a mañana —dije casi compadeciéndome de mí mismo.

—Haz lo que quieras. De todos modos el lunes la verás seguro, y estarás unos días con ella. Si quieres podemos organizar un plan de ataque para que caiga rendida a tus pies.

—Wallace…

—Perdona. Perdona. Sé que esto es importante para ti, porque es la primera mujer que te interesa desde la muerte de mi hermana. Pero de verdad que eres bastante cansino y algo desesperante. —Hizo una breve pausa para tomar aire. Y después me dijo—: Sinceramente, amigo mío te falta rodaje.

Me rasqué la ceja izquierda un par de veces.

—Solo quiero hacer las cosas bien —le advertí.

—Y saldrán bien Alex, pero debes y necesitas relajarte. —El tono de voz de Wallace me pareció que sonaba más relajado—. Seguro que hay una buena razón para que no te haya dicho nada. Es médico tío, tal vez le haya surgido alguna urgencia.

Di por buena esa respuesta. Las palabras de Wallace lograron tranquilizarme un poco. Tenía razón. Estaba sacando las cosas de quicio y además conclusiones precipitadas.

La noche del viernes había dormido casi a trompicones. No había sido capaz de conciliar el sueño más de dos horas seguidas, y cuando me despertaba lo primero que hacía era mirar el teléfono por si había recibido alguna llamada o mensaje de Sully mientras dormía. La decepción se apoderaba de mí cuando comprobaba que no había sido así.

El sábado por la mañana no fue mucho mejor que la tarde del viernes. Salí temprano a caminar a ritmo rápido para descargar algo de la tensión que por momentos acumulaba en mi cuerpo. Hice algunas fotografías de los primeros rayos de sol sobre la bahía del Lago Union y después regresé a casa.

Me di una ducha relajante. Me preparé un desayuno contundente, y llamé a Wallace un par de veces. Necesitaba hablar con alguien y ese alguien era él. Wallace no respondió a mis llamadas, y por supuesto tampoco las devolvió. Sin duda, su paciencia conmigo se había esfumado, del mismo modo que se habían esfumado mis esperanzas de tener noticias sobre Sully antes del lunes. Unas esperanzas que regresaron a mí cuando el teléfono sonó, y vi en la pantalla que era ella quien llamaba. Salté, como lo habría hecho un crío de diez años ante la mejor noticia de su vida en ese momento.

Inspiré hondo. Cerré los ojos, y me aclaré la voz. Con los dedos temblorosos por los nervios y la emoción pulsé la opción de descolgar. Respondí con una sonrisa en los labios, como si ella pudiese verme a través del teléfono. Y cuando escuché sus disculpas por no haberme llamado el día anterior, conseguí soltar de manera aliviada todo el aire que había contenido en mis pulmones. El alivio me invadió, y al fin logré relajarme mientras hablaba con ella.

44
Alex

Despegué la vista de mi cuaderno cuando escuché mi nombre, a lo lejos.

—Alex… Alex…

Me levanté del banco con una sonrisa tonta en mi boca, al descubrir que era Sully quien me llamaba. El cuaderno, y el vaso con el café cayeron al suelo. Maldije entre dientes mi torpeza mientras levantaba un brazo para responder al saludo, que ella venía haciendo para llamar mi atención. Con la otra mano hice malabares para sujetar el resto de cosas que tenía sobre mis rodillas. Amplié mi sonrisa cuando pensé que no podía tener tanta suerte, y que aquella diosa de ébano me estuviera sonriendo a mí desde lejos.

—Siento llegar tarde —se disculpó nada más llegar a mi lado, y de manera sofocada.

Comprobé la hora en mi teléfono móvil. Las once menos cinco minutos.

—No llegas tarde. He sido yo quien ha llegado temprano —le dije.

Me acerqué hasta ella para salvar la pequeña distancia que nos separaba y besar una de sus mejillas. Cerré los ojos y me empapé de su embriagador aroma a coco. Dios, adoraba ese olor que desprendía.

—No me gusta que me esperen, me pone nerviosa —me aclaró mi se atusaba un flequillo inexistente de manera nerviosa.

Estaba preciosa. Se había recogido el pelo en un par de trenzas, y las había sujetado alrededor de su cabeza a modo de diadema. Se había dado un pequeño toque de maquillaje, brillo de labios, y había alargado, aún más, las espesas pestañas que adornaban sus negros y almendrados ojos. Iba vestida con un pantalón vaquero amplio y tobillero, que dejaba ver unos botines de medio tacón en color cuero, que hacían juego con un pequeño bolso que llevaba colgado a modo de bandolera. Una chaqueta de cuero, del mismo tono que los botines y el bolso, sobre una camiseta de color blanco con escote de pico que dejaba ver el maravilloso color de su piel, remataban su look informal y perfecto. Todo en ella era perfecto.

Ella es PERFECTA.

—A mí me pasa igual, por eso suelo llegar antes de tiempo —le expliqué mientras recogía el pequeño desastre que había dejado en el suelo tras levantarme. Guardé el cuaderno en la mochila, la cerré y me la colgué a la espalda. El vaso de café, ya vacío, lo deposité en el contenedor que había justo al lado de la puerta del *Fremont Coffee.*

—Cuando quieras entramos —insinuó sonriente mientras esperaba a que yo terminase de hacer todas esas cosas.

—Lo siento, soy un poco desastre a veces —me disculpé.

Obvié decirle que todo ese estropicio había sido producto de los nervios que se habían apoderado de mí, al escuchar mi nombre saliendo de su boca.

—No pasa nada, todos lo somos en alguna ocasión.

Me sonrió. Descubrí que cuando lo hacía se le marcaban dos hoyuelos, a ambos lados del rostro, que la hacían más bonita aún.

Me adelanté para abrirle la puerta y dejarla pasar antes que yo. Se quedó parada en medio del local y fijó la mirada en una mesa situada al fondo, junto a una de las cristaleras que dan a la calle.

—Está libre —exclamó con entusiasmo.

Agarró mi mano. Tiró de mí, y me arrastró hasta la mesa vacía. Se descolgó el bolso, y se quitó la chaqueta para dejar ambas cosas sobre una de las sillas que quedaban vacías. Hice lo mismo. Me descolgué la mochila, y me despojé de la cazadora de cuero.

—Es la mesa favorita de Holly y mía —me aclaró, con cierta satisfacción, cuando ya se había sentado. Como si conseguir esa mesa hubiese sido una pequeña victoria personal.

—Una suerte que esté libre hoy —respondí.

Me senté frente a ella y me remangué las mangas de la camiseta.

El local estaba lleno. Sin duda muchos habían tenido la misma idea que nosotros. Tomar un *brunch,* y pasar el resto del día merodeando por el mercadillo dominical.

Una camarera se acercó hasta nosotros. Tomó nota de nuestras bebidas, y nos tendió una carta, a cada uno, para que pudiésemos elegir nuestro almuerzo.

—Hacedme una señal cuando hayáis decidido qué vais a comer —

nos dijo antes de retirarse.

Abrí la carta para echarle un vistazo. Sully sin embargo no lo hizo.

—Sé lo que voy a tomar —dijo haciendo una mueca con los labios.

—Yo tomaré lo mismo que tú, si no te importa.

—Como quieras.

Se encogió de hombros.

La camarera llegó con su café y mi descafeinado y tomó nota de lo que Sully le iba dictando.

—Dos yogures naturales con fresas y kiwi. Dos zumos de naranja y pomelo. Dos tostadas de pan de centeno con queso fresco y mermelada de arándanos y un par de huevos revueltos — dictó de seguido y sin apenas tomar aire.

—Vaya —exclamé sorprendido.

—Es para los dos —le advirtió ella a la camarera que la miraba con cara de asombro.

—Enseguida estará —respondió la camarera con una sonrisa.

Giró sobre sus talones y se marchó hacia la barra.

Se estableció un silencio entre nosotros que ambos aprovechamos para beber. La miré por encima de mi taza. No podía dejar de hacerlo.

—Tengo que pedirte disculpas por dos cosas —dijo Sully para romper el silencio.

Levantó su mano izquierda marcando el número dos con los dedos.

—La primera. —Bajó el dedo corazón, dejando alzado solo el índice —. He pensado, que la culpable de que no hayas podido realizar la ruta *"esa"* con tu moto, ha sido mía. Por lo que debo decirte que siento haberte estropeado los planes.

Fruncí el ceño y me rasqué una ceja al escuchar como llamaba a la *Ruta66*, *"la ruta esa",* una vez más. Ya lo había hecho cuando nos encontramos casualmente en el hospital. Apreté los labios para aguantarme las ganas de decirle que llamarla de ese modo era una especie de sacrilegio. Ya habría tiempo de explicarle en qué consistía esa ruta, y lo que significaba para un amante de las motos.

—No, no. Tú no eres la culpable. El culpable ha sido Wallace — aseveré.

Agité las manos para darle mayor énfasis a lo que estaba diciendo,

y quitarle el peso de la culpa a ella. Me mordí el labio inferior para sujetarme las palabras que estaban a punto de salir por mi boca, y explicarle que había estado a nada de rechazar ese trabajo. Pero que al saber que era ella la protagonista del reportaje había aceptado hacerlo con los ojos cerrados, a pesar de que había algunas cosas con las que no estaba de acuerdo.

—Podías haber dicho que no —dijo de manera segura.

Se dio varios toquecitos con el dedo índice en los labios, después de untarlos con algo que intuí sería bálsamo labial. Lamí mi labio inferior de manera inconsciente.

—Sabe a manzana caramelizada —me aclaró mientras cerraba el botecito y lo guardaba en el bolso.

Observé todos y cada uno de sus gestos de una manera casi hipnótica. Tuve que sacudir la cabeza para centrarme en la conversación de nuevo.

—Sí. Pero no lo hice. Ese viaje puedo hacerlo en cualquier otro momento. Pero…

Decidí callarme que pasar con ella al menos una semana, aunque fuera por motivos de trabajo, se había convertido en una prioridad para mí.

La camarera nos dejó los zumos y las tostadas sobre la mesa.

—Los huevos y el yogur con frutas, los traeré en cuanto pueda —se disculpó soplándose el flequillo nerviosa.

—Tranquila, no tenemos prisa —la disculpó Sully con una amplia sonrisa, que sin duda alivió a aquella pobre chica, a la cual se la veía algo desbordada de trabajo.

—Me sirves otro descafeinado cuando puedas. Gracias —le indiqué a la camarera antes de que marchara.

Tenía la boca seca por los nervios.

—¿No bebes café? —me preguntó Sully un tanto extrañada y a modo de observación.

Vivir en Seattle, la cuna del Starbucks, y no beber café puede parecer un tanto extraño.

—Tampoco bebo alcohol. Evito las carnes rojas y las grasas saturadas —aclaré de carrerilla.

Estoy tan acostumbrado a explicar todo lo que no tomo que lo digo casi sin tener que pensarlo.

–Soy un poco aburrido —añadí torciendo el gesto.

– ¿Por alguna razón en especial? —preguntó con prudencia.

–Temas de salud…

Hice una breve pausa antes de desviar el tema. No me apetecía hablar de aquello, en ese momento. Sully se limitó a asentir con la cabeza. Me di cuenta de que había apretado los labios, supongo que para evitar el impulso de seguir preguntando. Al fin y al cabo, es médico y me imagino que, en ese momento, le hubiese gustado saber algo más. Pero no hizo ni una sola pregunta al respecto. Tampoco le di opción a hacerlo.

–Me has dado tu primera disculpa, pero me has dicho que debías disculparte por dos motivos —me apresuré a decir, y antes de que ella decidiera insistir en el tema de mi dieta y de mi salud.

–Ah sí. La segunda disculpa, te la debo por no haberte llamado hasta ayer y no hacerlo el viernes, tal y como habíamos quedado. Se me fue el santo al cielo. He tenido una semana de locos. Muchos cambios en mi vida.

Entornó los ojos y suspiró profundamente.

–Tranquila. Le puede pasar a cualquiera. Ya te dije ayer que estabas perdonada. Lo importante es que estamos aquí.

Creo que esto último lo dije con más entusiasmo del debido. Si quería disimular, en algún momento, lo atraído que me sentía hacia ella acababa de delatarme yo solo. Pude escuchar a Wallace en el interior de mi cabeza diciéndome:

«Acabas de caer con todo el equipo, campeón».

Supuse que esas palabras además irían acompañadas de un par de palmadas en la espalda. Dos palmadas que sin duda habrían hecho que me tambaleara como una especie de tentetieso, solo que yo finalmente habría terminado cayendo de bruces al suelo y a los pies de Sully.

–Todas las disculpas aceptadas —concluí.

Le guiñé un ojo.

–Gracias —susurró– ¿Te gustan las tostadas y el zumo

—Mjmjmjm —respondí con la boca llena.

Me llevé un dedo hasta una de las comisuras de los labios, cuando me indicó que tenía mermelada de arándanos en una de ellas.

—No en esa no, en la otra. En la derecha. No mí derecha, no. Tu derecha —fue indicándome muerta de la risa.

Finalmente decidí dejar de hacer el ridículo. Cogí una servilleta, y me limpié la boca entera con un movimiento brusco. Sully estalló en carcajadas.

Dios, me encantó hacerla reír de manera tan espontánea.

—Holly suele pedir tostadas francesas. Muy dulces, para mí.

Frunció los labios en señal de desaprobación a todo lo que fuera demasiado dulce. Aproveché el tanto y me dispuse a saciar mi curiosidad por aquella mujer.

—¿Y Holly es…? —pregunté sin querer demostrar demasiado interés.

Me llevé a la boca el vaso con el zumo de naranja y pomelo.

—Alguien muy especial en mi vida.

Se le iluminó la cara. Tragué el zumo de manera brusca y levanté las cejas esperando a que aclarara aquello.

—Oh, no. No estarás pensando que soy lesbiana o algo así.

Se carcajeó de nuevo.

—¡¿Eh?! No. —Noté como me ruborizaba al ser consciente de que había sido capaz de leerme el pensamiento—. Además si lo fueses no pasaría nada. Todo el mundo tiene derecho a enamorarse, a amar y a ser amado.

Lo de sería *«una pena para mí, que lo fueses»,* preferí guardármelo.

—Oooohhhh. Qué bonito. —Dio un suspirito—. Holly es lo más parecido que he tenido a una madre.

No dijo más al respecto. Así que di por hecho que no quería seguir hablando del tema. Respeté su decisión. Yo había hecho lo mismo, hacía tan solo unos minutos, con respecto a un tema que por el momento no me apetecía tratar con ella. Desvié la conversación hacia Mía y le pregunté si se uniría a nosotros más tarde.

Mia había despertado en Wallace más interés de lo que él quería admitir. Y tendría que hacerle una serie de observaciones para que no

metiera la pata, y por supuesto advertirle de que no jugara con ella. A mi parecer la amiga de Sully era especial, y más sensible de lo que quería aparentar. El tiempo me daría la razón, pero no adelantemos acontecimientos. Y además si mi intuición no me fallaba, ella mantenía con Max, el “nuevo amigo” de Wallace, una relación más allá de la laboral.

—No sé nada de ella desde el viernes. Está bastante liada con el trabajo. Es final de temporada. Ya sabes…

Asentí con la cabeza, aunque no tenía ni idea de a qué se refería al decir aquello. Me llevé una cucharada de yogurt a la boca, para disimular mi ignorancia al respecto.

—¿Wallace? —preguntó Sully con cierto interés.

—Bien. También está liado con el trabajo. Cerrando el próximo número de la revista, en la cual sale publicado mi último reportaje.

Aplaudió cuando le anuncié aquello.

—Te llevaré un ejemplar al hospital para que puedas leerlo.

Sully musitó un gracias y después sugirió que nos fuésemos. Ambos habíamos terminado nuestro suculento y abundante *brunch*. Discutimos por ver quién pagaba la cuenta. Finalmente accedió ante mi insistencia, y con una condición que reafirmó levantando el dedo índice de su mano izquierda en señal de amenaza. Observé que no era la primera vez que utilizaba esa para hacer algo. También me había dado cuenta, de que los cubiertos los utilizaba al contrario que los diestros.

—¿Eres zurda?

—Sí. ¿Algún problema con eso? —cuestionó con los brazos puestos en jarras y haciendo repiquetear un pie sobre el suelo.

—No. No —le aseguré—. Es solo que creo que no conozco a ningún cirujano zurdo. Nada más. Me gustará ver como utilizas el bisturí con esa mano.

—¿Verme operar forma parte del reportaje?

—Solo si tú lo permites —le aclaré.

—De eso hablaremos mañana. Hoy todavía no estamos trabajando. ¿Verdad?

—Verdad —confirmé.

Me gustó que me hiciera ver, en cierto modo, que esa cita no era por temas de trabajo. Si no un encuentro entre dos personas, que comenzaban a ser amigos, y que se encontraban a gusto el uno con el otro.

—Bien, aclarado esto. Quiero saber que tengo que hacer a cambio de que hayas aceptado que te invite al desayuno.

Aún no había hecho mención a su condición.

—Que me acompañes un día de estos a comer al bar de Holly. Su comida es espectacular y ella es… —Se quedó pensativa un instante—. Ella es sencillamente maravillosa. Te gustará y tú le gustarás a ella.

Me sorprendió gratamente esa observación. Fue como si me estuviera diciendo que para ella era importante que Holly me gustara y que yo le gustara a ella. Una confesión que se me antojó íntima. Me gustó pensar que fuera así.

Saqué de la mochila la cámara de fotos, para llevarla a mano. Quería hacer fotografías de todos los puestos que me gustaran y hablar sobre *Freemont Market* en mi blog. A pesar de ser de Seattle, no lo frecuentaba mucho. Sin embargo, Sully parecía conocerse todos sus entresijos.

—Vengo siempre que puedo. Siempre encuentro algo interesante —dijo a modo de excusa.

Rebuscaba en los puestos de ropa, como una auténtica experta y se emocionaba si encontraba algo que le gustaba.

—No me gusta la ropa de las tiendas, es como ir vestida de uniforme. Y para uniforme ya tengo el del hospital.

Alzó entre las manos, y como si de un trofeo se tratara, una chaqueta larga de punto haciendo dibujos en zig-zag en blanco y negro.

—¿Te gusta? —mee preguntó con total naturalidad, y como si mi opinión fuera importante para ella.

Metió los brazos por las mangas, abrió los delanteros con las manos y comenzó a girar sobre sí misma, riendo a carcajadas. No pude evitar la tentación y me puse a disparar fotografías a diestro y siniestro. Quería inmortalizar ese momento que Sully me estaba regalando y sin ella saberlo.

—Me encanta —acerté a decir.

—Pues entonces me la quedo.

—Déjame que te la regalé —le de manera espontánea.

—Ah no. Es un capricho.

Extendió las palmas en señal de STOP, cuando advirtió que estaba buscando la cartera para pagar.

—Entonces me debes una cita para verte con ella puesta.

—Hecho.

Extendió una mano para estrechar la mía y así cerrar nuestro pacto. Nos reímos a la vez. Joder, me encantó escuchar como nuestras risas encajaban a la perfección.

Una de las alarmas activada en mí teléfono, sonó.

—Tengo que comprar una botella de agua —le anuncié.

—Hay un puesto de bebidas un poco más abajo. Vamos.

Me tomó de la mano, tal y como había hecho al ver la mesa libre en el *Fremont Coffee*, y yo volví a sentir que volaba agarrado a ella. Compramos un par de botellas, una para ella y otra para mí. Saqué el pastillero del bolsillo interior de mi mochila, y busqué la pastilla que me correspondía a esa hora. Sully frunció el ceño al verlo, y me la arrebató de un tirón antes de que pudiese llevármela a la boca.

—Esto es *rapamicina* —dijo con total seguridad.

Claro, que solo podía hacerlo de ese modo. Porque Sully trabaja a diario con ese medicamento. y con otros similares.

—Trasplante de corazón —confirmé con tanta seguridad como la que ella había mostrado, al reconocer el inmunosupresor que desde hacía casi cuatro años debía tomar a diario y de por vida.

—¡Oh!

Se llevó ambas manos hasta la boca.

—Está todo bien. —La tranquilicé—. Al final terminas acostumbrándote a nuevos hábitos de vida, y a depender de las pastillas.

Me tragué la cápsula dando un trago a la botella de agua.

—Si necesitas cualquier cosa…

Su voz se tornó algo insegura, y me pareció que también denotaba cierto tono de pena, y precisamente eso último era lo que no quería

despertar en ella.

—Si te parece hablamos de todo ello en otro momento. Ahora vamos a seguir disfrutando del domingo —le pedí.

La agarré de una mano y tiré de ella. Gritó divertida, al sentir el tirón que le había dado. Y después estalló en carcajadas.

—¿Dónde puedo conseguir discos de Elvis en vinilo? —le pregunté.

—Están al otro lado del mercado… pero tal vez deberíamos…

La corté de manera tajante antes de que continuara diciendo que tal vez necesitaba descansar un poco.

—Estoy bien. Si necesito parar te lo diré. No te preocupes de verdad.

Quise tranquilizarla.

Asintió varias veces con la cabeza, y después se encaminó hacia la dirección que había indicado con su mano izquierda, mientras me explicaba que los puestos de discos estaban al otro lado del mercado.

—Tendrás que comprarte también un tocadiscos —me advirtió.

Se encogió de hombros.

—Pues si hay que comprarlo se compra —sentencié.

Volvió a reírse a carcajadas, y su risa reverberó en mi pecho.

Todo lo que Sully hacía se convertía en algo excepcional para mí, por habitual o normal que fuese en otra persona. La cuestión era que Sully no era como cualquier otra persona. Sully era LA PERSONA. La persona que estaba consiguiendo conquistar mi corazón, sin habérselo propuesto y sin que yo lo esperase.

Pensé en Susan. Pensé en si ella estaría de acuerdo en todo lo que estaba ocurriendo. Pensé en si ella daría su aprobación a mi conducta. Pensé, en tantas cosas…

Y dejé de pensar en todas esas cuestiones, cuando la voz de Elvis Presley comenzó a cantar a través de los altavoces de uno de los puestos de discos y a todo volumen:

“It´s Now or Never.Come Hold me tight.

Kiss me my darling.Be mine tonight.”

Y tanto insistió el Rey del Pop en ese *“come hold me tight”* (ven y abrázame), que no puse remedio al impulso que me llevó a rodear la cintura de Sully, y comenzar a bailar con ella. Pegué mis labios a su

cabeza. Cerré los ojos y aspiré su olor a coco. Entonces, en ese preciso instante, supe que me había convertido en un adicto a ella. Supe de cierto, que hasta ese momento, sin ella no había sido nada… y con ella podía serlo todo…

Sully lejos de rechazar mi abrazo y el baile aferró sus brazos a mi cintura, y se apretó fuerte contra mí. Como si tuviese miedo de que yo fuese a irme a algún lugar sin ella. Pero lo que ella no sabía, es que yo ya no estaba dispuesto a irme de su lado.

45

Sully

El lunes llegué al hospital un poco antes de las ocho de la mañana. Quería cambiarme de ropa antes de comenzar las rondas, y tomarme el primer café del día tranquilamente. Me había levantado con el tiempo suficiente para salir a correr media hora, y desayunar de manera relajada en casa. Además de leer todos los mensajes que tenía acumulados en el chat de LAS SUPERTRES, en el cual Rachel y Mía me sometían casi a un tercer grado por escrito, preguntándome qué tal había ido mi domingo con Alex. Me limité a responder que había sido un domingo diferente y especial. Especial, sí.

Todo lo vivido junto a Alex, había sido demasiado intenso, al igual que lo había sido también toda la semana anterior. Por lo que necesitaba comenzar a tomar las riendas de todo lo nuevo que estaba apareciendo en mi vida. Entre algunas de esas cosas nuevas estaban los sentimientos que Alex había comenzado a despertar en mí. Y aún teniendo otras cuestiones, a priori, más importantes por las que preocuparme, esos sentimientos que habían llegado a mi vida de manera tan inesperada eran lo que más me preocupaba en esos momentos.

Para vestirme elegí una falda pantalón en color negro y un jersey de algodón y cuello a la caja, del mismo color. Sobre ellos me coloqué el abrigo combinado en blanco y negro, que había comprado el día anterior en el mercadillo. Para completar mi vestuario me calcé unas botas de caña alta y tacón bajo también en color negro.

Hacía mucho tiempo que no me preocupaba tanto por mi aspecto para ir a trabajar. Desde hacía años, me limitaba a vestirme en plan cómodo. Pero ese lunes decidí que también debía ir cambiando algunos de mis hábitos. Quería gustarle a Alex, y por supuesto gustarme también a mí misma. Busqué uno de mis maxi bolsos, del mismo color que las botas. Me gustan los bolsos grandes para ir a trabajar. En ellos puedo guardar todo lo necesario y también lo innecesario, por lo que siempre voy cargada de un peso extra sobre mis hombros. Como si no tuviese suficiente con el que ya cargo a nivel moral y psicológico.

Conduje hasta el hospital de manera tranquila, iba con el tiempo suficiente para hacerlo. De fondo sonaba Elvis, tal y como lo hacía siempre. Subí el volumen de la música cuando los primeros acordes de *It´s Now or Never,* comenzaron a sonar.

Canturreé mientras recordaba de manera agradable el baile que Alex y yo habíamos improvisado el día anterior frente al puesto de discos, y mientras sonaba esa misma canción. Un baile que lejos de resultarme incómodo, me pareció agradable, y que me hizo sentir bien entre sus brazos. Recuerdo que titubeé un poco antes de rodear su torso con mis manos y entrelazarlas en su espalda. Pero la sensación de calidez que me invadió cuando Alex me apretó contra su cuerpo, despejó todas las dudas que me asaltaron en un principio.

Me dejé llevar. Cerré los ojos. Apoyé el rostro sobre su pecho y aspiré su olor a jabón. Me gustaba el aroma que desprendía. Esa mezcla de jabón, y el de su propio olor, sin duda lo hacía único.

Sentí como posaba sus labios sobre mi cabeza, y ese gesto me pareció tan íntimo y cálido, que casi me vi tentada a dejar un beso sobre su pecho. Sin embargo no lo hice, preferí dejar embaucarme por los latidos de su corazón que retumbaban en mi oído. Un corazón que latía acompasado y quizás algo alterado. Sin duda, no era más que un signo que me demostraba que Alex, a pesar de haber tomado la iniciativa estaba tan nervioso o más que yo.

Éramos dos adultos, y sin embargo, los nervios se habían apoderado de nosotros tal y como lo habrían hecho ante un par de adolescentes en su primera cita. Mis motivos tenían una causa justificada. Desde la muerte de Josh no había vuelto a estar con ningún hombre. Las razones de los nervios de Alex, las desconocía. Sin embargo algo me decía que sus motivos eran tan fuertes como los míos.

Cuando Elvis cantó «*kiss me my Darling*»*,* Alex se separó de mí lo justo para coger mi barbilla, alzar mi cabeza y mirarme a los ojos fijamente. Me besó. Pero no fue un beso con los labios sobre los míos. Alex me besó con la mirada y yo lo besé con la mía. Nuestras miradas dijeron todo lo que ambos sentíamos en ese preciso instante. Anhelo. MIEDO. Confianza. MIEDO. Ganas. MIEDO. Incertidumbre. MIEDO. Cautela.

MIEDO.

¿Miedo a qué? ¿A qué le temíamos ambos? ¿Por qué ese sentimiento era el que predominaba sobre el resto de sentimientos que decían nuestras miradas?

Tras ese sincero beso con los ojos nos separamos e hicimos como si aquello no hubiese pasado.

Me dirigí hasta mi plaza de aparcamiento. De camino vi que la moto de Alex ya estaba aparcada no muy lejos, en una de las plazas habilitadas para los pacientes y visitantes del hospital. El estómago me dio una especie de vuelco. En menos de dos minutos volvería a encontrarme con él.

Antes de salir del coche revise mi aspecto en frente al espejo retrovisor del coche. Me sentí un tanto estúpida al hacerlo, pero aún así me retoqué el brillo de labios, y me atusé las cejas y las pestañas con las yemas de los dedos. Me alisé la ropa nada más bajarme del coche, y me coloqué sobre los hombros el abrigo de punto. A pesar de ser temprano, y que en abril todavía hace frío en Seattle ,y más aún a esas horas de la mañana, no vi necesario ponérmelo. El trayecto desde el parking hasta la puerta del hospital no dura más de dos minutos.

—Vaya. Alguien va a proponerme una cita.

Escuché decir antes de llegar al puesto de Jo. Iba a comprarme un zumo de frutas y verduras. Me apetecía uno de zanahorias y melocotón. Reconocí la voz de inmediato. Tragué saliva. Me humedecí los labios y me giré con una sonrisa predispuesta en mis labios.

—Vaya. Alguien ha madrugado más que yo —contraataqué.

Me acerqué hasta el banco donde Alex estaba sentado, con su ordenador portátil sobre las rodillas. A su lado tenía un vaso desechable del puesto de Jo. Imaginé que él ya estaba tomando su primer descafeinado del día.

—No me gusta que me esperen —dijo divertido.

Se levantó y se dirigió hacia mí. En un par de zancadas estaba a mi lado. Se inclinó para besarme en una mejilla de manera suave y delicada. Gesto que me pareció íntimo.

Los dos besos siempre me han parecido demasiado protocolarios,

como si fuesen forzados. Sin embargo uno solo para mí, denota cierta confianza entre las dos personas que intercambian ese gesto. Me gustó que además lo hiciese cerca de la comisura de mis labios, eso demostraba más confianza aún. Correspondí a su beso. Cerré los ojos y aspiré el aroma que desprendía. Su olor.

Alex huele tan bien.

Lo había echado de menos.

–¡¿Listo para tu primer día de trabajo en un hospital?! —insinué cerca de su oído al besarme.

–Más que listo. Deja que te invite a tu primer café —se ofreció.

–El primer café ya lo he tomado en casa. Hice una pequeña mueca con los labios–. Pero acepto tu invitación a un zumo de frutas y verduras. —Le di un golpecito sobre el pecho, para llamar su atención. Tenía algo más que añadir—. Y la aceptaré con la condición de que me acompañes a comer al bar de Holly.

Mi invitación no había sido espontánea. La llevaba premeditada desde casa, por eso me había puesto el abrigo que había comprado el día anterior.

–Acepto —dijo tendiéndome una mano para cerrar el trato—. Estoy deseando que llegue la hora de comer.

Sonreímos al mismo tiempo. Después Alex pagó su café y también mi zumo. Después cerró el ordenador y lo guardó en la mochila.

–Hay un tema del cual quiero hablarte. Es algo que no tiene nada que ver con el hospital, pero he pensado que tal vez puedas ayudarme —le expuse.

Me llevé el vaso de zumo a la boca para beber un sorbo, Y lo miré por encima del vaso para observar su reacción. En realidad tenía que haber abordado ese tema el día anterior. Ese era el motivo principal por el que había quedado con él, pero no lo hice. Estaba tan a gusto disfrutando de su compañía que decidí que no era el momento de hablar de temas tan tristes como la pérdida de la subvención para el Rainbow House.

–Soy todo oídos para ti —dijo sin vacilar tras beber un sorbo de su café.

–Gracias.

–Si está en mi mano, cuenta con mi ayuda para lo que necesites —añadió.

Cuando llegamos a la puerta de los vestuarios lo invite a pasar a ellos. No quiso entrar. Me puse el pijama y la bata. Comprobé tal y como hago siempre, que en los bolsillos llevaba mis bolígrafos. Enganché mi busca en la cinturilla del pantalón, y me guardé el teléfono móvil en el bolsillo izquierdo de la bata. Salí colocándome la tarjeta que me identificaba como personal sanitario del hospital.

–Déjame que te haga un par de fotos —casi me rogó Alex.

Hice un gesto de resignación y dejé que me las hiciera.

Nunca me han gustado las fotografías en las que es necesario posar. Me siento intimidada y no suelo salir muy favorecida en ellas. Pero, en esa ocasión, entendí que eran necesaria para su trabajo. Me pidió que cruzara los brazos sobre el pecho y que mostrara una sonrisa. Obedecí sin demasiado entusiasmo.

–Perfectas. Gracias —dijo después de comprobarlas—. Las próximas te prometo que ni enteraras de ellas —me aseguró.

Se había dado cuenta de mi momento de incomodidad.

—Eso espero —le advertí divertida.

–Las haré mientras estés trabajando, porque quiero plasmar en ellas toda tu esencia.

Le sonreí. Él volvió a darme las gracias, y yo se las devolví.

Nos reunimos con mis residentes en el hall del hospital, a las ocho en punto. Tal y como hacíamos siempre. Hice las presentaciones pertinentes por ambas partes. Alex los saludó uno a uno, con un apretón de manos a los chicos y un par de besos a las chicas. Escuché algún que otro suspiro ahogado, por parte de ellas cuando Alex las besó, y alguna que otra protesta por parte de ellos por el mismo motivo.

Alex es atractivo, muy atractivo y derrocha sensualidad por todos los poros de su piel. Aunque creo que no es consciente de ello, y si lo es al menos actúa como si no lo supiera. Tras esa fachada de guaperas y chico seguro se esconde alguien con una delicadeza maravillosa. Una delicadeza que yo iba descubriendo poco a poco, y que tanto miedo me daba descubrir por completo. Si tan solo conociendo un

ápice de lo que podía ser, me hacía sentir tantas cosas que no sentía desde hacía mucho tiempo, qué sería de mí cuando descubriera toda su esencia por completo.

Tiempo después lo supe.

La primera visita fue a la Unidad de Cuidados Intensivos, en la cual se encontraba aún ingresado el paciente al que hacía algo más de una semana habíamos practicado el trasplante de corazón. Seguía marcando unas décimas de fiebre y tensión alta, por lo que permanecía con vigilancia exhaustiva y controlada. Esos detalles nos indicaban que algo no estaba bien. La posibilidad de que estuviese rechazando el órgano trasplantado se hacía cada vez más latente.

—Debemos estar preparados para cualquier contratiempo. Es posible que tengamos que hacer un nuevo trasplante —le advertí a Randal, mi residente de confianza, el cual tomaba notas de todo lo que yo decía.

Miré hacia la cristalera para observar a Alex. No lo habíamos dejado entrar a la UCI por precaución. Los pacientes en estas condiciones son muy susceptibles a cualquier tipo de infección, y no podía correr más riesgos con este en particular. Cuando se lo expliqué lo entendió perfectamente.

—Yo estuve en ese lado —me dijo rascándose una ceja.

Me recordó de ese modo que él había pasado por un trasplante de corazón. Sobre ese tema no habíamos vuelto a hablar. Él no quiso hacerlo, y yo no quise forzarlo a que lo hiciera.

Alex tenía la frente pegada al cristal y miraba hacia al interior con la mirada fija en algún lugar. Tragó saliva varias veces seguidas. Su nuez se movió arriba y abajo de manera nerviosa y con cierta dificultad. Sin duda esa escena había removido en él un sinfín de recuerdos.

Cuando Randal y yo salimos de la UCI me acerqué hasta él y le pregunté que si se encontraba bien. Se limitó a asentir con la cabeza y a decirme que no me preocupara.

—Tal vez no haya sido buena idea traerte aquí en primer lugar —me disculpé.

—Tranquila no pasa nada. Solo que de repente en mi cabeza se han

agolpado demasiados recuerdos. Han pasado casi cuatro años, pero lo siento todo demasiado reciente

Le apreté un brazo como muestra de cariño.

A la salida de la unidad nos cruzamos con el Jefe Wilson, se dirigía hacia su despacho. Tanto él como Alex se alegraron de su encuentro. Se saludaron con cierta complicidad, y el Jefe le insistió en que cualquier cosa que necesitase estaba a su entera disposición.

—Gracias Jefe —respondimos al unísono.

—Sully —llamó el Jefe mi atención—. La Doctora Smith hoy no podrá acudir a trabajar. Al parecer le ha surgido un imprevisto. Tenía un par de operaciones programadas, y te las he derivado tras comprobar que no tenías ninguna.

Disimulé la emoción que acababa de invadirme. No había vuelto a pisar un quirófano desde hacía una semana y lo echaba de menos.

—Sin ningún problema Jefe —contesté rauda.

—Son operaciones sencillas. Un par de *stent* —casi se disculpó el Jefe hizo por ofrecerme aquellas dos operaciones tan simples. Pero para mí no lo eran, porque para mí todas las intervenciones tienen su importancia.

—Una está programada para las nueve y media de la mañana y la otra para las doce. Por lo que a la hora de comer, y si todo va bien estarás libre —añadió el Jefe.

Tras darle las gracias, nos despedimos y cada uno seguimos con nuestros caminos.

Alex, mis residentes y yo, continuamos con las rondas a los pacientes. Tras terminarlas comprobé que tenía una media hora libre antes de la primera operación. Le propuse a Alex tomar un café en la cafetería y comer algo. Aceptó sin vacilación. Pedimos un café, un descafeinado y un par de sándwiches mixtos. Comentamos la curiosidad de que ambos añadiéramos canela a nuestras bebidas, cuando ambos quisimos coger, a la vez, el dispensador que había sobre la mesa.

—No sé si será posible tomar algunas fotografías durante el transcurso de las intervenciones —me sugirió Alex con cierto recelo.

—Por mí no hay ningún problema. Pero tengo que consultarlo con

los pacientes y con los familiares. Es algo que invade su más estricta intimidad y no quiero que tú, el hospital, y yo tengamos problemas —le advertí.

—Por supuesto. Si no puede ser hoy tampoco hay problema. Seguro que habrá alguna otra ocasión para tomar fotografías —dijo él tras dar un bocado a su sándwich.

—¿Cuánto tiempo durará tu persecución por los pasillos? —le pregunté de manera divertida, y jugueteando nerviosa con una de las trencitas de mi pelo.

Ese día las había dejado sueltas, y varias de ellas caían sobre mis hombros.

—Depende de cuando tenga todo el material que necesito para dar por bueno el reportaje. Si te molesto en algún momento no dudes en decírmelo. En ocasiones me olvido de que no solo yo estoy trabajando, y sé que puedo ser causa de malestar —se excusó mirando fijamente el movimiento de mis dedos sobre la trenza.

La verdad es que hasta el momento no había causado malestar alguno. Estaba acostumbrada a ir siempre acompañada por más de una persona haciendo preguntas. Parte de mi trabajo en el VIRGINIA MASON HOSPITAL consistía en formar a los residentes que iban a especializarse en cirugía cardiotorácica.

Me gustan —dijo refiriéndose a las trenzas.

Me pareció que con esa afirmación se estaba disculpando por estar observándome del modo en que lo hacía.

—Solo hay una cosa que me molesta un poquito —reconocí.

Arrugué los ojos y me referí al *“poquito”* acercando mucho mi dedo pulgar hasta el corazón, hasta casi juntarlos. Alex bebió un sorbo de café. Me observó por encima de la taza.

Me encantaban sus ojos y su mirada. Me encantaba como me miraba. Y a día de hoy me sigue gustando el sentirme observada por él.

—Pues tú me dirás. Si puedo solucionar ese *“poquito”* —imitó mi gesto con los dedos—. Lo haré.

—Verás... —me humedecí los labios—. Es el sonido del obturador de la cámara de fotos. Me pone muy nerviosa.

Hice un puchero.

Alex unió sus manos como si fuera a rezar, se las llevó hasta los labios y los apretó. Después cerró los ojos y me pidió disculpas.

—No te preocupes. Puedo quitar ese sonido.

Buscó rápidamente la cámara de fotos en la mochila y manipuló algunos de los botones.

El sonido del obturador de la cámara de fotos no era excesivamente ruidoso, y supongo que habría terminado acostumbrándome a él. Pero era el recordatorio, insistente, de que todo lo que hacía estaba siendo guardado. En definitiva me sentía observada y no me gustaba esa sensación.

—Creo que ya está —dijo.

Se colocó la cámara delante de la cara y observé como su dedo índice se movía sobre el disparador.

—Gracias —mascullé.

Me mostró un par de fotos que hizo a modo de prueba. Ambas eran dos primeros planos míos. Protesté mientras intentaba arrebatarle la cámara, sin éxito ninguno. Él fue mucho más rápido que yo, y le dio tiempo de retirarla de mi alcance.

—Prométeme que las borraras.

No sé si mis palabras sonaron a súplica o a orden.

—No voy a prometerte nada que no vaya a cumplir.

Alex movió las cejas arriba y abajo. Y sus palabras me parecieron que tenían un doble sentido. Decidí no darles más importancia de la que tenían, y tampoco buscarles un significado que probablemente no tenían.

—Tengo que avisar a Holly de que iremos a comer. ¿Te importa si aviso a Rachel y Mía para que nos acompañen? —dije desviando así el tema de conversación.

Alex negó con la cabeza antes de añadir:

—¿Puedo decirle a Wallace que venga?

Negué del mismo modo que lo había hecho él. Nos reímos a carcajadas. Me gustaba reírme con él. Me gustaba hacerle reír y que él me hiciera reír a mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Dudé un instante, si hacerla o no.

—Las que quieras.

—Si no quieres responder no tienes porque hacerlo —le advertí.

La pregunta que iba hacerle era personal e iba directa al tema de su trasplante. Pero mi curiosidad médica insistía en saber más.

—Por un momento me has hecho dudar de sobre quién es el periodista de los dos —bromeó Alex. Después se puso en alerta.

La advertencia que le había hecho, sin duda había hecho disparar sus alarmas.

—El trasplante… ya sabes, el tuyo —vacilé antes de continuar—. Me gustaría saber qué tipo de cardiopatía sufrías y desde cuándo.

Alex se mordió una esquina del labio inferior. Entrecerró los ojos y se frotó las manos después de remangarse las mangas hasta los codos con un par de tirones en ellas.

—Sufrí un desvanecimiento…

Tragó saliva de manera brusca y se humedeció los labios.

—Vaya —acerté a decir.

—Descubrieron que fue a causa de una cardiopatía congénita grave, que no había sido diagnosticada, y se activó el protocolo de trasplantes de inmediato. Tuve suerte, y el mismo día en que ocurrió todo, se encontró un corazón compatible para mí.

Se rascó el cuello de manera nerviosa.

—¿No te habías notado nada anteriormente? —insistí con una nueva pregunta.

Alex no estaba cómodo hablando de ese tema, pero hasta ese momento no se había negado a hacerlo.

—Sí, bueno. Unos meses antes comencé a sentirme más cansado de lo habitual, algo de presión en el pecho, y también como que algunas veces se me iba un poco la cabeza. Pero lo achaqué al estrés al que estaba sometido en el trabajo, y también a los preparativos de la boda.

El pareció arrepentirse de decir esto último. Y yo me envaré al escucharlo. No me podía creer que estuviera tonteando conmigo estando casado.

—No llegué a casarme —se apresuró en aclarar al ver mi cara de asombro.

—No necesito que me des explicaciones.

Me levanté de la silla, y me dirigí al mostrador para pagar el desayuno.

—Sully. Déjame que te cuente lo ocurrido.

Me sujetó del brazo y me hizo girar hacia él para que le mirara a la cara. Sus ojos se habían cubierto de un halo de tristeza.

—En otro momento —le dije—. Ahora si no te importa tengo que prepararme para la primera operación. Uno de mis internos te indicará donde puedes colocarte en caso de que puedas estar presente en la operación.

Me zafé de su agarre de un tirón, y continué mi camino hacia la salida de la cafetería.

—Sully… Escúchame… Por favor…

Ignoré su llamada. Ni yo misma sabía porque me estaba comportando de ese modo con él. Al fin y al cabo no había llegado a casarse, pero el simple hecho de que en algún momento hubiese estado a punto de hacerlo despertó en mí un sentimiento de celos incomprensible. Entre nosotros no había nada. No habíamos pasado de un simple tonteo por parte de ambos, y tampoco nos conocíamos desde hacía tanto tiempo como para haber profundizado en nuestras vidas privadas.

Yo, por mi parte, tampoco había mencionado a Josh en ninguna de nuestras conversaciones, ni le había contado que vivíamos juntos. Me disculpé con él antes de entrar en la zona restringida de quirófanos.

—Lo siento. Mi comportamiento ha sido un tanto infantil y muy inapropiado —confesé con sincero arrepentimiento.

—No pasa nada. —Alex me acarició una mejilla con el dorso de su mano. Me estremecí ante el contacto de su piel sobre la mía—. Creo que tú y yo necesitamos mantener una conversación a solas y fuera del trabajo —añadió guiñándome un ojo.

Asentí mientras le regalaba una pequeña sonrisa.

Estaba totalmente de acuerdo con él en que necesitábamos una conversación a solas ,y fuera del trabajo. Ambos teníamos mucho que contarnos.

—Puedes ver la operación desde la galería de estudiantes. Pero no

puedes hacer fotografías. El paciente no ha dado su consentimiento para hacerlas.

—No te preocupes por eso. Tomaré notas sobre tu trabajo y tu modo de actuar en el quirófano. No todo mi trabajo consiste en hacer fotografías. A veces las mejores se quedan aquí grabadas.

Se señaló la cabeza con el dedo índice. Hizo una mueca con sus labios, y levantó y bajo las cejas en un par de ocasiones. Me reí ante el gesto, y su ocurrencia.

Entré más relajada al quirófano tras comprobar que Alex no se había molestado por mi actitud anterior. Aunque también sabiendo que si él estaba dispuesto a darme explicaciones sobre su vida, sin tener porque hacerlo, yo tendría que hacer lo mismo. Tendría que hablarle de Josh y todo lo que me supuso su pérdida.

Nada más entrar en el quirófano comenzó a sonar *“You don´t have to say you love me.”* Alcé la mirada hacia la galería donde se encontraban algunos estudiantes y entre ellos, como si fuera uno más, él. Alex. Sonreí al encontrarme con su mirada y él me la devolvió. Su sonrisa era limpia, sincera… y me gustaba el simple hecho de que se le achinaran los ojos, y se le marcaran un par de arruguitas alrededor de ellos.

Levantó un pulgar para indicarme que todo iba a salir bien. Asentí con la cabeza. Después dejé que me colocaran sobre la cabeza el frontal de luz que necesitaba para la intervención, y pedí el material necesario para comenzar.

Alex

Había sido maravilloso ver a Sully moverse por el quirófano. Desprendía seguridad en todos y cada uno de los movimientos que realizaba, y no había ni un solo ápice de inseguridad en las decisiones que tomaba. Verla hacer aquella intervención, con la voz de Elvis Presley sonando de fondo, fue una puta pasada. Aplaudí con más ganas que nadie, cuando terminó la segunda operación, tal y como había hecho al finalizar la primera. Ambas tuve que verlas desde la galería habilitada para los estudiantes, pero no me importó. Si me hubiesen dicho que tenía que hacerlo tras un agujero, y con un solo ojo también lo hubiese hecho. El simple hecho de ver su cara de satisfacción al finalizar, siendo consciente de que todo había salido bien, y de que había sido a causa de ella no tenía precio. Su equipo aplaudió, tal y como lo hizo anteriormente, cuando dieron por terminada la operación. Ella se sujetó la bata, con ambas manos, e hizo una reverencia para darles las gracias. No pude evitar inmortalizar ese momento con la cámara de mi teléfono móvil. Aquella foto sería solo para mí. Después alzó la vista hacia la cristalera, buscó mi mirada y con ella mi aprobación. Me gustó que hiciese aquello. Era como si para ella fuera importante sentir eso por mi parte. Aplaudí más fuerte aún cuando nuestras miradas se encontraron. Sus ojos se achinaron y supe que estaba sonriendo, a pesar de llevar todavía puesta la mascarilla quirúrgica. Le devolví la sonrisa y le guiñé un ojo.

¿Cómo era posible que en tan solo poco más de una semana hubiésemos llegado a ese punto de complicidad? ¿Cómo era posible que me estuviese enamorando de ella de la manera en que lo estaba haciendo? ¿Cómo iba a ser posible continuar con mi vida sin ella, después de que terminara mi trabajo en el hospital?

—¿Piensas quedarte aquí el resto del día?

Escuché decir detrás de mí. Seguía en la galería. Los estudiantes se habían marchado. El quirófano se había quedado vacío, y yo me había quedado solo, en aquella sala, con mis cavilaciones y preguntas.

—¡¿Eh?! —exclamé.

Me giré y encontré a Sully apoyada en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados.

—Que si no tienes pensado moverte de aquí en todo el día —insistió divertida—. Me cambio de ropa y nos vamos al bar de Holly.

—Te acompaño —acerté a decir.

Recogí la mochila que había dejado en el suelo y me la colgué a la espalda.

Le sugerí ir en la moto hasta le bar de Holly. Declinó mi invitación.

—No subo a vehículos de dos ruedas.

Se encogió de hombros y se rascó la frente en un gesto nervioso. Levanté las manos en señal de *«no pasa nada».* Seguro que había un motivo, lo suficientemente importante para no hacerlo. Y seguro que me lo contaría cuando lo creyera necesario o conveniente. Es cierto que su negativa me disgustó. Porque entre algunos de mis pensamientos se había colado la idea de llevarla en mi *Harley* a algún lugar, al que fuera. Con ella podría ir al fin del mundo si en un momento dado me lo pedía, y ahora que sabía que hacerlo en moto no sería posible lo haría caminando si fuese necesario. Qué más daba el cómo iba a hacerlo, lo importante era con quién. Y ese quien era ella. Sully.

No tardamos más de quince minutos en llegar al bar de Holly. Fuimos dando un pequeño paseo. Sully así lo había sugerido. Al parecer no era fácil aparcar por la zona y teníamos tiempo suficiente para llegar a la hora prevista a la cita con el resto.

El bar de Holly está situado en los bajos de un edificio de ladrillo rojo. La puerta es de madera, y por encima de ella cuelga un cartel donde puede leerse **Holly´s Bar** en letras inglesas.

—Por las noches las letras se iluminan en color verde —me advirtió Sully antes de entrar.

Me adelanté para abrirle la puerta y que entrara delante de mí.

—Déjame que sea yo quien te abra la puerta. Al fin y al cabo estás entrando en la que “casi” es mi casa —enfatizó el casi.

Accedí sin quejarme. Me gustó ese pequeño detalle, porque en cierto modo me había llevado a un lugar que para ella era importante. Era su manera de decirme que confiaba en mí.

El día anterior había averiguado donde vivía. Lo hacía no muy lejos de donde se celebra el famoso mercado en el que habíamos pasado todo el día, y a tan solo dos manzanas del *Fremont Coffee*, el café donde nos vimos por primera vez, y en el cual habíamos desayunado el domingo en nuestra primera “cita oficial”.

Tras pasar el día juntos. Me dejó acompañarla hasta el portal de su casa, y me explicó que vivía en un apartamento situado en la cuarta planta.

Yo le conté que vivía en una casa flotante en el barrio de Lake Union. Lanzó un silbido que me sorprendió, y me hizo gracia al mismo tiempo. Sully no es de esa clase de personas que se dejan impresionar fácilmente, pero sin duda el hecho de que yo viviera allí sí lo hizo.

—Un día de estos te invitaré a cenar y a disfrutar de las vistas que se pueden divisar desde la terraza —dije de manera despreocupada, pero con toda la intención.

—Lo vemos.

No dijo más al respecto.

Un ápice de frustración se coló en mí, ante una respuesta tan a falta de significado. Tal vez me estaba haciendo demasiadas ilusiones en mi cabeza, y tras haber pasado uno de los mejores días de mi vida en mucho tiempo. O tal vez me estaba precipitando, y estaba yendo demasiado deprisa con alguien a quien apenas conocía.

47
Alex

Sully abrió la puerta del bar de Holly y me invitó a pasar. Hizo una especie de reverencia cuando atravesé la puerta. Esperé a que ella entrara detrás de mí y después dejé que me adelantara para así seguir sus pasos. Sonaba de manera muy suave y como fondo *“Can´t help falling in love”.* Canturree el estribillo muy bajito. Sully se dirigió hasta una de las esquinas de la barra. Detrás de ella se encontraba una mujer rubia, con ojos azules muy vivos, y que sonrió abiertamente cuando la vio llegar. Supuse que era la famosa Holly.

—¡Cariño! —exclamó nada más verla.

Adelantó el cuerpo y lo apoyó sobre la barra para llegar hasta Sully y besarla con auténtica devoción. Sully le devolvió el gesto con la misma pasión o más si cabe. Sin duda, no me había mentido al decirme que dicha mujer era una persona muy especial en su vida.

—¿Y tú amigo es…? —preguntó Holly al separarse de ella.

Arqueó una ceja. Clavó la vista sobre mí, y me hizo una especie de chequeo de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Me rasqué la ceja izquierda y después saqué la mano derecha del bolsillo del pantalón. Me acerqué hasta ella para presentarme y saludarla.

—Alex —le dije.

Le tendí la mano por encima del mostrador para estrechársela.

—Encantada Alex. Soy Holly.

Tiró de mi mano y me acercó hasta ella para darme un par de besos en las mejillas. Gesto que me dejó un poco desconcertado.

—Alex, es el periodista que me está haciendo el reportaje para **MEDICAL LIFE**, y además va a ayudarnos con el tema del Rainbow House —aclaró Sully con entusiasmo.

Fruncí el ceño contrariado al escuchar la segunda parte de su aclaración. No sabía a qué se refería, aún así disimulé mi ignorancia al respecto y me limité a asentir. Después caí en la cuenta de que Sully había sugerido algo mientras tomábamos café en la cafetería del hospital, y que yo le había ofrecido mi ayuda aún sin saber de qué se trataba.

Holly me sonrió en señal de agradecimiento por lo que fuera que iba a hacer, y yo lo devolví la sonrisa. Sin ninguna duda el Rainbow House era importante tanto para Sully, como para la propia Holly. En ese momento caí en la cuenta de que Holly, también aparecía en muchas de las fotografías que había visto el sábado mientras buscaba información en internet sobre el Rainbow House.

—Os he reservado el lugar de siempre. He unido un par de mesas, para que estéis más cómodos —nos explicó Holly.

Sully le dio las gracias, y le dio un beso en una de las mejillas.

—Por cierto Sully… —Holly hizo una breve pausa antes de continuar. Se humedeció los labios y se colocó un mechón de pelo tras una oreja—. El Capitán Smith se une a la comida. Yo misma le he avisado.

Me acojoné al escuchar la palabra Capitán. Tragué saliva con cierta dificultad. No es que escondiera nada a la justicia, ni nada por el estilo. Pero a mí los rangos de cualquier cuerpo de seguridad me imponen cierto respeto.

—Es el padre de Rachel —me aclaró Sully al ver mi cara de… No sé qué cara era la mía, pero lo cierto es que ella creyó conveniente decirme quien era ese hombre.

—Ah… bien —respondí con cierto alivio en mi tono de voz.

Sully se giró, dándole la espalda a la barra para iniciar el camino que nos llevaría hasta la mesa que Holly había preparado para comer. Me dispuse a hacer lo mismo y seguir sus pasos.

Escuché mi nombre a mis espaldas. Me giré. Era Holly quien me llamaba mientras me indicaba con una mano que me acercara a ella. Agaché la cabeza en un acto reflejo, tal y como lo habría hecho un niño al saber que van a reprenderle por algo, o van a hacerle una advertencia. Me guardé las manos en los bolsillos y arrastré los pies hasta la barra.

—Tiene treinta y seis años. Pero sigue siendo mi niña —me dijo.

Hice un pequeño carraspeo. Sin duda Holly se había percatado de que mi interés por Sully, no solo era estrictamente profesional. Yo mismo era consciente de que cuando estaba con ella ponía cara de gilipollas. Un gilipollas que se había enamorado sin siquiera saber

cómo había ocurrido. Me limité a sonreír y a asentir con la cabeza.

No se me ocurrió nada que decirle en ese momento. Es verdad que podría haber dicho mucho, e incluso pedirle que me ayudara a conquistarla, pero no conseguí articular ni una sola palabra. Estaba seguro de que de haber abierto la boca, lo único que habría conseguido sería boquear como un pez fuera del agua.

Holly me guiñó un ojo cuando se percató de mi cara de apuro. Me tranquilicé al pensar que ese gesto mostraba cierta complicidad, y también que tendría que hacer las cosas muy mal para que ella terminara asesinándome.

—Un placer conocerte, Alex. No hagas que me arrepienta de haberlo hecho.

Negué con la cabeza agachada. Enfilé mis pasos hacia la mesa donde estaba Sully, y me senté junto a ella. A los pocos minutos llegó Wallace. Saludó a Sully con un par de besos y un abrazo.

—Me alegro de volver a verte Wallace —dijo Sully posando una mano sobre uno de sus brazos.

—Yo también me alegro de verte de nuevo, Sully.

Wallace escudriñó con la mirada todos y cada uno de los rincones del bar con los labios fruncidos. Luego afirmó con la cabeza, y se sentó junto a Sully mientras decía:

—Me gusta este sitio.

Holly se acercó para tomar nota de lo que íbamos a beber Wallace y yo. Sobre la mesa dejó un vaso con un refresco de naranja para Sully.

—Para mí un vino blanco por favor —pidió Wallace.

—Agua con gas, con mucho hielo y lima, en un vaso bajo de whisky.

Se adelantó a pedir Sully por mí.

—Vaya —exclamó Wallace con una risita algo cínica en sus labios.

Yo simplemente asentí ante Holly y le di las gracias a Sully. La grata sorpresa de que ella se hubiese fijado en todos los detalles de cómo tomaba el agua me dejó sin palabras.

—Quiero organizar una cena para celebrar mi ascenso en el trabajo —dijo Sully tras beber un trago de su refresco de naranja—. Será algo

íntimo e informal. No sé cuándo será posible llevarla a cabo. Casi todos trabajamos por turnos, y tenemos que buscar un día en el que todos estemos libres.

Wallace y yo nos miramos con cara de no entender a que venían aquellas aclaraciones.

—Quería deciros que me gustaría que vosotros también asistáis a esa celebración.

La cara de Wallace y la mía cambiaron de expresión al momento. Ahora nuestro gesto era de sorpresa por su invitación. Cuando le di las gracias por su detalle aproveché para tomarla la mano que tenía sobre la mesa. Cualquier excusa era buena para tocarla, rozarla, sentirla… Giró su cabeza hacia mí para decirme que era lo menos que podía hacer, y me regaló una sincera y bonita sonrisa.

Disfruté de los dos hoyuelos, que se le forman a ambos lados de la boca, y me despisté pensando en que me encantaría besarlos.

—¡Coño Alex! —exclamó una voz ronca a mi espalda.

No me resultó desconocida. Me giré y comprobé que era Taylor. Me alegré al verlo. Arrastré la silla para levantarme, y me acerqué hasta él. Nos fundimos en un abrazo con palmadas incluidas. (Ya sabéis lo mucho que me gustan ese tipo de abrazos. Modo ironía activado).

Taylor me había caído bien desde que lo había visto entrar en el palco del T- MOBILE PARK. Su indumentaria y la mía eran muy parecidas. Pantalones vaqueros desgastados, camiseta de algodón de mangas largas y remangadas hasta los codos y botas de motero. Los dos somos altos, ambos pasamos de la media, pero Taylor es mucho más fornido que yo, se le nota que trabaja su cuerpo a diario.

Después saludó a Wallace con un sencillo apretón de manos. Sencillo y firme al mismo tiempo.

—A ti también me alegro de verte —le aclaró Taylor con tono divertido.

Poco después llegó Mía acompañada por Rachel. Supuse que era ella nada más verla.

Rachel es alta, corpulenta. Ese día llevaba el pelo recogido en una cola de caballo que dejaba ver su rostro serio, y dulce al mismo

tiempo. Su tono de piel me indicó, tal y como me había explicado Sully, su ascendencia latina por parte de su madre. Vestía un pantalón cargo en color negro, una camiseta de mangas cortas del mismo color, que dejaba ver unos brazos torneados por el ejercicio físico. En su mano derecha portaba una cazadora vaquera y calzaba unas botas Dr Martens. Besó a Taylor en los labios con un gesto cariñoso, sin duda era ella.

—¿Pero si me acabas de besar nada más bajarme del coche? —protestó Taylor. Luego la asió de la cintura y la atrajo hacia él en un movimiento rápido. La besó de nuevo con auténtica pasión y devoción.

—¡Dios! —exclamó Rachel al separarse de él, y después de morderle el labio inferior.

Un pequeño rubor apareció en las mejillas de Mia al ver a Wallace. A él le invadió tal estado de nervios al verla, que sus movimientos y gestos se volvieron algo torpes al dirigirse hacia ella para saludarla. Sully me dio un pequeño codazo al darse cuenta de lo mismo que yo. Compartimos una sonrisa cómplice.

—Pero bueno, si tenemos por aquí al famoso Alex —anunció Rachel cuando fuimos presentados.

Carraspeé nervioso. No supe distinguir si su apreciación era buena o mala. Sabía que la aprobación de Rachel era tan importante o más que la de Holly. Sin duda ese día estaba pasando una prueba de fuego bastante importante. Nunca mejor dicho lo de la prueba de fuego cuando en aquel grupo había dos bomberos. Y faltaba un tercero por llegar, el Capitán Smith, el cual no se hizo esperar demasiado. Llegó hasta la mesa acompañado de Holly.

Holly tomó nota del resto de bebidas, cuando ya estábamos todos acomodados en nuestros respectivos asientos. Mia le pidió que no se olvidara de llevarle un cuenco con pepinillos. Rachel y Sully se miraron, pero no dijeron nada. Creo que se entendieron, a la perfección, con aquella mirada.

—Menú del día para todos —indicó Sully.

Se acercó hasta mi oído y me dijo que era comida saludable y que no debía preocuparme.

—Gracias —le susurré.

Agradecí ese pequeño detalle. Me gustó que se preocupara de que pudiera tomar dicho menú, y sin que supusiera ninguna alteración en la dieta que debía seguir debido a mi trasplante de corazón. Me gustó que quisiera cuidarme. Quise pensar que con ese simple gesto me estaba diciendo que le importaba.

Mía tomó las riendas de la conversación. Como buena abogada tiene el don de palabra. El primer punto que trató fue la cena informal que Sully nos había comentado a Wallace y a mí antes de que el resto llegara. Todos estuvimos de acuerdo en que lo mejor sería celebrarla un viernes. De manera casi inmediata todos sacaron sus teléfonos móviles, y comprobaron en ellos los cuadrantes de sus trabajos, incluido el Capitán Smith. Tras algunas discusiones, finalmente, consiguieron ponerse de acuerdo para celebrarla dentro de un par de viernes. Wallace y yo nos limitamos a asentir ante aquella decisión.

—Bien, pues entonces este viernes no, al siguiente a las ocho en punto de la tarde todos aquí —sentenció Mía.

—Nada de formalidades en el vestuario, por favor —suplicó Rachel.

Miró a Mía y a Wallace expresamente. Ambos vestían de manera elegante, tal y como es habitual en ellos. El resto íbamos vestido de manera informal. Incluso el Capitán Smith llevaba un pantalón vaquero desgastado y una sudadera color gris con el escudo del Parque de Bomberos 21. Una indumentaria le hacía parecer más joven. Si no fuese por su pelo prácticamente blanco podría pasar por un hombre de unos cincuenta años, quizás menos.

Mía había elegido un pantalón ajustado de color rojo y tobillero, una camisa blanca de corte masculino y unos zapatos con tacones infinitos del mismo color que el pantalón y con la puntera en blanco. Sobre el respaldo de la silla había dejado colocada, de manera perfecta, una chaqueta que completaba el traje pantalón, y un bolsito haciendo juego con los zapatos. Mía era Wallace hecho mujer. Se había recogido el pelo en un moño desenfado, del cual se le habían escapado algunos mechones que enmarcaban su rostro, y resaltaban sus preciosos ojos verdes.

Wallace vestía uno de sus habituales trajes de tres piezas, y hecho a

medida en color gris oscuro. Camisa blanca y corbata del mismo color que el traje. Se había engominado el pelo. Me sorprendió ver un atisbo de barba en su, siempre, rasurado mentón.

Holly nos sirvió los primeros platos, una crema de puerros que podría calificar de exquisita. Mientras la degustábamos Sully nos puso al corriente a Wallace, Taylor y a Mía de lo que estaba ocurriendo en Rainbow House. Mia exclamó un sentido ¡OH! y percibí como dibujaba un puchero con su boca cuando miró a Sully fijamente. Tanto ella como Rachel volvieron a mirarse, tal y como lo habían hecho hacía un rato. Lo hicieron contrariadas cuando comprobaron que el puchero no era fingido, y que además por sus mejillas habían comenzado a rodar algunas lágrimas.

—Está cada día más rara.

Escuché decir a Rachel al oído de Sully. A pesar de que casi lo había susurrado no pude evitar hacerlo.

—Habrá que organizar un CONCLAVE para que hable —masculló Sully.

—Yo creo que las cosas con Max no van demasiado bien y que se ha enamorado de otro —dijo Rachel haciéndole señas a Sully con la cabeza en dirección a Wallace.

Solté una risa por la nariz cuando la escuché decir aquello.

—¡Ah, no que la que está enamorada eres tú, y no presentas ninguno de esos síntomas! —exclamó Rachel divertida.

Me sentí incómodo por estar escuchando algo que no debía, y por estar conociendo de primera mano que al parecer Sully estaba enamorada. Mi animó decayó en picado.

—Rachel… —le recriminó Sully bastante enfadada.

Le dio un codazo. Y Rachel se quejó por el golpe de la cuchara contra los dientes.

Desvié mi atención hacia Taylor para observar su reacción al saber lo que estaba pasando en el Rainbow House. En ese momento, él se pasaba las manos por el pelo de manera nerviosa. Finalmente se dio un pequeño tirón de él en señal de enfado y tal vez de impotencia. Sin duda ese lugar tenía mucha importancia para todos.

—El plan es el siguiente.

Rachel alzó la voz para hacerse oír entre los diferentes comentarios que todos habíamos comenzado a hacer sobre aquella injusticia. ¿Cómo era posible que le fueran a retirar una subvención a un hogar infantil?

Taylor dio una palmada al aire para hacernos callar. Ya que no lo habíamos hecho ante la voz de Rachel sonando más alto de lo normal. Nos quedamos todos en silencio ante ese gesto. Rachel le dio las gracias y comenzó a explicarnos el plan que habían pensado el sábado por la tarde.

—Contad con mi ayuda —exclamé, sin dudar ni un solo momento de lo que estaba diciendo.

—Con ella ya contábamos —contestó Sully.

Colocó una mano sobre mi antebrazo desnudo.

—Me alegro —acerté a decir con cierto entusiasmo, al verme incluido en ese plan desde el sábado, cuando Sully y yo ni siquiera habíamos pasado demasiado tiempo juntos y tan solo lo habíamos hecho por temas de trabajo.

Wallace soltó una carcajada ante la respuesta de Sully.

–Tú también estás invitado a colaborar —anotó Rachel alzando una ceja de manera reprobatoria.

Algo me decía que a Rachel no le había caído demasiado bien mi amigo.

—Si claro contad conmigo también. No soy muy manitas, pero ayudaré en lo que haga falta —se apresuró a aclarar Wallace un tanto avergonzado.

—Pues decidme que es lo que yo tengo que hacer —pedí que me explicasen por qué habían pensado en mí.

Estaba claro que los trabajos de rehabilitación del edificio iban a llevarse a cabo por parte de la empresa de reformas que Taylor y el Capitán comparten.

—Necesitamos que esto salga a la luz pública. En un periódico de tirada importante —comenzó a decir Sully. Hizo una breve pausa, para dar un pequeño sorbo a su refresco de naranja. Se frotó el labio superior contra el inferior de manera un tanto nerviosa, como si no se atreviera a pedirme que yo hiciera aquello. Porque sin duda mi parte

del trabajo consistía en escribir un artículo sobre lo que estaba ocurriendo en el Rainbow House, y hacerlo llegar al mayor número de periódicos posible.

—Tengo contactos en el **THE SEATTLE TIMES.** Estuve trabajando algunos años en él, y sigo manteniendo amistad con antiguos compañeros y también con el director —me apresuré a decir para tranquilizarla, y asegurarle que desde ese momento estaba involucrado con la causa—. Y por supuesto escribiré en mi blog sobre ello. Y también sobre los trabajos que vayamos realizando —concluí.

Noté que unos brazos rodeaban mi cuello y que unos labios se posaban sobre mi cara y muy cerca de la comisura de mis labios. El olor a coco invadió mi nariz. Cerré los ojos y pensé en lo fácil que me resultaba hacer feliz a la mujer que en esos momentos me estaba agradeciendo algo, que no había hecho todavía. Y lo fácil que era para mí, sentirme feliz a su lado.

—Gracias. Gracias. Gracias —insistió cerca de mi oído.

Reprimí las ganas de decirle que podría hacer cualquier cosa que ella me pidiera, con tal de verla sonreír del mismo modo en que lo estaba haciendo en ese instante. Acaricié los dos hoyuelos, que adornan su cara al reírse, con mis pulgares y fotografíe mentalmente ese momento (*Click, click)*. Lo archivé en mi carpeta de momentos bonitos para recordar.

—No hay de que, preciosa —me atreví a decirle, y le guiñé un ojo.

Sully se llevó las manos a las mejillas para el rubor que se había apoderado de ellas.

—Tendrás que contarme porque es tan importante para ti el Rainbow House —le pedí en apenas un susurro y pegado a su cara.

—Fue mi casa durante los primeros dieciséis años de mi vida.

No supe que decir. Su confesión me había dejado noqueado. No me esperaba para nada aquello.

—Tranquilo.

Apretó su mano contra mi antebrazo. Otra vez, su piel pegada a mi piel.

–Fui una niña muy feliz. Mi vida no ha sido un camino de rosas, pero no me puedo quejar de la vida que he tenido. Te lo explicaré

todo en esa cena a la que me has invitado en tu casa hace unas horas.

Alzó la mirada para mirarme. Y con un leve pestañeo me preguntó si sería posible.

—Cuando tú quieras. Pero no tienes por qué hablar de nada que no quieras —le aclaré.

No quería que se sintiera obligada a explicarme una parte tan íntima de su vida. Apenas nos conocíamos. Es cierto que habíamos logrado cierta confianza en poco tiempo. Pero también sabía, por propia experiencia, lo difícil que es hablarle a casi un desconocido de ciertas etapas de tu vida.

—Quiero hacerlo —me dijo de manera calmada y segura.

—Entonces estaré encantado de escucharte.

Agarré la mano que aún reposaba sobre mi antebrazo y me la llevé a los labios para besarla. Retuve el contacto de mis labios sobre su piel, y también lo archivé en esa carpeta de momentos bonitos para recordar que había creado en mi mente. Lo que no sabía es que más adelante tendría que recurrir a esa carpeta para recordar esos momentos vividos junto a ella.

Me dio las gracias una vez más por todo y yo quise pensar que también por ese gesto tan simple y tan íntimo al mismo tiempo.

Una vez terminada la comida, y tras tener todos claro cómo íbamos a proceder ante la situación del Rainbow House, Sully se despidió de todos nosotros. Quise acompañarla hasta el hospital. Tenía que recoger mi moto, y además sin ella allí, yo ya no pintaba mucho más. Aunque en realidad lo que quería era estar un poco más de tiempo con ella. A pesar de haber pasado casi todo el día juntos no me parecía suficiente. Ya os avisé que había empezado a querer más. Siempre más.

—Tengo que hablar con el Capitán, de un asunto personal —se disculpó.

Hizo un ademán con la cabeza señalándolo. El Capitán la miró con cierto desconcierto, y después se levantó de manera rápida. Como si estuviera acatando la orden de algún superior. Pasó un brazo sobre los hombros de Sully, haciéndole saber de ese modo que estaba encantando de acompañarla y de hablar con ella.

—Ah bien. Entonces nos vemos mañana —dije con cierto pesar—. ¿A las ocho? —pregunté para confirmar la hora en la que íbamos a volver a vernos.

—Sí a las ocho. Si quieres nos vemos un poco antes en el puesto de café de Jo y tomamos juntos el primero del día.

Acepté su propuesta. Si me hubiese pedido verme a las cinco de la mañana también lo habría hecho. Estaba dispuesto a acceder a cualquier petición suya con tal de pasar la mayor parte del tiempo posible a su lado. Me atreví a darle un solo beso en una mejilla, tal y como había hecho por la mañana cuando nos encontramos en la puerta del hospital.

—Nos vemos mañana Alex —susurró cerca de mi oído.

Sentí un leve roce de sus dedos con los míos. Respondí a su caricia, y me sentí tentado de entrelazarlos y apretarlos fuertemente. Pero una vez más reprimí esos instintos que de vez en cuando me asaltaban. Quería hacer las cosas despacio y hacerlas bien. Quería captar todas las señales que ella de una manera u otra me hacía llegar, para no equivocarme en ninguno de los pasos que me atrevía a dar hacia ella.

Hacía casi cuatro años que no sentía nada igual por nadie y no me podía arriesgar a perder a la mujer que me había devuelto las ganas de volver a querer y amar. No podía perder a la persona que había despertado mi corazón de nuevo.

El resto de miembros del grupo decidió irse al mismo tiempo que el Capitán y Sully. Taylor y yo nos quedamos solos.

48
Alex

—¿Tienes prisa? —me preguntó Taylor.

—Quería pasarme por el *THE SEATTLE TIMES* y empezar a mover este asunto —le dije.

—Tómate algo conmigo antes.

Acepté su invitación.

Taylor me caía bien y creo que yo también a él. El tiempo me demostró que así era.

—Dos aguas con gas de las mías…, bueno de las nuestras —le pidió a Holly dándome una palmada cómplice en la espalda.

—Vaya. Por lo que veo has encontrado un compañero de borrachera, y con los mismos gustos —bromeó Holly.

Me humedecí los labios y froté uno contra otro de manera nerviosa. Esa mujer aunque se mostraba amable conmigo, me intimidaba.

Taylor reclinó la espalda sobre el respaldo de la silla, cruzó el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha y cogió el vaso de agua, que Holly ya nos había servido. Antes de llevárselo a los labios lo agitó haciendo tintinear los hielos contra el vidrio. Aquel sonido me puso algo nervioso. Por un momento visualicé a Taylor como uno de esos matones de películas que van a sentenciarte a muerte. Bebió un trago largo, se lamió los labios y después carraspeó.

—Voy a ser claro contigo —me dijo—. Me caes de puta madre y se te nota a la legua que Sully te gusta. Lo sé desde que vi como la mirabas durante el partido de LOS MARINERS, y después cuando nos encontramos en el hospital…

Carraspeé de manera nerviosa. Me rasqué la ceja izquierda y tiré del cuello de mi camiseta. Cogí una bocanada de aire, y esperé a que Taylor terminara de hablar para ver que hacía con ella. Tenía dos opciones: la primera soltarla. Y la segunda dejarla dentro de mí y esperar a que me asfixiara. Recé para que fuera lo primero.

—Sully es como una hermana para Rachel, y por tanto también para mí. Nos conocemos desde hace años, desde el instituto

concretamente, y no voy a dejar que un tipo al que no conocemos de nada venga con la intención de pasar un buen rato con ella. Tienes pinta de haber vivido mucho. Demasiado diría yo. Creo que no eres esa clase de tipos que se comprometen para toda la vida con una mujer. Es más podría asegurar que eres como los marineros… que tienes una mujer en cada puerto. Y ni Rachel, ni yo, y por supuesto nadie cercano a Sully vamos a dejar que la utilices, y después te vayas con un *«si te he visto no me acuerdo»*.

Cuando Taylor terminó de dar su discurso, uno que por cierto era totalmente equivocado, separé la espalda del respaldo. Me retrepéé sobre el asiento y me erguí para rebatir y desmontar toda la teoría que, sin conocerme, se había montado en su cabeza.

Me había sentido ofendido por todas y cada una sus insinuaciones. No sabía qué había sido lo que le había llevado a formarse esa imagen sobre mí. Había sido un tío prudente y correcto tanto con Sully como con él, con Rachel, y con el resto de miembros de su entorno. Suelo serlo con todas las personas que se cruzan en mi camino.

Y por trabajo, debo aclarar que, son muchas, y no todas precisamente de mi agrado. Pero la educación y la compostura son importantes para mí, y forman parte de mí día a día.

Le confirmé que sí, que Sully me gustaba. Que me sentía bien con ella, y que a la vez estaba un poco asustado por todo lo que ella despertaba en mí. Le confesé que hacía mucho tiempo, concretamente, casi cuatro años que no sentía nada por nadie, como lo que sentía por ella. Que hacía casi cuatro años que no estaba con ninguna mujer y que hasta que no había conocido a Sully, ni siquiera me había planteado hacerlo.

Taylor se disculpó por haber hecho un prejuicio, precipitado, sobre mí.

—Perdona tío.

Taylor me palmeó una rodilla, un par de veces. Acepté sus disculpas y le pedí que me explicara porque había llegado a la conclusión de que yo era un tipo que no tenía pinta de comprometerse.

—Bueno, no eres un niño… ¿Cuántos años tienes, cuarenta quizás?

—Treinta y ocho —respondí ofendido por haberme echado un par de años más.

Uno tiene su orgullo, que cojones.

—Bueno da igual. —Taylor hizo un ademán con una mano—. El caso es que me parece extraño, que a tú edad no estés casado o tal vez divorciado. Que tengas un trabajo que te lleva de un lado para otro. Es como si huyeras del compromiso, con el tipo de vida que llevas.

Qué sabía Taylor de mi vida para llegar a esa conclusión. Nada. Así que decidí que lo mejor sería contárselo todo para que pudiera juzgarme con razón.

—¿Tienes tiempo? —le pregunté con cierto recelo.

La pérdida de Susan

(Alex)

Perdí a Susan un domingo de primavera. Concretamente un veinte de abril y a tan solo dos semanas de celebrar nuestra boda.

Susan y yo nos conocimos cuando éramos unos niños, bueno en realidad, la vi nacer. Susan era la hermana pequeña de Wallace, mi mejor amigo desde el primer día de guardería.

Cuando Wallace y yo nos conocimos ambos éramos hijos únicos, he de aclarar que yo sigo siéndolo, por eso siempre lo he considerado como un hermano. Wallace era esa pieza que faltaba en mi familia y yo era la suya. Sus padres decidieron no tener más hijos debido a que su madre había pasado por un mal embarazo y después por un mal parto. Pero cuando Wallace ya había cumplido los ocho llegó ella, Susan. Los señores Morgan, los padres de Wallace, dijeron que ese embarazo había sido un descuido. Un descuido de pelo castaño y ojos azules. Un descuido que se convirtió en el centro de sus vidas. Y con los años también se convirtió en el centro de la mía.

Wallace protestaba a diario, por la incursión en su vida de aquella niña que captaba toda la atención de sus padres. Una atención que hasta entonces había sido toda suya, y por lo que parecía no estaba dispuesto a compartir. Todos fuimos testigos, en algún momento, y también víctimas de sus enfados sin motivos y de sus berrinches para captar la atención.

Los años fueron pasando y la pequeña Susan se convirtió en una especie de sombra de Wallace, y por supuesto también mía. Una sombra que, en más de una ocasión, consiguió meternos en más de un apuro. Y con la cual, más de una vez, tuvimos que "cargar" en alguna de nuestras salidas, o bien hacer planes que la incluyeran a ella, a pesar de la notable diferencia de edad que nos separaba.

Cuando Susan era tan solo una niña nosotros ya éramos dos adolescentes, con las hormonas revolucionadas, que nos apetecía hacer planes que no incluyeran a una mocosa con ocho años menos que nosotros. Aún así fueron muchas las veces en la que ella nos acompañó.

Los años siguieron pasando, y Susan se convirtió en una preciosa y atractiva adolescente que comenzaba a tener sus primeras citas. A partir de entonces las tornas cambiaron. Wallace y yo ya habíamos pasado de los veinte y estábamos a punto de terminar la universidad, y fuimos nosotros quienes comenzamos a insistir en hacer planes con Susan, o bien que fuera ella quien nos incluyera en los suyos.

Wallace ejercía de hermano mayor y protector, y yo como si de una prolongación suya se tratara, me comportaba de igual manera que él. Ya no éramos nosotros quienes protestábamos ante la presencia de Susan, era ella quien lo hacía ante la nuestra.

Pasaron unos años más. Tras terminar nuestros años de universidad Wallace y yo conseguimos trabajo. Wallace como periodista de investigación médica en una prestigiosa revista del sector, y yo como redactor en el **THE SEATTLE TIMES**.

Mientras nosotros comenzábamos a abrirnos paso en el ámbito laboral, Susan comenzaba su andadura universitaria. Había decidido estudiar periodismo al igual que su hermano y que yo.

Nada más finalizar sus estudios, y tras pasar todo el verano como becaria en el **THE SEATTLE TIMES**, consiguió un contrato para entrar a formar parte del equipo de redactores. Equipo que por aquel entonces yo había comenzado a dirigir.

Una noche, tras acabar la jornada laboral y más tarde de lo habitual, la invité a cenar algo rápido antes de regresar a casa. Tras un par de cervezas y un perrito caliente, en un puesto callejero, me ofrecí para acompañarla hasta su apartamento. Mi instinto protector había salido a relucir de nuevo varios años después. Susan ya no era ninguna niña, tampoco una adolescente indefensa, aún así aceptó mi invitación y también mi compañía hasta la puerta de la casa que compartía con Wallace, su hermano y mi amigo.

Aquella primera noche improvisada llevo a otra, y esa otra noche a otra más, hasta que se convirtió en una costumbre que tras salir de trabajar compartiésemos una cerveza, y después diéramos un paseo hasta llegar a su portal o bien me ofreciera a llevarla en coche hasta él.

Después llegó una tarde de cine, un domingo de otoño lluvioso.

Una cena de última hora una noche de sábado cualquiera. Mensajes de buenos días, aunque fuésemos a vernos en el trabajo, y mensajes de buenas noches tras dejarla unos minutos antes en la puerta del portal. Esos mensajes se hicieron extensibles a alguna madrugada, en ellos nos confesábamos, el uno al otro, que nos echábamos de menos.

Después llegaron los planes de fines de semana por parte de uno que incluían al otro. Y así fue como comenzamos a salir sin apenas darnos cuenta. Y después de todo eso me enamoré.

Me enamoré de ella. Lo hice como un adolescente con las hormonas revolucionadas. O quizás ya lo estaba y no lo había visto, o no había querido hacerlo. Me enamoré hasta ese punto en el que sentía que si no la tenía cerca me faltaba el aire. Me ahogaba.

Así, cómo sin querer, Susan se convirtió en el centro de mi mundo. Un mundo que, por cierto, solo giraba alrededor de ella.

Varios meses después de nuestro primer beso, le pedí que se casara conmigo. Lo hice una tarde de sábado, mientras dábamos un paseo por Green Lake Park. Me coloqué frente a ella. Hinqué una rodilla en el suelo y le entregué una cajita de terciopelo rojo. En su interior estaban las llaves de la casa unifamiliar, que había comprado unos días antes a las afuera de la ciudad. Sabía que uno de sus sueños era vivir en una. Siempre me hablaba de vivir lejos del centro, en una casa de planta baja y con un extenso jardín, donde pudiesen jugar nuestros hijos.

La primera vez que me habló de tener hijos casi me dio un ataque de pánico. Nunca me había planteado esa posibilidad, era algo impensable para mí. Apenas sabía cuidar de mí mismo, y ella me estaba hablando de cuidar a unas personitas diminutas que irían creciendo, y que hasta que terminaran de hacerlo dependerían de mí y de ella. De nosotros. Pero en lugar de entrar en modo pánico, entré en modo risas.

Me dio por reírme a carcajadas, de esas que hacen que incluso se te salten las lágrimas. Por supuesto aquellas risas escandalosas no fueron recibidas de buen agrado por Susan.

Cuando Susan vio las llaves abrió sus enormes ojos azules y los clavó en mí. Le brillaban llenos de emoción, y también de unas

lágrimas que pugnaban por salir para después rodar por sus mejillas. Sonreí al ver que había conseguido que se emocionara, tanto como para hacerla llorar de alegría. Arrastré con los pulgares un par de lágrimas de su sorprendido rostro. Ella se llevó las manos hasta la boca, con la intención de amortiguar de esa manera su insistente y repetitivo: *«Si quiero. Si quiero. Si quiero…»*

Me levanté del suelo y antes de que pudiera cogerla en brazos fue ella la que saltó sobre mí. Enroscó las piernas alrededor de mis caderas. Hundió la cabeza en el hueco formado entre mi cuello y mi hombro y me susurró al oído lo mucho que me quería.

Dios yo no la quería. Yo la amaba con todas mis fuerzas y con todo mi ser. Yo no quería a Susan. Yo, sencillamente, la adoraba.

El anillo de compromiso, un aro de oro blanco con un brillante engarzado, llegaría un par de semanas después. Fue el día en que anunciamos nuestro compromiso ante su padre, Wallace y mis padres. Una tarde de domingo de invierno y soleada. En Tacoma, nuestra ciudad natal, y en casa de los Morgan. Buscamos una fecha para la boda.

Susan quiso que fuese en primavera, a mí me dio igual. Yo lo único que quería era casarme con ella, y pasar el resto de mi vida a su lado. Qué cosas tiene la vida, me había pasado media vida huyendo de ella y protestando por su compañía, y en solo unos meses iba a prometerle no separarme de ella jamás.

Pero la vida tenía otros planes para nosotros.

La vida tenía previsto separarnos.

La vida iba a llevársela de mi lado y no iba a devolvérmela.

La vida me la arrebató.

Me la robó.

Y lo hizo frente a mí, y sin que yo pudiese hacer nada por retenerla a mi lado.

Durante mucho tiempo pensé que la vida, en cierto modo, me había castigado. Me había hecho el mejor regalo y yo lo había rechazado, y cuando al fin lo había aceptado, la vida decidió arrebatármelo.

A día de hoy lo sigo pensando y también creyéndolo.

Unas semanas después de comenzar a salir, Susan me confesó que

siempre había estado enamorada de mí. De ahí sus persecuciones, y querer estar en todos los planes que Wallace y yo hacíamos. Y también su idea de venir hasta Seattle para estudiar periodismo.

—Te hubiera seguido a cualquier lugar, sin que tú supieras que lo estaba haciendo —me confesó.

Suelo sonreír al recordar aquella tarde de confesiones por su parte. Sonrojada, con la mirada fija en alguna parte del suelo, evitando mi mirada, y retorciéndose las manos de manera nerviosa sobre el regazo.

Me confesó todas y cada una de las veces que había llorado cuando a escondidas, me había visto besar a un sinfín de chicas y que ninguna de esas chicas era ella. Susan hizo un puchero, y yo le besé la comisura de los labios de manera repetida en un intento de compensar todos esos besos con los que ella había soñado y yo no le había dado. También me confesó todas las veces en las que intentó darme celos, cuando algún chico la acompañaba a casa y sabía que yo estaba sentado en el porche con Wallace tomando una cerveza. Me reí a carcajadas cuando terminó aquella confesión. Como castigo me gané un fuerte puñetazo sobre el hombro derecho, que después compensó con un beso largo y cálido, y que rematamos con una noche de sexo que terminó al amanecer.

Y con todas y cada una de sus confesiones de aquella tarde, yo me sentí un poco más miserable, y también peor persona por no haberla querido a mi lado años atrás. Pero también me sentí el ser más afortunado del mundo, al ser consciente de que a pesar de todo ella estaba a mi lado, y no junto a ninguno de aquellos tipos con los que había intentado darme celos, y que puestos a recordar ninguno había sido de mi agrado.

Ciego, había estado ciego, durante años. Había tenido a la mujer de mi vida a mi lado, desde que había nacido y yo había sabido verlo. Y cuando por fin me había dado cuenta, ella se evarporó delante de mí.

Era un domingo por la mañana. Susan y yo nos dirigíamos hacia Tacoma, nuestra ciudad natal. Y el lugar que habíamos escogido para celebrar nuestra boda, en tan solo dos semanas. Habíamos quedado en reunirnos allí con Wallace, mis padres, y el padre de Susan, para ir a visitar la finca donde se llevaría a cabo la celebración, y también

degustar el menú final, que se serviría a los invitados tras la ceremonia religiosa.

Pero ni Susan, ni yo llegamos a aquella cita.

Su risa. Su mano entrelazada con la mía sobre la palanca de cambio. Un frenazo. Un volantazo. La nada. Un precipicio, y sus enormes ojos azules y sin vida clavados en los míos.

Su nombre saliendo por mí boca a gritos:

–¡¡SUSAN!!

La palabra socorro gritada más alta aún.

–¡¡SOCORRO!!

Otra vez su nombre.

—¡¡SUSAN!!

Otra vez la palabra socorro.

—¡¡SOCORRO!!

Y después, otra vez, la nada.

Lo siguiente que recuerdo es una habitación de hospital, y una cama en la que permanecí algunas semanas postrado. Un dolor insoportable en el pecho. Las lágrimas rodando por mi rostro sin control. Y unas ganas enormes de morirme al saber que ella YA no estaba a mí lado y que nunca más volvería a estarlo.

Causa del accidente, un desvanecimiento provocado por una cardiopatía no diagnosticada. Según los médicos que me trataron, aquella cardiopatía podría haberla sufrido desde mi nacimiento, o bien haberla desarrollado siendo ya adulto. El problema había sido que nunca había presentado síntomas.

Era cierto que desde hacía un par de meses me encontraba algo fatigado, y también había sentido palpitaciones que, en ocasiones, me habían hecho sentir sensación de ahogo. No le di demasiada importancia. Consulté al DOCTOR GOOGLE y su diagnóstico fue claro y conciso, ESTRÉS.

El resultado de aquel “diagnóstico”: la muerte de Susan. Un nuevo corazón para mí, y también una segunda oportunidad de vivir.

Y como prolongación de ese diagnóstico, una vida vacía sin ella. Y a la vez una vida llena de penas, de culpas. Sobre todo, de culpas. Demasiadas culpas. Muchas.

50
Alex

—Lo siento, tío. De verdad que lo siento.

Fue lo único que acertó a decir Taylor cuando terminé de contarle toda mi historia.

Agité mi cabeza un par de veces, y palmeé una de sus rodillas aceptando sus disculpas.

—Tranquilo. No pasa nada.

Sully

El Capitán me miró extrañado cuando dije que tenía que hablar con él, sobre un tema personal. Se frotó las manos en las perneras del pantalón, de manera nerviosa. Supongo que pensó que quería hablar con él sobre Holly. Se levantó de su silla, me rodeó los hombros y tras despedirnos de Taylor, Alex y Holly salimos del bar. Rachel, Mía y Wallace salieron detrás de nosotros. Me despedí de Rachel, que había decidido ir al gimnasio. También lo hice de Mía, ella debía regresar a su despacho y por supuesto de Wallace, quien se ofreció a acompañar a Mia hasta donde tenía aparcado el coche.

Me apunté mentalmente que debía convocar un CONCLAVE urgente, para hablar con Mía si ella no daba el paso para hacerlo. Mía escondía algo y tanto Rachel como yo estábamos preocupadas por ella. Además yo tenía una preocupación añadida. Los sentimientos que Alex había empezado a despertar en mí. Lo sé, tenía varios frentes abiertos, a cuál de ellos más complicado. Pero lo de Alex no era un frente abierto, era una guerra completa.

Hice un *reset* en mi cerebro para centrarme en lo que quería hablar con el Capitán.

Caminamos durante un buen rato y en silencio, hasta llegar al Kerry Park. Allí nos sentamos en un banco.

—Pues tú me dirás que es eso tan urgente que tienes que hablar conmigo —dijo el Capitán.

Dejó caer la espalda sobre el respaldo y cruzó los brazos. Me senté a su lado. Cruce las piernas y me giré hacia él. Apoyé un brazo sobre el respaldo del banco de manera desenfadada, y me humedecí los labios.

—Me gustaría saber cuándo te sentiste preparado para enamorarte de nuevo.

El Capitán resopló, al escucharme. No sé si lo hizo por alivio o por que el tema le parecía un tanto espinoso e intenso. Creo que hasta ese momento nunca habíamos hablado abiertamente sobre ese asunto. Se retrepó sobre el asiento y se mesó el pelo con ambas manos.

—No sabría decirte… —hizo un ligero carraspeo—. Fueron

pequeños detalles…

—Cuéntamelos —le pedí.

Cruzó un tobillo sobre la rodilla contraria y se reclinó sobre el respaldo de manera cómoda.

—Un día me apeteció tomar un café con ella. Otro día quise acompañarla a casa después de cerrar el bar. Otro día preferí ir a tomar unas cervezas a su bar, en lugar de hacerlo con los compañeros de trabajo después de acabar el turno.

Me miró y sonrió como un adolescente. Se mesó el pelo con una mano y continuó. Apreté fuerte una de sus rodillas para invitarle a que continuara hablando.

—Y de repente una noche me apeteció entrelazar mis dedos con los suyos, mientras caminábamos por la calle. Pero esa noche además, cuando llegué a casa, y me fui a la cama solo una noche más, me di cuenta de que si algún día volvía a compartir aquella cama solo lo haría con ella. Solo quería dormir abrazado a Holly, y despertarme a su lado. Me acojoné vivo, Sully. Tanto que estuve algunas semanas huyendo de ella, y de todos los sentimientos que había despertado en mí, y que nadie había hecho desde…, ya sabes. —El Capitán tragó saliva de manera brusca—. Desde que la madre de Rachel murió. Me sentía mal por sentir algo tan intenso. Era como si le estuviera siendo infiel a mi difunta esposa. Pero esos sentimientos no dejaban de perseguirme y decidí hablar con Holly para explicarle lo que me estaba pasando. Ella me acogió entre sus brazos, y me confesó que ella estaba dispuesta a abrazarme esos miedos si yo quería que lo hiciera. Que estaba dispuesta a arriesgarse. Y si ella lo estaba, ¿por qué no iba a estarlo yo también? Ese día nos dimos nuestro primer beso.

El Capitán se acarició los labios y después hizo una mueca con ellos. Dibujó una especie de sonrisa al recordar aquel momento. Lancé un suspiro.

52
Sully

—¿Hay algo que quieras contarme, Sully? —me preguntó.

Negué con la cabeza mientras jugueteaba con las trenzas. Las enredé entre los dedos y me miré las bolitas de colores que las remataban. Eran muy llamativas y bonitas.

—Es ese chico… el periodista… te gusta. —El Capitán no estaba formulando una pregunta. El Capitán estaba afirmando. Me encogí de hombros como respuesta—. Y tú le gustas a él. Solo hay que ver cómo te mira —añadió.

Pasó un brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él. Acurruqué la cabeza en su hombro y me dejé querer.

—Sé feliz, pequeña. Date la oportunidad de enamorarte de nuevo. Josh no va a volver jamás, y tú tienes que seguir adelante con tu vida. No puedes vivir solamente de recuerdos. Vive, Sully. Vive.

Enfatizó el verbo vivir.

—Tengo miedo —reconocí.

—Miedo a ¿qué?

—A sentir…

—A eso nunca hay que tenerle miedo. Debes tenérselo a no hacerlo. Una vida sin sentimientos es una vida vacía.

Me abracé fuerte a él. Me beso el belo.

—¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si no puedo volver a sentir lo que sentía por Josh? ¿Y sí…?

El Capitán me interrumpió.

—Lo que sentiste por Josh nunca volverás a sentirlo.

Me deshice del abrazo y clavé mis ojos en los suyos. Busqué que me explicara qué quería decirme con esas palabras. El Capitán me dedicó una mirada tranquilizadora.

»Sentirás de otro modo. Cada persona despierta sentimientos diferentes en nosotros. No son mejores, ni peores. Simplemente son… distintos. Y eso es lo bonito.

—Ya…

—Yo sigo queriendo a la madre de Rachel con toda mi alma…

La emoción no lo dejó continuar con la frase. Despertó una gran ternura en mí.

—Capitán…

Le acaricie un brazo de manera cariñosa.

—La querré siempre, pero no por eso quiero menos a Holly. Simplemente la quiero de diferente manera —consiguió todavía emocionado pero sin titubear.

Tuve la impresión de que confesándome todo aquello se había quitado un peso de encima.

»Ve despacio. Date tu tiempo y pídeselo a él. Debéis hablar mucho. Tenéis que establecer entre vosotros una gran confianza. Esto último es muy importante para que una relación salga adelante, y mucho más después de un episodio tan traumático como es perder al amor de tu vida.

»Solo voy a decirte que te juro que enamorarme de Holly ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.—Masculló entre dientes.

Acaricié una de sus mejillas de manera cariñosa. El Capitán es tan tierno.

—¡¡Voy a pedirle que se case conmigo!! —exclamó de repente el Capitán. Clavé mi mirada en él—. ¿Tú crees… qué ella…?

—¡Cielo santo, claro que sí! —dije aplaudiendo tal y como habría hecho Mia.

El Capitán sacó el teléfono móvil de un bolsillo del pantalón. Trasteó en él hasta dar con lo que quería enseñarme. Me llevé las manos a la boca, y ahogué un gritito al ver un anillo de oro blanco con un diamante central en talla brillante. Tal y como me había dicho Rachel. El anillo reposaba en el interior de una caja de Tiffanys.

—¿Le gustará?

—Por supuesto.

—Solo tengo un pequeño problema. No sé su medida.

—Yo me ocuparé de averiguarla.

—Bueno, y tú venga, háblame sobre los encantos de ese chico. Unos encantos que han hecho que te plantees rehacer tu vida…

Me dio un codazo divertido.

El Capitán a veces se comporta como un mero adolescente. Dice que trabajar con hombres y mujeres más jóvenes que él, le hacen mantener el espíritu de ese modo. Me quejé por el codazo, y me llevé una mano hasta el punto exacto donde me había golpeado. Un codazo del Capitán, por muy suave y cariñoso que sea, es un señor codazo.

—Taylor me ha contado no sé que del *karma*.

Soltó una carcajada larga y sincera. Le devolví el codazo y maldije a Taylor por tener la boca más grande que un buzón de correos.

»Venga Sully… No te hagas la dura, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que entre vosotros saltan chispas. ¡Y qué chispas!

Soltó un silbido.

—Pffff… —resoplé—. No sé. Son tal y como tú has dicho pequeños detalles. Me gusta su olor a jabón. Me gusta el roce de sus labios en mis mejillas. Me siento bien en su compañía. Es amable, cariñoso, atento…

Torcí el gesto al darme cuenta que había enumerado demasiadas cosas que me gustaban de Alex.

—Para, para, para, que al final terminaré yo también enamorándome de él.

El Capitán y yo nos reímos al mismo tiempo.

—Y además le gusta Elvis Presley —añadí. Como si ese detalle fuese de suma importancia.

—Vaya. Ese sin duda es un gran punto a su favor.

Sonreí.

—Estate quieta y cuéntame más cosas.

Me dio un manotazo para que dejase de cruzar unos dedos sobre otros. Suelo hacerlo cuando estoy nerviosa.

—No hay nada más que contar —insistí.

Busqué mi bálsamo labial, con sabor a manzanas caramelizadas, en el interior del bolso. Unté el dedo índice de la mano izquierda en él y me lo extendí sobre los labios.

—Yo diría que sí. Pero tú misma… —dijo el Capitán con tono resignado—. Taylor también me contó que ha renunciado a hacer la *Ruta66* por ti.

Alzó una ceja y hundió un dedo en mi costado para hacerme

cosquillas. Me revolví, no soporto las cosquillas. Me ponen nerviosa. Muy nerviosa. Demasiado.

—¡Noooo…! —exclamé—. El motivo no he sido yo. El motivo ha sido un trabajo sobre mí —le aclaré con enfado.

—Ya… —respondió socarrón.

—Puedes pensar lo que quieras.

—Por supuesto que puedo hacerlo.

—Entre nosotros no hay nada. Solo lo que te he contado.

—Pero lo habrá —me aseguró.

—Además va a ayudarnos con todo lo del Rainbow House —desvié el tema de conversación.

Empezaba a sentirme un poco incómoda.

—Un detalle por su parte —observó el Capitán con ironía. Se cruzó de brazos. Sabes qué te digo, Sully. Que a mí ese tal Alex me gusta bastante.

—¡¿Eeehhh?

—Pues eso, que el tal Alex me gusta bastante para ti.

—Vamos Capitán, no me digas vas a meterte ahora a casamentero.

—Dios me libre —rezongó divertido y agitando las manos—. Pero ahora en serio Sully. Ese tipo bebe los vientos por ti, y tú no le haces ascos a ninguna de las muestras de cariño que te hace.

Me encogí de hombros como respuesta a la afirmación que el Capitán acababa de hacer, y que yo ya sabía.

—Me gusta estar con él —reconocí.

—Sully cariño, no te niegues al amor. No te niegues la oportunidad de ser amada como te mereces.

Enmarcó mi rostro con sus manos y me obligó a fijar mis ojos en los suyos.

—¿Y si no estoy preparada? —cuestioné.

—Nadie está preparado para enamorarse. El amor no es algo que se espere tras una puerta. El amor llega de sopetón que no esperas. Pero joder, es la mejor bofetada que pueden darnos en la vida.

Me limpió con los pulgares las lágrimas que ya habían comenzado a rodar por mis mejillas.

»Ya te lo he dicho Sully…, Josh no va a volver. Él se fue para

siempre.

Solté un hipido al escuchar sus últimas palabras.

Fue como si hasta ese momento, y tras casi cuatro años después de su muerte, no fuese consciente de que Josh se había ido de mi vida para no volver a ella nunca más.

—Es complicado —acerté a decir.

—¿Y qué no es complicado en esta vida?

Me dio un abrazo de esos abrazos que curan el alma y sanan el corazón.

»No te cierres a nada. Yo creo que el *karma,* ese del que me ha hablado Taylor, está poniendo mucho de su parte —me susurró al oído.

Me hizo reír al nombrar al *karma.*

El Capitán se levantó del banco y tiró de una de mis manos para que hiciese lo mismo.

—Tu compañía siempre es agradable, pero tengo que ir a recoger a mi chica.

Me guiñó un ojo.

Me reí al escuchar llamar a Holly “mi chica”.

Saqué el teléfono móvil del bolso para mirar la hora. Pasaban algo más de las seis de la tarde. Vi que tenía un par de llamadas perdidas de Rachel y algunos WHATSAPP de Alex. Una sonrisa espontánea se apoderó de mis labios. El Capitán sonrió al mismo tiempo que se acercaba hasta mi frente para besarla.

–Sé feliz. Te lo mereces —sentenció al separarse de mí.

53
Sully

Aparqué el coche cerca de casa, y me acerqué hasta el supermercado que no quedaba muy lejos. Compré unas hamburguesas de pescado y una bolsa de ensalada para cenar. Me sorprendí a mí misma al detenerme frente al lineal de las bebidas sin alcohol para buscar agua con gas. Alcacé un par de botellas una *Perrier* y otra de *San Pellegrino.* Después me dirigí hasta la sección de frutas, y compré una lima. De repente me había sentido atraída por la idea de probar la bebida que Alex tomaba. A pesar de que Taylor también lo hacía nunca me había sentido tentada por hacerlo. Es más, siempre había pensado que el agua con gas es una de las bebidas más estúpidas que puede haber en el mercado. Me apunté mentalmente investigar sobre ella.

Yo y mi curiosidad. Mi curiosidad y yo, formamos un gran equipo.

Saludé al entrar en casa, tal y como hago siempre. Pensé que debía quitarme esa manía tan tonta que había cogido, o que quizás debería comprarme un perro para que alguien respondiera a mi saludo al abrir la puerta. Dejé las llaves en el cuenco. Saqué del bolso el teléfono móvil y lo colgué en el perchero. Luego me dirigí al tocadiscos y coloqué la aguja sobre el disco que ya había en él. Elvis comenzó a cantar *"Are you lonesome tonight".*

Me despojé de la ropa y me di una ducha relajante. Decidí no pasar por la fase de ponerme ropa cómoda y me puse directamente el pijama. Uno de raso en color crema y una bata del mismo tejido y combinada en tonos cremas y azules. Caminé descalza hasta la cocina y me preparé un bol de ensalada, una hamburguesa de pescado, y me serví un vaso de agua con gas, con mucho hielo y una rodaja de lima, en un vaso de whisky bajo. El cual rescaté del fondo de uno de los armarios de la cocina. Lo dispuse todo en una bandeja y me fui hasta el salón. Me senté en el sofá.

Mientras degustaba mi cena y saboreaba mi nueva bebida, que debo decir que me sorprendió gratamente, abrí los tres mensajes que tenía de Alex. Acaricié como una tonta la pantalla del móvil al leerlos.

En uno de ellos decía que le había gustado pasar el día conmigo. En otro que el tiempo se le había pasado volando, y que el día se le había hecho corto. En el último de ellos me invitaba a cenar de manera formal, al día siguiente en su casa.

El corazón se me paró de repente y después comenzó a latir con mucha fuerza y muy rápido. Aunque sabía que teníamos una cena pendiente, y que yo no había puesto ningún impedimento a ella, verlo escrito en aquel mensaje hizo que el pulso se me acelerara. Sentí una sensación extraña. Una mezcla de miedo e ilusión. De nervios y bienestar. Una mezcla de contrariedades, tal y como venía siendo habitual en mí, y cuando de Alex se trataba.

No respondí a ninguno de ellos. Tenía que meditar que decirle. Decidí llamar a Rachel. Había vuelto a llamarme un par de veces más mientras yo disfrutaba de mi ducha.

—Me gusta Alex —me dijo nada más descolgar el teléfono.

Hice rodar los ojos, y me reí por la nariz.

—Es guapo —admití con cierto pudor y con la boca llena de ensalada.

Esperaba que de ese modo Rachel apenas pudiera entender lo que acaba de decir o más bien reconocer en voz alta.

—¿Qué es guapo? —preguntó arrastrando las palabras—. Lo que está es buenísimo.

Lancé una carcajada nerviosa.

—No te rías. Es la verdad. —Intuí por su tono de voz que ella también estaba sonriendo al otro lado del teléfono—. Y además…—hizo una breve pausa—. Además está loco por ti —añadió sin tapujos.

Resoplé o suspiré no sabría definir muy bien qué fue lo que realmente hice. Solo sé que mi boca emitió un sonido.

—No digas tonterías —protesté.

Hice un gesto vago con la mano para enfatizar mi protesta, y como si Rachel pudiese verme.

—Solo los tontos dicen tonterías —emuló a Forrest Gump.

—Tenemos que hablar sobre Mía —desvié el tema de conversación.

—Lo sé —afirmó Rachel.

—Y también sobre tu padre y Holly…—hice una pausa—. Sé

cosas… —añadí con tono de misterio.

—¡¿Qué?! –chilló Rachel desde el otro lado del teléfono. Lo aparté de mi oreja.

—Lo que has oído.

—Escupe por esa boca.

—Pronto estaremos de boda. Tu padre ha confesado esta tarde. Me ha enseñado el anillo con el que va a pedirle que se case con él.

—Qué cabrón y a mí no me ha contado nada —resopló.

—Bueno yo a cambio he tenido que hacer algunas confesiones.

—¿Qué confesiones?

—Da igual. —Agité la mano que tenía libre para quitarle importancia a lo de mi tarde de confesiones—. Hablemos sobre Mía.

»He pensado que deberíamos convocar un CONCLAVE urgente para averiguar qué le pasa. Algo me dice que tiene que ver con ese imbécil de Max.

—Yo trabajo mañana por la noche —anotó Rachel—. Pero puedo cambiar el turno o si te parece bien dejamos el CONCLAVE para el miércoles.

—Perfecto. Yo ceno con Alex mañana —dije sin pensar y sin haberle confirmado a él que aceptaba la invitación.

—¡¡HOSTIAS!! —exclamó Rachel de manera efusiva.

Se me escapó una carcajada.

—Tenemos que hablar sobre el Rainbow House —le aclaré antes de que sacara conclusiones precipitadas.

—Yo no he dicho nada… pero me encanta que hayas decidido darle una oportunidad.

—Rachel…

—Vale. Vale. Es tan solo una cena…

Hizo un silencio. En mi imaginación pude ver como se llevaba el dedo índice hasta los labios, y los golpeaba mientras pensaba en cómo definir aquella cena.

—De trabajo —añadí a su observación.

—Lo que tú digas.

Decidí no seguir rebatiendo sus respuestas. Volví a centrarme en Mía.

—Entonces no se hable más, convocamos para el miércoles. ¿En tú casa o en la mía? —pregunté.

—En tu casa. Así pensará que tienes algo que contarnos sobre Alex. Por cierto yo pondría en el grupo lo de tu cena —me propuso despreocupada.

—No da a lugar —sentencié.

Imité a la propia Mía cuando decidía sacar su lado de abogada para no contestar a alguna pregunta que no le interesaba. Intuí que en el próximo CONCLAVE iba a utilizar muchas veces esa expresión.

—Aburrida —protestó Rachel.

—Prudente —rebatí.

—Anda cuelga y escribe en el grupo la palabra mágica.

Me despedí de Rachel. Corté la llamada y escribí en el grupo la palabra CONCLAVE, después de leer el último mensaje que me había entrado de Alex. Rachel añadió detrás de mí PROXIMAMENTE. Ella siempre tiene que decir, en este caso escribir, la última palabra.

¿Estás enfadada conmigo por algo?
Alex □

Me sentí mal al leer que pudiera pensar que estaba enfadada con él. La carita triste me encogió el corazón. Le envié un mensaje para preguntarle si podía llamarla.

54
Sully

El teléfono sonó de inmediato. No era un mensaje. Era una llamada. Sentí como el corazón se me aliviaba y sonreí mientras respondía a su llamada.

—¿Has estrenado el tocadiscos y los discos qué compramos? —le pregunté nerviosa, y sin siquiera saludarle. Pero es que de fondo Elvis cantaba la misma canción que hacía tan solo un rato sonaba en mi tocadiscos. *“Are you lonesome tonight”* y no puede resistir la tentación de hacer aquella pregunta.

Me gustó aquella coincidencia. Cuando estaba sola podía admitir, sin ningún tipo de tapujos, que Alex y todo lo que iba descubriendo sobre él, incluyendo algunas coincidencias, me gustaban. Me gustaban mucho. Demasiado. Y cuanto más me gustaban…, más miedo me daba.

—No. Suena en el ordenador. He pensado que hasta que tú no vengas a casa, no voy a estrenar ni los discos ni el tocadiscos.

Cierta satisfacción me recorrió de arriba abajo. Mis mejillas se encendieron. Y qué bonita había sonado la palabra “casa” saliendo de su boca.

—Un detalle por tu parte.

Quise sonar algo despreocupada y para no darle importancia a ese comentario. Sin duda era toda una declaración de intenciones por su parte.

—Gracias —respondió de manera arrebatadora.

Después me preguntó si aceptaba la invitación para cenar al día siguiente. Cuando lo hizo titubeó un poco. Como si temiera que la respuesta que iba a darle no era la que esperaba. Es decir un sí.

—Acepto con un par de condiciones —le advertí.

—Las que tú quieras.

No hubo ni un ápice de duda en su respuesta.

—Llevaré algo para comer y también la bebida.

—No voy a oponerme a la primera… no soy muy buen cocinero —confesó entre risas—. Pero por la bebida no te preocupes, tengo agua

con gas en mi casa casi en cantidades industriales.

Intuí que seguía sonriendo por su tono de voz.

—Dime cuál es tu preferida.

—*Perrier y San Pellegrino*

—Vaya —exclamé sin querer, y al darme cuenta de que eran las dos marcas que yo había comprado. Y sin saber que eran sus favoritas.

—¿Ocurre algo? —preguntó inquieto.

—Cosas mías —mascullé.

—Entonces confirmado. Mañana, cenamos en mi casa.

La palabra casa volvió a sonar de manera especial.

–Concretaremos la hora en el hospital si te parece bien.

—Por mi perfecto —asentí.

—Pues entonces no se hable más.

Escuché el ladrido de un perro.

—¿Tienes un perro?

Una pregunta estúpida y fuera de lugar, porque era más que obvio que lo tenía. Pero por alguna razón no quería dejar de escuchar su voz.

—Sí. Mañana tendrás el placer de conocerlo. Te advierto que no es un perro bonito, pero es cariñoso y fiel.

Aquellas dos palabras me hicieron intuir que, a pesar de estar hablando de un perro, eran dos valores importantes para él en cualquier relación.

—No lo dudo.

—Tengo que dejarte, Sully. Wallace me está llamando y se pone muy nervioso si no le contesto. Anda un poco crispado últimamente.

Un halo de decepción se apoderó de mí cuando me di cuenta de que iba a dejar de hablar conmigo para responder a Wallace.

—No te entretengo entonces. Hasta mañana Alex.

—Hasta mañana Sully. Y no olvides que tú primer café del día es conmigo.

—No lo haré.

Alex

Compré algo de comida japonesa en Momiji, un restaurante que quedaba cerca de casa. Wallace me había asegurado que era el mejor de todo Seattle. Se relamió los labios al hablar de lo exquisito que estaba el *sushi,* y me recomendó la sopa *miso* y como postre el *daifuku.* Lo anoté todo en mi teléfono móvil, para que no se me olvidara nada, y así tener que evitar llamarle. Ya había aguantado suficientes bromas, con respecto a la cena con Sully de esa noche, a pesar de mi empeño en aclararle que mi única intención era querer saber más sobre el hogar infantil, para poder escribir un artículo de interés. Le mentí a él y por supuesto a mí. Ninguno de los dos nos creímos aquella mentira.

Antes de darme una ducha y cambiarme de ropa, salí con Chucho a dar un paseo. Eran las cuatro de la tarde y Sully no llegaría hasta las seis y media. Había quedado con ella al inicio del muelle, para que pudiese aparcar el coche en el recinto privado de la urbanización, y después acompañarla hasta mi casa. Estaba nervioso y sabía que dar un paseo me vendría bien para relajar mi estado de nervios. Además de paso tranquilizaría a Chucho, que tras estar todo el día encerrado, tenía un humor de perros, nunca mejor dicho. Chucho cada vez se parecía más a mí en ciertos aspectos o tal vez era yo el que empezaba a parecerme a él.

El día en el hospital había transcurrido de manera tranquila. Había acompañado a Sully en la ronda de visitas a sus pacientes, tras tomar el primer café del día junto a ella, sentados en el banco que hay frente al puesto de cafés de Jo. Sully pidió que le sirvieran el suyo en el termo vacío que sacó de su bolso, con el logotipo del hospital.

—Prefiero el termo a los vasos desechables —me aclaro. Después rebuscó en el interior de su enorme bolso color negro—. He traído otro para ti —exclamó y sacó otro termo exacto al suyo.

Lo hizo tal y como un mago habría sacado un conejo de su chistera.

Le agradecí el detalle con una caricia en una mejilla, y después me sobre ella y le di un beso. Una vez más había encontrado la excusa perfecta para rozar su piel y oler su aroma a coco.

—No tienes por qué dármelas. Tengo varios en casa. A veces me lo olvido y compro otro —dijo encogiéndose de hombros.

—Gracias de todos modos —insistí en mi agradecimiento.

Recogí el termo lleno de descafeinado de las manos de Jo, la cual me guiñó un ojo en señal de complicidad. Le regalé una sonrisa como agradecimiento.

Sully no había tenido operaciones programadas esa mañana. Por lo que nos habíamos limitado a las rondas ordinarias de los pacientes. En esa ronda estaba incluida la visita a la UCI donde permanecía ingresado el paciente al que le había sido trasplantado el corazón hacía unos diez días aproximadamente. Sully mostraba cierta preocupación por él. Seguía teniendo fiebre, cada vez más alta, y había comenzado a sufrir arritmias. Sully comprobó la temperatura, la medicación, el pulso y la tensión arterial. Hizo anotaciones en la ficha del paciente y salió por la puerta con el rostro serio.

—Voy a activar el protocolo para un posible trasplante urgente, y para paciente prioritario. Creo que está rechazando el corazón —dijo entre dientes.

No sabría decir si en ese momento estaba dando voz a sus pensamientos, o si quizás nos estaba advirtiendo a todos los que la acompañábamos de cuáles eran sus intenciones. Después se dirigió, de manera explícita, a uno de los residentes que siempre la acompañaba en las rondas. Randal.

El día anterior me había dado cuenta de que ese chico, era su hombre confianza dentro de su equipo. Casi todas las indicaciones se las daba a él, e incluso le hacía algunas consultas. Él se limitaba a tomar notas de todo lo que le decía Sully, y a responder si ella le preguntaba.

—Tengo que ir al despacho del Doctor Spencer, para hablar con él sobre lo que está ocurriendo. Puedes acompañarme o puedes quedarte por aquí —me anunció.

Decidí quedarme y hablar con el residente. Quería saber la opinión que tenía sobre Sully y recabar más información para el reportaje. Ese trabajo era lo que al fin y al cabo me había llevado hasta allí.

—Cuando vaya a proceder con los protocolos te avisaré para que

me acompañes —me advirtió mientras llamaba al ascensor—. Supongo que querrás tener ese tipo de información para tu reportaje.

Afirmé con la cabeza y le di las gracias por tener en cuenta ese detalle.

Una vez que Sully entró en el ascensor me acerqué a Randal.

—Randal —lo llamé.

—Señor —respondió de manera educada.

Clavó una mirada inquieta en mí.

—Llámame Alex, por favor —le pedí.

Se humedeció los labios, y titubeo antes de dirigirse a mí por mi nombre.

—Dígame Alex.

Me llamó de usted. Me sentó como una auténtica patada en el estómago, por no decir que en los huevos.

—Alex, a secas, por favor —le supliqué.

Randal alzó las comisuras de los labios de manera relajada. Yo también lo hice. No quería espantar al que podría ser mi confidente y aliado para conseguir información extra sobre Sully. Mi intuición de periodista me decía que aquel residente era especial para Sully, y yo iba averiguar cuáles eran los motivos.

—¿Te apetece un café? —le sugerí.

—Tengo que hacer algunas visitas todavía. Tal vez más tarde.

Comenzó a caminar, dejándome atrás. Lo alcancé con un par de zancadas.

—¿Podría acompañarte? —le pregunte cautelosamente.

—No me importa —respondió tras dudar unos segundos.

—Me gustaría que habláramos de Sully. Perdón de la Doctora Sullivan —rectifiqué de inmediato y la llamé del mismo modo en que él, y el resto de sus compañeros lo hacían.

Randal me miró con escepticismo. y porque no decirlo también con cierta desconfianza.

—No soy un periodista de prensa rosa —le aclaré de inmediato ante su actitud defensiva hacia mí.

—Lo sé.

—Solo quiero saber de ella, a través de la gente que la rodea de

manera habitual. Y tengo la impresión de que tú eres especial para ella.

—No sé a qué se refiere al decir que soy especial para la Doctora Sullivan.

Volvió a llamarme de usted. Volvió a joderme, y le pedí de nuevo que por favor me llamara de tú. Randal se disculpó por su lapsus.

—He observado que por norma general se dirige a ti —observé para retomar el tema de conversación.

—Soy su único residente de último año, y voy a especializarme en cirugía cardiotorácica. La misma especialidad de la Doctora.

Sus palabras intentaron ser convincentes. Sin embargo mi intuición de periodista me decía que había algo más.

Nos paramos frente a una habitación, y Randal entró en ella para visitar al paciente que la ocupaba. Yo decidí no entrar y esperar en la puerta para que él pudiese desempeñar su trabajo sin interrupciones, y sin alguien merodeando a su alrededor. En realidad mi trabajo consistía en seguir el trabajo de Sully, no el de Randal. Lo seguí a lo largo del pasillo cuando salió por la puerta, e hizo amago de ignorarme. Tal vez pensando en que había desistido de mi idea de acribillarle a preguntas. Pero no iba a darme por vencido. Su conducta esquiva no había hecho más que alimentar mi intuición, y también mis ganas de saber más sobre Sully.

Tras otro par de paradas con sus visitas correspondientes, y después de media hora recorriendo pasillos sintiéndome ignorado por Randal, finalmente accedió a la propuesta que le había hecho inicialmente de tomar un café.

—Tengo veinte minutos libres. Antes de entrar en el quirófano —me advirtió.

Enfiló sus pasos hacia la cafetería.

—La Doctora Sullivan no tiene operaciones hoy —le dije.

—Opero con el Jefe Wilson.

Su respuesta me confirmó que aquel muchacho, aspirante a cirujano, sin duda era especial en el hospital.

—Vaya —exclamé con admiración.

Nos sentamos en una mesa tras pedir nuestras bebidas.

Descafeinado para mí y chocolate en polvo con leche caliente para Randal. Sonreí ante la petición de esa bebida que podría tratarse un tanto infantil.

–El café me altera el pulso —me aclaró. Vació el sobre de chocolate en la leche caliente, y removió con cierta parsimonia—. ¿Qué es lo que quieres saber, Alex?

Dio un trago a su chocolate, y se relamió los labios. Yo degusté mi descafeinado y lo imité en el gesto de relamerme. Dudé que decirle. No podía confesarle que quería saber todo lo que pudiera contarme sobre Sully. Hice una lista mental de preguntas prioritarias sobre ella.

–Me gustaría saber por qué tú eres algo así como una especie de protegido para ella.

Hice el signo de las comillas al pronunciar la palabra protegido. Randal se removió incómodo en su silla. Y se escondió tras su vaso de chocolate.

–Ya te he dicho…

Lo interrumpí.

No quería que me contara una vez lo de su último año de residente.

–Hay algo más —aseguré pagado de mí mismo.

No era una pregunta. Era una afirmación.

Randal carraspeó antes de decir:

–La Doctora Sullivan… pagó mis estudios de medicina.

Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz, en un gesto nervioso, o tal vez molesto, por tener que contar algo que no quería o no le apetecía hacer. Al fin y al cabo pertenecía a su vida privada.

»Al igual que ella, soy huérfano.

—Vaya. Lo siento.

Agitó la cabeza como señal de negación. Indicándome de ese modo que era un aspecto de su vida que tenía superado. Tal vez no le había quedado más remedio que hacerlo.

–Siempre fui buen estudiante, y ella se ofreció a correr con mis gastos estudiantiles.

– ¡¡HOSTIAS!! —exclamé.

Lo siento no pude callarme.

Randal soltó una especie de risotada ante mi expresión de

espontaneidad y asombro.

—Pero no soy el único. Ella ha pagado los estudios de más niños huérfanos del Rainbow House —concluyó Randal.

Me quedé sin palabras. Bebí un sorbo del descafeinado, para aclararme la garganta, y me rasqué la ceja izquierda.

—¿Es algo así como una beca? —conseguí preguntar una vez recuperado de la sorpresa.

—No lo definiría de ese modo —observó Randal—. Ella ayuda a quien realmente lo necesita.

Jugueteé con el vaso de café.

—¿Podrías contarme cosas sobre el Rainbow House?

No tenía duda de que todo estaba relacionado, y que para llegar a una conclusión final debía empezar por el principio.

Randal se retrepó en la silla. Apoyó los brazos sobre la mesa. Agarró el vaso con las dos manos y fijó la mirada en él.

—Solo puedo decirte que ese lugar lo considero mi casa. Y que allí encontré a mi verdadera familia — me confesó.

Le apreté una mano para infundirle cariño y respeto. Sobre todo esto último y también seguridad.

—Te has convertido en un hombre de provecho. No debes avergonzarte por nada —le advertí.

—No lo hago Alex. De lo que me avergüenzo en realidad, es que a veces le doy gracias a Dios por llevarme hasta ese lugar. Es como si le estuviera dando las gracias porque mis padres muriesen. De no haber sido así lo más probable es que ahora mismo no estaría aquí sentado frente a ti.

Randal di un pequeño suspiro al terminar. Apreté más fuerte el agarre que mantenía sobre su mano.

Intuí que las últimas palabras que había pronunciado le habían dolido. Nadie desea la muerte de sus padres, pero sin duda para él había supuesto un alivio y también el camino hacia una nueva vida. Una vida mejor. Tuve la impresión de que nunca se había atrevido a decir aquellas palabras en alto y que yo, un desconocido, le había servido de desahogo para hacerlo.

—Gracias Randal —le dije levantándome de la silla.

Había recibido un mensaje de texto de Sully, en el que me decía que su reunión con el Doctor Spencer había finalizado, y que en breve procedería con los protocolos pertinentes para un posible nuevo trasplante a su paciente.

—Alex… —me llamó Randal inquieto.

—Dime Randal.

—Preferiría que no le hablaras a la Doctora Sullivan de nuestra conversación. No le gusta que la gente conozca su parte altruista.

Hizo un gesto de desaprobación con la boca para indicarme que él no estaba de acuerdo con mantener en secreto algo tan grande. Algo con lo que yo estaba totalmente de acuerdo con él.

—Tranquilo. Nunca revelo mis fuentes. Tú secreto está a salvo conmigo.

Me llevé la mano derecha hasta el pecho y la puse sobre el corazón. Me di un par de golpecitos sobre él para enfatizar mi promesa con aquel gesto.

—Gracias.

Randal y yo salimos juntos de la cafetería, y antes de separar nuestros caminos me agarro de un brazo

—Alex… —farfulló. Luego se quedó callado y negó con la cabeza. Como si acabara de arrepentirse de lo que fuera a decirme.

—Dime Randal. Puedes confiar en mí —lo invité a continuar hablando.

—Es una tontería.

Negó una vez más con la cabeza y dibujó una especie de sonrisa en su rostro serio.

—Vamos… —le incité.

Carraspeó y se llevó una mano hasta la nuca. Se rascó un par de veces.

—La Doctora Sullivan. No tiene pareja —dijo finalmente.

Solté una carcajada ronca ante su confesión. Y sentí una especie de alivio al escucharla.

A pesar de que Sully parecía estar receptiva a casi todas las insinuaciones que le hacía, y había aceptado la invitación a cenar en mi casa, no tenía la certeza de que en realidad ella no estuviera

comprometida con alguien o que incluso estuviera casada. Aunque también sabía que de haber habido alguien en especial en su vida, ella no se habría prestado a nada conmigo. No la conocía demasiado, pero si tenía claro que no era de esa clase de personas.

—Gracias por la información —le dije.

Le palmeé un par de veces un hombro en señal de agradecimiento.

—Verás Alex, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que te gusta. Y bueno creo que tú también le gustas a ella también —alcé las cejas en señal de sorpresa—. La conozco hace mucho tiempo. Y desde lo ocurrido con Josh… —Randal se quedó callado unos segundos tras pronunciar aquel nombre—. No la había vuelto a ver reír del modo en que lo hace los últimos días.

Lo miré con expectación y con cara de *«quiero que me cuentes quien es Josh».*

—Creo que estoy hablando de más. —Randal miró su reloj de muñeca y añadió—: Lo siento pero tengo que irme.

Antes de que se perdiera entre la marabunta de de médicos y enfermeros lo llamé:

—Randal.

No obtuve respuesta por su parte.

56
Alex

Poco después me reuní con Sully en el hall del hospital, tal y como me había indicado en el mensaje. Estaba seria y parecía preocupada. Me hubiera gustado abrirle los brazos de par en par, y acogerla entre ellos para asegurarle de que nada malo iba a pasar. Me contuve. Después estuve a punto de arrodillarme frente a ella y adorarla. Cuanto más sabía sobre su vida más me gustaba, y más me sorprendía, para bien. Siempre para bien. Ella era el bien. Mi bien. Ese pensamiento también fue desechado. Finalmente hice lo que ella esperaba realmente de mí en esos momentos, y lo que por supuesto parecía más correcto hacer. Acercarme a ella y preguntarle cómo se encontraba.

—¿Estás bien? —le pregunté acariciándole un hombro.

—Me gustaría decirte que sí. Pero mentiría si lo hiciera —me confesó compungida.

—Eeehhhh, tranquila… todo saldrá bien —coloqué mis manos en sus hombros y casi la obligué a mirarme—. Mírame a mí. Sobreviví a un trasplante.

Levanté los brazos e hice la señal de victoria con los dedos de ambas manos. Conseguí arrancarle una sonrisa.

»Te invito a un café… o a uno de esos zumos que tomas.

Puse cierta cara de asco al hacer referencia a los zumos. Sully sonrió de nuevo. Coloqué una mano sobre su espalda para invitarla a caminar.

Ya en el puesto de Jo pidió un zumo de albaricoques y zanahorias. Yo me decidí por un simple y mundano zumo de naranjas. Soy así de básico y aburrido.

—¿Quieres que demos un paseo? ¿Tienes tiempo para ello? —cuestioné con cierta precaución.

No quería agobiarla, y que tampoco que se sintiera obligada, o presionada, para hacer algo que no podía o no quería hacer. Se palpó los bolsillos para comprobar que llevaba el teléfono móvil consigo y después levantó el faldón de la parte de arriba del pijama para hacer

lo mismo con su busca.

—Me avisarán si hay algún cambio y de cómo va todo el proceso del posible trasplante. Podemos dar un paseo si es lo que quieres —respondió no con demasiada convicción.

Me inquieté al pensar que tal vez no le apetecía mi compañía.

—Si no te apetece estar conmigo. Puedes decírmelo con confianza —insinué.

—Nooo. No es eso. —Me acarició un brazo—. Tú compañía siempre es agradable.

Me henchí de orgullo al escucharla decir aquello.

Seguí sus pasos. Parecía tener claro a dónde quería dirigirse. A los pocos metros me di cuenta de que iba directa hasta el banco, donde Wallace y yo la habíamos encontrando junto a Taylor hacía tan solo unos días. Se sentó en él y me invitó a hacerlo, dando un par de palmadas sobre él. No me hice de rogar y acepté.

—Ahí no. Un poco más para acá —me indicó casi dando un grito.

Di un respingo ante su voz inquieta. Me quedé de pie frente al banco mirando el lugar exacto donde había estado a punto de sentarme.

—Ese es… —hizo una pausa para suspirar—. Ese era el sitio de Josh —rectificó el tiempo verbal.

Señaló con la cabeza el lugar donde había estado a punto de posar mi culo, y que gracias a su grito no lo había hecho. Quise preguntarle quién era Josh. No había escuchado nombrarlo en el tiempo que hacía que Sully y yo nos conocíamos, y sin embargo ese día era la segunda vez que su nombre aparecía en una conversación, y siempre ligado a ella. Mi prudencia me dio un toque de atención, le hice caso y me callé la pregunta.

—Josh era…, mi marido… —carraspeó y yo también lo hice—. Bueno en realidad no lo era… —aclaró confundida.

Agité varias veces la cabeza, y después me rasqué la nucha en señal de *«no me estoy enterando de nada de lo que intentas decirme».* Sully se humedeció los labios para comenzar a hablar de nuevo.

—No tienes porque contarme nada que no quieras —le advertí al ser consciente de que no estaba cómoda en aquella conversación que

ella misma había iniciado.

—Pero creo que debería hablarte de él —insistió.

—¿Qué te parece si lo haces esta noche durante nuestra cena?

Le acaricié una mejilla, con el dorso de la mano, para tranquilizarla. Sus gestos la delataban, y sabía que estaba pasando por un mal rato. También era mi modo de decirle que quería saber quién era ese tal Josh, pero que no era necesario saberlo todo sobre él en ese preciso momento. Pensé que le sería más fácil hacerlo siendo consciente de que lo haría en un momento puntual. Mi idea de cena con Sully, precisamente, no era hablar de un hombre que sin duda había sido, o tal vez seguía siendo importante en su vida.

Y no penséis mal de mí, que ya nos vamos conociendo. Al decir que tenía otra idea sobre mi cena con ella me refiero a que quería conocerla más, y que ella me conociera más a mí. Era algo tan sencillo como hablar de nosotros. Pero algo me decía que en nuestra cena además de nosotros dos, estarían ese tal Josh y también Susan.

Si ella me hablaba de él. Yo tendría que hablarle de ella.

57
Alex

Después de mi paseo con Chucho, en el que ambos parecía que nos habíamos tranquilizado, me di una ducha rápida. Me retoqué la barba de dos días. Por la mañana no había tenido tiempo de hacerlo y no me gustaba descuidarla. La barba es uno de los pocos aspectos que cuido. Me peiné con los dedos, y busqué algo de ropa cómoda que ponerme para mi cita con Sully. Me cambié varias veces antes de dar con el modelo adecuado, algo totalmente inusual en mí, por cierto. Finalmente, me decidí por unos vaqueros de color negro, desgastados, y adornados con algunos rotos estratégicamente hechos. Una camiseta de color gris claro, y mangas largas que remangué hasta la altura de los codos. Me calcé unas Adidas de color blanco.

Respondí a algunos de los mensajes con los que Wallace se había dedicado a molestarme, y encabronarme tal y como había estado haciendo desde el momento en que supo que Sully iba a cenar en mi casa. A pesar de mi insistencia por aclararle que el único fin de dicha cena era hablar sobre Rainbow House, él seguía manteniendo la idea de que en realidad lo que yo buscaba era acostarme con ella. Por supuesto se equivocaba con aquellas suposiciones.

A ver claro que quería acostarme con ella, deseaba hacerlo, pero no como el insinuaba. Yo no quería follar con Sully y ya está. Yo quería hacer el amor con ella y más. Siempre más. Con Sully siempre buscaba más. Mucho más.

Mi última respuesta a sus mensajes fue el icono de la peineta. Debí habérselo enviado antes, porque no volvió a decir ni esta boca es mía. Lo quiero mucho, ya os dicho que es como un hermano para mí, pero a veces Wallace puede ser bastante insoportable, y también algo tocapelotas. Y ese día estaba siendo ambas cosas.

Comprobé la hora en el teléfono móvil. Aún quedaba algo más de una hora para que Sully llegara. Me dediqué a preparar la mesa tranquilamente y con algo de estilo. Esta última palabra podéis darle el significado que queráis. No sé si lo conseguí pero a mí el resultado final me gustó.

Deseché la idea de las velas y las flores que Wallace me había propuesto. En esa ocasión no se trataba de una cena romántica. Sonreí al pensar que ojalá algún día se diera la ocasión de que sí lo fuera.

Antes de salir de casa, al encuentro de Sully, me aseguré de que Chucho tenía agua y comida suficiente en los cuencos, y que así no nos molestaría durante el transcurso de la velada. Le pedí que se portara bien. Me miró como si realmente me estuviera entendiendo, y se acurrucó en su cesto hecho prácticamente un ovillo. Le acaricié la cabeza en señal de agradecimiento.

Sully

Llegué al punto exacto del muelle donde había quedado con Alex, diez minutos antes de la hora prevista, y siguiendo las indicaciones del navegador. Alex me había enviado la ubicación a través de WHATSAPP. No solía frecuentar mucho aquella zona de la ciudad, por lo que le había advertido de que podía perderme. Se ofreció el ir a recogerme a casa, pero no acepté su propuesta. No me sorprendió verlo esperando a que llegara apostado sobre la verja que daba acceso a la urbanización.

Cuando los faros de mi coche iluminaron su silueta sentí una especie de pellizco en el estómago. Lancé un suspiró para deshacerme de los nervios que me atenazaban. Alex se acercó hasta el coche, y yo bajé el cristal de la ventanilla para escuchar lo que iba decirme. Accionó el mando a distancia que portaba en una mano y se abrió un portón que me mostró el interior de la urbanización. Seguí sus indicaciones para aparcar junto a su moto. Me abrió la puerta del coche, y me tendió una mano para ayudarme a salir de él. Pero en lugar de aceptarla coloqué sobre ella la bandeja con los canelones rellenos de espinacas, que Holly había preparado por encargo. Mis nervios estaban haciendo de las suyas. Los maldije mentalmente.

—No tenías porque traer nada. Ya te dije que no era necesario que lo hicieras —me advirtió Alex cogiendo la bandeja entre sus manos.

Bajé del coche con la botella de agua *Perrier* en una mano. Me coloqué frente a él. Me alcé de puntillas y le ofrecí una mejilla para que me besara. Alex se inclinó sobre mí para besarme muy cerca de la comisura de los labios. Pude sentir su honda inspiración, tal y como ya había hecho en otras ocasiones. Suspiré. Cerré los ojos. Y cogí una bocanada de aire antes de devolverle el beso para embriagarme del aroma que Alex desprendía cuando su olor a jabón y corporal se mezclaban. Me empapé de él. De su aroma. De su olor. De Alex. Y volví a suspirar.

Caminamos a través de una pasarela de madera. Mis zapatos de tacón fueron repiqueteando hasta llegar al final de ella, justo donde se encontraba la casa de Alex. En comparación con las que había ido

viendo a ambos lados de dicha pasarela su casa era bastante pequeña, y podía pasar desapercibida entre el resto. Pero hubo algo en ella que me fascinó. Tal vez fue el saber que en ella vivía el hombre del cual, sin querer y sin tampoco esperarlo, me estaba enamorando. O quizás lo hacía el hombre del que ya me había enamorado.

—Bienvenida a mi casa, Sully —dijo Alex cuando abrió la puerta y me invitó a pasar.

La palabra casa sonó una vez más distinta y especial. Le di las gracias y me quedé parada en medio del pequeño recibidor. Escuché los ladridos de un perro, y acto seguido el roce de su cuerpo entre mis piernas.

—Sully te presento a Chucho. Chucho ella es Sully.

Me agaché para saludarlo y le rasqué la cabeza. Chucho cerró los ojos y se dejó hacer.

—Parece que le gustas —observó Alex.

Se quitó las zapatillas y se quedó descalzo.

—Él a mi también —respondí.

Me acerqué hasta la encimera para dejar sobre ella la botella de agua *Perrier,* junto a la bandeja de canelones que Alex había dejado allí nada más entrar.

—Puedes quitarte los zapatos, si quieres. Yo suelo andar descalzo por casa.

Negué con la cabeza. Aunque me apetecía muchísimo hacerlo, no me sentía con la suficiente confianza para dar ese paso.

—Quizás más tarde —resolví.

Giré sobre mí misma para echar un vistazo a la vivienda.

Alex abrió las cortinas de un gran ventanal que ocupaba casi toda la pared del pequeño salón, para que pudiese disfrutar de las vistas. A punto estuve de soltar un silbido, tal y como habrían hecho Taylor o el Capitán Smith, al tener aquella maravilla ante mis ojos. Reprimí mi impulso y me conformé con abrir mucho los ojos en señal de admiración.

—Desde arriba son mucho mejores —me advirtió Alex, al ver mi cara de sorpresa.

Os juro que nunca había visto nada igual. Me cogió de una mano y

tiró de mí para llevarme hasta las escaleras de caracol que subían a la terraza. Antes de llegar a ella cruzamos una habitación abuhardillada, supuse que era la que Alex utilizaba como despacho, su decoración así me lo indicaba.

La buhardilla estaba decorada con mucho gusto, al igual que lo estaba el resto de la casa. Una mesa con dos ordenadores, uno portátil y otro de sobremesa, una impresora, algunas cámaras de fotos y objetivos. Libros, revistas, cuadernos de notas y algunos elementos de escritorio. Además de un sofá y un sillón relax. Junto a este último una lámpara de pie que me hizo pensar que ese sería su rincón de lectura. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros y marcos con fotografías, la mayoría de ellas eran de paisajes. Entre ellas pude distinguir algunas que ya había visto publicadas en su Instagram.

Salimos a la terraza y esta vez si que no pude reprimir el silbido, al ver que a nuestros pies teníamos la bahía de Seattle al completo. Iluminada por las farolas y las luces de las casas de toda la urbanización. Al fondo la Space Needle y junto a ella la luna llena de esa noche. Me pareció que lucía más bonita que nunca, y que estaba convirtiéndose en mágica. Alex se rió a carcajadas cuando me escuchó silbar. Me sentí un poco avergonzada por haber emitido un sonido tan poco femenino y tan impropio de mí. Pero os juro que me fue inevitable reprimirlo.

–¿Te gusta? —me preguntó.

Se puso a mi lado y apoyó los codos sobre la barandilla.

–Me encanta —dije en un estado casi de estaxis.

–Había preparado la mesa para cenar abajo en el salón, pero si te apetece podemos hacerlo aquí arriba.

–Sería perfecto —admití.

Decidimos que la cena la haríamos de modo informal, sobre la mesa baja de ratán que había en la terraza, y sentados sobre un par de cojines. Finalmente decidí descalzarme, poco a poco iba sintiéndome más cómoda. Además estaba deseando quitarme aquellos botines de tacón con la puntera abierta, que hacían demasiado ruido al caminar sobre el suelo de madera, y que hacían que Chucho ladrara cuando

escuchaba su repiqueteo.

Calzarme dichos zapatos había sido lo único que había aceptado a ponerme de todo lo que Mía y Rachel me habían propuesto. Había estado muy pesadas, durante toda la tarde, enviándome mensajes con consejos y propuestas para la cena con Alex. Además de alguna que otra pregunta indiscreta, como por ejemplo qué si estaba depilada, qué si había elegido un conjunto de ropa interior sexy y por supuesto no faltó la pregunta del millón, por parte de ambas *«¿llevas preservativos?»* Por supuesto no había respondido a ninguna de esas indiscretas preguntas y tampoco había hecho caso a ninguna de sus insinuaciones.

Aunque a vosotros os confesaré que sí había repasado mi depilación y que también había elegido un conjunto de lencería mono, no muy sexy, y tampoco excesivamente llamativo. Un conjunto que reflejaba mi personalidad, y que iba acorde con la ropa que había elegido para la cena. Un pantalón vaquero ajustado, un top lencero en color frambuesa, que resaltaba mi color de piel y un kimono combinado en diferentes tonalidades de rosa, además de los malditos botines que por algo tan solo me los había puesto una sola vez. Me recogí el pelo en dos trenzas, y las sujeté a modo de diadema. Me gustaba ese peinado, me sentía cómoda con él, y además resaltaba mis facciones.

59
Sully

—¿Cómo van las cosas por el Rainbow House? —me preguntó Alex mientras llenaba mi vaso de agua, como si con ese acto quisiera quitarle importancia al tema que iba a comenzar a tratar. Un tema que, no olvidemos, era el motivo principal de aquella cena.

—Los hombres de la empresa de reformas del Capitán y Taylor han comenzado a trabajar, y al parecer hay bastante que hacer. El edificio es demasiado viejo.

Me llevé un poco de sopa a la boca, y me relamí los labios ante su maravilloso sabor.

—¿Cómo van a pagar todo eso? —quiso saber Alex.

—De momento yo me haré cargo de todos los gastos —confesé con la boca pequeña.

—Me gustaría saber por qué es tan importante ese lugar para ti —inquirió Alex directo pero con cierto aire de despreocupación.

Hice un carraspeo, y bebí un sorbo de agua antes de contestar.

Le conté mis días en el Rainbow House durante mis primeros dieciséis años de vida, y cómo gracias a esa casa de acogida había conocido a Holly.

—Es la persona más importante de mi vida —le confesé refiriéndome a ella.

—No lo dudo —afirmó Alex.

Después me confesó que había estado hablando con Randal, y que de ese modo había averiguado mis aportaciones económicas para que algunos de los niños del Rainbow House pudieran cursar estudios universitarios.

—Es admirable lo que haces —me dijo.

—No lo hago para que me admiren. Lo hago para que puedan tener una vida mejor —le advertí.

Precisamente por eso no me gustaba que se supiera lo que hacía por algunos de los niños que vivían o habían vivido en el Rainbow House. Era algo y que sigo haciendo no para que me admiren, simplemente porque para mí es importante hacerlo. Todo el mundo

tiene derecho a una segunda oportunidad en la vida, y más si se trata de niños.

—Déjame decirte que yo te admiro —dijo sonriendo tímidamente. Se levantó del suelo y me preguntó que si me apetecía escuchar algo de música.

—Si no recuerdo mal me dijiste que el día que viniese a tu casa, escucharíamos a Elvis en el tocadiscos que compraste hace unos días —le recordé.

—Voy a por él.

Cuando me quedé a solas en la terraza, yo también me levanté y me acerqué de nuevo hasta la barandilla para perder la mirada en el reflejo de la luna llena sobre las aguas de la bahía.

Me giré al escuchar un *click, click, click*.

—Perfectas —exclamó Alex mientras comprobaba las fotografías que acababa de hacerme.

Chasqueé la lengua en señal de disgusto por aquellas fotografías robadas.

—No verán la luz y te enviaré copias —me aseguró—. Pero es que no he podido evitar la tentación de inmortalizar este momento tan… perfecto…

Hizo el amago de continuar hablando tras una breve pausa, sin embargo no lo hizo. Abrió la pequeña maleta donde tenía guardado el tocadiscos y me tendió el montón de discos que yo le había regalado de Elvis.

—Elige el que quieras —me dijo.

Sirvió el postre y un poco más de agua para los dos.

—¿Te apetece un café?

Negué con la cabeza.

Mis ojos ya estaban perdidos entre los discos, y buscaba el que creía que pondría el broche de oro a ese momento que Alex había catalogado de perfecto, hacía tan solo unos minutos. Para mí también lo estaba siendo.

La luna reflejada sobre el agua de la bahía.

La Space Needle al fondo.

Y Alex.

Solo que yo ese momento no lo había fotografiado. Yo lo había inmortalizado en mi cabeza.

Volvimos a sentarnos sobre los cojines y apoyamos nuestras espaldas sobre el sofá para tomar el postre.

—Siento que tu vida no haya sido fácil —dijo Alex, interrumpiendo de ese modo el silencio que se había instalado entre nosotros.

Un silencio que aunque pudiese parecer incómodo, para mí no lo era. Para mí ese silencio no era más que un elemento de ese momento perfecto entre dos personas que se estaban conociendo, y que a pesar de no conocerse demasiado, todavía, se sentían a gusto y cómodos juntos.

—No pasa nada —le dije—. Al final he aprendido a agradecer todo lo que me ha ocurrido en ella. Muchas veces me he planteado cómo hubiera sido mi vida si no me hubiesen dejado en la puerta de la casa de acogida. Y nunca he conseguido imaginarme mi vida de otro modo. —Hice una pausa para beber agua—. No sé si habría sido mejor o peor. Solo sé que no habría sido igual.

Alex posó una mano en uno de mis hombros, y lo acarició de manera suave. Me estremecí al sentir su contacto, y me gustó esa sensación.

—La vida me negó una madre —continué diciendo—, pero me regaló a Holly. Me negó un padre, pero me dio al Capitán. Tampoco me dio hermanos, pero a cambio puso en mi camino a Rachel, a Mia y a Taylor. La vida, en definitiva, me negó una familia. Pero yo he creado la mía propia junto a ellos. Tuve la suerte de poder elegirlos.

Giré la cara mirarle, y me encontré con sus ojos color avellana y esa sonrisa torcida que tanto me gusta. Le devolví la sonrisa.

»Al final la vida me ha ido compensando. Me ha ido dando poco a poco todo lo que no me dio al principio, o que con el tiempo me fue quitando —concluí.

Relamí la cucharilla tras llevarme un trozo de tarta hasta la boca.

—Me alegro que finalmente hayas podido sacar el lado positivo de todo lo malo que te ha ido pasando —añadió Alex a mi confesión.

Retiró la mano que aún tenía sobre mi hombro y la bajó hasta una de mis manos. La apretó fuerte. Yo entrelacé mis dedos con los suyos.

Y el se llevó ese agarre hasta los labios y besó mis dedos.

—¿Y contigo que tal se ha portado la vida? —pregunté con curiosidad.

Quería saber más sobre Alex. Además me pareció justo querer saber más de él. Yo le había contado aspectos importantes de mi vida y ahora le tocaba a él hacerlo. No puso ninguna objeción al respecto.

—No puedo quejarme demasiado, sería injusto hacerlo. Tengo un padre y una madre. No tengo hermanos, pero tengo a Wallace.

Se encogió de hombros y chasqueó la lengua divertido cuando se refirio a Wallace como su hermano.

—Me gusta Wallace —confesé—. Parece un buen tipo.

—Lo es —afirmó él sin ni un solo atisbo de dudas—. Es el mejor amigo que tengo. Hemos vivido muchas cosas juntos, y desde que éramos unos niños. Y gracias a él voy superando lo de Susan.

Su cuerpo se tensó al nombrar a Susan. El mío también.

Alex se retrepó sobre el cojín de manera incómoda y entre nosotros se instaló un nuevo silencio. Y esa vez si fue uno de esos silencios incómodos.

—Susan —mascullé entre dientes.

—Era mi prometida… y además la hermana de Wallace —aclaró cierta tristeza e inseguridad en el tono de voz.

—Era… —repetí.

—Susan… murió.

Di un respingo sobre mi asiento.

—Lo siento —acepté a decir.

Con un gesto rápido cambié el agarre de nuestras manos. Coloqué la mía sobre la suya. Y una vez que conseguí que mi mano reposara sobre la suya, apreté con todas mis fuerzas. Yo mejor que nadie podía entender, en aquellos momentos, como se siente una persona al perder a alguien tan importante en su vida.

—Yo también perdí a alguien —me atreví a decir, tras su arranque de sinceridad.

—Vaya.

Giró su cara hacia mí y fijó sus ojos en los míos.

Nuestras miradas se enredaron, ambas brillantes. Los dos

manteníamos una misma lucha, ganarle la batalla a aquellas lágrimas que pugnaban por brotar de nuestros ojos para rodar por las mejillas.

—¿Quieres que hablemos de ellos? —preguntó inquieto.

Me encogí de hombros y agaché la cabeza. Sentí una de sus manos sobre mi barbilla y alzó mi rostro para que lo mirara. Por mis mejillas ya rodaban un par de lágrimas, ellas habían ganado la batalla. Observé como su barbilla temblaba. Alex seguía manteniendo la lucha con las suyas.

—No tenemos porqué hacerlo si no quieres. Podemos hacerlo en otro momento o simplemente no hacerlo. A mí me gustaría hablarte de Susan y me gustaría que tú me hablaras de…

—Josh —respondí con la voz temblorosa.

Sorbí por la nariz y me retiré las lágrimas con un par de manotazos.

—Me gustaría conocerte un poco más. Saber más de ti —continuó diciendo mientras me acariciaba el mentón con el dedo pulgar—.Y también me gustaría que tú me conocieras más a mí —puntualizó.

Me humedecí los labios ante ese gesto que me estaba pareciendo tan íntimo.

—Pero antes bailemos —anunció.

Alex se levantó de un salto y tiró de mí para que hiciese lo mismo. Me llevó hasta el centro de la terraza en el justo momento en el que Elvis comenzaba a cantar *“Love me tender.”*

Alex rodeo mi cintura con sus brazos y me invitó a apoyar la cabeza sobre su pecho. Escuché los latidos de su corazón. Cerré los ojos. Alcé las manos y las coloqué sobre sus hombros. Sentí la presión de sus labios sobre mi cabeza y me dejé llevar por las palabras que Elvis dictaba a modo de susurro.

“Ámame tiernamente. Ámame dulcemente.
Nunca me dejes ir. Has completado mi vida.
Ámame tiernamente. Ámame de verdad.”

Continuamos bailando a pesar de que la canción y el disco habían terminado.

No quería separarme de aquellos brazos que cada vez me rodeaban

con más fuerza.

No quería que Alex despegara sus labios de mi cabeza.

No quería dejar de escuchar los latidos de su corazón, y tampoco quería dejar de empaparme de su embriagador olor.

No quería separarme de aquel hombre que me estaba haciendo sentir tanto en tan poco tiempo.

No quería dejar de sentirme viva. Porque si algo había logrado Alex, era eso. Hacerme sentir viva de nuevo.

Repetí en mi cabeza una de las frases de aquella canción.

«No me dejes ir.»

Me sentí vacía cuando Alex separó sus manos de mí primero, y después su cuerpo. Me besó la frente de manera delicada y suave. Y me pareció que ese beso había sido el más romántico, y bonito que jamás me habían dado.

Levanté le cara y clavé mis pupilas en las suyas.

Entreabrí los labios y Alex humedeció los suyos.

Supe que iba a besarme.

Supe que iba a besarle.

Supe que íbamos a besarnos.

Alex

Me desperté con el aroma a coco, que Sully desprendía, impregnado en mi nariz y también en las sábanas de mi cama. Me pasé la lengua por los labios y pude comprobar que aún sabían a manzana caramelizada. Mis labios todavía sabían a ella. Me giré despacio hacia el lado de la cama en el que Sully aún dormía. Vestida con una de mis camisetas, y unos calzoncillos bóxer que le había prestado. Sonreí cuando comprobé que dormía plácida y tranquilamente. Sentí paz al hacerlo.

La noche anterior había terminado de manera un tanto dramática, para ambos, y después de contarnos nuestras respectivas historias. Se nos hizo tarde mientras hablábamos. Demasiado tarde. Haciéndonos confesiones, sobre en qué momento de nuestras vidas nos encontrábamos tras perder a nuestras respectivas mitades. Por lo que le propuse que se quedara a dormir en mi casa. Sully se negó en un principio con la excusa de que al día siguiente, es decir hoy, debía madrugar para ir al hospital. Pero después aceptó mi propuesta cuando le rebatí que esa excusa no me valía. Yo también debía y tenía que hacerlo, para continuar con mi reportaje sobre ella.

—No pasará nada que tú no quieras —le advertí apretando el abrazo que desde hacía un buen rato la mantenía pegada a mi cuerpo.

—Yo solo quiero y necesito que me abraces toda la noche —me pidió en una especie de ruego.

Besé su cabeza para hacerle saber que así sería. No podía negarme a aquella petición, porque yo deseaba ese abrazo tanto o más que ella. La apreté un poco más sobre mí, como si eso fuese posible, para hacerle saber de ese modo que la abrazaría toda la noche. Lo haría toda la vida si también me lo pidiera y me lo permitiera. Cuanto más la conocía más la admiraba, y más me enamoraba de ella.

—Solo con una condición —objeté. —Sully levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre mi hombro, para mirarme. Tenía los ojos enrojecidos de llorar. Había llorado tanto—. Qué tú también me abraces a mí.

Lo mío no había sido una petición, había sido una súplica con la voz algo ronca por el llanto que había compartido con ella. La besé en los labios una vez más, cuando a pesar de estar tan rota tuvo la valentía de arquearlos para regalarme una de sus bonitas y sanadoras sonrisas.

Me levanté del sofá, la invité a que hiciese lo mismo y bajamos hasta mi dormitorio. Le dejé sobre la cama una camiseta y un bóxer para que los usara como pijama, y salí de la habitación para darle tiempo a cambiarse de ropa y dejarle algo de intimidad. Íbamos a compartir cama y habíamos compartido un sinfín de confidencias, pero creí prudente y necesario dejarle aquel momento a solas. Cuando regresé al dormitorio después de haberme cambiado de ropa en el baño, la encontré acurrucada bajo las sábanas y abrazada a la almohada. Sonreí ante aquella imagen tan dulce e íntima que me estaba regalando. Y pensé que podría acostumbrarme sin ningún problema a verla en mi cama cada noche al acostarme, y cada día al despertarme.

Me gustaba tanto, la admiraba tanto, que incluso me sentí tentado de inmortalizar ese momento con alguna de mis cámaras fotográficas, por si no tenía la suerte de volver a disfrutar de un instante como ese.

—Ven aquí —le pedí al meterme en la cama. Pegué mi cuerpo al suyo.

Rodeé su cintura con uno de mis brazos. Sully entrelazó sus dedos con los míos y acomodó su espalda contra mi pecho. Aspiré una vez más su olor. Ese olor al que ya me había hecho adicto. Una adicción que podría reconocer sin ningún tipo de pudor, ni culpa. Besé su cabeza en un acto de cariño y le desee que descansara.

—Qué descanses Alex. Gracias por todo —masculló con notables signos de cansancio en la voz.

Los dos estábamos agotados después de haber pasado más de una hora llorando y abriéndonos en canal el uno para el otro.

—Gracias a ti… —respondí. *«…Por aparecer en mi vida»* continué diciendo mentalmente.

Sully era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Sully era el motivo que necesitaba para volver a creer en la vida y también en

el amor. Sully, sin ella saberlo, se estaba convirtiendo en la cura que durante tanto tiempo mi corazón destrozado, y yo habíamos estado buscando. Sully se había convertido en mi nueva razón para seguir adelante en la vida. Era la primera vez que sentía algo tan fuerte desde la muerte de Susan.

Sully era la razón por la que no había estado abierto al amor desde el accidente de Susan. Porque sin duda la había estado esperando durante todo este tiempo, y la espera había merecido la pena.

Y tal y como había pensado días atrás, mientras la tenía entre mis brazos durante aquel baile improvisado en el Fremont Market, una vez más pensé: *«Sin ti… nada, contigo… todo.»* Sin duda esa era la frase que podía resumir mi vida en los últimos días.

61
Alex

La observé durante un rato antes de levantarme de la cama. Tenía los párpados hinchados.

Sully había llorado tanto.

Yo había llorado tanto.

Los dos habíamos llorado tanto…, que supuse que los míos lucirían del mismo modo. Pude comprobar que así era unos minutos más tardes frente al espejo del baño.

Le acaricié el cabello suavemente y me vestí a oscuras para no despertarla. Aún faltaba una hora para que ella tuviera que levantarse y había caído en la cuenta de que no tenía café en casa para ofrecerle, por lo que decidí salir a buscarlo a una de esas tiendas que permanecen abiertas durante las veinticuatro horas del día. Si no recordaba mal en Lake Union había un par de ellas, y una no quedaba muy lejos de casa.

Desperté a Chucho para llevarlo conmigo, y así aprovechar el paseo para que hiciese sus necesidades caninas del día. Chucho protestó, como lo hacía cada día, pero también me lo agradeció con un lametón en la cara tras vaciar su vejiga.

Durante el paseo, en mi cabeza no dejé de pensar y de repetir la conversación de la noche anterior. Esa en la que Sully y yo nos habíamos abierto el uno al otro. Sin miedos. Sin tapujos. Y sin vergüenzas. Habíamos mantenido una conversación dolorosa, pero curativa a la vez. Una conversación en la que nos dimos cuenta que éramos tan parecidos que hasta nuestras vidas caminaban de la mano por el mismo sendero.

—Aún tengo su número de teléfono guardado en mi agenda de contactos. Soy incapaz de borrarlo —le confesé a Sully después de nuestro primer beso.

—Sigo escuchando sus notas de voz —reconoció ella.

—No pude asistir al funeral de Susan, para darle el último adiós —continué diciendo con la voz rota, e intentando contener la emoción

que comenzaba a invadirme en ese momento.

Susan fue enterrada dos días después de su fallecimiento y yo en aquellos días ya había pasado por mi trasplante de corazón y comenzaba a enfrentarme a mi recuperación, por lo que fue algo inviable asistir a darle el último adiós a la persona que más había querido hasta entonces.

–No tuve el valor de asistir al funeral de Josh —confesó Sully.

La barbilla le temblaba intentado retener las ganas de llorar.

Sully sin embargo, no tuvo el valor suficiente para acudir y decirle adiós por última vez a Josh. Quiso evitar esa despedida que sin era la última.

–Soy incapaz de hablar con el padre de Susan —dije conteniendo las ganas de llorar que me invadían de nuevo—. Yo maté a su hija. Yo maté a su niña —grité entre hipidos desgarradores que finalmente no pude reprimir.

Reconocer aquello fue como una de liberación para mí. Fue sentir que me estaba quitando un peso de encima. Sencillamente fue algo liberador.

–¡NO! ¡NO! ¡NO! —me gritó Sully. —Enmarcó mi cara con sus manos y me obligó a mirarla—. Fue un accidente. Un maldito accidente, Alex —me gritó de nuevo.

Después me besó en los labios varias veces seguidas, y de manera suave, como si quisiera curarme de ese modo el dolor que yo estaba sintiendo en ese momento. Luego se separó de mí, y se arrebujó entre las mantas que nos cubrían sobre el sofá. Apoyó la cabeza en mi hombro para darme consuelo, y buscar el suyo propio.

–No hablo con los padres de Josh desde el día de su muerte— dijo Sully apesadumbrada–. A pesar de sus intentos por mantener el contacto conmigo, nunca he tenido el valor suficiente para responder a sus llamadas.

Pasé un brazo sobre sus hombros y apoyé mi cabeza en la suya. Dios, necesitaba tanto sentir su contacto, que cualquier excusa era suficiente para rozar su piel y sentirla un poco más cerca de mí. Nuestras posturas cada vez iban siendo más íntimas. Cuanto más abríamos nuestros corazones, más nos cerrábamos el uno en el otro.

—Sigo hablando con ella, aún sabiendo que ya no está a mi lado. Me gusta visitar su tumba y contarle que tal me va la vida sin ella…

Cogí una bocanada de aire para confesarle que en mi última visita a la tumba de Susan le había hablado de ella finalmente no lo hice.

—Yo también hablo con Josh a menudo.

Sully quiso sonreír pero apenas pudo hacerlo. El momento estaba siendo muy duro para los dos. Tanto que era imposible trazar una sonrisa en nuestros rostros por mucho empeño que pusiéramos en hacerlo.

»Tengo parte de sus cenizas enterradas bajo el banco donde nos hemos sentado esta mañana. Era nuestro banco.

Sully levantó la cabeza que mantenía apoyada sobre mi hombro y la inclinó para mirarme de reojo. Esperó mi reacción ante aquella confesión. Di un respingo de sorpresa al escucharla. Pero no dije nada al respecto. Yo no era nadie para juzgar a Sully. Lo que ella había hecho con parte de las cenizas de Josh, era un acto de amor como otro cualquiera. Fue su manera de afrontar un momento doloroso en su vida. Era su manera de tener cerca a Josh cada día. Respeté su decisión.

Tras todas esas confesiones, que no hicieron otra cosa que dejarnos desnudos y expuestos el uno frente al otro, terminamos abrazados y acurrucados sobre el sofá y bajo las mantas que yo mismo había subido un rato antes. Lloramos sin decir nada más, y nos apretamos en un abrazo en un intento de recomponernos por aquellos momentos tan intensos que habíamos vivido sin apenas darnos cuenta. No éramos más que dos personas rotas ,y vulnerables que buscaban recomponerse en los brazos de alguien que había pasado y sufrido lo mismo que la otra

—¿Cuánto tiempo hace que murió Josh? —quise saber.

—El próximo domingo se cumplirá el cuarto aniversario.

Me envaré al escuchar su respuesta. No podía ser posible que hasta en aquella fecha nuestras vidas fuesen tan parecidas.

—¿Ocurre algo? —me preguntó inquieta al notar como mi cuerpo se tensaba.

—Nada… —mascullé contrariado—. Es solo que el cuarto

aniversario de la muerte de Susan también se cumple este domingo —logré decir después de digerir ese dato.

Hubo un silencio.

—¿Me estás diciendo que tanto Susan como Josh fallecieron el mismo día?

Sully se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

—¡Dios Mío! —sollozó.

La besé.

62
Alex

Chucho y yo regresamos a casa media hora después de haber salido. Con un café americano con canela para Sully, un descafeinado solo para mí, y con el tiempo justo de despertarla para que así pudiese darse una ducha mientras yo preparaba algo para desayunar antes de irnos al hospital.

Entré en el dormitorio de manera sigilosa. No quería hacer demasiado ruido para así no sobresaltarla. Me coloqué al lado de la cama y me recreé mirándola dormir antes de acercarme más a ella, y tener que sacarla del apacible sueño en el que estaba sumida. Estaba preciosa. Ella siempre lo está.

Incluso la noche anterior lo había estado cuando el dolor y el llanto incontrolado se habían apoderado de ella.

Me senté en la cama. Acaricié su pelo y besé su frente.

—Sully —le susurré.

Se removió entre las sábanas e hizo un par de ruiditos con la boca en señal de protesta. Volví a acariciarle la cabeza, esta vez con una sonrisa tonta en mi boca. Se incorporó sobresaltada sobre la cama, y al sentir mis labios sobre ella. Se llevó una mano al pecho y miró a todos lados algo contrariada.

—¿Qué hora es? —preguntó un poco desorientada.

—Sssshhhh…Tranquila. Vamos bien de tiempo —la tranquilicé acariciándole el pelo.

—Tengo que irme a casa y darme una ducha —se deshizo de las sábanas para salir de la cama.

—Te he dejado toallas limpias en el baño para que puedas hacerlo aquí. He comprado café. Y tendré listo el desayuno para cuando tú salgas de esa ducha tan merecida.

Me incliné sobre ella y le besé una mejilla. Me devolvió el beso pero lo hizo en los labios.

—Gracias —susurró realmente agradecida.

—Es un placer —respondí saliendo del dormitorio para volver a dejarle algo de intimidad.

A pesar de haber pasado toda la noche abrazados, y habernos besado durante horas. Sentí la necesidad de dejarle espacio.

Troceé un par de kiwis y dos plátanos, y los repartí en dos boles. Preparé tostadas de pan de centeno, y saqué de la nevera queso fresco y un tarro de mermelada de arándanos. Dispuse todo sobre la barra americana de la cocina junto a las tazas de café.

—Tengo los ojos hinchados de tanto llorar —se quejó cuando se sentó frente a mí.

—De tanto dormir —rectifiqué con tono de broma, para hacerle sentir un poco mejor.

—Me consuela ver que tú también los tienes igual —observó. —Se llevó la taza de café hasta los labios y bebió un largo sorbo—. Mmmmm…, es uno de los mayores placeres de la vida —apreció con los ojos cerrados y con cara de placer.

—No fue una noche fácil para ninguno de los dos. Siento mucho, que la cena terminase del modo en que lo hizo —me disculpé.

Tenía y sentía la necesidad de hacerlo. El modo en que se había desarrollado aquella primera cena con Sully no tenía nada que ver en como yo la había imaginado. He de decir que no tenía ninguna perspectiva infundada o preconcebida, pero tampoco se me había pasado por la cabeza que terminaría de manera tan dramática y tan trágica. Aunque reconozco que en cierto modo me gustó que ambos llegásemos a ese punto de confianza e intimidad, que nos permitió desahogarnos el uno con el otro.

—No tienes que disculparte, Alex. La conversación que mantuvimos anoche habría llegado antes o después. Y en cierto modo me alegro de que haya sido más temprano que tarde —reconoció Sully.

Tuve la impresión de que una vez más hablaba con el corazón abierto de par en par.

—Espero que te esté gustando el desayuno —dije para desviar el tema de conversación.

Ya habíamos tenido suficiente drama la noche anterior y no quería que el día comenzase del mismo modo. Mordí un trozo de tostada.

—Es perfecto —farfulló con la boca llena y agradecida—.Todo está siendo perfecto.

Bajó la mirada avergonzada y como si se hubiese arrepentido de decir las últimas palabras.

—Me alegro de que lo veas así. Yo también creo que todo está siendo perfecto —reconocí con una sonrisa en los labios.

Y así lo creía. Todo lo que tuviese que ver con ella, desde el mismo instante en que la vi por primera vez, para mí era perfecto. Hasta aquellos dos encontronazos primeros que tuvimos.

Nunca el chocar de frente con una persona se había convertido en un momento tan importante en mi vida.

63
Alex

Aguanté estoicamente la bronca, la reprimenda y las acusaciones que Wallace vertió sobre mí, cuando le conté que entre Sully y yo no había sucedido nada la noche anterior. Si había aceptado su invitación a comer, había sido porque no me había quedado más remedio que hacerlo. Porque Wallace se había dedicado toda la mañana a llamarme por teléfono y a enviarme mensajes para saber cómo había transcurrido la noche anterior. Había sido tal su insistencia, que a media mañana no tuve más opción que apagar el teléfono.

Sabía que iba a bombardearme a preguntas sobre cada detalle, y esa noche había sido tan íntima que no quería ni me apetecía compartirla ni con Wallace, ni con nadie.

Esa noche quería guardarla solo para nosotros.

Solo para Sully y para mí.

Si había aceptado almorzar con Wallace había sido porque Sully iba a hacerlo con el Jefe Wilson y con el Doctor Spencer después de firmar el contrato que la convertía oficialmente en la Jefa del Servicio de Trasplantes del VIRGINIA MASON HOSPITAL.

—Yo no busco, ni quiero una aventura de una sola noche. Yo quiero algo más. Con Sully quiero más —le recriminé a Wallace enfadado, y después de escuchar algunos comentarios que no me gustaron.

Wallace es mi mejor amigo, pero reconozco que en cuanto a lo referente a mujeres y las relaciones nuestros pensamientos son dispares y diferentes. Aclaro eran diferentes y dispares, pero de eso vosotros seréis testigos más adelante. No voy a adelantar acontecimientos.

—La tenías a huevo —me espetó.

—No me jodas, Wallace. Los dos estábamos rotos. Y yo soy incapaz de aprovecharme de nadie, y mucho menos en un momento tan vulnerable—grité exasperado—. Yo no soy como tú.

—Perdona tío —se disculpó Wallace—. No he debido decir eso. Tienes toda la razón. No era el momento adecuado para llevártela a la

cama.

Acepté sus disculpas.

—Sabes Alex… —Wallace se rascó el mentón—. He decidido cambiar. Voy a hacerlo. —Lo miré con cara de sorpresa. No sabía a qué se refería.

—En cuanto a las mujeres —me aclaró—. He decido dejar de ser un cabrón.

Solté una carcajada tan larga y tan ronca que terminé tosiendo al irritarme la garganta.

—Te lo digo en serio —me aseguró.

Mordió un trozo del sándwich vegetal que habíamos pedido para comer.

Wallace ese día no tenía demasiado tiempo para ir a comer a ningún restaurante el menú del día, tal y como habíamos hecho en otras ocasiones. Por lo que me ofrecí a comprar unos sándwiches y acercarme con la moto hasta el parque que hay cerca del edificio que alberga la redacción de **MEDICAL LIFE.**

Sully me había advertido que su almuerzo se alargaría al menos un par de horas y que por tanto yo también disponía de ese tiempo libre. Después seguiríamos trabajando en el reportaje que nos había hecho coincidir.

—¿Y qué o quién ha hecho que decidas cambiar? —le pregunté con cierta ironía, y tras recuperarme de mi ataque de tos provocado por las risas.

—Mía —confesó de manera tan convencida que, a pesar de las dudas que se arremolinaron en ese instante en mi cabeza, no tuve más remedio que creerle.

—Si no recuerdo mal está saliendo con tu “amigo” Max —observé contrariado por una respuesta tan firme.

—Lo sé. Pero me gusta y voy a hacer todo lo posible porque lo deje. He sabido que el “tal” Max está casado y no precisamente con ella.

—No jodas… —exclamé.

Se encogió de hombros, y escondió la cabeza entre ellos.

Dicho gesto me denotó cierta indefensión y vulnerabilidad en Wallace, por lo que quise creer que estaba dispuesto a cambiar su

modo de vida con respecto a las mujeres. Me gustó saber que quería apostar y arriesgar por aquella dulce pelirroja que sin duda alguna le había robado el corazón.

—Antes de que me digas nada… —Wallace levantó las manos para que lo dejase hablar, y cuando se dio cuenta de que mi boca se había abierto para decir algo más—. Quiero que sepas que voy a hacer las cosas lo mejor posible con ella. Quiero ir despacio. No quiero apresurarme. Me gusta mucho y no quiero espantarla de mi lado, por alguna cagada de las mías —dijo del tirón, y en un nuevo ataque de sinceridad.

—Te cuidado Wallace… —le advertí.

Me preocupaba que pudiera meterse en algún lío por un tema de amores. Pero su cara transmitía tanta seguridad al hablarme de lo que sentía, que supe que a pesar de todo tenía que estar a su lado y de su parte.

—Lo tendré —me aseguró.

Le palmeé un hombro para que se tranquilizase, y le tendí una botella de agua para que bebiera. Algo me decía que tenía la garganta seca. Me había dado cuenta de que su nuez se desplazaba arriba y abajo por su garganta de manera rápida e inquieta.

—La cagarás, seguro —bromeé. —Wallace frunció el ceño—. A ver, Wallace, es inevitable cagarla. Pero algo me dice que esta vez cuando lo hagas, intentaras por todos los medios poner remedio a esa cagada —concluí.

—Gracias amigo. Es una suerte tenerte en mi vida. Y Sully es muy afortunada por tenerte también. Espero de corazón que lo vuestro salga bien. Después de escuchar todo lo que me has contado, los dos merecéis que la vida os de la oportunidad de ser felices.

—Puedes creerme si te digo que el afortunado soy yo por teneros a los dos en mi vida —le dije.

Le di un abrazo cariñoso y firme para enfatizar lo que acababa de decirle. Wallace y yo no somos muy dados a hacernos muchas demostraciones de amistad, pero el momento lo merecía.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Igual te digo, Wallace.

Nos despedimos en la puerta del edificio de oficinas media hora después de habernos encontrado. Quedamos en llamarnos para vernos más despacio y tomarnos algo de manera más tranquila y relajada.

—¿Qué te parece si cenamos juntos en el bar de Holly el viernes? —propuso él.

Enarqué una ceja ante su proposición. Wallace el exquisito, y snob había sucumbido a los encantos de aquel bar de barrio.

—Me parece perfecto. Lo hablamos —contesté ya subido en la moto y abrochándome la cazadora de cuero.

Wallace levantó una mano para despedirse, cuando ya cruzaba la puerta para entrar en el edifico, le respondí con el mismo gesto y con un acelerón de la moto.

—Macarra —me gritó.

Le mostré el dedo corazón.

Sully

«¡¡¡AAAAHHHH!!!»

Gritaron Rachel y Mía al unísono y después de escuchar que Alex y yo nos habíamos besado durante horas y que también habíamos pasado la noche juntos. Mía además acompañó su chillido tocando las palmas emocionada por lo que les acababa de contar.

Me tapé los oídos, ese sonido que me pareció tan estridente. Tenía la cabeza embotada por todo lo vivido la noche anterior, y también por todo lo sucedido durante el día en el hospital. Firmar el contrato que me elevaba a la categoría de Jefa del Servicio de Trasplantes del hospital, ha sido uno de los momentos más importantes que he experimentado en mi vida profesional y también personal. Ese contrato era, por entonces, el culmen a la carrera de obstáculos a la que me había enfrentado a lo largo de mis treinta y seis años de vida. Demasiadas emociones en tan poco intervalo de tiempo.

Estábamos en el salón de mi casa, celebrando el CONCLAVE que yo misma había convocado para intentar averiguar qué era lo que le estaba ocurriendo a Mía. Sin embargo el centro de la conversación, en ese momento, giraba alrededor de lo ocurrido la noche anterior entre Alex y yo. Algo que sabía que sucedería tras anunciar por el grupo de LAS SUPERTRES que iba a cenar con él.

—¿Y cómo es en la cama? —me preguntó Rachel sin andarse con rodeos.

Se llevó un trozo de empanada de calabaza a la boca, y después se chupó los dedos, uno a uno. Lo de utilizar cubiertos y servilleta no va demasiado con Rachel. Mia arrugó la boca como desaprobación ante su gesto, y resopló molesta por la pregunta de Rachel. O tal vez fue al contrario. No lo sé. Me atreví a hacer lo mismo, me refiero a lo de resoplar por la pregunta indiscreta de Rachel. A sus modales estoy más que acostumbrada.

—No nos acostamos —contesté muy bajito.

—¡¿Qué?! —gritó Rachel.

Chasqueé la lengua y le dije una vez más que no nos habíamos acostado.

—Te he escuchado perfectamente —gritó Rachel de nuevo—. No hace falta que me lo repitas —me advirtió.

No me quedó más remedio que volver a taparme los oídos a causa de sus gritos. Tenía la cabeza como un bombo.

—Déjala que hable —le exigió Mía

Le dio un manotazo en una de sus piernas.

Le agradecí que intercediera por mí para que así pudiera explicarles por qué a pesar de haber compartido cama no habíamos mantenido sexo. No tenía porque darles ningún tipo de explicación, pero creí que debía hacerlo para que entendieran el porqué.

La noche anterior no había sido la más indicada para acostarnos. La noche anterior Alex y yo estábamos demasiado rotos y vulnerables después de hacernos tantas confesiones. Esa noche lo único que Alex y yo habíamos necesitado era besarnos y abrazarnos para saber lo que el uno sentía por el otro.

Nos demostrados amor de la manera más inocente que se puede hacer.

No habíamos necesitado rendirnos al placer carnal para saber lo que ambos sentíamos. No habíamos mantenido sexo. Pero Alex y yo habíamos hecho el amor de otro modo.

Éramos dos almas que por fin se habían encontrado después de vagar perdidas durante mucho tiempo. Demasiado tiempo quizás.

—Pues entonces no te gusta y tú no lo gustas a él —resolvió Rachel totalmente convencida de su respuesta.

—Somos dos personas adultas que han pasado... —hice una pausa y rectifiqué—. Somos dos personas adultas qué están pasando por un momento duro, difícil y delicado. Y además que no todo tiene porque terminar en sexo —le aclaré basta enfadada.

»Somos dos personas rotas que han descubierto que tal vez puedan recomponerse gracias a la otra.

Bebí un poco de zumo de frutas. Había decidido no beber cerveza esa noche. Me dolía la cabeza, y al día siguiente debía trabajar, y algo me decía que en el hospital precisamente ese día no iba a ser fácil.

Mi paciente recién trasplantado seguía empeorando, y la idea de hacer un nuevo trasplante de corazón era más que inminente. Por lo

que debía mantenerme alerta, y tener todos y cada uno de los sentidos despejados para poder salvar la vida de aquel hombre.

Mis pacientes siempre me han importado y tal vez me involucro demasiado en cada caso. En ciertas ocasiones, más de lo que debería. Pero desde que supe que Alex estaba trasplantado de corazón, reconozco que me volví mucho más vulnerable ante ese caso que se había convertido en prioritario.

Rachel se llevó el botellín de cerveza a la boca y dio un largo trago.

–Lo que tú digas —masculló entre dientes y mientras bebía.

Mía agitó la cabeza en señal de desaprobación por el comentario de Rachel, y yo me limité a emitir un resoplido. No podría decir si lo hice como respuesta a su comentario, o porque simple y sencillamente estaba cansada, o tal vez por las dos cosas.

—Pues yo perdonad que os diga, pero es que no acabo de entender que si entre vosotros existe esa atracción de la que, por cierto, todos hemos sido testigos, no terminarías la noche teniendo sexo —insistió de nuevo Rachel sobre el tema.

—Pues a mí me parece un acto precioso —confesó Mia emocionada.

Se limpió las mejillas con dos manotazos y casi a escondidas. Estaba llorando.

—¿Estás llorando? —cuestionó Rachel con cierto sarcasmo. Después soltó un ¡¡JA!! Que me pareció que sonaba con algo de burla.

—Son dos corazones rotos. Y se han encontrado para volver a recomponerse. Es tan... bonito… es tan… romántico… —sollozó Mía, una vez más.

Me giré para mirarla y después me acerqué a ella. Apoyé mi cabeza en uno de sus hombros, y ella apoyó la suya sobre la mía en un acto de cariño hacia mí.

Adoro a mi amiga. Es tan tierna, tan dulce, tan buena y tan… romántica.

Rachel lanzó un resoplido. Y después se estableció un silencio extraño entre nosotras, que se vio interrumpido por los sollozos de Mia.

—Eh, oye… Lo siento. Si te he hecho sentir mal —se disculpó

Rachel.

—No es eso… es… solo… —tartamudeó Mía entre hipidos.

—¿Está todo bien? —le pregunté preocupada.

—Sí… No… No lo sé.

Mia se limpió de nuevo las lágrimas que de nuevo recorrían sus mejillas.

—Perdona que te diga. Pero tú no estás bien —le recriminó Rachel.

—Si lo estoy. Es solo que tengo las hormonas muy revolucionadas.

—¡¡PUTA REGLA!! —protestó Rachel.

Solté una carcajada ante aquella expresión tan espontánea y tan suya, y de camino a la cocina para servir el postre. Desde allí escuché a Mia romper en un llanto desgarrador y doloroso.

Duele mucho escuchar a una amiga llorar de ese modo.

65
Sully

—Madre mía. ¿Pero ahora qué es lo que te pasa? —le inquirió Rachel entre enfadada y asombrada.

Regresé al salón con una bandeja en la que llevaba tres cuencos en los que había servido unas manzanas troceadas, un poco de queso también troceado y unas nueces. Creo que no había terminado de dejar la bandeja sobre la mesa, cuando Mía se levantó despavorida y llevándose las manos a la boca para sujetarse las arcadas, y su cuerpo convulsionaba por culpa de ellas.

Mis alarmas como médico se dispararon al instante, y las de Rachel como mujer también.

—Está preñada —exclamó Rachel, y dando de ese modo voz a mis propios pensamientos.

Corrí tras Mía y aporreé la puerta del baño. Se había encerrado en él con pestillo incluido.

—Abre Mía —le exigí.

Aporreé la puerta con los nudillos, tras ella podía escuchar las arcadas de Mía, así que esperé impaciente a dejar de escucharlas antes de seguir insistiendo para que me abriera.

—Puedo echarla debajo de una patada. No hace falta que te recuerde que soy bombero —me aclaró Rachel, cruzada de brazos a mi lado y con una actitud bastante ruda.

No me cabía ninguna duda de que podía hacerlo, pero no creí que fuese necesario llegar a aquellos extremos. Estaba segura de que Mía abriría la puerta en cuanto dejara de vomitar.

Rachel y yo nos pusimos en alerta cuando al fin escuchamos la cisterna y también el agua del grifo correr. Nos separamos de la puerta. Ambas habíamos pegado nuestras cabezas a ella, para poder escuchar con mayor precisión todo lo que estaba ocurriendo en el interior de mi baño.

Mía abrió. Su cara estaba pálida y su pelo alborotado.

—Debe haberme sentado algo mal —se justificó ante su estampida.

—Y yo me acabo de caer de un quinto piso —respondió Rachel.

La agarró de un abrazo y tiró de ella para llevarla casi arrastras hasta el salón. Las seguí sin decir nada. No quería agobiar a Mía, si tenía algo que contarnos lo haría. Somos amigas desde hacía muchos años y nunca nos hemos ocultado nada. Mia se dejó caer sobre el sofá. Rachel se sentó a un lado y yo me senté al otro.

–¿Hay algo que quieras contarnos, Mia? —le pregunté sin ejercer demasiada presión sobre ella.

Rachel se giró hacia Mía y subió las piernas hasta el sofá. Imité su gesto.

–¿Podrías llevarte los cuencos con el queso hasta la cocina? —me suplicó Mia—. Os juro que si siguen delante volveré a vomitar.

Arrugó la nariz y puso cara de asco.

–Pero si te encanta el queso —observó Rachel.

–Me encantaba —dijo Mía.

Se sujetó otra arcada.

Me levanté como un rayo del sofá, y retiré los tres cuencos lo más rápido que pude. Los llevé de nuevo hasta la cocina, y de paso llené un vaso de agua para Mía. Me dio las gracias cuando se lo tendí, y después de lo bebió de un solo trago.

–Habla —le exigió Rachel. Le dio un manotazo en un brazo para apremiarla a que lo hiciera.

Mía se quejó, y después se llevó un pepinillo a la boca. Pepinillos, que por cierto debo aclarar, que ella misma se había encargado de llevar.

–Estoy… —tomó aire—. Estoy embarazada.

Mia agachó la cabeza y fijó la mirada en los dedos que retorcía sobre su regazo.

–¡¡HOSTIAS!! —exclamó Rachel.

–¡¿CÓMO?! —grité yo.

–No creo que a estas alturas de la vida, vayamos a tener que explicarte como se queda una mujer embarazada —protestó Rachel haciendo referencia a mi pregunta.

Le di una colleja y después centré mi atención en Mía. No hizo falta que hiciésemos ni una sola pregunta más para que ella nos diera todas las respuestas que queríamos, necesitábamos y exigíamos saber, con

nuestras miradas clavadas sobre ella.

—Lo he sabido esta mañana —nos confesó.

Se encogió de hombros y agachó la cabeza. Se había hecho la prueba de embarazo tras varios días de retraso en su regla, y por el malestar general que la acompañaba sobre todo por las mañanas.

—¿Y el padre es...?

—Rachel… —le recriminé.

La pregunta de nuestra amiga estaba fuera de lugar. Yo no tenía ninguna duda de que el padre de la criatura era el imbécil, el impresentable y todos los insultos que se os ocurran, de Max.

—Yo que sé. Podría ser del Espíritu Santo, dicen que tiene un pito muy grande. Mira la que el lió a la Virgen María.

Ahogué una carcajada. Hay que reconocer que Rachel tiene bastante gracia en ciertas ocasiones, aunque a veces no sean las más apropiadas.

Rachel se encogió de hombros, como si su explicación fuese de lo más coherente. Apoyó la espalda en el respaldo del sofá, y se cruzó de brazos. Luego esperó a que Mía respondiera.

—Solo me acuesto con Max —se defendió. Como si hacerlo para ella fuese necesario.

LAS SUPERTRES, nunca nos hemos pedido explicaciones las unas a las otras sobre nuestras vidas íntimas. No lo hacemos porque no es necesario. Las tres nos contamos con pelos y señales nuestros secretos más inconfesables. Por eso Mía y Rachel, por aquel entonces, estaban al corriente de que yo no había vuelto a mantener relaciones íntimas con ningún hombre desde el accidente de Josh.

Mía y yo estábamos al tanto, y lo seguimos estando, de la activa vida sexual que Rachel y Taylor mantenían y mantienen, y muy a pesar nuestro.

Y Rachel y yo sabíamos que Mía y el imbécil de Max se acostaban dos veces por semana. Martes y jueves para ser más concretos.

En fin volvamos al embarazo de Mía. Algo que por cierto nos cayó como un jarro de agua fría tanto a Rachel como a mí. Mía como ya iréis comprobando es bastante controladora, y muy metódica con todos los aspectos de su vida.

—Tenía entendido que tomabas anticonceptivos —le dije.

—Los tomo. Pero algo debe haber fallado.

Como sabéis el anticonceptivo oral no te exime al cien por cien de un embarazo. Por lo que se recomienda, que para evitar un embarazo no deseado, hacer también uso de otros métodos anticonceptivos. También es sabido por todas, que su eficacia se puede ver reducida por la ingesta de otros medicamentos puntuales y también tras sufrir un proceso de vómitos o diarreas. Y por supuesto el olvido de alguna de las tomas diarias.

Mía no recordaba haber pasado por ninguna de las premisas que acabo de enumerar y que también le enumeré a ella en su momento.

—Ves como no son suficientes —dijo de repente Rachel—. Y tú llamándome exagerada.

Rachel comenzó a defender su teoría de tomar precauciones extremas para no quedarse embarazada. Puse los ojos en blanco. Si ella seguía haciendo preguntas, y rebatiendo cualquier cosa que Mía o yo dijésemos, la conversación se alargaría mucho más de lo que debería.

—¿A qué se refiere? —pregunto Mía sobre lo que acababa de decir Rachel.

Le dije que era un asunto entre Rachel y Taylor y que no se preocupara, que lo importante en esos momentos eran ella y su situación.

—Ya te contaré —le anunció Rachel—. Solo te adelanto que a mi santo esposo se le ha despertado el instinto paternal justo ahora, cuando ha empezado su crisis de los cuarenta.

Mía la miró con sus enormes ojos verdes muy abiertos e hizo un amago de sonrisa.

—Ya ves, a unos les da por liarse con jovencitas, y al mío le ha dado por ser padre. –Rachel hizo un ademán con una mano como protesta, y después masculló entre dientes—: Hombres.

Le pedí con un gesto que por favor dejara su diatriba sobre la crisis de los cuarenta de su marido para otro momento, y que nos centrásemos en Mía y su “problema”.

—¿Qué ha dicho Max? —continué con mi ronda de preguntas.

Era el único modo de hacer hablar a Mía. Estaba como bloqueada. Su verborrea natural y espontánea había desaparecido. Subió los pies al sofá, se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas.

—No se lo he dicho y no voy a hacerlo por el momento —respondió.

Rachel bromeó de nuevo, alegando que si pensaba hacerlo cuando la cabeza del bebé ya estuviese fuera, o si bien esperaría a hablarle de su hijo cuando tuviera que pagar la matrícula de la universidad. Le reproché una vez más su sarcasmo.

Mía no iba decirle nada a Max por el momento, porque no estaba segura de querer seguir adelante con el embarazo.

—Necesito asimilarlo y después pensaré que hago.

Le recordé que en este caso el tiempo apremiaba y que jugaba en su contra si finalmente decidía llevar a cabo un aborto.

—Lo sé.

—Da igual la decisión que tomes. Nosotras estaremos a tu lado —la consolé.

Le acaricié el pelo y besé su cabeza. Rachel le besó un hombro.

—Seremos las mejores tías del mundo —añadió Rachel.

Colocó una mano sobre el vientre de Mía, yo lo hice sobre la suya y Mía sobre la mía. En ese momento supe que ese niño o niña vendría al mundo. Lo haría con un padre o sin él. Pero eso daba igual, porque nos tendría a nosotras. Tendría a LAS SUPERTRES.

66
Sully

Mía pareció relajarse tras confesarnos su secreto, y nos fuimos a la cama con nuestros maravillosos camisones iguales. Mía los había comprado hacía algún tiempo para lucirlos en nuestras particulares reuniones. Armadas con tres cucharas soperas, y dispuestas a devorar una tarrina de medio litro de helado de chocolate y pistacho. Con ese ritual dábamos siempre por terminado el CONCLAVE. Nos metimos las tres en la cama, nos dimos las buenas noches y nos repartimos besos a diestro y siniestro.

—No podría tener mejores amigas —farfulló Mía, antes de dejarse acoger por los brazos de Morfeo.

Fue la primera en dormirse. La tensión que había acumulado durante todo el día, hasta que nos contó la buena nueva, o lo que fuera y las horas de llanto, habían actuado como un relajante natural.

Pero aún nos quedaba una sorpresa, al menos para mí y que fue bien recibida por mis amigas.

Salí de la cama para ir al baño. Nada más entrar en él Rachel comenzó a aporrear la puerta.

—Es Alex. Es Alex. Tienes un mensaje de Alex —me gritó desde el otro lado.

Abrí la puerta sin ni siquiera subirme las bragas para arrebatarle el teléfono. No me fiaba lo más mínimo de que Rachel no fuese a abrir el mensaje.

—Quieta loba —gritó.

Levantó la mano con la que sujetaba mi teléfono, y yo di un salto para quitárselo. A las dos nos entraron las risas.

—Dios, estoy por hacerte una foto y enviársela. Estás de lo más sexy con las bragas en los tobillos —me advirtió Rachel.

Volví a saltar y por fin conseguí arrebatarle el teléfono las manos. Me encerré de nuevo en el baño. Me senté sobre el inodoro para leer el mensaje de Alex.

Mis sábanas siguen oliendo a ti.

Ojalá estuvieras aquí conmigo.
Te echo de menos.
Alex □

Me llevé el teléfono al pecho, y lo abracé mientras esbozaba una sonrisa bobalicona. Me llevé uno de mis dedos índices hasta la boca y le escribí la respuesta.

Tú al menos estás acompañado por mi olor.
Yo también te echo de menos.
Lástima que mis sábanas no tengan tu olor impregnado.
Sully □

Su respuesta no se hizo esperar.

Eso tiene fácil solución.
Si quieres, puedo ir a tu casa.
Alex □

Solté una carcajada al leer su nuevo mensaje. Había sido directo y sincero. Si hubiese estado sola le habría dicho que viniera lo antes posible.

Me temo que esta noche será imposible.
Ya tengo compañía. Sully □

Esperé una nueva respuesta suya, pero no llegó. Me levanté del inodoro, salí del baño y regresé a la cama con Rachel y Mía, ésta última estaba protestando porque Rachel la había despertado. El teléfono vibró sobre la mesita de noche.

Perdona.
No quería molestarte y tampoco interrumpir nada.
Pásalo bien.
Nos vemos mañana.
Alex

Un mensaje seco, frío y sin emoticono final.

—Creo que acabo de fastidiarla —exclamé.

No era mi intención darle voz a mis pensamientos, pero sin embargo lo había hecho.

—¿Qué has hecho? —inquirió Rachel.

—Creo que meter la pata hasta el fondo —reconocí.

Mía me dio un tirón del teléfono y abrió la aplicación de mensajería para leer los mensajes que Alex y yo nos habíamos intercambiado.

¡¡Viva la intimidad!!

—Pobrecito. Debe haber pensado que estás con otro.

Mia hizo un amago de llorar.

—Ay, no, joder. No llores otra vez —protestó Rachel.

Le dio un tirón del teléfono para leer ella también los mensajes.

¿Dónde coño estaba mi privacidad?

—Tumbaos las dos —nos exigió Rachel a Mia y a mí, al tiempo que ella lo hacía sobre los almohadones de la cama. Cuando las tres estuvimos colocadas boca arriba, Rachel levantó el teléfono y lo colocó para hacernos un *selfie*.

—Envíasela —me exigió.

—Déjame verla primero —me pidió Mía—. Debo de tener una cara horrible.

—Estás preciosa —le aclaré.

—Estamos monísimas las tres con el mismo camisón —observó Mia divertida y animada tras dar su aprobación para enviarle la foto a Alex.

Junto a la fotografía, adjunté un breve mensaje para Alex.

Reunión urgente de chicas.
Mañana te cuento.
Sully

Su respuesta llegó de inmediato.

Nos vemos a las siete y media en el puesto de Jo.
Espero que la urgencia y esa reunión, no tengan nada que ver conmigo.
Pasadlo bien.
Alex

Leí el mensaje en alto para que Rachel y Mía pudieran escucharlo.

—Pobrecito. Debe estar angustiado pensando en que estamos hablando de él —aclaró Mía.

—Vamos a hacerle sufrir un poco —dijo Rachel.

Me quitó el teléfono de las manos. Tecleó unos segundos y después me lo lanzó.

Debes de tener las orejas ardiendo
y un pitido incesante, acribillándote los oídos.
Por cierto soy Rachel

La madre que la parió.

—Eres lo peor —farfullé.

67
Sully

Conseguí encontrar mi teléfono entre las sábanas y el lío de piernas y brazos que había en mi cama.

Di un resoplido al ver que eran poco más de las cinco de la madrugada. Y me incorporé de inmediato al ver que el número que aparecía en la pantalla era el del hospital.

—Doctora Sullivan —respondí con la voz pastosa por el sueño.

—Soy Randal. Tenemos un corazón.

Corté la llamada. No necesitaba escuchar nada más. Me vestí a toda prisa, y salí por la puerta de casa como alma que lleva al diablo. Llamé a Alex mientras bajaba por las escaleras, saltando de dos en dos lo peldaños, para llegar a la calle. Pensé que lo que estaba a punto de ocurrir sería el broche de oro para el reportaje que estaba haciendo sobre mí.

—¿Cuánto tardas desde tú casa al hospital? —le pregunté ya subida en el coche.

—Veinte minutos como mucho —me contestó contrariado.

—Que sean diez —le exigí.

Corté la llamada sin más explicaciones y conduje por las solitarias calles de Seattle a toda prisa.

Alex

Llegué al hospital quince minutos después de recibir la llamada de Sully. Me esperaba en la puerta vestida con el pijama del hospital y un cortaviento con el anagrama del VIRGINIA MASON HOSPITAL. Junto a ella estaba Randal vestido de igual manera que Sully.

—¿Alguien va a explicarme que hacemos aquí antes de las seis de la mañana? —pregunté a modo de saludo y con el ceño fruncido.

—Te lo explico en el helicóptero de camino a Washington —dijo Sully.

Entramos en el hospital y nos dirigimos hacia la zona los ascensores. Randal y yo seguimos sus pasos, pero de repente el joven residente desapareció como por arte de magia, y antes de que el ascensor llegara a la planta baja apareció de nuevo junto a mí con vaso de de café descafeinado y un cortavientos exactamente igual al que Sully y él llevaban puesto. Me tendió ambas cosas.

—Mantenme informada de todo —le indicó Sully antes de que las puertas del ascensor se cerraran con ella y conmigo dentro.

El ascensor nos dejó en la última planta del hospital y desde allí y a pie por unas escaleras llegamos a la azotea del edificio. En ella acababa de aterrizar un helicóptero de emergencias sanitarias.

—¿Has viajado alguna vez en helicóptero? —me gritó Sully para hacerse oír sobre el sonido ensordecedor que emitían las hélices y el motor.

Levanté un pulgar para indicarle que así era.

Me encorvé un poco. Me protegí la cabeza con una mano, y seguí una vez más los pasos de Sully hasta subir al helicóptero. El piloto nos saludó nada más entrar. Nos indicó donde sentarnos, y nos pidió que nos colocáramos los cascos con micrófono incorporado, para poder comunicarnos.

—Doctora Sullivan. Me alegro de verla de nuevo —dijo el piloto a través de su micrófono.

—Yo también me alegro de volver a verte —respondió Sully.

Levantó los pulgares a modo de saludo.

—El tiempo estimado de llegada a Washington es de unas cinco

horas aproximadamente. Pónganse cómodos —habló de nuevo el piloto, y mientras comenzaba las maniobras de despegue.

Di un respingo cuando el helicóptero se inclinó hacia atrás para despegar. Debo reconocer que aunque soy más grande que un castillo, eso es aparatos me imponen particularmente. Por mi trabajo he subido a muchos de ellos, pero no he conseguido superar el miedo atroz que despiertan en mí.

Sully soltó una risita al ver darse cuenta de mi sobresalto, era la primera vez que sonreía desde que nos habíamos encontrado en la puerta del hospital hacía poco más de media hora. Cuando el aparato ya estaba estabilizado en el aire, y a la altura correspondiente Sully abrió su micrófono para hablar de nuevo con el piloto.

—Te presento a Alex O´Connor. Es periodista y está haciendo un reportaje sobre el Servicio de Trasplantes del Hospital. ¿Te importa qué tome algunas fotografías del interior del helicóptero? —le preguntó.

Se giró hacia mí y me guiñó un ojo.

—Encantado Alex. Puedes hacer todas las fotografías que quieras —dijo el piloto.

Le di las gracias. Saqué la cámara de fotos de la mochila, y la preparé. Pero antes necesitaba saber por qué nos dirigíamos a Washington a esas horas de la mañana. Abrí mi micrófono para hablar con Sully.

—¿Puedes contarme ya qué hacemos camino de Washington? —inquirí con cierta intranquilidad.

—Vamos a por un corazón para mi paciente. He pensado que te gustaría hacer un reportaje completo de todo el proceso, y por eso te he llamado —contestó con satisfacción.

Me erguí a causa del orgullo que aquellas palabras habían causado en mí. No solo por el hecho de ser testigo directo de algo tan extraordinario como aquello, sino también porque ella hubiese pensado en mí en ese momento en el que todo eran toma de decisiones rápidas, y sin cometer errores. Y entre esas decisiones que había tomado, creyó oportuno llamarme para que la acompañara.

—Joder. Muchas gracias.

Le tomé una mano y se la apreté con fuerza para enfatizar mi agradecimiento. Ella giró la suya para colocar la palma de su mano bajo la mía. Entrelacé nuestros dedos. Sully me miró y me regaló una sonrisa. Una vez más admiré los dos hoyuelos que se le forman a ambos lados de los labios. Unos labios que hacía tan solo unos días había besado y me habían besado. Quise hacerlo de nuevo pero no era el momento.

Mientras yo tomaba fotos del interior del helicóptero, Sully trasteaba con su teléfono móvil y una tablet, supuse que comprobando información sobre su paciente en Seattle y sobre el donante de Washington.

—Acaban de concederme el permiso para que puedas entrar a la extracción del órgano —se dirigió a mí a través del micrófono—. Supongo que decirles que el periodista que me acompaña es A. O ´Connor ha hecho que no duden en hacerlo.

No sé qué cara debió de quedárseme al escuchar aquello. Lo cierto es que no debió de ser muy buena porque Sully me preguntó si me encontraba bien. Asentí un par de veces y levanté un pulgar.

—Tal vez me he precipitado y no quieras hacerlo.

Su voz sonó casi a disculpa.

—No, no. No es eso. Claro que quiero hacerlo. Solo…

Me quedé en silencio y decidí no continuar hablando. Fijé la mirada en el exterior y dejé que mi mente volara entre las nubes que íbamos sobrevolando. Cómo decirle que si quería hacerlo, pero que no sabía si estaba preparado para vivir aquello.

Yo mismo había pasado por el proceso de recibir un corazón de otra persona hacía casi cuatro años, y no sabía si iba a ser capaz de aguantar aquello sin emocionarme o sin sentirme mal. No sería la primera vez que me sentiría de ese modo al pensar que alguien había tenido que morir para que yo pudiese salvarme.

Qué alguien había dejado atrás una vida para que yo continuara adelante con la mía.

Qué alguien había dejado aquí a una familia, tal vez mujer e hijos, para que yo pudiera formar la mía.

—No tienes porque hacerlo —insistió Sully al percatarse de mi

silencio.

—¿Alguna vez te has preguntado quién tendrá el corazón de Josh?

Me arrepentí de hacer esa pregunta nada más hacerla.

Semanas después sabría que hay preguntas que nunca deben hacerse y respuestas que es mejor no saber.

Sabía que Sully había donado todos los órganos de Josh, tras haber certificado su muerte cerebral. Ella misma me lo había contado la noche en la que habíamos abiertos nuestros corazones en canal para mostrárselos al otro. Noté como el cuerpo de Sully se tensaba. El mío reaccionó del mismo modo.

—Perdóname –le supliqué—. No he debido hacerte esa pregunta —añadí con cierto disgusto.

Observé como el pecho de Sully se retraía para inhalar una bocanada de aire. La contuvo en sus pulmones y después la expulsó lentamente con los ojos cerrados. Su pecho se expandió y pareció relajarse.

—Cada día —respondió de manera escueta y concisa—. Pero no solo me pregunto quién será la persona que hace latir su corazón. Si no también quién respira gracias a sus pulmones. O como verá, los colores, las flores, los amaneceres, los atardeceres, la persona que recibió sus corneas.

Volvió a respirar de manera profunda y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Lo hizo como si estuviese buscando refugio en mí. Como si yo tuviera las respuestas a todas esas preguntas que ella se hacía cada día. Besé su pelo. Cerré los ojos y me empapé de ella.

De Sully.

Me sentí el hombre más afortunado del mundo por poder tenerla a mi lado, y por poder sentir todo lo que sentía hacia a ella. Le di las gracias a quien fuera la persona que me había donado el corazón, y sentí una especie de pena hacia a Josh por verse privado de ella. De Sully.

—En veinte minutos llegaremos al HOSPITAL CENTER DE WASHINGTON —nos anunció el piloto—. Lo tienen todo preparado para cuando lleguemos.

Sully retiró la cabeza de mi hombro e irguió los suyos sobre el

respaldo de su asiento. Me miró de soslayo y se humedeció los labios nerviosamente. Luego se frotó las manos sobre las piernas, y tragó saliva. Intuí que esos gestos nerviosos no eran precisamente por todo lo que se avecinaba en cuanto aterrizáramos en el helipuerto del hospital. No tenía ninguna duda de que a lo largo de su carrera ya había vivido esta misma situación en más de una ocasión.

–¿Alguna vez has querido saber quien fue la persona que perdió la vida para salvar la tuya? —me pregunto de seguido. Con la cabeza inclinada hacia el suelo, y los ojos clavados en algún punto fijo que solo ella podía ver.

–Hace tiempo que no me castigo con eso —confesé casi avergonzado por decir aquello.

Mi respuesta sonó un tanto cruel, o al menos así me lo había parecido a mí.

Hubo un tiempo en el cual no podía pensar en otra cosa. Según mi terapeuta es algo bastante normal hacerlo, en pacientes trasplantados, sobre todo al principio de todo. Incluso llegó a aconsejarme conocer a la familia del donante. En Estados Unidos es algo que puede hacerse. Pero nunca me había sentido, lo suficientemente, preparado como para enfrentarme a ese momento.

Me preguntaba cada día por ¿cómo sería su vida antes de morir?

¿Cómo habría muerto?

¿Qué le habría llevado a tomar la decisión de donar sus órganos?

¿Si tendría mujer e hijos? Y ¿cómo se sentirían ellos tras la pérdida de un marido y un padre?

¿Qué harían sus amigos sin él?

¿Si sus compañeros de trabajo le echarían de meno?

E incluso en más de una ocasión me había sorprendido imaginándome su funeral.

–No has contestado a mi pregunta —protestó Sully.

–Sí. Sí, quise saber quién era esa persona —lancé un suspiro–. Pero Wallace, y el miedo a mi reacción hicieron que me quitara aquella idea de la cabeza.

–Vaya —exclamó Sully.

—Pero me gustaría darle las gracias a la familia por hacer un acto tan generoso. Nada más —añadí encogiéndome de hombros.

Volví a tensarme cuando el helicóptero inició las maniobras de aterrizaje. Si el momento del despegue lo había llevado mal, el que estábamos viviendo en ese instante era una auténtica pesadilla. Contuve un grito cobarde, mordiéndome con fuerza el labio inferior, cuando el aparato se inclinó de manera brusca para tomar tierra. Creo que de haber estado viviendo aquello en otro momento menos tenso, me habría arrodillado nada más pisar tierra firme para besar el suelo, tal y como hace el Papa.

Corrí tras Sully hacia la puerta de la azotea que nos llevaba al interior del edificio. Junto al ascensor nos esperaba un residente que nos acompañó hasta los quirófanos para comenzar con el primer paso del proceso de trasplante. La extracción del órgano.

Me pregunté si allí sabrían que Sully escuchaba a Elvis mientras operaba. Mi pregunta obtuvo respuesta nada más llegar al quirófano donde iba a producirse la operación.

“Suspicius Mind” sonaba cuando Sully cruzó la puerta. Entré detrás ella, y me coloqué en el lugar que me indicó el residente para poder fotografiar con todo detalle lo que allí estaba a punto de ocurrir.

69
Alex

Llegamos a Seattle a eso de las seis de la tarde. Lo hicimos cansados. El día había comenzado demasiado pronto y la adrenalina que nos invadía desde el inicio del día seguía acompañándonos. Sully bajó a toda prisa del helicóptero, con la nevera que portaba el corazón y se la entregó a Randal. Yo bajé detrás de ella.

Los tres corrimos por la azotea hasta llegar a las escaleras que nos llevarían al ascensor. Una vez dentro de él, Randal puso al corriente a Sully, sobre todo lo concerniente al paciente que esperaba el corazón.

Randal volvió a correr nada más salir del ascensor, dirigiendo sus pasos hacia la zona de quirófanos. Sully hizo el amago de seguirle, pero sorprendentemente se giró hacia mí y me besó en los labios. Quise retenerla y profundizar ese beso con sabor a manzanas caramelizadas, pero cuando fui a hacerlo y tras abrir los ojos comprobé que ella ya había desaparecido de mi vista. Su silueta se había esfumado, tras atravesar las puertas abatibles que la llevaban camino de salvar una nueva vida.

Me sentí orgulloso de ella. Me sentí orgulloso y afortunado por tenerla en mi vida.

Siguiendo las indicaciones de un joven médico, intuí que era residente de primer o segundo año, llegué hasta la galería habilitada para seguir la operación. A pesar de estar abarrotada, por estudiantes de medicina y también por personal del hospital, pude llegar hasta la primera fila y colocarme frente a la cristalera para poder grabar, y ser testigo directo de aquel milagro que iba a obrarse delante de mí en unos minutos.

Di gracias mentalmente por que existieran personas como Sully. Tan entregadas a su trabajo, y capaces de hacer un viaje de ida y vuelta a Washington, o donde fuera, con tal de salvar una vida. Yo mismo era el resultado de un milagro. Pensé una vez más en la persona que había perdido su vida para devolvérmela a mí.

El Jefe Wilson y el Doctor Spencer estaban sentados muy cerca de donde yo me había colocado. Levanté una mano para saludarlos

después de colocar mi cámara de video, y también comprobar que el objetivo que tenía puesto en la cámara fotográfica era el adecuado para aquello. Hice algunas fotos de prueba para cerciorarme de que así era.

El Jefe Wilson conectó el intercomunicador entre el quirófano y la galería. Saludó a Sully nada más verla entrar. Ella miró hacia arriba e hizo un barrido con los ojos. Detuvo la mirada en el Jefe Wilson, y le saludó con un movimiento de cabeza. Luego hizo lo mismo con el Doctor Spencer. Después fijó sus enormes ojos negros sobre mí, se le achinaron. Así que imaginé su preciosa sonrisa bajo la mascarilla y besé mentalmente sus labios. Le guiñé un ojo cómplice.

—Algo va mal —anunció uno de los residentes que estaba en la galería—. La música ha dejado de sonar —advirtió.

Me retiré de detrás de la cámara y vi como el Jefe Wilson y el Doctor Spencer se levantaban de sus respectivos asientos, y pegaban las frentes al cristal para ver más de cerca que estaba ocurriendo en el quirófano. Estaba tan sumido en hacer mi trabajo, y en no perder ni un solo detalle de la operación, que no me había dado cuenta de que Elvis había dejado de cantar *“Something”*.

Sorteé a los estudiantes que se interponían entre el Jefe, el Doctor y yo, para llegar hasta ellos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Cuando Sully pide que apaguen la música es porque algo no va bien —me aclaró el Jefe.

—Parece que el corazón no late —observó el Doctor Spencer.

Se acercó al interfono para hablar con Sully.

Noté que mi corazón se saltaba un par de latidos al escuchar aquello. No era posible que eso estuviese ocurriendo. Aquel hombre no podía perder otra oportunidad de vivir. Sully había peleado por conseguirle un nuevo corazón, para que pudiera seguir adelante con su vida. No era justo ni para él, ni tampoco para ella, lo que estaba sucediendo.

—Sully… ¿Has realizado masaje? —le preguntó el Doctor Spencer.

Sully asintió como respuesta y sin mirar hacia arriba. Estaba

pendiente de aquel corazón. Que el hombre que estaba tumbado en la camilla viviera dependía de las decisiones que ella estaba tomando.

—Palas.

Se escuchó decir. Distinguí la voz de Sully. Firme. Segura y sin un solo atisbo de duda en lo que acababa de decir.

—Carga a cincuenta. Fuera —ordenó.

Un silencio absoluto se hizo en la galería y también en el quirófano.

Pensé en cómo se estaría sintiendo Sully, en esos momentos, sabiendo que todos y cada uno de nosotros estábamos pendientes de sus movimientos. Quise estar a su lado y abrazarla.

—*Epinefrina* —ordenó de nuevo.

Más silencio.

—Carga a cincuenta. Otra vez. Fuera.

Pum pum.

Pum pum.

Pum pum…

El quirófano y la galería rompieron en aplausos cuando todos escuchamos los latidos de aquel corazón tan fuerte y con tantas ganas de seguir viviendo.

“Something in the way she moves…” comenzó a cantar Elvis de nuevo.

—Sí, joder —grité.

Alcé los puños en alto, y solté en una bocanada todo el aire que había retenido en los pulmones. Luego levanté los pulgares hacia arriba, cuando Sully alzó la vista hacia la galería, tras saludar a su equipo y devolverles los aplausos. Me sentía tan orgulloso de ella, y estaba tan bonita con aquellos ojos llenos de satisfacción.

Conseguí llegar a la puerta del quirófano antes de que ella saliese de él. Quería que me encontrara allí. Quería ser la primera persona a la que viese nada más atravesar las puertas abatibles. La carrera y el sofoco habían merecido la pena cuando al verme saltó sobre mí. Enroscó las piernas alrededor de mi cintura y hundió la cabeza en el hueco que se había formado entre mi cuello y mi hombro.

Le acaricié la espalda.

—Creí que iba a perderlo —me confesó entre sollozos.

—Pero no lo has hecho —la tranquilicé—. Has estado maravillosa.

Después la besé como se merecía, con ansia, con anhelo, con dulzura, con cariño. Y reprimí las ganas de decirle «TE QUIERO» profundizando aquel beso. Le abrí la boca con mi lengua y la enredé con la suya.

«TE QUIERO», le dije mentalmente.

¿Cómo era posible querer a alguien del modo en que yo quería a Sully sin apenas conocerla?

¿Y cómo había sido posible vivir sin ella durante todo este tiempo?

—No te vayas nunca —me pidió.

—No me dejes ir —le pedí.

70
Sully

Al día siguiente me desperté entre los brazos de Alex. Si alguien me hubiese preguntado, en ese mismo instante, cómo había llegado hasta mi cama la pasada noche. No hubiera sabido responder de una manera exacta.

El día había sido tan intenso y largo, que en esos momentos no era consciente y casi me costaba creer que me encontraba en mi cama y con el hombre del que me había enamorado, sin querer hacerlo y sin pensar que lo haría, rodeando mi cuerpo con sus brazos y sus labios pegados a mi cabeza.

Me giré despacio, para que mi rostro quedara frente al suyo. Inhalé su olor, como si fuese una drogadicta esnifando una raya de coca. ¡Dios! Me había hecho adicta a ese aroma que solo Alex desprendía. Besé sus labios de manera suave y acaricié una de sus mejillas. Alex respondió a mi beso aún dormido, y se removió entre mis brazos con algún que otro gruñido de protesta. Esbocé una sonrisa.

Busqué a tientas mi teléfono móvil, el cual había dejado sobre la mesita de noche, para comprobar que no tenía ninguna llamada desde el hospital.

Tras terminar la operación y comprobar que mi paciente se encontraba estable, tanto el Jefe Wilson como el Doctor Spencer habían insistido en que debía marcharme a casa para descansar. Pasaban más de las doce de la noche cuando ese día, tan largo como intenso, llegaba a su fin. Aunque me negué en un principio a su propuesta, su insistencia y mi cansancio finalmente vencieron por lo que accedí a la sugerencia de descansar en casa. Mi idea inicial era pasar la noche en una de las salas de descanso del hospital, para estar cerca de mi paciente, en caso de que se presentara cualquier contratiempo. Pero estaba demasiado cansada y de nada serviría estar allí si no podía responder al cien por cien en caso de que algo ocurriese. No obstante, advertí que ante cualquier cambio que sufriera mi paciente me lo hicieran saber de manera inmediata.

Tras comprobar que las únicas llamadas que tenía en mi teléfono eran de Rachel y Mía y que tampoco tenía ningún mensaje destacado, a excepción de los acumulados en el grupo de LAS SUPERTRES, dejé el teléfono en el mismo sitio, y me acurruqué entre los brazos de Alex. Antes de hacerlo acaricié su torso desnudo y besé la cicatriz que lo adorna.

Una cicatriz que había visto por primera vez la noche anterior, cuando ambos nos habíamos desnudado con nada más cruzar la puerta de mi casa.

Alex se removió entre mis brazos una vez más. Entreabrió los ojos y me susurró los buenos días. Después me besó nariz.

—Buenos días —respondí en una especie de ronroneo.

—¿Has descansado? —me preguntó con la voz un poco pastosa por el sueño.

Asentí antes de preguntarle si él también lo había hecho.

—He dormido mejor que nunca —me dijo, acariciándome la espalda de arriba abajo y de manera suave.

—Me alegro —dije con mis labios sobre los suyos.

Alex apretó el beso y después lo profundizó. Abrió mi boca con su lengua y dejé que la enredara con la mía. Solté un gemido de placer y él se rió en mi boca al escucharlo. Se separó de mí para colocarse de lado. Apoyó un codo sobre la almohada y la cabeza en la mano, con la otra inició un recorrido por mi torso desnudo, haciendo que me estremeciera con todos y cada uno de sus lentos y deliciosos roces.

—Eres preciosa —susurró.

Acarició mi cara de manera suave y dibujó con sus dedos el contorno de mis ojos y mi nariz. Se recreó al delinear mis labios y yo los humedecí lentamente. Alex jadeó, se abalanzó sobre ellos, y volvió a besarme. Esta vez lo hizo con ansia, con premura, con anhelo. Respondí a aquel beso de manera desesperada.

Me encanta sentir su boca sobre la mía.

Alex se colocó sobre mí con un movimiento ágil, dejándome debajo de él. Entrelazó nuestras manos por encima de mi cabeza y comenzó a moverse frotando su notable erección sobre mi sexo. Me humedecí al

instante. Arqueé la espalda para hacerle saber que estaba preparada para él.

Alex soltó el agarré de una de mis manos, y me acarició lentamente hasta llegar a la altura de la goma de mis braguitas, noté como introducía una mano en ellas para buscar mi sexo palpitante con la mano.

—Cariño —jadeó en mi cuello.

Besé el suyo. Cerré los ojos y busqué su erección en el interior de sus calzoncillos. Él también estaba preparado para mí.

Nos desprendimos de aquellas prendas que se interponían como barreras entre su sexo y el mío, mientras nos besábamos con deseo, con algo de prisa, y con más seguridad que la noche anterior. (Pero lo de la noche anterior os lo contará Alex).

Alex en un nuevo movimiento se giró para quedar debajo de mí y me sentó a horcajadas sobre él.

—Déjame que te vea. Déjame que te mire —me suplicó acariciando mis pechos, haciendo que mis pezones se endurecieran y comenzaran a dolerme de puro placer.

Se incorporó para besarlos primero y lamerlos después. Los acarició y los mimó mientras se movía de manera lenta para rozar su sexo con el mío. Convirtiendo aquel momento en una especie de tortura que yo estaba dispuesta a sufrir.

Acaricié su torso, lo hice de manera diferente cuando mis dedos rozaron aquella cicatriz que cerraba su pecho. Aquella cicatriz que me decía que en el interior de su pecho latía un corazón desbocado que un día había pertenecido a otra persona.

La conversación que habíamos mantenido durante nuestro viaje a Washington se hizo un hueco en mi cabeza. La agité para desechar todas las preguntas que ambos nos habíamos hecho, y concentrarme en el maravilloso momento que estábamos viviendo y disfrutando.

—¿Está todo bien? —cuestionó Alex inquieto al notar que mi cuerpo se tensaba.

Asentí. Esbocé una sonrisa tranquilizadora, y comencé a moverme con él en un ritmo lento y doloroso. Tan lento y doloroso que me hizo

creer que iba a morir de placer si continuaba haciendo aquello. Arqueé mi espalda hacia atrás y dejé escapar un jadeo, pidiendo más… casi a modo de súplica.

Alex volvió a girarnos, con un movimiento certero, para dejarme bajo él una vez más. Me abrió las piernas con las rodillas y comenzó a entrar y salir de mí. Primero lentamente, y después con algo más de prisa. Colocó una mano entre nuestros sexos y buscó mi punto de placer con uno de sus dedos. Volvió a moverse para entrar y salir de mi interior. Una y otra vez. Y otra vez más. Su cuerpo se tensionó en una de sus embestidas. Supe que iba a correrse.

Aceleré mi ritmo para seguir rozando mi sexo con el dedo que lo seguía presionando. Enredé las piernas alrededor de su cuerpo, y le azucé los glúteos con mis pies invitándole de ese modo a que profundizara más.

Quería MÁS.

De Alex siempre quería MÁS…

Alex soltó un gruñido ronco y profundo. Y yo grité su nombre en un jadeo de placer.

Su cuerpo cansado y sudoroso cayó sobre el mío. Lo abracé, besé su hombro y me tragué un “te quiero” junto al nudo que se había formado en mi garganta.

71
Sully

—Voy a echarte de menos —le confesé cuando nos separamos en la calle. Hice un puchero con la boca. Alex lo besó.

—Yo a ti también —reconoció él con sus labios aún pegados a los míos.

Alex había dado por terminado el reportaje que tenía que realizar sobre mí. Tras la experiencia del día anterior y toda la documentación que había recopilado durante el viaje y la operación, pensó que tenía material suficiente para trabajar.

—Nos vemos esta noche —me hizo saber.

Aquello no era una pregunta. Aquello era una afirmación.

—He quedado con Rachel y con Mía en el bar de Holly para tomar algo. Los viernes solemos reunirnos allí después del trabajo.

—Yo he quedado allí con Wallace para cenar.

—¡Vaya! —exclamé.

Me sorprendió que Wallace hubiera accedido a cenar en el bar de Holly. Tenía un concepto sobre él bastante snob y sibarita, por lo que nunca pensé que entre sus planes para un viernes por la noche estuviese el ir a cenar a un bar de barrio como era el de Holly.

—Fue idea suya —me aclaró Alex, al ver mi cara de sorpresa.

No supe que decir ante aquella confesión.

—Ya sabes… —se rascó la ceja izquierda y torció el gesto—. Mía.

Sonrió con picardía y yo lo miré con cara de no saber a qué se refería al decir aquello.

—¡¡Aaaahhhh…!! —dije cuando al fin caí en la cuenta del interés que Mía despertaba en Wallace.

Alex soltó una carcajada y respondí del mismo modo.

—Habrá que hacer algo con ellos dos —sugirió.

Me encogí de hombros como respuesta a su sugerencia.

No estaba segura de que fuera el momento correcto para hacer de celestinos con ellos. La situación de Mía era bastante complicada, y además muy a mi pesar, seguía manteniendo una relación con Max.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Alex ante la ausencia de respuesta

por mi parte.

—Nada —sacudí una mano—. Ya te contaré.

Me alcé de puntillas y le di un beso en la nariz.

Alex agarró una de una mano, y me atrajo hasta él para besarme en los labios de manera urgente. Me quejé al sentir de manera brusca como sus labios chocaban contra los míos.

—Aaaauuuu…

Me llevé la mano hasta la boca y arrugué el ceño.

—Lo que tú me habías dado no es un beso —protestó.

Me reí. Me solté de su agarré, y enfilé mis pasos hacia el coche.

—¡Dios! —le escuché gruñir ya a lo lejos.

72
Sully

Coincidí con Randal en el puesto de Jo. Tomar el primer café del día en ese puesto era casi una especie de ritual para ambos.

El Jefe Wilson, al igual que a mí la noche anterior, le había dado permiso para retrasar su llegada al hospital. Aunque Randal no había viajado hasta Washington, si había vivido en primera persona todo el proceso de preparación para la operación; algo que por cierto supone una gran responsabilidad y estrés. Por esa razón el Jefe, creyó conveniente que Randal debía descansar después de un día tan tenso e intenso como el que habíamos vivido.

—Enhorabuena, doctora Sullivan. Lo que hizo ayer fue increíble.

Randal se dirigió a mí de manera tan correcta como siempre.

A pesar de que le tenía advertido que podía llamarme Sully, tal y como lo hacía la mayoría del personal hospitalario incluidos mis residentes, Randal seguía manteniendo cierta distancia conmigo. A veces tenía la sensación de que Randal se sentía en deuda conmigo por hacerme cargo de sus estudios.

—Lo hicimos entre todos —observé.

Mi afirmación era cierta. Cada logro conseguido era de todos.

El trabajo en equipo es primordial para que una operación como la que habíamos llevado a cabo tenga un final positivo.

Randal y yo entramos juntos en el hospital. Antes de separarnos le comuniqué que pasaría la mañana reunida con el Doctor Spencer y el Jefe Wilson. Mis rondas de pacientes ya estaban hechas, la Doctora Smith se había hecho cargo de ellas, supongo que muy a su pesar. Por lo que tan solo tenía previsto pasar por la Unidad de Cuidados Intensivos para visitar al paciente recién operado. Desde la noche anterior “nuestro paciente estrella”.

—Puedes venir si quieres —invité a Randal a acompañarme.

—Será un placer como siempre —respondió.

Me dirigí a los vestuarios para ponerme sobre la ropa de calle, la bata blanca del hospital, la cual sustituiría poco después por una desechable para entrar en la UCI. Y la cual acompañaría con unos

patucos, gorro y mascarilla, para evitar transmitir cualquier virus que pudiera provocar una infección al paciente. Los cuidados en estos casos deben ser extremos.

De camino a la U.C.I. Randal me preguntó por Alex. Le comenté que su trabajo por el momento había terminado. Pareció disgustarse.

—Me hubise gustado despedirme de él.

—Tendrás ocasión de verlo alguna vez más.

Dibuje una sonrisa al decir aquello, y sentí como las mejillas comenzaban a arderme.

—Me gusta Alex para usted —se atrevió a decir el tan siempre comedido Randal.

El calor de las mejillas se apoderó de todo mi cuerpo. Me resultó un tanto embarazoso ser consciente de que Randal se hubiese percatado de nuestros escarceos.

—No sé a qué te refieres —quise disimular.

—A nada… —Randal carraspeó—. Ha sido un comentario fuera de lugar, por lo que le pido que me disculpe—. Pero permítame añadir que me gusta verla sonreír

—Gracias Randal —acerté a decir muerta de la vergüenza.

Como si estar enamorada fuera algo inapropiado.

Randal y yo entramos a visitar a “nuestro paciente estrella”, estaba consciente y presentaba buen aspecto. Comprobé sus constantes vitales. Randal se ocupó de comprobar los goteros que le suministraban la medicación, y también de tomarle la temperatura. Todo estaba dentro de la normalidad.

Me acerqué a él y le mostré una sonrisa llena de satisfacción. “Mi paciente estrella” me devolvió la sonrisa, lo hizo con agradecimiento. Me agarró una mano y la apretó con fuerza. Se humedeció los labios y con apenas un hilo de voz me dio las gracias.

—Gracias por nada —le dije—. Es mi deber y obligación salvar vidas. —Hice una pausa para tragarme el nudo de emociones que de repente se había instalado en mi garganta, y apenas me dejada continuar hablando—. Gracias a ti, por haber sido tan fuerte —concluí.

A pesar de los muchos años que llevo ejerciendo la medicina son

pocos los días en los que no me emociono por momentos, y hechos vividos como el de aquel día.

—Si todo sigue su curso normal el lunes te trasladaremos a planta y pasados unos días podrás marcharte a casa para seguir con tu vida —le anuncié.

"Mi paciente estrella" cerró los ojos y lanzó una especie de suspiro al escucharme.

Una vida que sin duda se vería sometida a muchos cambios, pero de ellos ya hablaríamos más adelante.

Pensé en ese momento, que sería bueno que Alex pasara por el hospital, y hablara con él para explicarle su experiencia como paciente trasplantado. Alex era un buen ejemplo de cómo se podía comenzar a vivir de nuevo, y llevar una vida prácticamente normal. Me lo apunté mentalmente para que no se me olvidara.

Me deshice de todo el equipamiento desechable y me dirigí hasta el despacho del Jefe Wilson, había quedado en reunirme allí con él y con el Doctor Spencer.

Llamé a la puerta, me atusé el pelo y alisé mi ropa.

—Pasa Sully.

Me sobresalté al escuchar mi nombre, y pensé que indiscutiblemente el Jefe tenía un sexto sentido para saber que era yo, o bien tenía una cámara por la cual podía ver quien estaba al otro lado de la puerta. No era posible que siempre adivinase mi presencia tras la puerta.

Entré y me quedé parada en medio del despacho. El Jefe estaba sentado frente a su mesa y el Doctor Spencer frente a él. Me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara hasta ellos. Ambos se levantaron cuando llegué a su altura.

—Enhorabuena por el trabajo de ayer —dijeron al unísono.

El Doctor Spencer me tendió una mano para reiterar sus palabras, y el Jefe se acercó a mí para abrazarme en uno de sus abrazos paternales.

—Gracias. Pero fue algo que conseguimos hacer entre todos —reiteré las palabras que le había dicho a Randal hacía tan solo un momento.

—Pensé que te acompañaría Alex O´Connor —observó el Jefe.

—Ha dado por terminado su trabajo.

—Vaya. Pensé que pasaría a despedirse de mí.

—Lo hará señor.

—Eso espero —dijo separándose de mí. Me apretó un hombro en señal de orgullo—. El Doctor Spencer y yo queremos que nos acompañes para mostrarte algo.

El Doctor Spencer señaló la puerta con una mano y me invitó a salir del despacho. Miré primero a uno y después al otro algo contrariada. No entendía porque me habían hecho ir hasta ese despacho para después salir de él de manera inmediata.

Caminamos por el pasillo sin decir nada, y colocados en línea. Yo en medio de ellos dos. Me sentí pequeñita e insignificante, a pesar de ser la más alta de los tres, entre dos eminencias de la medicina. Nos detuvimos frente a la puerta del despacho del Doctor Spencer, el cual antes de abrirla me indicó que retirara el papel que había colocado sobre ella. Al hacerlo descubrí una pequeña placa. Me llevé las manos a la boca, y abrí los ojos emocionada al leer lo que había inscrito en ella.

Doctora Emma Sullivan
Jefa del Servicio de Trasplantes

Aquello ya era una realidad. Bueno lo era desde que había firmado el contrato unos días atrás. Pero ver mi nombre y mi nuevo cargo en aquella puerta me hizo ser consciente de que así era. El trabajo y dedicación de toda una vida habían merecido la pena.

—Has entrado con buen pie en tú nuevo puesto —observó el Doctor Spencer.

Supuse que lo decía por la operación del día anterior.

—Solo me queda decirte que me alegro mucho de la decisión que tomé al elegirte como mi sustituta. Sin duda no podría haber elegido a nadie mejor. No voy a desearte suerte, porque no la necesitas. Pero sí voy a decirte que te deseo lo mejor. Te lo mereces.

El Doctor Spencer dejó atrás sus rectos modales y me abrazó. Me

emocioné al sentirme arropada por sus brazos y tras escuchar sus palabras que estaban llenas de elogios por su parte y también de mucho cariño.

Nos adentramos en el despacho. La mesa, en la cual días antes ambos habíamos trabajado, estaba despejada de todas sus pertenencias. Tan solo quedaban sobre ella el ordenador, una lamparita, un lapicero lleno de bolígrafos, rotuladores y lápices, y un cactus.

—Todo tuyo —me indicó, señalando el sillón de cuero negro que había tras la mesa.

Me dirigí hacia él y me senté. Lo hice girar un par de veces, arrancando de ese modo las risas del Jefe Wilson y del Doctor Spencer.

—Lo siento —me disculpé—. Pero no he podido evitarlo.

—El cactus fue regalo de un paciente agradecido. No soy muy bueno con las plantas, pero he logrado que sobreviva. Espero que lo cuides —me advirtió divertido.

Y yo dudé de que aquella planta sobreviviera estando en mis manos. Soy nula para ese tipo de tareas.

Sin duda el Doctor Spencer estaba más relajado de lo habitual.

Me levanté del sillón para despedirme de ambos. El Doctor Spencer ya tenía entre sus manos la caja que había dejado en el suelo con sus pertenencias, por lo que intuí que tenía intención de marcharse.

—Gracias por todo —le dije cuando ya salía por la puerta.

Me respondió con un movimiento de cabeza en señal de negación, y una sonrisa dibujada en sus labios.

—Sully, no hace falta que te diga que estoy a dos puertas de aquí. Cualquier cosa que necesites solo tienes que decírmelo —me advirtió el Jefe Wilson antes de salir también.

—Lo haré señor.

Cerré la puerta tras de mí. Me apoyé sobre la madera y lancé un suspiro al verme, sola en aquel despacho. Sentí tantas cosas al mismo tiempo que me sentí desbordada.

Entonces se me ocurrió hacer una fotografía y enviarla al grupo de LAS SUPERTRES primero y después a Alex y Holly, para decirles que

oficialmente era la Jefa del Servicio de Trasplantes.

73
Alex

Me relamí los labios tras besar a Sully y los saboreé. Me tragué la saliva con sabor a manzanas caramelizadas y esbocé una sonrisa al recordar lo maravilloso que había sido despertar a su lad,o y después hacer el amor con ella. Aquella sonrisa se convirtió en una ronca y solitaria carcajada cuando a mi mente vinieron las imágenes de la noche anterior.

Habíamos estado un tanto torpes, en cuanto a cuestiones amatorias se refiere. Un tanto torpes, no. Muy torpes. Nos habíamos comportado como dos adolescentes inexpertos que se enfrentaban a su primera relación sexual. Supongo que el desconocimiento por ambas partes del cuerpo del otro, y la falta de práctica durante los últimos cuatro años de nuestras vidas, fueron los culpables de que la noche terminara siendo un auténtico desastre.

A pesar de las ganas que ambos teníamos por compartir algo más que besos y caricias, no conseguimos llegar al final de la que iba a ser nuestra primera relación íntima. El cansancio y el exceso de adrenalina, por parte de ambos, tras todo lo vivido durante el día tampoco ayudaron demasiado. Por lo que finalmente nos conformamos con besarnos, acariciarnos, masturbarnos mutuamente, y quedarnos dormidos abrazados el uno al otro.

Por lo que lo vivido esa mañana en la cama de Sully había sido algo realmente extraordinario.

No había sido sexo salvaje. Había sido sexo lleno de un sinfín de sentimientos por parte de los dos. Íntimo. Muy íntimo. Nos habíamos entregado el uno al otro, haciéndonos sentir especial mutuamente. En realidad los dos lo éramos. Éramos dos personas que hasta hacía poco se encontraban incompletas, y que por casualidades del destino o tal vez del *karma* tal y como yo siempre le he hecho creer a Sully, se habían encontrado para volver a sentirse completas. Yo al menos era así como me sentía desde que Sully había aparecido en mi vida hacía tan solo unas semanas.

Me costó despedirme de ella y más sabiendo que hasta la noche no iba a volver a verla. Me había acostumbrado a pasar con ella la mayor parte del día, siendo algo así como una especie de sombra para ella. Pero no tenía motivo alguno para continuar recabando información para mi reportaje. Tenía suficiente material acumulado después de varios días en el hospital, y la operación de trasplante del día anterior había sido el culmen.

74
Alex

Caminé hasta mi moto y me dirigí a casa. Debía ocuparme de Chucho y también tenía que prepararme para la reunión que yo mismo le había pedido, por no decir exigido, a Tito Hudson el director del **THE SEATTLE TIMES**, para hablar con él sobre el asunto del Rainbow House.

Cuando llegué a casa, debo deciros que, Chucho me recibió con un gruñido y se abstuvo de saludarme con su habitual lametazo en la cara. Ni siquiera se levantó de su cama al verme entrar por la puerta, y tampoco ladró al escuchar mis pasos por la pasarela de madera. Bien mi perro estaba enfadado conmigo. Me acerqué hasta él, le acaricié la cabeza y le propuse salir a dar un paseo, antes de darme una ducha y cambiarme de ropa para volver a marcharme. Chucho gruñó, pero aún así se levantó de manera perezosa. Se estiró sobre sus cuatro patas, y abrió la boca para bostezar, en señal de hastío hacia mí. Esperé a que me trajera la correa para salir mientras me preparaba un descafeinado, y llamaba a Wallace para ponerle al tanto de todo. Bueno de todo no. Solo de todo aquello que tuviera que ver con el reportaje. Junto a la cafetera encontré una nota suya en la cual me decía que había hecho todo lo que le pedí que hiciera, con respecto a Chucho, y que le llamara en cuanto llegara a casa.

El día anterior y una vez tomamos tierra en Washington, le había telefoneado para pedirle que se hiciera cargo de Chucho. Le dije que no hacía falta que se lo llevara a su casa, algo que sabía que no haría, aun así se lo advertí. Pero sí necesitaba que lo sacara al menos dos veces para que pudiera hacer sus necesidades caninas, y también que le llenara los cuencos de la comida y el agua. Muy a su pesar aceptó mis peticiones. Todos sabéis que ambos no se proliferan demasiada simpatía.

Nada más salir a la calle con Chucho, que caminaba renqueante en señal de enfado, llamé a Wallace.

—No me irás a decir que acabas de llegar de Washington.

—Buenos días a ti también.

—Perdona Alex. Pero es que son las once de la mañana y desde ayer a esta hora no sé nada de ti. Estaba a punto de llamar a la policía para denunciar tu desaparición.

Me carcajeé al escucharlo. Él siempre tan exagerado para todo.

—Llegamos ayer, pero no tuve tiempo de llamarte. La operación terminó tarde.

No iba a darle más explicaciones por el momento. No quería compartir con él lo que Sully y yo habíamos vivido en la intimidad de su casa. Quería que aquello quedara entre nosotros. Solo para nosotros. No es que quisiera esconderle al mundo lo que sentía con y por ella. No. No era eso. Solo que había ciertas cosas que no me apetecía, ni quería compartirlas con nadie.

—¿Qué planes tienes para hoy? —me preguntó Wallace.

—En un par de horas me reúno con Tito Hudson, supongo que comeremos juntos. Y después organizaré todas las notas que he tomado estos días y también las fotografías para comenzar a trabajar en el reportaje sobre Sully.

—Bien. Espero que no te hayas olvidado de que has quedado conmigo para cenar en el bar de Holly.

—No. No lo he hecho.

—Genial. Entonces nos vemos allí sobre las ocho. Te llevaré un ejemplar del número de **MEDICAL LIFE** que ha salido hoy a la venta. El reportaje sobre Irak ha quedado cojonudo.

—Gracias Wallace. Nos vemos esta noche. Tengo que dejarte. Ni siquiera me he duchado y voy algo retrasado de tiempo. Gracias también por ocuparte de Chucho.

Mi perro ladró al escuchar su nombre.

—Por cierto te envía saludos —dije de manera irónica.

Ni Wallace soportaba a Chucho, ni Chucho soportaba a Wallace.

—Puto perro. Ayer tuve que cambiarme de pantalón al llegar a la oficina. Confundió una de mis piernas con el tronco de un árbol y me meó encima.

No pude evitar reírme a carcajadas cuando me contó aquello. Me

hubiese gustado ver la cara de Wallace. Bueno y creo que la de Chucho también. Estoy seguro de que lo de mearse encima de Wallace no había sido un accidente y que lo había hecho con conocimiento de causa.

—En el fondo os queréis —dije con algo de sorna.

—Si nos queremos mucho, como la trucha al trucho. No te jode —resopló Wallace—. Te dejo, Alex. Nos vemos esta noche, no te olvides.

—No lo haré.

Obvié mencionar a propósito que Sully, Mía y Rachel acudirían al bar de Holly esa noche, de haberle comentado algo me habría acribillado a preguntas y no tenía ganas, ni tiempo, de responder a ninguna de ellas.

Cogí a Chucho en brazos para llevarlo a casa. El muy cabrito parecía estar vengándose de mí por haberlo dejado solo el día anterior y se negaba a caminar. Por lo que en lugar de arrastrarlo por la pasarela, decidí que lo mejor era tomarlo en brazos, y caminar con él entre ellos.

Me despojé de la ropa para darme una ducha. Comprobé que mi camiseta olía a coco, cuando me rozó la nariz para sacarla por la cabeza. No. No olía a coco. Olía a ella. A Sully.

Me empapé de su aroma antes de meterme bajo el chorro de agua caliente, siendo consciente de que al hacerlo desaparecería de mi piel toda la esencia que Sully había dejado en mí tras hacer el amor con ella. Suspiré y pensé que ojalá no pasara demasiado tiempo para volver a tenerla entre mis brazos, y del mismo modo en que la había tenido hacía tan solo unas horas.

Elegí un pantalón chino de color beige, una camisa blanca básica y una americana azul marino. Me calcé unas zapatillas Vans del mismo color que la americana, y sustituí mi habitual mochila por un maletín de nylon informal, en el cual guardé mis cuadernos de notas, algunos bolígrafos y también mi ordenador portátil. En él había creado una carpeta donde había guardado todo lo referente al Rainbow House para poder enseñárselo a Tito, durante nuestra reunión. Me atusé el pelo aún húmedo con las manos, y pedí un taxi para ir hasta la redacción del periódico. No me sentía cómodo subiéndome a mi

Harley vestido de esa guisa. Uno tiene cierto orgullo motero.

¡Dios!

Odio tener que enfundarme en ese tipo de ropa.

75
Alex

El taxi me dejó en la puerta del edificio que alberga la redacción del periódico. Me quedé parado frente a la puerta, y ante mí aparecieron un sinfín de recuerdos e imágenes de cuando la cruzaba a diario, para ir trabajar. Pronto se cumplirían cuatro años desde la última vez que lo hice.

Cerré los ojos. Inspiré hondo. Me atusé el pantalón y la americana, y entré en el edificio con paso firme y los hombros cuadrados. Caminé hasta los ascensores con la cabeza erguida y con una seguridad tan apabullante como pasmosa. Pasados unos minutos el ascensor me dejó en la planta veintiuno, planta que alberga la redacción del periódico en el cual trabajé durante tantos años.

Volví a llenar mis pulmones de aire, lo solté de manera lenta y me adentré en la vorágine que se concentra en la redacción de un periódico como es el **THE SEATTLE TIMES**.

Hice una barrido con la mirada por todos y cada uno de los cubículos, y comprobé que entre muchas de las caras conocidas había alguna que otra desconocida.

Caras nuevas. Periodistas nuevos. Sangre nueva.

Antes de ser descubierto por algunos de mis antiguos compañeros, desvié la mirada hacia la puerta del que un día fuera mi despacho.

No pude distinguir el nombre que estaba inscrito en la placa, pero supuse que alguno de mis antiguos compañeros era quien ocupaba ahora mi puesto de Redactor Jefe.

Me armé de valor y caminé hacia la puerta del despacho de Tito Hudson, sabiendo que muchos de mis antiguos compañeros me verían y tendría que saludarlos.

No había vuelto por allí desde el día anterior a mi accidente. Nunca les devolví las llamadas telefónicas que muchos de ellos me hicieron tras lo ocurrido. Nunca tuve las fuerzas, ni el valor suficiente para enfrentarme a ellos.

Puede que no hubiera dado ni siquiera tres pasos cuando escuché pronunciar mi nombre de manera efusiva. Me giré para comprobar

quién me llamaba y cuando lo hice me topé con Harry Golden, el que un día fuera mi mano derecha en esa misma redacción.

—¡Joder Alex, qué alegría verte de nuevo por aquí. No sabíamos que ibas a volver! —exclamó Harry.

Abrió los brazos y me abrazó como un padre abraza al hijo pródigo que regresa al hogar. Me palmeó la espalda varias veces. Respondí a su abrazo con una sola mano, en la otra aún sujetaba mi maletín, y tras tres palmadas suyas sobre mi espalda decidí separarme de él y sacarle de su error.

—Yo también me alegro de verte —dije en primer lugar—. Pero lamento decirte que esto solo es una mera visita. Tengo una reunión con Tito en unos minutos.

—Vaya. No sabes cuánto lamento escuchar eso. Por un momento pensé que te reincorporabas a tu puesto de trabajo.

Su tono de voz sonó con cierta desesperación, algo de anhelo, y porque no decirlo, también con cierta nostalgia. La misma que me había inundado a mí nada más cruzar la puerta de la redacción. Con todas esas connotaciones en su voz, parecía estar indicándome que las cosas no iban demasiado bien por allí con quien ocupaba mi puesto.

Una de las muchas funciones que tiene un Redactor Jefe es la de mantener la cordialidad entre los miembros de su equipo. Y no es por presumir, pero yo sí logré aquello durante el tiempo que estuve al frente de la redacción.

—Esto ya no es lo mío —le aclaré—. Ahora voy por libre y me gusta lo que hago.

No quería que se hiciera ilusiones y barajara una posible vuelta al periódico.

—Te sigo. Me gusta lo que haces. Pero lamento que no estés con nosotros —se lamentó Harry.

Posé una mano sobre uno de sus hombros y se lo apreté en señal de ¿condolencia? Ni idea. Solo sé que incluso a mí me pareció que estaba dándole el pésame por algo.

—Tito me espera. Me alegro de verte Harry.

Me despedí de él de manera inmediata antes de que el resto de ex compañeros se percataran de mi presencia por allí.

—Si tienes tiempo para un café cuando termines, estaré encantado de charlar un rato contigo.

—Lo tendré en cuenta —resolví mientras caminaba hacia el despacho de Tito.

Entré sin llamar.

Tito siempre tenía la puerta de su despacho entornada y no le gustaba que llamáramos para pedir permiso. No le gustaban ese tipo de formalismos. Él siempre había defendido la teoría de que a pesar de ser el director del periódico, ante todo era periodista y un compañero más. En los años que había trabajado con y para él siempre había sido así.

Tito hablaba por teléfono cuando abrí la puerta. Alzó la vista del bloc de notas donde anotaba algo de manera rápida, para comprobar quien irrumpía en su despacho. Dibujó una enorme sonrisa en su rostro, al ver de quien se trataba, y con un gesto amable me indicó que esperara un minuto levantando el dedo índice de la mano.

—Tengo que dejarte. Hablamos más tarde, tengo una visita —se apresuró a decirle a su interlocutor al ver que ya me había sentado frente a su mesa. Colgó el teléfono. Se levantó y se acercó hasta mí.

Abandoné mi asiento para saludarle. Le tendí la mano de manera formal, y como si fuese un auténtico desconocido al cual acababan de presentarme.

—¿En serio vas a saludarme con tan solo un apretón de manos? —se quejó Tito—. Ven aquí canalla.

Tiró de una de mis manos y me estrechó entre sus brazos.

Tito, al igual que Harry había hecho, también palmeó mi espalda. Correspondí a su abrazo y a su palmeo. Me sentí bien al hacerlo. Me sentí como si acabara de llegar a casa después de un largo tiempo perdido. Tito se separó de mí, me agarró por los antebrazos y me miró de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo.

—Me alegro de verte Alex. Tienes buen aspecto —reconoció cuando ya había dado por concluido su repaso hacia mi persona.

—Yo también me alegro de verte Tito. Aunque sobre tu aspecto no puedo decir lo mismo.

Torcí el gesto.

—No estoy pasando por un buen momento personal —reconoció bajando la mirada hacia el suelo.

—Vaya lamento escuchar eso. Espero que nada grave.

Tito hizo un movimiento vago con una mano para quitarle importancia al asunto y masculló entre dientes:

—Problemas de faldas.

Aquella confesión no me sorprendió. Tito Hudson tenía fama de mujeriego. Una fama, por cierto, ganada a pulso.

Me invitó a sentarme. Obedecí. Él rodeó la mesa para hacer lo mismo sobre su sillón de cuero negro. Se aflojó la corbata. Apoyó la espalda sobre el respaldo y cruzó las manos sobre el pecho.

—Imagino que esto no es una mera visita por placer.

Hizo girar su sillón de un lado a otro, un par de veces, y sin dar la vuelta completa.

—Imaginas bien —reconocí.

—Pues tú dirás. Soy todo, oídos. ¿Vienes a venderme alguno de tus magníficos reportajes? —preguntó de manera casi irónica.

—No. Sí… —dudé—. En realidad vengo a pedirte un favor.

—Si está en mi mano cuenta con él. ¿Te apetece un café?

—Descafeinado con canela. Por favor.

Tito hizo un gesto de asombro y desaprobación al mismo tiempo tras escucharme. Yo, que había sido un auténtico devorador de café solo y sin endulzar, le estaba pidiendo un descafeinado con canela.

—No puedo ni debo tomar excitantes —le aclaré antes de que dijese nada.

Me señalé la parte izquierda de mi pecho con el dedo índice de la mano derecha y di sobre él un par de toquecitos.

—Entiendo —respondió Tito.

Se levantó de su asiento y se acercó hasta la cafetera que tenía sobre una mesa auxiliar.

Uno de los privilegios de ser el director del periódico era contar con tu propia cafetera en el despacho. Yo como Redactor Jefe también había disfrutado de ese pequeño privilegio, del cual tan solo me aproveché una semana. Pasado ese tiempo me di cuenta de que a mí me gustaba tomar café en la sala común, y junto al resto de

compañeros.Por lo que trasladé mi máquina Nespresso a aquella sala para deleite de todo el personal, y continué disfrutando de tomar café en buena compañía.

Tito me tendió una taza de color negro con el logo del periódico en color blanco.

—Puedes llevártela de recuerdo si quieres.

Tito tan espléndido como siempre.

Regresó a su sillón y me pidió que hablara. Lo hizo de manera amable y presentando bastante interés.

—No es un tema para la portada del periódico, pero si podemos hacerle un hueco en las páginas centrales. Todos sabemos que el Ayuntamiento no pasa por un buen momento económico y supongo que están haciendo recortes.

Fue su respuesta después de escuchar lo que estaba sucediendo en el Rainbow House.

—De esas subvenciones dependen muchos niños. El único hogar que han conocido es esa casa de acogida —rebatí algo enfurecido.

—Lo sé, Alex. Pero no puedo hacer mucho más. Solo te digo que no es un asunto con demasiado interés —lanzó un pequeño resoplido y se mesó el pelo—. Desgraciadamente.

—Estoy investigando sobre lo ocurrido. Solo te estoy pidiendo un hueco en el periódico —le imploré.

—Y yo te lo estoy dando. Solo te estoy diciendo que no saldrá en portada. Habla con Harry Golden para ver cuando podemos sacar lo que tienes —insistió Tito.

Me levanté de mi asiento con aire de derrota y algo frustrado.

Estaba casi convencido de que Tito Hudson pondría algo más de interés en lo que le había contando y ofrecido. Le tendí la mano por encima de la mesa para despedirme, y le di las gracias por atenderme.

—Alex. —Me llamó antes de que saliera por la puerta—. La semana pasada alguien vino contando algo parecido sobre otra casa de acogida. Si no recuerdo mal está situada en el Distrito 51. Tal vez todo esté relacionado.

—¿Podrías decirme el nombre de esa casa? —inquirí esperanzado.

—Harry lo tiene.

—Gracias.

De repente a mí cabeza vino una idea que poco después comprobaría que no era tan descabellada.

—Hay un cubículo libre… —farfulló Tito entre dientes—. Por si lo necesitas.

Sonreí y alcé la mano para despedirme definitivamente de él.

Busqué a Harry Golden nada más salir del despacho de Tito. Mis planes de comer con él habían quedado tan solo en eso, en planes.

Así que pensé que tal vez en lugar de tomar un café rápido con Harry, lo mejor sería invitarle a comer para que pudiese contarme con detenimiento todo lo que sabía sobre esa otra casa de acogida a la cual también habían retirado una subvención.

CONTINUARÁ…

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia llegó cuando había decidido tomarme un descanso de la ardua tarea de escribir historias. Pero Sully, Alex y compañía llegaron como un tsunami. Pensé que escribiendo un pequeño borrador podría olvidarme de todos ellos por algún tiempo, para después retomarlos con más calma y en el momento oportuno. Pero creo que ellos pensaron por mí y decidieron que este era su momento. Por lo que les hice caso y me puse a teclear todo lo que ellos tenían que contarme.

Nunca pensé que podría sacar una bilogía de esta maravillosa historia que me enamoró desde el principio.

Os confesaré que intenté acortarla para publicarla en un solo libro. Pero una vez más ellos tomaron la decisión de escribir la historia en dos libros. Soy bastante obediente y cuando se trata de mis protagonistas mucho más.

Así que, como ya habréis intuido esta historia no ha terminado aún. Ellos continuaron contándome sus historias y yo continué escribiéndola.

Lo que sí puedo adelantaros son los títulos de los siguientes libros.

LATIR CONTIGO (Latidos 2)

LATIR JUNTOS el Spin- Off (Latidos 3)

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que me apoyáis en esta aventura de escribir desde el principio.

Gracias a los que comenzáis a apoyarme.

Gracias a los que un día creyeron en mí, cuando ni siquiera yo lo hacía.

Y gracias a quienes no lo hicisteis, porque he demostrado que a veces solo basta creer en uno mismo para sacar adelante un proyecto.

Por último solo me gustaría pedirte un favor, si te gustan mis historias recomiéndalas a tus amigos y conocidos, y deja una reseña en Amazon, es algo que me ayuda a seguir creciendo como escritora.

Y si quieres puedes seguirme en mi cuenta de Instagram @bymariajo2.0 para estar al tanto de mis novedades.